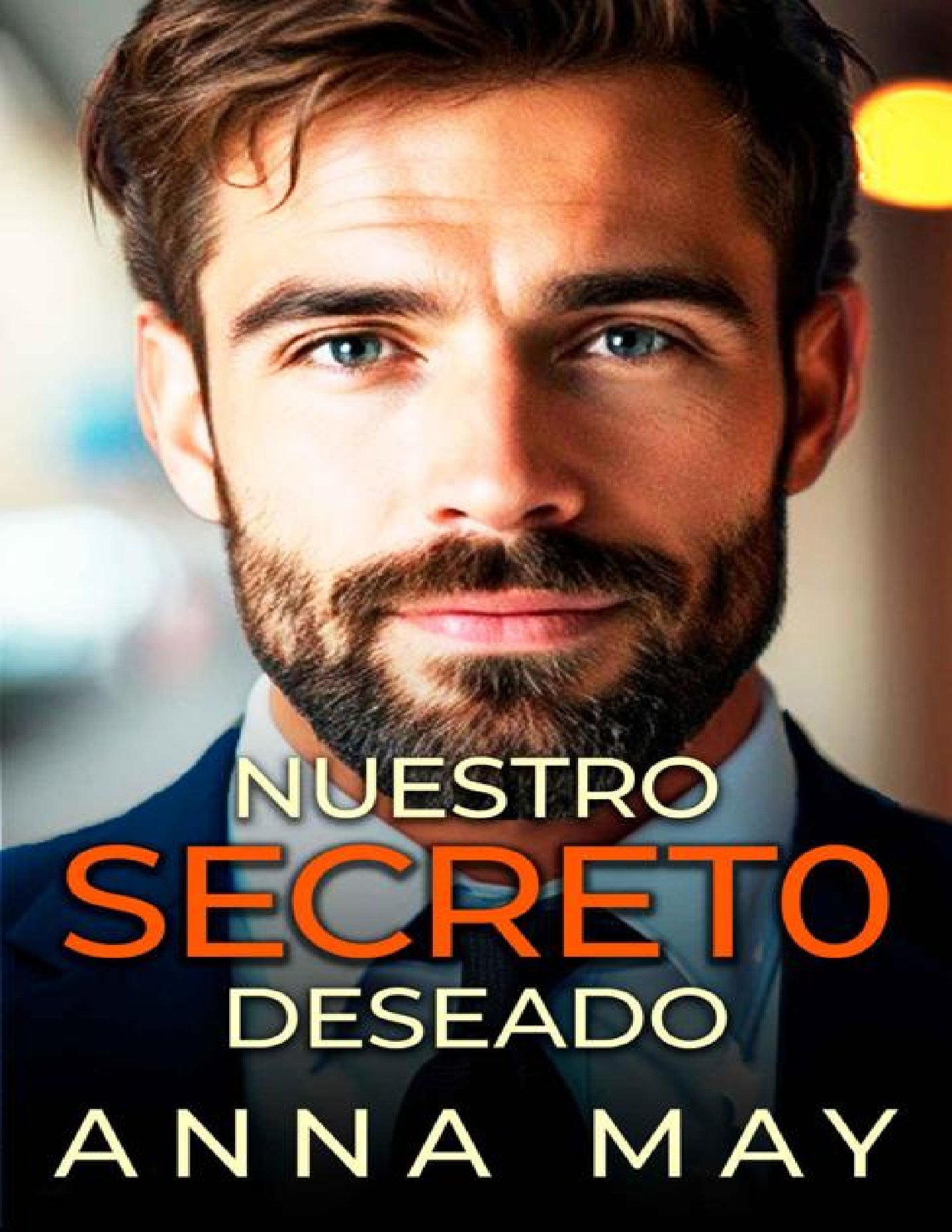

NUESTRO
SECRETO
DESEADO
ANNA MAY

# Nuestro Secreto Deseado

## Una Novela Romántica de Enemigos a Amantes

Anna May

Anna May

1ª edición 2025

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing

Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon: https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

# Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Leer más...

Gracias

# Capítulo 1

# Rihanna

La tormenta fue peor de lo que cabría esperar a principios de septiembre. La lluvia caía a cántaros, golpeando el parabrisas con una fuerza que hacía que los limpiaparabrisas tuvieran que esforzarse para mantener el ritmo. Era como conducir bajo el agua. La estrecha carretera que salía del pueblo ya estaba resbaladiza por el barro, y cada pequeño desnivel en la acera parecía formar su propio lago. Agarré con fuerza el volante, con los nudillos blancos.

*Quizá debería haberme quedado en casa...*

Pero eso habría significado dejar a mi hermana en la estacada en el trabajo, y yo nunca podría hacerle eso.

El cielo retumbó y un relámpago lo iluminó durante una fracción de segundo antes de que la pesada oscuridad de la tormenta se lo tragara todo de nuevo. Mi ritmo cardíaco se aceleró mientras miraba nerviosa hacia el arroyo. Siempre se desbordaba cuando llovía demasiado, y hoy parecía ser uno de esos días.

*Por favor, que no se inunde.* Murmuré una oración rápida, tratando de ignorar el miedo que me corroía.

Al acercarme al viejo puente de madera, me di cuenta de que el arroyo estaba peligrosamente lleno, pero el puente seguía abierto. El alivio me golpeó como una ola. Había superado un obstáculo más, aunque la idea de conducir sobre aquel viejo y tambaleante cacharro aún me revolvía el estómago. Respiré hondo y conté mentalmente los segundos que tardaría en llegar al otro lado.

"Sólo unos metros más, Rihanna. Ya casi llegamos".

Los tablones crujieron bajo el peso de mi coche, pero crucé el puente sin incidentes. Cuando entré en el aparcamiento de la Posada Bayville, exhalé profundamente y la tensión de mis hombros se aflojó un poco. El viejo y destartalado coche de Tess estaba aparcado torcido junto a la entrada. Mi hermana siempre tenía prisa, nunca llegaba a tiempo y, al parecer, nunca era capaz de aparcar recto. Aquello me hizo sacudir la cabeza, pero también me reconfortó. Al menos había llegado sana y salva.

Entonces me llamó la atención otra cosa. Un elegante todoterreno negro estaba aparcado unas plazas más abajo, totalmente fuera de lugar entre la mezcla habitual de camionetas oxidadas y berlinas de pueblo. Era el tipo de coche que uno esperaría ver en una gran ciudad, no en un lugar como Bayville. Las ventanillas estaban tintadas y la lluvia dificultaba la visión del interior, pero pude distinguir la silueta de alguien en el asiento del conductor.

La puerta se abrió de golpe y me quedé inmóvil, con la mano en la palanca de cambios. Un hombre salió al chaparrón como si no se hubiera dado cuenta, sin paraguas ni abrigo. Sólo un traje oscuro que se le pegaba al cuerpo bajo la lluvia, con el pelo ya engominado por el diluvio. Alto, de hombros anchos y con una intensidad que me produjo un escalofrío. Tenía una barba oscura y unos ojos ardientes que me miraron y me sorprendieron observándole.

Mis mejillas se ruborizaron, el calor floreció incluso en el aire frío y húmedo. Me miró durante un segundo, con una expresión ilegible. Aparté rápidamente la mirada, tanteando las llaves.

Estupendo. Ahora soy la chica rara que mira a un tipo cualquiera en el aparcamiento.

Cogí el chubasquero y me lo puse a toda prisa antes de salir del coche. La lluvia me golpeó como un muro, empapando los bajos de mis vaqueros en cuestión de segundos. Mi abrigo no era rival para este tipo de tormenta, pero me subí la capucha de todos modos y corrí hacia el edificio.

Eché un vistazo mientras el hombre se dirigía a la entrada de la posada, totalmente imperturbable por el tiempo, con aspecto sereno mientras yo era un desastre empapado. Dudé un momento, la curiosidad se apoderó de mí.

"Oye, tal vez quieras invertir en un paraguas", grité por encima del sonido de la lluvia, tratando de mantener mi voz ligera a pesar del nudo de nervios que aún no se había desenredado después del tenso viaje.

Se detuvo, volviéndose hacia mí con un leve levantamiento de cejas, y por un momento me arrepentí de haber abierto la boca. De cerca, era aún más intenso de lo que me había imaginado, sus ojos oscuros y penetrantes incluso a través de la lluvia.

"Y tú deberías invertir en un coche mejor", replicó con voz suave pero burlona. "Parece que está a una tormenta de estropearse".

Parpadeé, sin saber si reírme u ofenderme. "Bueno, al menos me lleva a donde tengo que ir".

Sonrió, con un destello de algo -¿diversión, quizá? -antes de volverse hacia la posada. "Buena suerte", dijo por encima del hombro, y desapareció por la puerta principal sin volver a mirar.

Me quedé allí un momento, mirando fijamente el espacio donde había estado. ¿Quién era ese tipo? No parecía alguien que pasara por el pueblo para una visita rápida. Más bien parecía alguien que debería estar en una revista de moda o en un despacho de algún lugar importante.

Sacudiéndome la curiosidad, corrí a la entrada trasera de los empleados y empujé la pesada puerta metálica. Dentro, el calor me golpeó al instante, un alivio después de la tormenta de fuera. Me quité el abrigo empapado por la lluvia y lo colgué en el gancho junto a las taquillas de los empleados. Sin embargo, mi mente seguía zumbando. ¿Quién era ese tipo? ¿Por qué estaba aquí, en Bayville?

Tess irrumpió en la trastienda como un torbellino, con las mejillas sonrojadas y los ojos desorbitados por la energía frenética que siempre la acompañaba cuando llegaba tarde. Llevaba el pelo húmedo pegado a la frente por la lluvia y el abrigo a medio poner y a medio quitar, como si no se hubiera molestado en quitárselo con las prisas.

"¡Rihanna!" Exclamó, corriendo hacia mí con los brazos extendidos. "Eres la mejor, lo digo en serio. Te debo tanto por esto", me envolvió en un rápido abrazo y me besó la mejilla antes de separarse con la misma rapidez.

"No hay problema", dije, a pesar de que mi día libre había incluido inicialmente un muy necesario tiempo para mí. Una tarde encantadora acurrucada con un libro y una copa de vino se había convertido rápidamente en un sueño lejano en el momento en que Tess llamó, presa del pánico y suplicando ayuda. "Espero que Caden

esté bien", añadí mientras ella se arreglaba el abrigo y sacaba el teléfono para comprobar si había más mensajes.
Suspiró y se apartó un mechón de pelo de la cara. "No puedo creer que siga alucinando con el ensayo de la banda de música. Es la tercera vez esta semana que me llama llorando, rogándome que vuelva pronto a casa", Tess puso los ojos en blanco, aunque el cansancio en su voz dejaba claro lo mucho que le pesaba. Ser madre soltera no era fácil, y Caden, su hijo de ocho años, era propenso a sentirse abrumado por, bueno, la vida.
"Estará bien", la tranquilicé. "El colegio puede ser... mucho, sobre todo con las extraescolares. Se adaptará".
Tess exhaló, asintiendo mientras se secaba los ojos, probablemente intentando disimular lo cansada que estaba. Siempre trataba de poner cara de valiente por Caden, pero yo sabía lo mucho que le costaba. "Simplemente no pensé que sería tan difícil. Es sólo una banda de música, por el amor de Dios".
"Dale tiempo", le dije, apretándole el brazo. "Tiene una madre estupenda".
Entonces me sonrió, todavía cansada pero agradecida. "En serio, no puedo agradecerte lo suficiente que me cubrieras. Sé que es tu día libre y que tenías planes, ¿verdad?"
Me encogí de hombros, aunque mis planes habían sido algo que había esperado con impaciencia toda la semana. Sólo era un día, y Tess me necesitaba. Para eso estaba la familia. "Nada importante", mentí, cogiendo las llaves del escritorio que me había dado. "Me encargaré del fuerte. Sólo asegúrate de que Caden esté bien".

"Lo haré. Lo juro, me has salvado", dijo Tess, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer que estaba haciendo esto por ella. "Siempre me ayudas".

"Sí, sí", le dije, pero me calentó un poco saber que lo apreciaba.

Cuando empezó a ponerse bien el abrigo, miré hacia la ventana, donde la tormenta seguía haciendo estragos y el viento aullaba, y volví a pensar en el hombre del aparcamiento. El elegante todoterreno, la forma en que había caminado bajo la lluvia como si fuera inmune a ella y aquellos ojos oscuros y penetrantes que habían captado mi atención; nunca me habían interesado los tipos misteriosos, pero él había captado toda mi atención.

"Oye, ¿quién es el tipo del elegante todoterreno negro?" Pregunté, tratando de sonar casual mientras guardaba las llaves en mi bolsillo. "Parecía un poco... fuera de lugar para un pueblo como Bayville".

"Oh, ¿él?" Tess hizo una mueca mientras se subía la cremallera del abrigo. "Es Tom Wright. Un hombre de negocios importante. Intentaba llegar al Sullivan Suites, pero South Road está atravesada por un árbol. No hay manera de pasar. Así que terminó aquí. Por suerte para nosotros".

Tom Wright. El nombre no me sonaba, pero había algo en él que se me había quedado grabado. Tal vez era la forma en que se comportaba, como si estuviera acostumbrado a conseguir lo que quería. "Lo vi entrar. Definitivamente no parece la gente de siempre".

"Dímelo a mí", aceptó Tess riendo. "Ya lo he registrado. No dijo mucho, sólo preguntó si teníamos habitaciones disponibles y parecía

molesto por toda la situación. Pero supongo que cualquiera estaría atrapado con este tiempo".
Asentí, aunque mis pensamientos ya estaban divagando. "¿Cuánto tiempo se va a quedar?"
Tess se encogió de hombros. "No me lo dijo. Probablemente sólo por la noche. Va de camino a reunirse con los Sullivan, o eso mencionó".
Los Sullivan. El nombre me hizo poner los ojos en blanco sin pensarlo. Por supuesto.
"Uf, ¿ya estamos otra vez en esa época del año?" Gemí. El Sullivan Suites del pueblo estaba en la periferia del imperio Sullivan. Sin embargo, el patriarca de la familia, Slater Sullivan, seguía visitándolo todos los años para asegurarse de que su hotel, asesino de pequeñas empresas, funcionaba correctamente. Como pequeña posada familiar, era difícil competir, pero mi aversión a la familia no tenía sólo motivos económicos.
"¿Verdad? Juraría que apenas estuvieron aquí", aceptó. "Odio que siempre nos miren por encima del hombro".
"Sí", estuve de acuerdo. Los Sullivan eran la personificación del privilegio, y nunca dejaban que nadie lo olvidara. "Entonces, ¿ese tal Tom Wright está aquí para reunirse con Slater?"
"Al parecer, Slater no vendrá esta vez", dijo Tess, subiendo la cremallera de su abrigo con una pequeña sonrisa. "Se dice que enviará a uno de sus hijos en su lugar. Supongo que se ha dado cuenta de que Bayville es demasiado pequeño para él".
"Qué suerte tenemos", dije secamente. "Seguro que papá está encantado".

Tess resopló. "Oh, ya sabes que papá ya está planeando su gran enfrentamiento. Siempre intenta irritarles cuando pasan por aquí. Es como su deporte favorito".

No pude evitar reírme. Nuestro padre nunca había ocultado sus sentimientos hacia los Sullivan. La enemistad llevaba generaciones gestándose, y papá siempre encontraba pequeñas formas de hacerles la vida más difícil cuando estaban cerca. Era su manera pueblerina de rebelarse contra el enorme imperio empresarial que poco a poco se estaba tragando lugares como el nuestro, entre otras cosas.

"Bueno, estoy segura de que papá tiene un nuevo lote de quejas listo para dejar salir".

Tess sonrió, claramente divertida por la idea. "Probablemente. Pero bueno, al menos nos entretendremos un poco".

La tormenta parecía arreciar aún más y el viento aullaba en espeluznantes ráfagas contra las ventanas. Dirigí una mirada preocupada hacia la puerta, sabiendo que Tess tendría que volver a salir con aquel lío.

"Ten cuidado en las carreteras", le advertí. "Se está poniendo peor ahí fuera. Y dale a Caden un gran abrazo de mi parte, ¿vale?"

"Lo haré", dijo ella, subiéndose la capucha y echándose el bolso al hombro. "Gracias de nuevo, Rihanna. Eres la mejor".

"Vuelve a casa sana y salva. Y llámame cuando llegues", la perseguí y vi cómo desaparecía en medio de la tormenta, con su figura menuda engullida por las láminas de lluvia.

Con un suspiro, me dirigí a la recepción, con la tormenta resonando débilmente de fondo.

# Capítulo 2

# Rihanna

El reloj marcaba las cinco pasadas. Yo seguía en la recepción horas después de lo que se suponía que era el turno de Tess, con los dedos dando golpecitos en la encimera mientras miraba la tormenta. La lluvia no había cesado y el cielo seguía gris y melancólico. Pero mis pensamientos no se centraban en el tiempo. No podía quitarme de la cabeza al huésped del aparcamiento. Tom Wright no había aparecido desde que ocupé mi lugar en la recepción.

Sonó el teléfono, sacándome de mi aturdimiento. Gruñí para mis adentros al ver el identificador de llamadas. Mamá.

"Hola, mamá", respondí, preparándome para lo que se avecinaba. Últimamente, mamá sólo pensaba en una cosa cuando se trataba de mí.

"Rihanna, cariño, ¿qué es eso que he oído de que has vuelto a cubrir a Tess? De verdad que tiene que dejar de aprovecharse así de ti", empezó mamá, sin molestarse siquiera en saludar.

Suspiré. "Ella no se está aprovechando de mí. Tuvo una emergencia con Caden. Ya sabes cómo se pone".

"Sí," dijo mamá de esa manera escéptica. "Siempre eres muy buena con ella, demasiado buena, en realidad. Tess tiene suerte de tenerte, y debería apreciar todo lo que haces por ella. Quiero decir, a veces te hace rabiar".

"Estoy bien, de verdad. No es que tuviera grandes planes para hoy. Sé que tú y papá debían operar la recepción durante la noche, pero

no quiero que conduzcan con esta tormenta".
Mamá no necesitaba saber nada del baño de espuma y del libro que me esperaban en casa. Aquella tarde se había perdido en la recepción de la posada.
"¿Segura? No nos importa conducir", dijo mamá. "No espero que trabajes doble turno sólo porque Tess te llamó en tu día libre".
"No te preocupes. Prefiero no conducir con este tiempo, y me siento mejor sabiendo que tú y papá tampoco".
"Bueno, eres demasiado desinteresada, Rihanna. Tess debería saber que no debe aprovecharse de eso. Ella sabe que yo habría recogido a Caden por ella. O mejor aún, estaría bien que encontrara un buen marido que la ayudara a compartir la carga".
El cambio en su tono me advirtió de lo que vendría a continuación. Me preparé.
"Hablando de eso", continuó mamá, su voz adoptando esa cualidad azucarada y persuasiva que usaba cuando estaba a punto de insistir en uno de sus temas favoritos, "me encontré con la madre de Steven en la tienda de comestibles esta mañana".
Ahí estaba.
"Mamá..." Empecé, pero ella me pasó por encima.
"Ella mencionó cómo Steven sigue soltero, ya sabes. Quiero decir, sólo estoy comentando, cariño, es un chico de buen corazón. Lo conoces desde siempre. Sería perfecto para ti".
"Sí, lo conozco desde que éramos niños", murmuré. "No creo que quede ningún misterio ahí".
"¡Bueno, el misterio está sobrevalorado! Steven es muy trabajador y tiene muy buenos modales. Es guapo y tiene un trabajo fijo en el

banco, ¿qué más se puede pedir?" La voz de mamá estaba llena de entusiasmo, como si me estuviera ofreciendo un billete de lotería premiado y no toda una vida de cenas incómodas con alguien que parecía más un primo que algo romántico.

"Mamá, no quiero a Steven. Steven no me atrae", intenté mantener el tono de voz, pero no podía ocultar la exasperación que me invadía. Habíamos tenido una variación de esta conversación demasiadas veces.

"¡Oh, cariño, la atracción puede crecer! Y además, estás en Bayville; las opciones son escasas. Todos los hombres buenos se agotan rápidamente. Ya lo sabes", su voz adquirió un tono más serio, como si estuviera impartiendo una antigua sabiduría.

Cerré los ojos, frustrada. "Mamá, no necesito precipitarme sólo porque te preocupa mi reloj biológico".

Llevaba insistiendo en encontrar un buen hombre desde que Tess se quedó embarazada a los diecinueve años. Mis padres no eran tan anticuados como para rechazar a Tess, pero su decepción se manifestaba de otras maneras, sobre todo presionándome para que cumpliera sus sueños sobre cómo debían funcionar las cosas. Como la mayor, siempre se esperó de mí que fuera la responsable. La niña buena. Y yo había cumplido mi papel mientras mi hermana y mi hermano pequeños causaban problemas a su manera. Solía estar agradecida por no haber tenido que pasar por sus penurias, pero ahora me faltaba un año para cumplir los treinta, y el entusiasmo de mamá por que uno de sus hijos estuviera a la altura de sus ideales estaba alcanzando su punto álgido.

"Sólo recuerda", insistió ella, sin inmutarse. "Steven no se va a quedar soltero para siempre. Si no tienes cuidado, alguien vendrá y se lo llevará".

*Y eso no sería una tragedia,* pensé para mis adentros. Pero me mordí la lengua.

"De todas formas, piénsatelo", me dijo, con un tono demasiado alegre para mi estado de ánimo. "Es un gran partido y sólo quiero que seas feliz".

"Gracias, mamá", dije, tratando de concluir. "Pero tengo que volver al trabajo".

"De acuerdo, cariño. Hablaremos más sobre esto pronto, ¿vale? Te quiero".

"Yo también te quiero", dije, colgando y dejando el teléfono sobre la encimera con un suspiro.

Me quedé sentada un momento, con las expectativas de mi madre envolviéndome como un sudario hecho de plomo. La idea de quedar con alguien como Steven era asfixiante. Él era bueno, claro, pero no había nada entre nosotros. No había chispa. Ni emoción. Y definitivamente ninguna atracción.

Me quedé mirando el aparcamiento, el lujoso todoterreno seguía aparcado ahí fuera, e inevitablemente pensé en el hombre misterioso que había entrado antes sin siquiera echar un vistazo a la lluvia. *Eso sí* que me había provocado algo. Aunque nunca se lo diría a mamá.

Detrás de mí se oyeron pasos y entró Suzie Miller, la señora de la limpieza y la única persona que hacía que este lugar funcionara a la perfección. Llevaba con nosotros desde siempre -treinta años, desde

antes de que yo naciera- y formaba parte de la posada tanto como los propios muebles. Suzie era dura, práctica y tan sabia que siempre me daba la sensación de que podía ver a través de mí.

"¿Por qué tienes cara de que alguien te ha robado el dinero del almuerzo?" Preguntó Suzie, con las manos en las caderas y una mirada de complicidad.

"Acabo de hablar por teléfono con mamá", dije, poniendo los ojos en blanco.

"Ah, no digas más", Suzie soltó una risita, su mirada aguda captó la situación con facilidad. "Déjame adivinar, ¿te habló de Steven otra vez?"

"Bingo".

Suzie hizo un chasquido con la lengua y sacudió la cabeza. "Ese chico no podría interesarte aunque lo intentaras. Haces bien en no caer en esas tonterías".

"Sólo desearía que dejara el tema en paz. Quiero decir, hay cosas peores que estar soltera, ¿verdad?"

"Claro que sí. Como estar atrapada con alguien que te aburre por el resto de tu vida", dijo Suzie, limpiándose las manos en el delantal. "Sin ofender a Steven, pero el tipo es tan emocionante como ver la pintura secarse".

Me reí, el peso de la culpa se disipó un poco. "Exacto".

Suzie se apoyó en la encimera y sus ojos brillaron con picardía. "No tienes que conformarte, cariño. Ni con Steven, ni con nadie".

"Es más fácil decirlo que hacerlo cuando vives en medio de la nada", murmuré.

"Cierto", concedió. "Pero la vida es mucho más que Bayville. Tú lo sabes mejor que nadie".
Volví a mirar por la ventanilla hacia el todoterreno, con un leve atisbo de intriga. Había algo más en la vida que Bayville. Sólo que aún no estaba segura de qué era.
"Hablando de más", añadió Suzie, captando mi mirada, "¿ves ese coche tan elegante de ahí fuera? El tipo que lo conduce se quedará a pasar la noche".
"Lo sé", respondí, incapaz de detener la curiosidad que burbujeaba de nuevo. "Tom Wright, es su nombre al parecer".
"Cielos", dijo Suzie encogiéndose de hombros. "Cualquiera que sea su nombre, ese hombre tiene 'problemas' escrito por todas partes. Pero de los divertidos".
Una lenta sonrisa se dibujó en mis labios. Quizá el pueblo no sea tan aburrido después de todo.
Suzie apoyó el codo en la encimera y me dirigió una mirada familiar; estaba claro que sabía que yo tenía algo más que decir. Se secó la frente con el dorso de la mano, con el delantal polvoriento por un largo día de trabajo, y esperó.
Suspiré, apoyando los codos. "Sabes, realmente no estoy interesada en Steven. Pero mi familia tiene buenas intenciones. Quieren lo mejor para mí. Quizá debería hacerles caso".
Por mucho que no me atrajera, de lo que sí podía estar segura era de que con él, estaba a salvo. Y como a mi madre le encantaba recordarme de forma sutil, no me estaba haciendo más joven. Quería un marido y una familia, y me quedaba poco tiempo.

Suzie enarcó una ceja. "Puedes confiar en el juicio de tu familia, claro. Pero, ¿quieres a Steven o vas a dejar que elijan por ti porque es más fácil?"

La pregunta flotaba en el aire, pesada, y me pasé los dedos por el pelo, pensando en todas las veces que me había dejado guiar por las opiniones de mi familia. Y cuando no lo había hecho. "¿Recuerdas cuando me fui del pueblo hace dos años? Creía que lo sabía todo. Vivir por mi cuenta, lejos de Bayville, fue emocionante al principio... Pensé que estaba haciendo este gran y valiente movimiento. Pero mira adónde me llevó, Suzie".

Ella no dijo nada, sólo asintió lentamente.

"Acabé en esa horrible relación con Trey", continué, con la voz más baja. "Ignoré todas las señales de alerta y, cuando me di cuenta de lo tóxico y peligroso que era, ya no podía más. Por eso he vuelto. Bayville es seguro. Estoy a salvo aquí, cerca de mi familia".

Suzie frunció los labios y se cruzó de brazos. "Trey era un desgraciado, lo reconozco. Me alegro de que lo hayas dejado. No era bueno para ti y odiaba verte con él. Volver aquí puede que te salvara en cierto modo, pero Rihanna, te sigues escondiendo".

"¿Me sigo escondiendo?" Repetí, frunciendo el ceño.

"De la vida, del amor, de todo", dijo, su tono suave pero firme. "Vas a lo seguro, cariño. Pero el amor no es algo que puedas conseguir quedándote en tu zona de confort. Recuerda lo que te digo: si quieres algo de verdad, que te acelere el corazón, tendrás que arriesgarte".

Sus palabras dieron en el clavo, pero negué con la cabeza. "Ya lo intenté, y me llevó directamente a Trey. Aún estoy recuperándome

de aquel desastre. No puedo permitirme cometer otro error como ése".

Suzie ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa cómplice. "El amor siempre es un riesgo, cariño, pero eso no significa que renuncies a él. No te conformas con alguien como Steven sólo porque es bueno. Te mereces algo mejor que eso".

Abrí la boca para protestar de nuevo, pero ella levantó la mano. "Escucha, no estoy diciendo que te tires encima del próximo hombre que entre aquí. Pero no te cierres por completo. Nunca encontrarás el amor verdadero si tienes demasiado miedo de dejarlo entrar".

Exhalé, sintiéndome un poco más ligera, aunque los nudos de la preocupación permanecían. Suzie tenía una forma de llegar al meollo de las cosas y, quisiera yo admitirlo o no, tenía razón.

Antes de que pudiera responder, dio una palmada y dijo: "Bueno, me voy por esta noche. No trabajes mucho y piensa en lo que te he dicho, ¿vale?"

"Lo haré", prometí, dedicándole una sonrisa de agradecimiento. "¿Estás segura de poder conducir de vuelta a casa? La tormenta es muy fuerte".

"Cogí el coche de mi marido, y no vivo muy lejos", dijo. "Gracias, cariño. ¿Y tú? ¿Vas a tomar el turno de noche, o irás a casa pronto?"

"Se suponía que mamá y papá tenían el turno de la noche, pero no tiene sentido hacer salir a todo el mundo con este tiempo. Yo me haré cargo", le dije. Hubiera preferido estar en casa, pero no era una dificultad. El turno de noche significaba dormir en la habitación de atrás, justo al lado del vestíbulo, por si alguno de nuestros huéspedes necesitaba algo. Esta noche, nuestros únicos huéspedes

eran una dulce pareja de ancianos que venían todos los años por su aniversario, un vendedor ambulante y Tom Wright.

"Espero que sea una noche tranquila", dijo con una sonrisa.

"Gracias, Suzie".

Se despidió con un amable gesto mientras se marchaba y sus palabras quedaron grabadas en mi mente cuando la puerta se cerró tras ella. El silencio en el vestíbulo era más intenso sin la presencia de Suzie, y me recosté en la silla, procesando su consejo.

*¿Estoy realmente preparada para abrirme al amor de nuevo?*

Los pasos en las escaleras esta vez me hicieron enderezar la espalda. Y esperar que fuera la persona que quería ver. No teníamos muchos huéspedes reservados, y sólo había uno que despertaba mi curiosidad. La emoción floreció en mi pecho, efervescente y brillante cuando apareció.

Tom Wright entró como si fuera el dueño del lugar. Llevaba el pelo oscuro alborotado y sus ojos marrones eran inquietantes como la tormenta. Vestido con un traje a medida, se movía con una confianza magnética. Me quedé sin aliento un segundo y el corazón se me aceleró.

Era todo lo que Steven no era: misterioso, formidable, arriesgado. Y yo no podía apartar la mirada.

# Capítulo 3

# Jonas

"¿En qué puedo ayudarle, señor Wright?" Me preguntó la mujer que estaba detrás del mostrador, y tardé un segundo en darme cuenta de que se dirigía a mí.

Había dado un nombre falso cuando me registré. No tenía intención de quedarme aquí. Me dirigía al Sullivan Suites por asuntos familiares cuando me sorprendió la tormenta. La Posada Bayville era mi única opción y sabía que no debía usar mi propio nombre. Mi padre me había advertido de que los lugareños podían ser hostiles con nuestra familia y, por una vez, me alegré de haber seguido su consejo. Lo último que quería era que la hermosa mujer que estaba detrás del mostrador me tratara como a una basura por haber reservado con mi propio nombre.

"Supongo que aquí no tienen restaurante, ¿verdad?" Pregunté, medio esperando una sonrisa o algún tipo de reconocimiento de que era una pregunta ridícula para un lugar como éste.

Negó con la cabeza, su expresión se suavizó ligeramente mientras se colocaba un mechón de pelo castaño claro detrás de la oreja. "No hay restaurante. Lo siento. Si quiere cenar, el sitio más cercano es Mac's Diner, pero está al otro lado del pueblo".

"¿Al otro lado del pueblo?" Repetí, mirando hacia la ventana donde arreciaba la tormenta. ¿Conducir por el pueblo con este tiempo? Imposible. Lo último que me faltaba era que mi coche se saliera de

la carretera en una inundación repentina. Papá nunca me dejaría vivir así. "No parece posible llegar a Mac's Diner con este tiempo".
Sus ojos parpadearon con diversión, sólo por un momento. "No, probablemente no. Es bastante arriesgado ahí fuera".
Suspiré, frotándome la nuca. No había querido venir a este viaje, pero papá había insistido. Ahora estaba atrapado en una posada de mala muerte sin ninguna de las comodidades a las que estaba acostumbrado. En Nueva York, había una docena de restaurantes con estrellas Michelin a menos de diez minutos de mi ático. No estaba acostumbrado a vivir a la intemperie. Pero al menos este lugar tenía algo a su favor. La mujer guapa de pelo castaño que estaba detrás del mostrador. Había visto bien su cuerpo ágil en el aparcamiento; su ropa mojada se le había pegado a las curvas y, un par de horas después, seguía pensando en su figura.
"Podrías probar en el mercado local", ofreció, inclinando ligeramente la cabeza. "Está al final de la calle. Tendrán cosas básicas".
Cosas básicas. Bien. Exactamente el tipo de cocina al que estaba acostumbrado. Pero la forma en que lo dijo fue seria y servicial, como si realmente quisiera asegurarse de que no pasara hambre. Eso era más de lo que podía decir de la mayoría de la gente en mi mundo.
"Supongo que tendrá que bastar", me encogí de hombros, tratando de hacerme el interesante. "No se puede ser exigente cuando estás atrapado en el medio de la nada".
Sus labios esbozaron una breve sonrisa y un inesperado calor me subió por el cuello. Había algo en la forma en que me miraba -directa, pero con un toque de curiosidad- que me hizo sentir que

veía algo más que al extraño que tenía delante. O tal vez me lo estaba imaginando.

Y era muy atractiva. Demasiado guapa para estar detrás del mostrador de una posada de mala muerte. Había salido con modelos que no tenían lo que ella tenía. Su belleza era sutil: la forma en que su pelo castaño enmarcaba su rostro, la suavidad de sus labios, la inteligencia de sus ojos. Tenía ese aire de chica inocente y era tan sana como la tarta de manzana que me la imaginaba horneando al final de cada verano. No era para nada mi tipo habitual. Yo siempre andaba detrás -y a la caza- de las mujeres pulidas y maquilladas que frecuentaban los bares más exclusivos de Nueva York. Me había acostado con la mitad de las fashionistas y socialités neoyorquinas, con cualquier mujer dispuesta a pasar un buen rato y que no esperara compromiso. Normalmente me mantenía alejado de las chicas sanas, pero esta mujer parecía tener algo salvaje y raro. Me encontré a mí mismo queriendo saber más sobre ella, lo cual era ridículo. No estaba aquí para conocer a nadie, y menos a la chica de recepción. Pero no había nada de malo en una pequeña conversación, ¿verdad?

"No he oído tu nombre", dije, apoyándome en el mostrador.

"Soy Rihanna", respondió con una sonrisa demasiado dulce para lo que yo pensaba de ella.

"¿Como la cantante?" Pregunté.

"Se escribe igual, pero es un apellido. Galés", dijo con la paciencia tensa de quien ha respondido muchas veces a esa pregunta.

"Entonces, ¿eres de aquí?" Pregunté, mis ojos se desviaron hacia sus labios. "¿Naciste y creciste en Bayville?"

"Más o menos", respondió con un leve movimiento de cabeza. "He vivido aquí casi toda mi vida, excepto una breve temporada en la universidad".

"¿Has pensado en mudarte para siempre?"

Se encogió ligeramente de hombros, sus ojos se posaron en el mostrador un segundo antes de volver a encontrarse con los míos. "Una o dos veces. Pero este lugar tiene una forma de hacerte volver".

"¿Eso es bueno o malo?" Pregunté, con auténtica curiosidad.

Su sonrisa se ensanchó un poco y pensó en su respuesta antes de hablar. "Depende del día".

Me reí entre dientes. "Me parece bien".

Debería haberla dejado allí, coger el abrigo, darle las gracias por la sugerencia y salir a buscar algún tipo de comida medio comestible. Pero no lo hice. En lugar de eso, me quedé estudiando cómo sus ojos color avellana captaban la luz, cómo su boca se curvaba ligeramente cuando hablaba.

"Tengo que decir que esperaba más de Bayville", dije, inclinándome un poco hacia delante. "¿No hay restaurantes de lujo? ¿No hay servicios de cinco estrellas?"

Enarcó una ceja, captando claramente mi tono burlón. "Si buscas un jacuzzi y un spa, estás en el lugar equivocado".

"¿Y el servicio de habitaciones?" Bromeé, sabiendo muy bien que no había.

Sacudió la cabeza, divertida. "Tampoco hay servicio de habitaciones. Vas a tener que valerte por ti mismo esta noche".

Sonreí, disfrutando de la broma más de lo que debería. "Es una pena. Uno podría morirse de hambre en este pueblo".
"Sobrevivirás", dijo, con los ojos brillantes de desafío y humor.
Había algo en esa mirada -una chispa de confianza, quizá- que me atraía. Inclinó ligeramente la cabeza y una suave calidez se reflejó en su rostro, mientras el viento exterior dejaba escapar una ráfaga particularmente violenta. Las luces parpadearon un instante y fruncí el ceño.
"Si se va la luz -que puede ocurrir- querrás usar la chimenea de tu habitación. ¿Sabes cómo encenderla?"
Hice una pausa, mi mente cambiando de marcha. "No puedo decir que sí".
"Te enseñaré", dijo, saliendo de detrás de la recepción. "Es bastante sencillo, pero el viento puede complicarlo".
Mientras caminaba delante de mí, guiándome hacia mi habitación, estudié su forma de moverse, grácil pero sin prisas. Había una tranquila confianza en sus pasos, y no pude evitar que mi mente divagara. Su culo por sí solo generó una docena de fantasías.
Se detuvo ante la puerta de mi habitación, esperando a que la alcanzara, con la mano apoyada en el marco de la puerta mientras se giraba ligeramente hacia mí. Había calor entre nosotros, una tensión que ninguno de los dos reconocía todavía.
"Vamos a encender el fuego", dijo, abriendo la puerta y entrando.
No pude evitar el asqueroso juego de palabras que se formó en mi mente, pero conseguí atraparlo antes de que se desbordara.
Ya me había hecho a la idea de lo modesta que era la habitación -nada que ver con las lujosas suites a las que estaba acostumbrado

en Sullivan Suites-, pero era cálida, estaba limpia y tenía lo básico. Serviría para pasar la noche.

Se dirigió hacia la chimenea de piedra que había en el otro extremo de la habitación, con una pequeña pila de leña ordenada a su lado. Honestamente, había imaginado que era sólo decoración, algo de encanto rústico.

"El interruptor para encender el gas está justo aquí. Tardará un minuto en encender, pero una vez que lo haga, ya está todo listo".

*Ah, así que tenía razón; la madera es sólo para decoración; es bueno saberlo.*

La observé mientras se inclinaba y mostraba cómo se accionaba el interruptor, con los dedos rozando la piedra. Por un momento, me quedé paralizado por el simple movimiento, por la forma en que su pelo caía sobre su hombro, la manera en que sus labios se apretaban en señal de concentración.

"¿Me has entendido?" Preguntó, levantando la vista hacia mí, claramente ajena a los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza.

Me aclaré la garganta, tratando de sacudirme el lapsus momentáneo. "Sí. Claramente. Gracias".

Se enderezó, se limpió las manos en los vaqueros y se volvió hacia mí. Durante un segundo, nos quedamos allí, con el aire entre nosotros cargado de tensión. Debería dejarla marchar, agradecerle su ayuda y seguir con mi velada. Pero no me moví.

Ella tampoco.

"Entonces", dije, con la voz más baja de lo que pretendía, "¿qué hace la gente por aquí cuando se va la luz?"

Sonrió, una sonrisa lenta y burlona que me hizo sentir un nudo en el estómago. "Encender unas velas. Encender el fuego. Esperar a que la luz regrese".

"¿Y si no?"

Sus ojos se encontraron con los míos, sosteniéndome la mirada de una forma que hizo que se me acelerara el pulso. "Improvisas".

Aquella única palabra perduró entre nosotros, cargada de posibilidades. No estaba seguro de si lo decía en serio, pero no importaba. Mi mente ya estaba dando vueltas a escenarios que no tenía ni idea de si le interesarían. Las chicas de pueblos como ella probablemente esperaban que alguien les pusiera un anillo primero. Pero hacía tiempo que no tenía un reto.

Hubo una atracción, un calor que crecía entre nosotros y, por una fracción de segundo, consideré la posibilidad de acortar distancias. Podía imaginármelo: sus labios, suaves y atractivos, su sabor, la sensación de su cuerpo apretado contra el mío.

Pero no podía. Todavía no.

"Eres peligrosa, ¿lo sabías?" Dije mi voz apenas por encima de un susurro.

Levantó las cejas, con un brillo juguetón en los ojos. "¿Por qué lo dices?

"Porque", dije, acercándome, "me estás haciendo olvidar por qué vine aquí en primer lugar".

No retrocedió. En lugar de eso, me miró, con la mirada fija y un rubor que subía a sus mejillas. "¿Y por qué has venido aquí, Tom Wright?"

Era una buena pregunta, para la que no estaba seguro de tener respuesta.

Podría haber dicho algo suave, algo que mantuviera el flirteo, pero no lo hice. En lugar de eso, di un paso atrás, rompiendo el hechizo. "Supongo que vine por trabajo. Pero creo que podría haber encontrado algo más. Aunque debería empezar por cenar".

Sonrió antes de volverse hacia la puerta. "Buena suerte en el mercado, entonces. Espero que encuentres lo que buscas".

Cuando salió y la puerta se cerró tras ella, el calor de su presencia permaneció en la habitación. El hambre que había tenido de comer había pasado a un segundo plano, sustituido por un hambre que no estaba seguro de cómo satisfacer.

El viento aullaba fuera, haciendo vibrar las ventanas, y yo no podía dejar de pensar en ella. En cómo sus ojos parpadeaban con interés, en cómo sus labios se curvaban en aquella sonrisa lenta y burlona.

Tal vez estar atrapado en esta pequeña posada tenía sus ventajas después de todo...

# Capítulo 4

# Rihanna

Bajé las escaleras y me entretuve en la recepción, revisando algunas facturas que se habían acumulado durante la semana. Pero mi cabeza no estaba en los números. Estaba en el hombre de negocios alto de pelo oscuro que acababa de bajar las escaleras y salir por la puerta. No se parecía a nadie de los que había conocido en Bayville. Había algo cautivador en él: su confianza en sí mismo, la forma en que su camisa se ceñía a sus anchos hombros y la sonrisa burlona que me dedicó al salir.

Miré por la ventana justo cuando su todoterreno negro se alejaba de la entrada de grava de la posada; la lluvia hacía que sus luces traseras se convirtieran en brillantes orbes rojos. Suspiré y me quedé mirando.

*Contrólate, Ri.*

Aparté la mirada de las luces que desaparecían a la distancia, pero me costó redirigir mis pensamientos, y mi mente divagó por un momento. ¿Cómo sería dejarse llevar por una vez? ¿Romper con las cuidadosas reglas que me habían mantenido a salvo pero tan... contenida? Cuando era pequeña, me enseñaron que las chicas como yo, las buenas, no nos acostábamos con desconocidos. No debíamos seguir cada impulso. Especialmente los impulsos que conducían a estar apretada contra el frío cristal de las ventanas de la posada con los labios de un hombre recorriendo mi cuello.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal sólo de imaginarlo. Pero entonces apareció el sentimiento de culpa, rápido y agudo. Se suponía que no debía tener pensamientos así. Se suponía que debía sentar la cabeza con alguien seguro y confiable. Como Steven. La buena chica convertida en una buena esposa. Y yo quería casarme y tener hijos. Quería sentirme segura. Entonces, ¿por qué alguien como Tom Wright me desconcertó tanto?

Steven era todo lo que mi familia quería para mí. Era educado, constante y fiable, un vendedor de artículos deportivos con un futuro brillante. Era precisamente el tipo de hombre con el que debía casarme.

*Quizá si alguien como Tom Wright me está tentando, debería escuchar a gente que sabe más. Dios sabe que tengo un historial terrible en mis relaciones.*

A mi madre le agradaba Steven. Mi hermana, Tess, me había dicho que era "seguro" como yo siempre quise que alguien lo fuera. Tal vez por eso me sentí tan deslucida. La idea de irme a la cama con Steven no despertaba nada parecido a ese fuego, a esa energía inquieta que se había enroscado en mi interior desde el momento en que vi a Tom por primera vez.

Casi podía oír la voz de Tess en mi cabeza, diciéndome que ojalá hubiera sido más como yo. Quería a Caden, pero la vida de madre soltera no era fácil, sobre todo desde que se había quedado embarazada tan joven tras un romance relámpago con un chico malo que se había marchado del pueblo en moto tan rápido como había llegado. Tess siempre fue la salvaje, la que tomaba decisiones imprudentes, mientras que yo era la fiable. Incluso mi hermano Dan,

con su mal genio y su pasado problemático, se había asentado finalmente en su papel de desastre familiar, dejándome a mí la carga de ser la perfecta.

La verdad es que estaba harta. Estaba cansada de ser la Rihanna fiable y predecible que siempre hacía lo que se esperaba de ella. Y tal vez, sólo tal vez, ésta era mi última oportunidad de probar un poco de libertad antes de que mi futuro estuviera todo trazado. Antes de ceder a la presión de mi familia y dejar que Steven me pusiera un anillo en el dedo, atándome para siempre a una vida que no estaba segura de querer.

Mis dedos tamborileaban ligeramente sobre la encimera mientras consideraba la idea. ¿Sería tan malo estar con Tom sólo por esta noche? Había estado coqueteando conmigo. Había notado cómo su mirada se detenía en mis labios cuando hablaba, la sutil burla en su voz. Si quisiera, podría volver fácilmente a esa fantasía, olvidarme de todo y dejar que me arrastrara a su órbita.

"Contrólate, Rihanna", dije en voz alta al vestíbulo vacío.

Por mucho que mi cuerpo me urgiera a hacer algo imprudente, no podía. Yo no era como Tess o Dan. Yo no rompía las reglas. No podía lanzarme sobre un desconocido caliente en medio de una tormenta.

Aparté el pensamiento y volví a las facturas, intentando ignorar el dolor del arrepentimiento que me invadía por dentro.



Una hora más tarde, justo cuando estaba terminando mi trabajo, las luces parpadearon siniestramente antes de que se fuera la luz, sumiéndome en la oscuridad.

Suspiré, me recosté en la silla y me froté las sienes. Hacía una hora que llovía a cántaros y el fuerte viento debía de haber derribado un tendido eléctrico. La tormenta no amainaba y, para colmo, un fuerte ruido procedente del exterior llamó mi atención.

"Genial", murmuré.

Cogí mi chaqueta y me dirigí hacia la puerta para comprobar qué era ese ruido. Por no hablar de que me preocupaba que Tom no hubiera vuelto aún del mercado. El viento era feroz y me azotó la lluvia en la cara tan pronto como abrí la puerta. Me apreté más la chaqueta, entrecerrando los ojos contra la tormenta, y me sentí aliviada al ver a Tom de pie junto a su todoterreno con una bolsa de la compra en los brazos. Debe haber regresado recientemente del mercado. Tenía el pelo húmedo por la lluvia y las gotas brillaban en la oscuridad mientras luchaba por evitar que el viento se llevara la bolsa de la compra.

"¡Mal tiempo!" Gritó, alzando la voz para que se le oyera por encima del aullido del viento.

"¡Sí, no me digas!" Grité, mirando con recelo al viejo arce que había cerca de la posada. La forma en que se balanceaba peligrosamente con el viento me hizo estremecerme.

¿Habría sido eso lo que hizo ese ruido?

Me había dicho cientos de veces que debíamos llamar a alguien para que lo derribara, pero nadie de mi familia lo había hecho. Ahora parecía que podía derrumbarse en cualquier momento.

Estaba a punto de volver a entrar cuando me fijé en una silla de terraza que había junto a la posada y que el viento sacudía como si fuera una muñeca de trapo. Murmurando para mis adentros, me

apresuré a cogerla, la doblé y la arrimé al edificio para que no se la llevara el viento. Llevaba el pelo empapado, con mechones pegados a la cara, y el viento era tan cortante que me hacía temblar.

*¡CRAC!*

Al principio, pensé que era un trueno, el sonido había sido tan fuerte que resonó en todo mi cuerpo, dejándome helada. Pero entonces unas manos me agarraron y unos fuertes brazos me rodearon la cintura y tiraron de mí hacia atrás. El mundo se desdibujó durante un segundo y tropecé con una sólida pared de calor justo cuando el suelo temblaba bajo mis pies.

El viejo arce se derrumbó justo donde yo había estado momentos antes.

El corazón me latía con fuerza mientras miraba el enorme árbol que yacía en el solar, con las ramas astilladas y retorcidas por la caída. Me habría aplastado. Mis rodillas cedieron ligeramente y me encontré apoyada en Tom, que seguía abrazándome con fuerza.

"¿Estás bien?" Su voz era áspera y preocupada, su aliento cálido contra mi oreja.

Tragué con fuerza, tratando de encontrar mi voz. "Creo que sí".

Me soltó y retrocedió lo suficiente para que pudiera volverme hacia él. Tenía el rostro serio y las cejas fruncidas. Habíamos estado tan cerca del desastre. Mi corazón seguía latiendo con fuerza y mis ojos se desviaron del árbol caído hacia él. De repente, la intensidad del momento me golpeó.

Había estado de pie *allí*. Justo donde cayó ese árbol. Si no me hubiera apartado...

"Yo..." No pude pronunciar las palabras. La gratitud me inundó, sustituyendo cualquier otro pensamiento. No podía dejar de temblar, y no era por el frío.

Me puso una mano en el brazo y me tranquilizó. "Entremos".

Asentí con la cabeza y dejé que me guiara de vuelta a la posada mientras la lluvia nos golpeaba por todos lados al cruzar la puerta a toda prisa. Una vez dentro, la calidez del vestíbulo nos envolvió, pero yo seguía conmocionada.

Volví a mirar por la ventanilla hacia el enorme árbol que bloqueaba la entrada. "Parece que estamos atrapados aquí", dijo Jonas, con voz baja y tranquila, como si no acabara de salvarme la vida.

Le miré, con el pecho aún oprimido por lo que acababa de pasar. "Gracias. Si no hubieras estado allí, yo..."

Sacudió la cabeza y su mirada se cruzó con la mía con una suavidad que me dejó sin aliento. "No tienes que agradecérmelo".

Pero se lo debía. Le debía todo en ese momento. Y estábamos atrapados aquí juntos.

# Capítulo 5

# Jonas

El resplandor de la chimenea parpadeaba en la habitación a oscuras, proyectando sombras ambarinas por las paredes. Hacía horas que no había electricidad, pero el calor del fuego y la compañía que me hacía eran más que suficientes para compensarlo. Rihanna se sentó frente a mí, el suave crepitar de las llamas era el único sonido entre nosotros mientras terminábamos de cenar.

Me ofrecí a compartir mi cena y ella también trajo su comida. Pusimos toda la comida en la pequeña mesa que había entre nosotros: una crujiente barra de pan artesano que aún había salido caliente del horno cuando la compré en el mercado, gruesas lonchas de queso brie que se derretían por los bordes e higos dulces y maduros que habíamos abierto con las manos. Junto a ellos, en un tupperware de plástico, Rihanna tenía unos macarrones con queso que habían estado sorprendentemente buenos, incluso fríos. Había algo íntimo en la forma en que habíamos compartido la comida, en cómo sus dedos rozaban los míos cuando me pasaba una rebanada de pan. No podía dejar de mirarla.

Rihanna tenía esa forma de atraerte sin ni siquiera intentarlo. Llevaba un jersey sencillo, nada elegante, y sin embargo cada curva y cada movimiento que hacía me hacían pensar en acercarme más a ella. La forma en que la luz del fuego bailaba sobre su piel, pintándola con un suave resplandor dorado, la sutil tensión de sus

hombros, la forma en que se mordía el labio inferior cada vez que me sorprendía mirándola... todo era magnético.

El fuego empezó a parpadear y luego se apagó, sumiéndonos en la oscuridad y robándome la visión. Rihanna sacó su teléfono y encendió la linterna.

"Lo siento, estas chimeneas pueden ser un poco temperamentales", dijo, e incluso a la tenue luz de su teléfono, su expresión avergonzada era evidente.

"Veré lo que puedo hacer", dije, pero antes de que pudiera terminar la frase, me estaba haciendo señas para que me detuviera, poniéndose en pie.

"Yo me encargo de eso", dijo.

Me recosté en la silla y la vi arrodillarse junto a la chimenea, girar el pomo y forcejear con el encendido.

"Mi familia siempre ha tenido que arreglar cosas por aquí", dijo, concentrada en la tarea que tenía entre manos. "La posada lleva un tiempo en mal estado. No siempre tenemos dinero para contratar a alguien, así que he aprendido a manejar las pequeñas reparaciones por mi cuenta".

Había algo de humildad en la forma en que lo dijo; no había rastro de amargura o como si esperara que yo sintiera lástima por ella, sólo una simple aceptación de la situación. Era fácil admirarla por eso. No era como las mujeres que solía conocer, esas que rebosaban lujo y nunca tenían que mover un dedo. Rihanna tenía agallas, una fuerza que sólo la hacía más atractiva.

Pero no fue sólo su fuerza lo que me atrajo. Cuando se arrodilló junto al fuego, su jersey se movió ligeramente y reveló la curva de

su cuello y las delicadas líneas de su clavícula. Su pelo caía hacia delante, enmarcando su rostro, y no pude apartar la mirada. Estaba tan buena que ni siquiera tenía que esforzarse.

Cuando por fin se levantó y se pasó las manos por los vaqueros, me sorprendió mirándola. Sus ojos se clavaron en los míos y ladeó ligeramente la cabeza, curiosa y algo nerviosa.

"¿Por qué me miras así?" Preguntó, casi en un susurro.

Enarqué una ceja, inclinándome un poco hacia delante. "¿Así cómo?"

"Como... como si me quisieras", dijo, con los dedos jugueteando con el dobladillo de su jersey, pero había algo en sus ojos. Un deseo que coincidía con el mío.

Me levanté despacio, cerrando el espacio que nos separaba y sintiendo la tensión entre nosotros como una fuerza magnética. Su respiración se entrecortó cuando le aparté suavemente el pelo de la cara.

"Es porque te deseo", dije en voz baja, observando cómo se dilataban sus pupilas, cómo su pecho subía y bajaba un poco más rápido.

Separó los labios y me miró con ojos muy abiertos y vulnerables. "Nunca he hecho esto", admitió, con una voz tan baja que casi se confundía con el crepitar del fuego. "Lo del rollo de una noche. No sé cómo funciona".

Su sinceridad hizo que algo dentro de mí se moviera. No podía negar que la deseaba. Pero ahora había algo más profundo, una necesidad de cuidarla, de asegurarme de que se sintiera segura y cómoda. Me enorgullecía de ser un amante considerado, pero nunca antes había tenido que preocuparme por alguien tan inocente.

Acaricié suavemente su mejilla con la mano. "Funciona como tú quieras", le dije con el pulgar rozando su piel.
Tragó saliva y sus ojos buscaron los míos en busca de seguridad. "No quiero estropearlo".
Sonreí, inclinándome hacia ella, con mis labios a escasos centímetros de los suyos. "No lo harás".
El calor de su aliento golpeó mis labios cuando por fin me encontré con los suyos, suave al principio, sólo un suave roce de piel, tanteando el terreno. Pero entonces volví a besarla, esta vez más profundamente, y ella se fundió en mí. La tensión de su cuerpo empezó a disminuir cuando sus manos se posaron en mi pecho y sus dedos se enroscaron en la tela de mi camisa.
Me tomé mi tiempo, mis manos moviéndose lenta y deliberadamente, mientras tiraba de su jersey por encima de su cabeza. Llevaba una sencilla camisa blanca debajo, como si se hubiera vestido para demostrar su inocencia. Por cierto, besaba, no era virgen, pero ¿una chica como ella en un pequeño pueblo como éste? Habría apostado dinero a que sólo había tenido una, tal vez dos, parejas de larga duración. La responsabilidad de lo que estaba haciendo con ella era casi suficiente para detenerme en seco. Pero mi deseo superó mi aprensión, y se hizo aún más intenso cuando sus pezones empezaron a endurecerse, asomando a través de su camisa.
"Ven aquí", murmuré, atrayéndola hacia otro beso. Se apretó contra mí y esta vez sus manos se volvieron un poco más atrevidas, subiendo por mis costados y rodeando mi espalda. La sujeté por la cadera con una mano y la otra se deslizó por su cuello hasta llegar a

su sedoso cabello. El suspiro de placer que soltó se dirigió directamente a mi polla y mis pantalones se tensaron.
Necesitaba ver más y tocar más.
Tiré de su camisa y no encontré resistencia. Se la quité, dejando que se uniera a su jersey en el suelo y dejando al descubierto su sencillo sujetador. Confundió mi mirada con desagrado y levantó los brazos para protegerse.
"Lo siento, probablemente no soy a lo que estás acostumbrado", murmuró, con los ojos bajos.
"No, te equivocas", le dije, poniendo mi mano en su brazo para detener el avance de su escondite de mí. "Estás muy buena. Sólo te estaba admirando".
Sus mejillas se sonrosaron, pero volvió a dejar que sus brazos se relajaran a los lados. Le rocé con los nudillos los pezones cubiertos de algodón, cada vez más duros. Era tan receptiva, tan sensible.
"Quítate esto por mí", le dije, queriendo que participara.
Se mordió el labio, tan carnoso y sonrosado, y dudó sólo un instante antes de echar la mano hacia atrás para desabrocharse el sujetador. La tela se deslizó lentamente, dejando al descubierto sus pechos pequeños y turgentes y sus pezones rosados y perfectos. Allí de pie, sólo con la luz del fuego y sus vaqueros, tuve que volver a tocarla. Era preciosa, la forma en que la luz besaba su piel, la respiración entrecortada cuando le pasé las manos por los costados.
Me miró con los ojos llenos de la misma vulnerabilidad nerviosa, pero también de deseo.
"Estás a salvo conmigo", susurré, besando la comisura de su boca antes de bajar hasta la línea de su mandíbula y trazar con mis labios

la sedosa curva de su cuello.
Sus manos se dirigieron a mi cintura y me acercaron. A medida que nuestro beso se hacía más profundo, el aire entre nosotros se calentaba y su corazón se aceleraba contra el mío. Me aparté lo suficiente para mirarla a los ojos.
"¿Estás segura de que quieres esto?" Pregunté en voz baja, queriendo darle la oportunidad de decir que no, de cambiar de opinión.
Ella asintió, sin apartar su mirada de la mía. "Sí, completamente".
La besé de nuevo, esta vez más apasionadamente, dejando que el calor aumentara entre nosotros.
Separarme de ella fue casi una agonía, pero necesitaba quitarme la ropa; necesitaba sentir todo su cuerpo contra el mío, sin barreras entre nosotros.
Me había quitado la chaqueta empapada y me había puesto ropa seca antes de cenar, pero incluso mi camisa era una barrera demasiado grande entre nosotros. Me desabroché los botones rápidamente, disfrutando de la forma en que Rihanna me miraba con el mismo deseo que yo sentía en lo más profundo de mi ser. Me deseaba tanto como yo a ella.
Una vez despojado de la camisa, pasé a los pantalones, y Rihanna me sorprendió ayudándome, llevando sus manos al cinturón y desabrochándomelo. El roce de sus dedos contra mi parte delantera no fue más que un susurro, pero bien podría haberme estado chupando con su dulce boca por la forma en que reaccionó mi polla.
Pronto me quedé sólo en ropa interior, pero me detuve ahí, consciente de no precipitarme. Quería que disfrutara tanto como yo,

y su comodidad estaba por encima de mi creciente necesidad.
"¿Deberíamos movernos a la cama?" Preguntó, su incertidumbre encantadora.
"No, te quiero aquí, delante de la chimenea", le dije, mirándola fijamente a los ojos. Las llamas bailaban en sus ojos color avellana. "Quiero poder verte mientras te doy placer".
Dejó escapar un adorable medio chillido y medio gemido, y al instante supe que estar con ella una sola vez no sería suficiente para mí. Puede que no durmiera mucho esta noche, y me importaba un bledo si eso dificultaba las reuniones de mañana. Iba a darle a Rihanna una noche para recordar.
Cogí una manta de la cama y la tendí en el suelo frente a la chimenea, añadiendo un par de almohadas. Pensaba quedarme allí un rato y me gustaba estar cómodo.
"¿Estás lista para más?" Pregunté, aunque quería arrancarle el resto de la ropa.
Ella asintió, y eso fue todo lo que necesité. Me arrodillé frente a ella y ya estaba cogiendo sus vaqueros. Los desabroché y se los bajé hasta la mitad de las piernas, saboreando cada centímetro de piel que dejaba al descubierto. Pero mirar no era suficiente. Rocé su piel suave con los dedos y mis labios la siguieron, besando sus muslos mientras terminaba de bajarle los vaqueros. Sus bragas también estaban limpias, pero había una mancha de humedad que empezaba a crecer. Estaba mojada, preparada para mí, y al saberlo sentí una descarga eléctrica en todo el cuerpo que rivalizaba con la tormenta del exterior.

Por fin le quité los vaqueros, pero no pude esperar a quitarle las bragas antes de tocarla. Agarrándola por las caderas, me la llevé a la boca, dejándole sentir mi aliento caliente a través de la fina tela. Ella se estremeció, y un chorro de líquido chocó contra mi boca.

"Mmm, estás tan necesitada de mí, ¿verdad?" Pregunté, acariciando su montículo, respirando su dulce almizcle.

Su respiración entrecortada fue suficiente respuesta, pero cuando admitió tímidamente: "Sí", su voz era susurrante, como si estuviera confesando algo personal, algo travieso. Me sentí como un hombre poseído.

Le aparté las bragas y le dejé el coño al descubierto. Estaba desnudo, salvo por una pequeña mata de vello en la parte superior de los labios vaginales, y brillaba a la luz del fuego, su excitación cubría sus labios de mariposa y me invitaba a probarla. La lamí, el sabor ligeramente salado era mejor que la deliciosa comida que habíamos compartido minutos antes. La separé con las manos y encontré su clítoris con la lengua, haciéndola penetrar inmediatamente.

Jadeó y me agarró por los hombros, mirándome con los ojos muy abiertos. ¿Había hecho alguien esto por ella antes? ¿Adorado su cuerpo como se merecía?

Joder, dar era tan placentero como recibir, y estaba decidido a asegurarme de que Rihanna supiera cómo debía tratarla un amante. Aunque sólo fuera esta noche. Iba a arruinarla para esos chicos de pueblo que no reconocían a una diosa cuando la veían.

Agarré sus caderas con más fuerza, atrayéndola contra mi boca a pesar de que no había espacio entre nosotros. Le di todo lo que

tenía, usando los labios y la lengua para prodigar a su clítoris la atención que merecía y arrancarle los suspiros y gemidos más deliciosos que escapaban de sus labios.

No aflojé hasta que se estremeció entre mis manos, con las rodillas a punto de doblarse y soltando jadeos. Me retiré y la miré con los labios bañados en su néctar. Debía de estar al borde, pero no se quejó.

"Tom..." Su voz era aturdida, necesitada.

Lo único que lamentaba era que no sabía mi verdadero nombre. Pero no podía revelárselo en pleno acto sexual.

Me quedé callado, quitándole las bragas mientras ella se balanceaba sobre mí, aturdida de placer.

"Túmbate", dije, acariciando la manta y planeando mi siguiente movimiento. Podría haberme quedado enterrado en su coño para siempre, pero mi polla estaba dura y dolorida, y yo también necesitaba algo de alivio.

A pesar de su aturdimiento, Rihanna se tumbó con gracia, apoyada en una de las almohadas, y parecía una obra de arte a la luz del fuego. Las sombras y los reflejos que se extendían por su cuerpo me daban ganas de explorar cada centímetro de ella, desde la curva de su cuello donde se unía con sus hombros, hasta esos pezones rosados, la caída de su pequeña cintura, el ensanchamiento de sus caderas, sus muslos tonificados. Era perfecta.

Me levanté para quitarme los calzoncillos y sentí el calor de la mirada de Rihanna incluso antes de verla. Apartó rápidamente la mirada, aparentemente avergonzada de que la hubiera pillado mirando.

"No me importa que mires", sonreí, cogiendo mi polla con un apretón flojo y acariciándome lentamente. Me devolvió la mirada, una mirada tímida bajo las pestañas que me hizo desear que me la chupara. Pero no iba a pedírselo; me parecía ir demasiado lejos con alguien tan inexperta en el sexo casual.

"La tienes muy..." Se interrumpió, apretando los labios. Arqueé una ceja mientras me acariciaba la polla. Se armó de valor para continuar. "...grande".

Mi polla se sacudió en mi mano. Sabía que estaba por encima de la media y, desde luego, a cualquier hombre le encantaría el cumplido, pero viniendo de ella, era mucho más dulce.

"¿Te preocupa eso?" Pregunté porque, contrariamente a la creencia popular, *podía* ser un caballero.

"En realidad no", se encogió de hombros, pero no me pasó desapercibida la forma en que sus piernas se apretaron por un momento.

"Me aseguraré de que estés lista para mí", le prometí con un ronroneo.

Me uní a ella en la manta, tumbándome medio encima de ella para poder besarle el cuello. Se derritió ante mis caricias, dejándome recorrer su cuerpo con las manos y besar donde quisiera. Bajé hasta sus pechos y me llevé uno de sus pezones a la boca. Soltó un pequeño gemido y sus caderas se movieron instintivamente. Quizá más tarde intentaría ver si podía correrse sólo con eso, con mi boca en sus pechos y nada más. Pero dejé que mis manos bajaran, abriéndole las piernas y encontrando su centro caliente y húmedo.

Esta vez me salté su clítoris y mis dedos buscaron su entrada. Empecé con un dedo, deslizándolo lentamente para probar. Estaba tan mojada que no encontré resistencia. Rápidamente pasé a dos, bombeando dentro y fuera de ella. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los párpados. Metí un tercero, sintiendo que estaba al límite y más que seguro de que podría aguantarme. Eso no me impidió chuparle más los pezones mientras la follaba con los dedos y le frotaba el clítoris con el pulgar. No paré hasta que se retorció.

"Sí", dije, dejando que su pezón cayera de mi boca, "Estás lista para mí".

Ella asintió, con los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas por la excitación.

"Por favor", murmuró, su mirada se encontró con la mía. Sonaba desesperada por mí, y eso fue suficiente para hacerme doler. Saqué mis dedos de su interior y, rápidamente, saqué mi cartera de mis pantalones desechados y saqué un preservativo de esta. No esperaba encontrar a nadie con quien follar cuando llegué a Bayville, pero nunca salía de casa sin ellos. Me acaricié la polla con la excitación que me había dejado en los dedos, lamiéndome y deseando no tener que usar condón. Sólo de pensar en cómo se sentiría ella a mi alrededor me preocupaba correrme demasiado pronto. Tal vez, después de todo, llevar preservativo tuviera una ventaja añadida. Me lo puse con facilidad.

Cogí la almohada extra, le pedí a Rihanna que levantara las caderas y la coloqué debajo de ella antes de colocarme entre sus piernas. Me alineé.

"¿Lista?" Pregunté, aunque lo único que deseaba era zambullirme en ella.
"Sí", asintió. "Por favor... necesito..."
No pudo terminar la frase, y no tuvo que hacerlo. Era más que suficiente.
Necesité toda mi fuerza de voluntad para ir despacio, observando su cara por si mostraba algún signo de incomodidad, pero no había ninguno. Sólo la dulce visión de su boca abriéndose en una perfecta "O" mientras la llenaba. Cuando estaba dentro de ella, una gota de sudor me caía por la sien, tanto por la proximidad del fuego como por el esfuerzo de no follármela hasta el suelo, como se me antojaba.
Esperé a que Rihanna se relajara, con su coño apretándose a mi alrededor como precursor de un orgasmo.
"¿Rihanna?" Pregunté, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja. Me miró con ojos salvajes y necesitados. "¿Estás bien?"
"Estoy...", parecía no encontrar una palabra, "mucho más que bien. Te sientes increíble".
No podía evitar que mis caderas empujaran hacia delante, aunque no tenía adónde ir. La presión extra hizo jadear a Rihanna.
"Más rápido", me instó. "Por favor".
Incluso en medio del sexo, recordó sus modales.
"Eres una chica tan buena", gruñí.
No esperé otra invitación. Empecé con empujones lentos, por mi bien y por el suyo. Me mantuve atento por si necesitaba que fuera más despacio, pero no tuve que preocuparme. Rihanna sólo parecía

satisfecha, y pronto pude acelerar hasta encontrar un ritmo que nos hizo gemir a los dos.

Me agarré a sus caderas mientras la follaba, alternando entre ver el placer iluminarse en su cara y mirar, hipnotizado, entre sus piernas al mismo tiempo que mi polla se hundía en su coño perfecto. Era de un tono rosa más oscuro que sus pezones y mejor que cualquier porno.

Rihanna se agarró a la almohada que tenía debajo de la cabeza y, cuando aceleré mis embestidas, tuve una vista fantástica de sus tetas rebotando a la luz del fuego. Era como una puta diosa, puramente erótica.

A medida que mi orgasmo iba en aumento, coloqué la mano sobre su montículo, presionando con firmeza y frotando su clítoris con el pulgar. Inmediatamente se apretó contra mí y un grito de placer escapó de sus labios.

"Eso es, preciosa", le dije, animándola. "Déjate llevar".

Mantuve un ritmo constante, con el pulgar y las caderas al unísono, mientras empujaba a Rihanna hacia el orgasmo. Mi lema era "las damas primero" y quería cumplirlo, aunque cada vez que la penetraba me resultaba más difícil.

Hubiera podido gemir de alivio cuando el estrechamiento revelador de ella a mi alrededor señaló su clímax.

"Córrete para mí, nena", le dije, empujándola cada vez más cerca de la meta. "Hazlo".

"Oh, Dios", gimió, sus caderas se levantaron para encontrarse conmigo. "Oh, Dios, me estoy corriendo".

No estaba seguro de qué me apetecía más ver, si su hermosa cara mientras sus ojos se cerraban y su boca se abría con una letanía de gemidos y gritos, o su precioso coño, palpitando a mi alrededor, cremando sobre mi polla.

La elección me fue arrebatada cuando me llegó mi propio orgasmo. Mis ojos se cerraron solos y mi cuidadoso ritmo tartamudeó cuando el placer me atravesó con más fuerza que la tormenta. Gruñí y mis caderas chasquearon contra Rihanna con fuerza y profundidad al encontrar la felicidad en su cuerpo.

No dejé de frotarle el clítoris hasta que mi orgasmo se desvaneció, ralentizándose hasta que me detuve, con el pulso fuerte en mis oídos. La miré, que yacía flácida y extasiada debajo de mí. Su coño dio un último y débil apretón.

Le pasé las manos por las piernas y los costados, aún no listo para desconectarme, pero consciente de que debía retirarme pronto antes de que me ablandara tanto que el condón corriera peligro de salirse. Normalmente no me quedaba después, pero por un momento quise quedarme dentro de ella para siempre. Tal vez fuera su vulnerabilidad o la falta total de rendimiento, tan diferente de las chicas a las que estaba acostumbrado. Aquellas actuaban más como estrellas del porno que como personas reales. Rihanna era muy diferente, y yo no estaba listo para que esto terminara.

Agarrando el condón por la base, lo saqué de mala gana y me ocupé rápidamente de él antes de volver al lado de Rihanna. Me tumbé a su lado, estudiando su rostro a la luz del fuego y trazando patrones sin sentido en su piel.

"Ha sido el mejor sexo de mi vida", dijo con asombro, encontrándose por fin con mi mirada.

"Oh, nena, la noche no ha hecho más que empezar", le prometí, decidido a hacerla correrse al menos un par de veces más antes de dejarla dormir.

# Capítulo 6

## Rihanna

Los recuerdos de la noche anterior revoloteaban en mi cabeza mientras recorría la posada. El sexo con Tom no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. La tormenta había amainado, pero las secuelas persistían. Había llamado a un arboricultor para que se ocupara del arce, y el zumbido de la motosierra se oía de fondo mientras me movía. Pero esas no eran las secuelas que me preocupaban. Probablemente Tom ya se había despertado. Me había escabullido de su habitación antes del amanecer, ansiosa y confusa. Me había encantado cada segundo de nuestra noche juntos, y había sacudido todo mi mundo, pero ¿tener una aventura de una noche? En mis libros, el sexo era algo que se hacía en las relaciones duraderas y comprometidas. Había roto todas mis reglas la noche anterior, y lo peor era que no me arrepentía.

Para no pensar, me ocupé de preparar nuestro desayuno continental. Croissants que había comprado ayer en el mercado, paquetes de porciones individuales de mantequilla y mermelada, y una selección de fruta. Nuestras opciones de bebida se limitaban a un café filtrado y un zumo de naranja. Nada del otro mundo, pero era todo lo que teníamos.

El timbre del teléfono me hizo dar un respingo y contesté a tientas.

"Posada Bayville, habla Rihanna".

"Buenos días. Llamaba por el desayuno", la voz de Tom, profunda y suave, me produjo una oleada de calor. Me obligué a respirar con

normalidad.
"¡Buenos días! Uh, tenemos una variedad continental: croissants con mermelada o mantequilla, y hay fruta. Si tienes hambre, puedo..."
"Está bien, me lo saltaré. Tengo un día ocupado por delante. ¿Cómo puedo hacer el check-out?"
Se me aceleró el corazón al imaginármelo de pie en la recepción, mirándome fijamente con esos ojos intensos. No sabía si podría enfrentarme a él después de lo que habíamos hecho. Tom estaba a punto de irse, probablemente para siempre, y no necesitaba que me recordara que acababa de tener sexo sin sentido por primera vez en mi vida. "Puedes dejar la llave en la habitación si te resulta más fácil".
"Perfecto. Gracias", su voz se apagó antes de que la línea hiciera clic y yo me desplomara contra el mostrador.
Tenía que pasar esta mañana sin hacer el ridículo. Lo último que quería era volver a verle, cara a cara, después de haberme escabullido así de su habitación. No estaba hecha para aventuras de una noche, y ahora estaba pagando el precio de mi transgresión.
Me entretuve en la trastienda, fingiendo organizar la estantería de suministros y tratando de permanecer atenta a cualquier ruido de movimiento en el pasillo. Minutos después, la puerta principal crujió.
¿Era él?
Contuve la respiración, esperando, pero pronto me picó la curiosidad y me asomé por la ventana. El todoterreno de Tom estaba saliendo de la entrada. De repente, me vinieron a la mente más recuerdos de la noche anterior, que me provocaron una oleada de calor en las mejillas. Después de la alucinante primera ronda, nos habíamos

tomado un breve descanso antes de que Tom me provocara otro orgasmo, esta vez sólo con su boca. Nunca me había corrido dos veces en un día. Diablos, era raro que me corriera durante el sexo. Pero Tom no se había conformado con parar ahí, y comerme le había excitado lo suficiente para el segundo asalto. Todavía podía sentirlo entre mis piernas. Parecía tenerla intimidantemente grande. Pero una vez dentro de mí...

Me sonrojé hasta el pecho. Incluso estos pensamientos sexuales eran más de lo que estaba acostumbrada. Anoche me había llamado buena chica, pero yo me sentía de todo menos buena. No esperaba que ser mala me hiciera sentir tan bien.

Me di la vuelta rápidamente, tratando de alejar los pensamientos. Ya se había ido. Había salido de mi vida tan rápido como había entrado en ella.

*Buen viaje*, dije para mis adentros, aunque el calor persistente en mi pecho dijera lo contrario. Al menos no volvería a caer en la tentación de hacer cosas malas. Cosas malas que me hacían sentir demasiado bien.

Mis padres llegaron poco después de que Tom se fuera, y el ruido familiar de sus pasos me devolvió a la realidad. Me alegré de haber dejado de sonrojarme.

"¡Buenos días, cariño!" Me saludó mi madre con su habitual sonrisa. Mi padre le seguía de cerca, con una ligera mueca de dolor mientras se frotaba la parte baja de la espalda. Llevaba años con la espalda en mal estado, pero era evidente que esta vez le dolía más de lo normal.

"¿Llamaste al arbolista?" Preguntó papá, frunciendo el ceño y señalando al exterior.
"Sí, pensé que necesitábamos mover el árbol lo antes posible", dije, consciente de que los fondos eran escasos.
"Cariño, sabes que yo podría haberlo hecho. Tengo una motosierra en casa", dijo papá, con su terquedad habitual.
"Y sabes que no deberías hacer ningún esfuerzo con la espalda en ese estado", repliqué. Me había anticipado a la discusión. "Y antes de que sigas con eso, me gustaría recordarte lo de la última vez. Las facturas médicas cuestan más que el arboricultor, y lo sabes".
Papá carraspeó, pero asintió brevemente. Había prevalecido la sensatez.
"Gracias, Rihanna", dijo mamá sonriendo. Ayudar a papá para que no se hiciera más daño era cosa de dos. Pero su atención cambió rápidamente al ver el desayuno que había preparado. Nos estábamos quedando sin nada. "Pronto tendremos que hacer la compra".
"Hablamos de cómo reducir gastos, pero parece que aquí es imposible", murmuró papá, todavía masajeándose la espalda. "Honestamente, me pregunto si deberíamos deshacernos del desayuno por completo. No nos promocionamos como alojamiento con desayuno incluido".
"No nos promocionamos como nada", señalé.
La conversación pronto giró en torno a la logística habitual del funcionamiento de la posada, pero era evidente que había algo más en sus mentes. La cara de mi madre tenía esa expresión de pellizco que ponía siempre que había malas noticias.

"Bueno", empezó mamá, cruzándose de brazos mientras se apoyaba en la encimera, "¿te has enterado de lo último sobre los Sullivan?"
Por supuesto. Los Sullivan. Un sabor amargo subió a mi garganta, agudo e inoportuno.
"Se dice por ahí que están a punto de lanzar una gran campaña de marketing para Sullivan Suites aquí en Bayville. Tendremos suerte si mantenemos alguno de nuestros huéspedes restantes después de eso", mi padre sonaba con un tono amargo.
"Y por si fuera poco", continuó mamá, bajando la voz de forma conspirativa, "se dice que están intentando reclutar a Suzie".
Parpadeé sorprendida. "¿Qué? ¿Nuestra Suzie?"
Suzie era prácticamente de la familia, más que algunos de nuestros parientes reales, si he de ser sincera.
"Se supone que hoy tiene una reunión con los Sullivan", dijo papá, con un tono cargado de frustración. "Probablemente le ofrecerán un salario con el que no podremos competir. Primero papá, y ahora Suzie..."
Yo era una bebé cuando murió el abuelo, pero había oído la historia suficientes veces como para sentir que había estado allí. Los Sullivan se habían llevado algo más que a nuestros clientes.
"De ninguna manera", sacudí la cabeza, con el corazón acelerado. "Suzie no nos dejaría".
"El dinero manda, cariño", dijo mi madre suavemente, con ojos tristes. "A ella le encanta estar aquí, pero todos sabemos que los Sullivan pueden ofrecerle más de lo que nosotros jamás podríamos".
Apreté los puños, la idea de que los Sullivan se abalanzaran sobre nosotros para robarnos a nuestra única empleada me hacía hervir la

sangre. Llevaban años acosándonos, desde que decidieron que Bayville era el lugar perfecto para su cadena de hoteles de lujo. Todos habíamos oído que Slater y Zora Sullivan habían pasado por Bayville de vacaciones y que a Zora le había gustado nuestro "pintoresco pueblo". Así que Slater decidió poner un hotel aquí por capricho.

"¿No nos han hecho ya suficiente daño?" Murmuré amargamente. "Ese hotel suyo es una monstruosidad. Nos quitaron todo el negocio en cuanto abrieron sus puertas. ¿Y ahora también quieren a Suzie? No está bien".

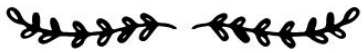
Papá hizo un gesto de dolor cuando su espalda volvió a sufrir espasmos, y el cansancio arrugó su rostro. El hombre trabajaba incansablemente para mantener este lugar a flote, y los Sullivan simplemente entraban con su dinero, empeorándolo todo. No iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que también nos quitaran a Suzie.

"Iré a hablar con Suzie", solté, sorprendiéndome incluso a mí misma. "La convenceré para que se quede con nosotros".

Mamá me dedicó una sonrisa de agradecimiento y papá suspiró aliviado. "Gracias, Rihanna. No creo que pudiera hacerlo yo con esta espalda".

"Iré contigo", dijo mamá. "No voy a dejar que entres sola en la boca del lobo".

Cogí mi chaqueta, con la determinación alimentando mis pasos. No estaba segura de lo que diría cuando llegara, pero sabía una cosa: esta vez no iba a dejar que los Sullivan ganaran. No sin luchar.



Llegamos al Sullivan Suites en la vieja ranchera de mamá, con el motor chisporroteando como si supiera que ese no era su sitio. El lugar se cernía sobre nosotras, todo cristal y cromo, elegante y moderno, como sacado de una película de ciencia ficción. Era imposible no sentir una punzada de resentimiento. Nuestra pequeña posada en Bayville era acogedora, desde luego, pero no podía compararse con aquel gigantesco monolito de riqueza y ambición. Me mordí el interior de la mejilla mientras aparcaba, agarrando el volante con más fuerza de la necesaria.

"Esto es a lo que nos enfrentamos", murmuré.

Mamá miró el imponente hotel a través de sus gafas de sol. "Es como si el maldito Empire State Building hubiera aterrizado en Bayville".

No se equivocaba. Todo el lugar gritaba "Sullivan", desde los cuidados jardines hasta el aparcacoches vestido con un elegante uniforme que esperaba en la entrada. Era frío, impersonal y exactamente el tipo de lugar que absorbería todos nuestros negocios, y dirigido por las peores personas. Entramos en el vestíbulo e intenté no quedarme boquiabierta. Era enorme: suelos de mármol blanco, lámparas de araña que parecían costar más que toda nuestra posada y superficies pulidas que lo reflejaban todo de la forma más prístina y estéril. Prácticamente podía oír el juicio silencioso en el aire, como si el lugar supiera que no pertenecíamos a él. Odiaba cada centímetro.

"Sí que les gusta alardear de su dinero", dije en voz baja, más para mí que para mamá, pero ella asintió.
"Llamativo y sin alma", contestó, pasándose una mano por el pelo corto y canoso. "Si esto es lo que busca Suzie, no sé cómo podremos competir".
Justo cuando nos adentramos en el vestíbulo, capté un fragmento de conversación de un par de empleados cercanos. Estaban apiñados cerca de la recepción, susurrando con los ojos muy abiertos.
"Sí, Jonas Sullivan es una pesadilla. Está destrozando a todo el mundo", dijo uno de ellos. "Sin paciencia, sin excusas. Si algo está mal, es mejor que creas que te estás enterando".
"Claro que lo es", murmuré, con la piel erizada de inquietud. Nunca había conocido a Jonas Sullivan, pero solo el nombre ya me hacía hervir la sangre. Parecía despiadado y de corazón frío, igual que su padre.
Mientras esperábamos, mi mente se desvió hacia Suzie. La idea de perderla a manos de los Sullivan era como perder una parte de la posada. Me invadió un dolor profundo y hueco.
"¿De verdad crees que podemos convencerla para que se quede?" Pregunté en voz baja, echando un vistazo a mamá, que miraba una foto enmarcada en la pared. Era la gran inauguración del hotel.
Mamá soltó un fuerte suspiro. "No lo sé, cariño. Le ofreceremos lo que podamos, pero... a veces la gente se deja influir por cosas que no podemos darles. Seguridad Social. Beneficios. ¿Quién sabe? Pero tenemos que intentarlo".
Asentí, con el peso de todo aquello presionándome. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conservar a Suzie.

Entonces, justo cuando la vi atravesar las puertas automáticas de cristal, mi corazón se aceleró un poco. Allí estaba, nuestra Suzie, con su conocida camisa de flores y sus prácticos zapatos. Echó un vistazo al vestíbulo como si tampoco perteneciera allí.

"¡Suzie!" La llamé, haciéndole señas para que se acercara. Sentí alivio al saber que la habíamos atrapado antes de la reunión, pero los nervios no tardaron en sustituirlo. ¿Y si no podíamos convencerla?

"Rihanna, Dawn", nos saludó Suzie cordialmente, aunque había un atisbo de sorpresa y vacilación en su sonrisa. "Supongo que se han enterado de la oferta".

Asentimos, tratando de mantenernos informales, pero el pánico bullía por debajo. "Así es. Escucha, Suzie, queremos que te quedes. Te ofreceremos un aumento..." Le lancé una mirada a mamá, que asintió con la cabeza a pesar de que ambas sabíamos que nuestro presupuesto ya era escaso. "Podemos hacerlo. Me bajaré el sueldo si hace falta".

Ya cobraba el salario mínimo en la posada. Era mi principal fuente de ingresos, y la complementaba con mi trabajo en el estudio de danza, pero a menudo había hecho turnos no remunerados para ayudar a mis padres.

"Rihanna, no vayamos tan lejos todavía", añadió mamá, tratando de hacerse la interesante. "Pero queremos asegurarnos de que sabes lo mucho que significas para nosotros. Eres como de la familia, y no podríamos dirigir la posada sin ti".

Suzie parecía desgarrada. "Me encanta trabajar con ustedes, de verdad. Pero los Sullivan... Bueno, me están ofreciendo mucho. Es

difícil decir que no a todos los beneficios, el salario..."
Antes de que pudiera terminar, se oyó un movimiento en el vestíbulo y uno de los empleados señaló en nuestra dirección.
"Ahí está Jonas Sullivan", dijo mamá, señalando con la barbilla a un hombre del grupo.
Levanté la vista y me quedé helada. Prácticamente se me paró el corazón.
Allí, caminando hacia nosotros, estaba Tom.
A quien no quería volver a ver. El hombre que me había salvado de ser aplastada por un árbol... y luego había pasado la noche conmigo de formas en las que apenas podía permitirme pensar en público.
*Oh. Dios. Mío.*
La sangre se me escurrió de la cara cuando la comprensión me golpeó como un tren de mercancías. Jonas Sullivan, el despiadado y de corazón frío hombre de negocios del que todo el mundo hablaba, era el mismo hombre con el que me había acostado la noche anterior. Al parecer, el mismo hombre que me había salvado la vida también me había mentido, me había dado un nombre falso y luego me había seducido. ¿Formaba todo eso parte de su plan?
*¿Qué he hecho?*
Tom, o debo decir Jonas, me miró desde el otro lado de la habitación y en sus ojos brilló el reconocimiento. Sus pasos vacilaron, solo un segundo, pero se recuperó rápidamente y su expresión volvió a endurecerse en aquella máscara de hombre de negocios.
Me quedé allí, clavada en el sitio, con las mejillas encendidas. ¿Cómo se suponía que iba a hablar con él ahora? ¿Negociar con él nada

menos que por Suzie?

*¿Qué voy a hacer?*

# Capítulo 7

# Jonas

Eran poco más de las 11 de la mañana cuando me dirigía al vestíbulo de Sullivan Suites con mi teléfono, intentando no perderlo.
"¿No es eso típico de papá?" Dije en el auricular, en voz baja, pero dejando traslucir mi frustración. "Primero insiste en que venga hasta aquí, a este pueblo de mala muerte, para ocuparme de unos asuntos de personal, y luego aparece él mismo para microgestionarme. Me lo ha dicho uno de los empleados: está aquí, merodeando por alguna parte".
La risa de Beckett resonó en la línea, ligera y fácil, como si todo aquello le pareciera divertido. "Vamos, Jonas, estamos hablando de papá. Sabes que no puede resistirse. Probablemente sólo quiere asegurarse de que no le haces quedar mal".
Puse los ojos en blanco, apenas escuché el intento de humor de Beckett. Su bromita era exactamente lo que me temía. Mis zapatos chasquearon en el mármol pulido al entrar en el amplio vestíbulo, y el sonido rebotó en los altos techos y las paredes de cristal. "Si quiere ocuparse él mismo de todo, ¿para qué me ha hecho venir aquí? En Nueva York tengo trabajo de verdad. En vez de eso, estoy aquí haciendo de director de hotel en este pueblo de mala muerte".
"Siempre te ha gustado el campo", se burló Beckett. "El aire fresco, las mañanas tranquilas, el sonido de los grillos. Ya sabes, el tipo de lugar en el que te gustaría establecerte".

Resoplé. "Si por 'campo' te refieres a un lugar sin nada que hacer excepto mirar árboles y vacas, entonces claro. Déjame empaquetar mi vida y mudarme aquí permanentemente".

"Oye, no todo es malo. Pronto saldrás de allí, ¿verdad? Arregla el tema del personal, encandila a los lugareños y podrás irte. No es como si fueras a quedarte allí para siempre".

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. Beckett, siempre optimista. Siempre encontraba el lado bueno de las cosas, incluso cuando no lo había. "Probablemente papá esté aquí para quejarse de cada movimiento que hago. Es asfixiante".

La risita de Beckett se desvaneció y su tono se suavizó. "Sí, lo entiendo. Pero quizá puedas hablar con él. Dile que te deje hacer tu trabajo. Tienes todo bajo control, Jonas. Tiene que verlo".

Me burlé. "¿Crees que Slater Sullivan escucha a alguien más que a sí mismo?"

"Cierto", respondió Beckett, la sonrisa audible en su voz. "Aguanta, tío. Y si todo lo demás falla, tómate una copa y haz las paces con las vacas".

"Gracias por el apoyo", murmuré antes de ver a uno de mis empleados haciéndome señas para que bajara desde el otro lado del vestíbulo. "Tengo que irme. Hay algo que requiere mi atención. Te veo luego".

"Buena suerte, hermano. No dejes que papá te haga enojar".

Colgué y me metí el teléfono en el bolsillo, con la tensión en mi cuello en aumento. Me acerqué al empleado, que esperaba cerca de la recepción. "¿Qué pasa?"

"Hace un rato ha llegado la candidata para el puesto de ama de llaves. Está allí", dijo, señalando a un grupo de tres mujeres de pie junto a la pared del fondo.

Seguí su mirada, dispuesto a acabar de una vez. Pero cuando mis ojos se posaron en el grupo, me congelé.

Allí, de pie junto a dos mujeres mayores, estaba Rihanna.

*¿Qué demonios...?*

No esperaba volver a verla, como a todas mis aventuras de una noche, y no quería reconocer la decepción que llevaba conmigo todo el día. Pero al verla de nuevo... se me aceleraron los latidos del corazón. Por un momento, me alegré de verla, hasta que me di cuenta de que me miraba como si hubiera matado a su familia delante de ella.

Las dos mujeres mayores debían de ser la señora Miller y... quién sabía quién más. Pero apenas las observé. Sólo podía concentrarme en Rihanna.

Parpadeé, intentando controlarme mientras mi mente recordaba la noche anterior: cómo había sentido su piel contra la mía, cómo había gemido en mi cama, su respiración rápida y ligera en la oscuridad de mi habitación, cómo se había marchado sin despedirse ni prometer que volveríamos a vernos, como a mí me gustaba. O se suponía que me gustaba. Pensaba que había sido un encuentro cualquiera, excitante, sin duda, pero ahora estaba aquí, en mi hotel, con la mujer a la que debía entrevistar.

Tuve que serenarme. Me sacudí la sorpresa, cuadré los hombros y me acerqué a ellas.

Una vez cerca, los ojos de Rihanna se abrieron un segundo, pero luego se entrecerraron como si estuviera preparándose para algo. Estaba de pie con los brazos cruzados, los codos sobresaliendo como escudos afilados y la columna vertebral rígida como si se negara a relajarse. Las otras mujeres parecían bastante educadas, pero todo el cuerpo de Rihanna gritaba tensión. Intenté ignorar el calor que se me revolvía en las tripas al verla, recordándome a mí mismo que ahora se trataba de una situación de negocios, independientemente de lo que hubiera pasado anoche.

"Hola", dije suavemente, mirando entre las dos mujeres mayores. "Jonas Sullivan. Creo que están aquí para el puesto de ama de llaves. Una de ustedes, al menos".

"Sí", balbuceó la mujer de la izquierda, claramente sorprendida por mi llegada. "Soy Suzie Miller".

"Y yo soy Dawn Bay", dijo secamente la otra mujer, entrecerrando ligeramente los ojos. Estaba claro que no le hacía ninguna gracia estar aquí.

"Y Rihanna", dije antes de que me la presentaran. Mis ojos se clavaron en los suyos y me asaltaron mil recuerdos a la vez: sus labios en los míos, el sonido de sus gemidos, la forma en que me había mirado como si hubiera sacudido su mundo.

Pero ahora su mandíbula estaba tensa y sus ojos desafiantes. No era la misma mujer de anoche. Ni siquiera cerca.

"¿Ustedes dos se conocen, Ri?" Preguntó Dawn, mirando entre Rihanna y yo con suspicacia.

*Ri. Era un apodo dulce.*

La expresión tensa de Rihanna vaciló, el pánico la invadió.

"Sí, nosotros..." Parecía estar buscando una explicación. Presumiblemente, algo que no implicara tres rondas de sexo ardiente. "Nos conocimos en el mercado ayer cuando recogí comida para el desayuno. Le di indicaciones".

La mentira era bastante plausible, y no iba a exponerla delante de todos. Suzie me había visto de pasada y me pregunté si protegería la mentira de Rihanna. No parecía dispuesta a intervenir.

"La tormenta me dio la vuelta, pero aquí Rihanna me enderezó", dije. Era una forma de describir nuestra noche juntos.

"Sí", dijo ella, su tono corto y enfadado.

"Un placer volver a verte", dije, tendiéndole la mano a Rihanna para que me la estrechara. Ella la cogió de mala gana, como si no quisiera tocarme. Pero la estreché con firmeza, disfrutando de nuevo del tacto de su piel. Hacía menos de doce horas, aquellos dedos se habían clavado en mi espalda mientras le proporcionaba su tercer orgasmo de la noche.

Dawn miró entre los dos, percibiendo claramente la tensión, y casi pude ver cómo le daban vueltas las cosas en la cabeza. Parecía sospechar, pero por suerte no insistió.

Solté la mano de Rihanna y estreché las manos de todos, manteniendo las cosas mucho más profesionales.

Suzie Miller se movió incómoda. "Vine aquí para, eh, discutir la posición", dijo, sonando un poco insegura. "Dawn dirige la Posada Bayville, donde trabajo actualmente".

La mirada de Rihanna se endureció y dio un paso adelante, cruzándose de brazos. "En realidad, queríamos dejar algo claro, señor Sullivan. Suzie es para nosotros algo más que una empleada.

Es de la familia. Y le estamos ofreciendo un aumento para mantenerla con nosotros. Así que, si cree que va a abalanzarse y robárnosla, está muy equivocado".

Su voz era aguda y levantó la barbilla desafiante. Era un desafío, simple y llanamente. Estaba trazando una línea en la arena. Y una parte de mí -quizá la parte terca y competitiva- quería cruzarla para ver cómo reaccionaba.

Miré a Suzie, que parecía incómoda con toda la situación, y luego de nuevo a Rihanna. "Lo comprendo", dije con cuidado. "Pero la señora Miller está aquí para considerar sus opciones, y Sullivan Suites puede ofrecerle bastante más que su pequeña posada. Son sólo negocios".

Rihanna apretó la mandíbula. "No me importan tus asuntos. Suzie es importante para nosotros y hacemos lo que podemos para conservarla. No te metas con mi familia".

Dawn me miraba abiertamente, como si me estuviera evaluando, esperando a que diera un paso en falso. Y Suzie, la pobre Suzie, parecía querer meterse en un agujero y desaparecer. Sin embargo, no pude evitar admirar la audacia de Rihanna. No se echó atrás, ni siquiera cuando se vio claramente superada. Era luchadora. Dura.

"No pienso meterme con nadie", dije finalmente, tranquilo pero firme. "Sólo estoy aquí para hacer mi trabajo".

Los ojos de Rihanna se cruzaron con los míos y, por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Era como si una batalla silenciosa estuviera ocurriendo entre nosotros. Estaba enfadada. Eso era evidente. Pero había algo más, algo más profundo. Quizá arrepentimiento. Tal vez miedo. No sabría decirlo.

Finalmente, Dawn se aclaró la garganta. "Deberíamos irnos. Suzie tiene mucho que pensar, y hemos dejado clara nuestra posición".
"Aún no hemos hecho la entrevista", señalé.
"Siento haberle hecho perder el tiempo, Sr. Sullivan", dijo Suzie.
Sin mediar palabra, las tres se dieron la vuelta para marcharse, Dawn acompañando a una desconcertada Suzie, pero Rihanna vaciló un segundo y volvió a mirarme. Nuestras miradas se cruzaron de nuevo y, por un instante, fue como si fuéramos las dos únicas personas de la habitación.
Luego se dio la vuelta y salió, desapareciendo por las puertas de cristal junto con Suzie y Dawn.
Me quedé allí un momento más cuando se fueron. Algo se me anudó detrás de las costillas, como si hubiera perdido algo importante, aunque no sabía muy bien por qué. ¿Qué demonios acababa de pasar?
Antes de que pudiera entenderlo, alguien se acercó por detrás. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con la última persona que quería ver.
Mi padre.
"Bueno", dijo con una sonrisa de satisfacción, con las manos metidas en los bolsillos. "Lo has estropeado todo".

# Capítulo 8

# Rihanna

"Se suponía que tenías que estar aquí hace una hora, Tess", regañé suavemente a mi hermana por teléfono. La revelación de esta mañana de que Tom Wright era, en realidad, Jonas Sullivan me había puesto los nervios de punta.

Estaba en la recepción, con el teléfono entre el hombro y la oreja, mientras intentaba recoger mis cosas del día. Había sido uno de esos turnos largos e interminables en los que los minutos se alargaban, pero el trabajo nunca se detenía. Me dolía la espalda, me palpitaba la cabeza y lo único que me apetecía era tumbarme en el sofá con una mala serie de telerrealidad y acurrucarme con mi gato, Whiskey.

"Lo sé, lo sé", gimió Tess. "Lo siento, Ri. Es que ha sido uno de esos días; me desperté tarde, y Caden no tenía nada limpio que ponerse para ir al colegio, así que tuve que batallar para sacar algo de la ropa sucia que estuviera un poco decente, pero luego le dio un ataque de nervios porque la ropa estaba demasiado arrugada..."

Mi hermana continuó con la letanía de cosas que habían ido mal en su día, dejándome dividida entre la frustración y la empatía.

"Siento que haya sido un día tan duro", dije, intentando no sonar tan agotada como me sentía. "Sinceramente, mi día también lo ha sido. Llevo trabajando en la posada desde el amanecer, aparte de que hoy he dado tres clases seguidas de ballet..." Se me cortó la voz mientras intentaba cerrar la cremallera del bolso con una mano. No podía contarle lo de Jonas, no por teléfono y, desde luego, no donde

mamá y papá pudieran oírme. El bolso se me cayó del escritorio al suelo, en la parte delantera, donde no podía alcanzarlo. Reprimí una maldición.

"Yo también lo siento, de verdad", se quebró la voz de Tess, genuina y sincera. Mi hermana era un poco desordenada, pero nunca era por descuido. "Te lo juro, estoy como a diez minutos".

"Tengo muchas ganas de llegar a casa", suspiré. "Whiskey necesita comer, y yo quiero tumbarme en el sofá y acurrucarme con él. Si me perdona por haber estado fuera tanto tiempo".

"¡Lo prometo! Diez minutos como mucho", volvió a decir Tess antes de colgar.

Volví a dejar caer el teléfono en su soporte y me acerqué a la parte delantera del escritorio para recoger mi bolso y volver a dejarlo sobre el escritorio. Me permití un breve momento para cerrar los ojos y soñar despierta con la paz y la tranquilidad que me esperaban en casa. Una ducha caliente, un pijama suave y una copa de vino: era todo lo que deseaba.

Ni siquiera tuve un minuto de paz antes de que sonara la puerta principal y nada menos que Jonas Sullivan atravesara el vestíbulo como si fuera el dueño del lugar. Se me cortó la respiración, el calor se elevó como una bengala de advertencia, la rabia chispeando junto a esa atracción traidora que deseaba no sentir. No por un Sullivan. Me vinieron a la mente los recuerdos de la noche anterior: sus manos, la luz de la chimenea, el tacto de sus labios sobre mi piel.

*Dios, ¿por qué ha vuelto aquí?*

Puse mi mejor sonrisa profesional, aunque la tensión se apoderó de mi cuello.
"Sr. Sullivan", le saludé, enfatizando su apellido como una maldición. "¿Qué está haciendo aquí?"
"Rihanna", dijo, mostrando esa sonrisa molesta y encantadora mientras se acercaba al mostrador. "Necesito una habitación".
Parpadeé. "¿Una habitación? ¿En 'mi pequeña posada'?" No pude evitar la incredulidad en mi voz. Tenía todo un hotel de lujo a su disposición al otro lado del pueblo y, sin embargo, me estaba pidiendo una habitación aquí. Por segunda noche consecutiva. O me estaba gastando una broma o me estaba castigando.
"Sí, aquí", dijo, apoyándose en el mostrador como si tuviera todo el tiempo del mundo. "Y antes de que preguntes por qué no me alojo en mi propio hotel, te lo diré: mi padre está en el pueblo".
"¿Tu padre?" Mis cejas se alzaron. "Y eso es un problema, ¿por qué...?"
Dudó un momento, pasándose una mano por el pelo. "Porque ahora mismo no soporto estar bajo el mismo techo que él. Mira, el objetivo de este viaje era librarme de la presión de mi padre durante unos días y demostrarle que podía manejar este negocio por mi cuenta. Ahora está aquí, respirándome en la nuca, intentando controlar todos mis movimientos, y necesito algo de espacio. ¿Es mucho pedir?"
La simpatía que no quería sentir empezó a asomar, aunque seguía encontrando toda la situación un poco extraña. "Entonces, ¿estás tratando de evitarlo?"

"Sí", dijo Jonas, aunque su tono tenía más peso que la irritación de un padre autoritario. Su expresión cambió, un destello de algo más oscuro cruzó sus rasgos. "Pero es más que eso. Últimamente está más exigente que de costumbre. Está utilizando la herencia como palanca, colgándola delante de todos nosotros como una zanahoria en una cuerda".

Ah. Ahora estábamos llegando a alguna parte. Había oído rumores por el pueblo de que Slater planeaba dimitir a finales de año y preparar a sus hijos para sustituirle. Antes, no había prestado mucha atención más allá de pensar que debe ser agradable heredar un negocio multimillonario, pero la forma en que Jonas estaba actuando me hizo pensar que había algo más que un niño con un fondo fiduciario molesto por tener que trabajar por una vez.

"Entonces, ¿cuál es el problema?" Pregunté.

Jonas desvió la mirada, con la mandíbula tensa. "Me ha estado presionando para que me case, igual que hace con mis hermanos. Es ridículo. Todos llevamos trabajando en el negocio desde que salimos de la universidad. Incluso nuestros títulos fueron decididos por nosotros de antemano. Todo en nombre de ayudar al negocio familiar. Pero ahora, si no nos casamos todos antes de fin de año, lo perdemos todo".

Se me estrujó un poco el corazón. Por mucho que me disgustaran los Sullivan, que me empujaran a casarme no me parecía divertido. Me sentía identificada.

"No en la misma escala, pero lo entiendo", confesé, sorprendida de encontrar que tenía algo en común con un Sullivan. Además de la noche caliente que habíamos pasado juntos. "Mis padres me han

estado presionando para que siente la cabeza con un chico, Steven. Les viene como anillo al dedo, sobre todo porque es de aquí y es buen chico. Piensan que Bayville es el mundo entero, esta pequeña burbuja segura donde nada malo puede pasar mientras permanezcas dentro. No es fácil enfrentarse a ese tipo de presión".

"Lo siento, ya conoces la sensación", la mirada de Jonas volvió a dirigirse a mí, y su atención hizo que se me acelerara el pulso. No sabía que los Sullivan fueran capaces de tanta empatía.

"Esta mañana esquivé las preguntas de mi padre diciéndole que he estado viendo a alguien aquí en Bayville", se encogió de hombros. "Pero sólo puedo mentir durante un tiempo antes de que descubra la verdad, o tenga que presentar a dicha novia".

"Es una estrategia peligrosa", señalé, pero me dio la impresión de que a Jonas no le importaba arriesgarse un poco. O mucho. "Mis padres saben demasiado de mi vida como para que me salga con la mía en algo así. Me estarían presionando para que los presentara con él en cuanto les contara una mentira como esa".

"Supongo que tengo suerte de que mis padres y yo no seamos tan unidos", dijo, sin tristeza en la voz. Pero yo me sentía triste por él. Aunque mis padres podían ser un poco autoritarios a veces, la idea de no estar cerca de ellos era mucho peor.

"Depende de tu definición de suerte, supongo", dije, no queriendo entrar en una discusión sobre ese tema en particular.

La puerta principal se abrió de golpe y Jonas no pudo responder. Dirigí los ojos hacia ella y se me encogió el corazón cuando entró un hombre mayor e imponente: el mismísimo Slater Sullivan. Su presencia llenaba la habitación y proyectaba una sombra pesada e

incómoda. Era el tipo de hombre cuya reputación le precedía y, por la severidad de su mandíbula, no parecía contento de estar aquí.

"Jonas", exclamó Slater, sus ojos se entrecerraron cuando se posaron en su hijo. "¿Qué demonios estás haciendo aquí? Cuando vi tu coche fuera, esperaba haberme equivocado, pero veo que no he tenido tanta suerte", su mirada recorrió el vestíbulo, su labio se curvó en un leve disgusto por la decoración rústica de la posada de mi familia. Claramente, este no era su tipo de lugar.

Jonas se puso rígido a mi lado, pero en lugar de acobardarse, como yo esperaba, se cruzó de brazos y miró a su padre de frente. "Voy a reservar una habitación, papá", dijo con calma pero aún con firmeza. "Necesitaba algo de espacio personal".

Slater hizo un gesto de burla, como si su hijo acabara de anunciar que se había unido a un circo. "¿Una habitación? ¿Aquí? Tiene que ser una broma. Tienes un hotel con comodidades de cinco estrellas, ¿y quieres quedarte en este... cuchitril?" Volvió a mirar a su alrededor, haciendo un gesto desdeñoso hacia el acogedor, aunque modesto, vestíbulo. "No te crié para que te conformaras con menos, Jonas".

Apreté los puños, conteniendo las ganas de decir algo. Puede que la Posada Bayville no fuera el Sullivan Suites, pero tampoco era un "cuchitril". Y la arrogancia de Slater empezaba a irritarme. Era todo lo que me habían hecho creer que era un Sullivan y ahora entendía por qué Jonas no se llevaba bien con él. Incluso, en las veinticuatro horas que lo había conocido, era obvio que Jonas era diferente.

La mandíbula de Jonas se tensó, pero entonces hizo algo que nunca vi venir: deslizó un brazo despreocupado alrededor de mi cintura,

acercándome como si fuera lo más natural del mundo. Mi cuerpo se puso rígido por la sorpresa y, antes de que pudiera reaccionar, volvió a hablar.

"No estoy aquí por las comodidades, papá", dijo Jonas suavemente, mirándome con una mirada que era a la vez confiada y, exasperantemente, un poco petulante. "Estoy aquí porque quería pasar tiempo con ella".

Los ojos de Slater se desviaron hacia mí, su mirada tan afilada como un cuchillo. Por un momento, pensé que iba a explotar.

"¿Ella?" Prácticamente escupió la palabra como si le supiera amarga en la lengua. "¿Quieres decirme que esta", me señaló con desdén, "es la mujer con la que has estado saliendo? ¿Pierdes el tiempo con una Bay?"

El calor me subió a la cara y mi cuerpo se puso rígido bajo el peso del desprecio de Slater. La mano de Jonas seguía caliente en mi cintura, pero estaba demasiado aturdida para sacudírmela de encima.

*¿Qué demonios está pasando?*

"Sí, ella", dijo Jonas, endureciendo la voz mientras se ponía delante de mí, protegiéndome de la cruel mirada de su padre. "Y no estoy perdiendo el tiempo. La quiero".

Se me paró el corazón.

Abrí la boca para protestar, pero no salieron las palabras. No podía creer lo que estaba oyendo.

¿Jonas Sullivan, afirmando que me quería?

Permítanme decirlo de otra manera: ¿Qué coño está pasando?

Esto era más que absurdo. Antes de que pudiera decir nada, Slater soltó una carcajada amarga que atravesó la tensión de la habitación como un cuchillo.

"¿Querer? Ni siquiera sabes lo que eso significa, Jonas", dijo Slater, su voz goteaba desdén. "¿Crees que puedes desafiarme con esta farsa? Te lo he dado todo, tu carrera, tus oportunidades, ¿y ahora lo tiras todo por la borda por una aventura sin sentido?"

Los ojos de Jonas se oscurecieron como si intentara controlar su temperamento. "Puedes empujarme a casarme, pero no puedes dictar con quién. No seré una marioneta para que me controles. Rihanna es la mujer que he elegido, y eso no va a cambiar sólo porque a ti no te guste".

El silencio que siguió estaba cargado de tensión, el aire estaba cargado de desafíos tácitos entre padre e hijo. Slater miraba a Jonas, claramente furioso porque su hijo se atreviera a enfrentarse a él de ese modo. Podía imaginar las vueltas que daba en su cabeza, intentando averiguar cómo recuperar el control de la situación.

Yo, en cambio, estaba aturdida como si mi cerebro hubiera sufrido un cortocircuito. El brazo de Jonas seguía rodeándome y mi corazón latía con fuerza.

Antes de que pudiera detenerme, me zafé del agarre de Jonas, haciéndome a un lado y cruzando los brazos con fuerza sobre el pecho. "¿Puedo hablar contigo un momento?" Siseé en voz baja, conteniendo a duras penas la ira que bullía en mi interior. Sin esperar respuesta, le agarré del brazo y tiré de él hacia el fondo del vestíbulo, fuera del alcance de Slater.

Jonas me siguió, con aire divertido por mi reacción, pero ahora no estaba de humor para sus sonrisas. En cuanto perdimos de vista a su padre, me giré hacia él, con los brazos cruzados a la defensiva.

"¿Estás loco?" Susurré furiosa, fulminándole con la mirada. "¡No puedo creer que me hayas metido en tu lío de mentiras de esta manera! No voy a fingir ser tu novia, Jonas. No se me da bien mentir, y no me gusta que me arrastres a cualquier juego que estés jugando con tu padre".

Jonas enarcó una ceja, claramente indiferente a mi enfado. "Cálmate. No es para tanto como lo estás pintando".

"¿No es para tanto?" Repetí incrédula. "¡Le has dicho a tu padre que me quieres y que quieres casarte conmigo! Eso no es algo que puedas tirar por ahí como si nada. No soy parte de esto y me niego a involucrarme en tus mentiras".

Se apoyó en la pared, cruzando los brazos de esa manera enloquecedoramente relajada que tenía, como si todo esto no fuera más que un inconveniente menor. "Creo que te involucrarás, y estoy a punto de decirte por qué".

Me quedé mirándole, esperando la siguiente razón ridícula que iba a dar.

Inclinó ligeramente la cabeza y sus ojos se clavaron en los míos con esa inquietante intensidad que siempre hacía que me diera un vuelco el corazón. "Si no me ayudas, mi padre convertirá mi vida -y la de todos en Sullivan Suites- en una pesadilla. Encontrará la forma de sabotear todo por lo que he trabajado, y créeme, no creo que la posada de tu familia se salve tampoco".

Me invadió una fría oleada de temor que me dejó repentinamente frágil, como si fuera a hacerme añicos. Puede que Jonas estuviera exagerando, pero no podía evitar la sensación de que había algo de verdad en sus palabras. Slater Sullivan tenía fama de ser despiadado cuando se trataba de conseguir lo que quería, y si Jonas tenía razón...

Me mordí el labio, mirándole fijamente mientras el peso de la situación se apoderaba de mí. "Esto no es justo, Jonas".

"Lo sé", dijo en voz baja, aunque el brillo de confianza en sus ojos nunca se desvaneció. "Pero es la única manera, para los dos".

# Capítulo 9

# Jonas

Me quedé de pie en un rincón del vestíbulo de la Posada Bayville, con los brazos cruzados, esperando a que Rihanna terminara de mirarme como si fuera una especie de criminal. Tenía todo el derecho a estar enfadada -la había metido en mi lío-, pero ¿qué otra opción tenía? La aparición de papá fue como lanzar una granada a una tregua ya de por sí frágil.

Rihanna estaba de pie frente a mí, con los ojos brillantes de frustración y los brazos cruzados sobre el pecho con tanta fuerza que parecía que intentaba contener físicamente su ira. A pesar de ello, seguía siendo preciosa. Era difícil no fijarse en cómo su pelo castaño enmarcaba su cara, en cómo su piel se sonrojaba un poco más cuando estaba enfadada. Su aspecto era tan parecido al de ella en plena pasión que me sorprendió no poder tocarla. Tenía que admirar cómo conseguía tener tan buen aspecto incluso cuando estaba furiosa conmigo.

"Tiene que haber otra manera", insistió. Incluso con el espectro de la ira de mi padre cerniéndose sobre nosotros, se negaba a ceder.

"Es la única forma de quitármelo de encima", dije con calma, apoyándome en la pared y cruzándome de brazos, imitando su postura. "Papá lleva meses insistiéndome para que siente la cabeza. Quiere que me case y me comprometa con el imperio Sullivan, pero no le dejaré elegir a mi esposa. Si me sigues el juego, ganamos los dos. Simple".

"¿Simple?" Soltó una carcajada sin gracia. "No hay nada simple en esto, Jonas".
Estaba enfadada, pero no me alteró. La ira era algo que podía manejar, especialmente en situaciones como ésta. No, lo que me inquietó fue lo mucho que necesitaba que aceptara. En lugar de dejar que eso se notara, mantuve la calma. Hacía tiempo que había aprendido que mantener la calma frente a la furia podía llevarte lejos, y no iba a romper esa racha ahora.
"Me lo debes", dije en voz baja, pero dejé que el peso de esas palabras colgara entre nosotros. "Te salvé la vida, ¿recuerdas?"
Parpadeó, sorprendida. Su rostro se desencajó un poco, pero la mirada cautelosa no desapareció.
Seguí adelante; tenía que insistir en este punto. "Si no te hubiera sacado del camino, ese árbol te habría aplastado".
Volvió la cara y apretó la mandíbula mientras miraba por la ventana. La estaba presionando, pero no tenía elección. "Me lo debes. Y así es como puedes pagármelo. Es sólo una actuación. Unos días, quizá semanas, fingiendo estar conmigo, lo suficiente para que mi padre me deje en paz y se dedique a molestar a otro de mis hermanos. Luego se acabó. Tú vuelves a tu vida; yo vuelvo a la mía".
Se volvió hacia mí, con sus ojos color avellana todavía brillantes. "No te pedí ayuda anoche".
"¿Tenía que dejarte morir delante de mí?" Pregunté, la idea golpeó más fuerte de lo esperado.
Sus labios formaban una fina línea y sus brazos seguían firmemente cruzados. Por primera vez, su determinación parecía quebrarse, sólo un poco. Pero no era suficiente.

"Esto no es sólo un favor casual. Me estás pidiendo que mienta a mi familia, que me enrede en este... plan. Amo a mi familia. No puedo arriesgar su confianza. No lo entenderías porque tu familia..."

Me enderecé y la interrumpí antes de que pudiera seguir por ese camino. "Puede que mi familia sea diferente a la tuya, pero entiendo perfectamente la lealtad. Y esta es la cuestión: puedes ocultarles esto".

Sus cejas se alzaron y el escepticismo se reflejó en su rostro. "¿Cómo?"

Desplegué los brazos, apartándome de la pared y acercándome a ella. "Papá y el resto de los Sullivan no son precisamente bien vistos por aquí, ¿verdad?" Dije, bajando un poco la voz, sabiendo que esa era la clave para hacerla aceptar. "Todos en el pueblo quieren a los Bay. Simpatizan con tu familia y nosotros nunca les hemos caído bien. Nadie en Bayville habla con nosotros; nadie se compromete con nosotros".

Asintió lentamente, como si se resistiera a reconocer la verdad de lo que estaba diciendo.

"Así que cualquier acto que hagamos para mi padre, se queda entre nosotros. No va a ir por ahí charlando con los lugareños. Somos forasteros aquí. Siempre lo hemos sido. Eso no me importa, y a él tampoco. Esto puede permanecer completamente separado de tu vida aquí. Tu familia nunca tendrá que saberlo".

Se mordió el labio y miró al suelo, dándole vueltas a la cabeza. Era una grieta, muy pequeña, pero suficiente para que yo siguiera presionando.

"Y, Rihanna..." Bajé aún más la voz, inclinándome ligeramente, intentando que esto pareciera más una conversación íntima y menos un trato que ella no pudiera rechazar. "Ya tenemos un secreto, ¿no? Nuestra noche juntos".

Levantó la cabeza y el rubor de sus mejillas aumentó.

No pude evitar la pequeña sonrisa que se dibujó en mis labios. "¿Qué es uno más?"

Parecía furiosa de nuevo, pero no lo suficiente como para darse la vuelta. Su pecho subía y bajaba rápidamente y sus dedos se apretaban contra la tela de su jersey.

"Te parece gracioso, ¿verdad?" Susurró, pero había algo más en su voz que me decía que no estaba tan impasible como quería hacerme creer.

"No es divertido", dije, "pero es fácil. Piénsalo. Me declaro -en algún lugar cercano, lejos de Bayville- y montamos un espectáculo para mi padre. Me da tiempo a quitármelo de encima, y después nos da un descanso limpio. Tú vuelves a tu vida, y yo vuelvo a la mía".

Me miró fijamente durante un largo momento, con el rostro aún duro, pero sus ojos la delataban. Ya no estaba tan segura como hace unos minutos.

"¿De verdad crees que es tan sencillo?" Dijo finalmente en voz baja.

"Puede ser", respondí, acercándome aún más hasta que casi pude sentir el calor que desprendía su cuerpo. Quise acercarme y rozarle un mechón de pelo detrás de la oreja, pero sabía que no debía tocarla cuando estaba tan nerviosa. "Todo lo que tienes que hacer es decir 'sí' cuando te proponga matrimonio delante de él. Te pones el

anillo. Y luego seguimos fingiendo hasta que se vaya del pueblo. Después de eso, se acabó".

Ella negó con la cabeza, pero su determinación se estaba debilitando claramente. "No puedo decirte 'sí' ahora mismo, Jonas. Esto es... demasiado".

Exhalé lentamente, manteniendo oculta mi frustración, y la duda destelló en mí. ¿Y si ella no estaba de acuerdo?

Me dio la espalda y caminó unos pasos hacia la ventana con los brazos cruzados. "No entiendes lo que esto me haría", dijo en voz muy baja. "Mi familia... Nunca me perdonarían si pensaran que estoy contigo. Los amo, Jonas. Son toda mi vida. No estoy dispuesta a rebelarme contra ellos, no como tú te estás rebelando contra tu padre".

Apreté los labios, considerando sus palabras. No esperaba que fuera tan testaruda. Esperaba que accediera -a regañadientes, quizá-, suponiendo que salvarle la vida me daría la ventaja que necesitaba. Y, sin embargo, ahí estaba, oponiéndose firmemente a mí.

"No tienes que rebelarte contra nadie", dije, con la voz más suave al intentar un enfoque diferente. "No te pido que cambies de vida ni que vayas en contra de tu familia. Te pido un favor. Tu familia no tiene por qué saberlo nunca".

Se volvió hacia mí, con cara de conflicto. "No lo entiendes. No se trata sólo de que lo descubran. Se trata... de la mentira en sí. No me gusta mentir. No me gustan las mentiras".

Realmente era tan sana como parecía. El mismo atractivo que me había hecho querer seducirla volvía para morderme el culo.

"Si es una objeción moral, recuerda que es un Sullivan al que vas a mentir", dije, acercándome aún más.

Volvió a negar con la cabeza, aunque esta vez con menos firmeza. "No puedo darte un 'sí' o un 'no' ahora mismo. Necesito pensarlo".

Reprimí un suspiro de frustración. El tiempo no estaba de nuestra parte, pero presionarla más ahora mismo no serviría de nada. Era demasiado testaruda, demasiado cauta.

"Vale", dije, intentando sonar lo más tranquilo posible. "Te daré unas horas. Pero necesito una respuesta antes de que acabe la noche. Esto tiene que pasar rápido, o no funcionará".

Ella asintió, con el rostro aún ilegible. "Lo pensaré".

Asentí con la cabeza, pero la confianza que había sentido hacía unos momentos empezaba a desaparecer.

# Capítulo 10

## Rihanna

Una hora después, seguía intentando comprender lo que había pasado con Jonas. Todo era surrealista, como una broma retorcida de la que no podía escapar. Quería reírme de lo absurdo que era todo, pero una ansiedad tensa y ardiente me mantenía cautiva. No tenía ni idea de qué hacer a continuación, pero tenía que contárselo a alguien.

Tess entró por la puerta principal de la posada, balanceando una caja de pizza en un brazo y cogiendo a Caden de la mano con el otro. Me llegó el delicioso olor a queso fundido y ajo, y me rugió el estómago: la barrita de cereales y la ensalada que me había comido antes de las clases de ballet parecía haber sido hace días.

"Hola", llamó Tess, saludando con la mano mientras guiaba a Caden hacia el rincón del desayuno. "¡Hemos traído la cena!"

Sonreí, aunque no me llegó a los ojos. "Justo a tiempo. Me muero de hambre".

Caden se subió a una silla, sus manos alcanzaron la caja de pizza. "¿Puedo tomar la porción más grande?"

Tess se rió, sacando platos de papel y servilletas de su bolsa. "Coge el que esté más cerca, amigo", me guiñó un ojo antes de darle un trozo a Caden.

Me senté frente a ellos, con la mente inundada de todo lo que quería decir. Tess me ayudaría a saber qué hacer. Pero no podía soltarlo delante de Caden. Era demasiado joven, demasiado inocente, para

enterarse del lío en el que me había metido. Comí mi pizza en silencio.

"Hoy estás inusualmente callada", comentó Tess, con cara de preocupación. "¿Es porque llegué tarde otra vez?"

"No, no es eso. Tengo muchas cosas en la cabeza", me apresuré a asegurarle. Mis ojos se desviaron hacia Caden. "Es, eh, relacionado con el trabajo".

Tess me conocía lo suficiente como para darse cuenta de que, lo que yo quería decir, no era para oídos de pequeños.

"Oh, cierto", dijo con un lento asentimiento. "Oye, ¿no dijiste que un huésped dejó una pelota aquí y querías dársela a Caden?"

Los ojos de Caden se iluminaron de inmediato.

"Así es", dije lentamente, aunque definitivamente no había ninguna pelota. "Está en..."

"En la sala de personal en la parte trasera", añadió Tess.

"Claro, por supuesto", dije. Me levanté y entré en la sala de personal. Allí había una pelota de tenis junto a un frutero.

Volví al desayunador y Caden casi saltó de su asiento. Ya se había terminado su trozo de pizza y solo le quedaba la corteza.

"Aquí tienes, amigo", le dije, entregándole la pelota.

"Gracias, tía Rihanna", sonrió antes de volverse hacia Tess. "Mamá, ¿puedo ir a jugar?"

"De acuerdo, pero sólo en el porche delantero, donde pueda verte", dijo ella. Caden ya estaba de pie antes de que ella terminara de hablar, corriendo hacia la puerta principal. "¡Y ten cuidado con las ventanas!"

Una vez fuera del alcance de sus oídos, exhalé y la tensión de la ansiedad comenzó a aflojar por fin. "He pasado veinticuatro horas de lo más locas".

Empecé por el principio, desde que "Tom Wright" me salvó la vida, pasando por pasar la noche en la posada, hasta el rollo de una noche.

"¿Tuviste una aventura de una noche? ¿Tú? ¿Rihanna Josephine Bay?" Preguntó, con los ojos muy abiertos.

"Lo sé, es terrible", dije, la vergüenza de hacer algo tan fuera de lugar me inundaba; sin embargo, los recuerdos de lo bueno que había sido me salvaron de entrar totalmente en espiral. No dejaba de preguntarme si realmente había estado tan mal después de todo.

"¿Terrible? ¡Dios, no, Rihanna! Estoy orgullosa de ti", dijo Tess, dedicándome una sonrisa traviesa. "¿Señorita Primeriza y Correcta poniéndose salvaje? Me encanta. ¿Y con un tío tan bueno? ¿Quien te salvó la vida? Estás viviendo el sueño".

"Esa no es la peor parte", dije. Ella cantaría una canción diferente cuando descubriera quién era realmente Tom Wright.

"No estás embarazada, ¿verdad?" Bromeó riendo.

"Sí, porque lo sabría inmediatamente a la mañana siguiente", le puse los ojos en blanco, pero seguía sin encontrarle la gracia, no cuando la verdad me estaba hundiendo.

"Resulta que 'Tom Wright' era un alias. Esta mañana descubrí que en realidad es Jonas Sullivan".

Tess se quedó paralizada, con el trozo de pizza a medio camino de la boca. "¿Jonas Sullivan?" Repitió.

"Sí", dije, bajando la cabeza. "Y extrañamente, no es tan malvado como esperaba".
"Nunca pensé que te oiría defender a un Sullivan. Menuda noche debió de ser", dijo, pero el juicio que esperaba no estaba ahí.
"Eso ni siquiera es el final de la historia", suspiré.
"¿Cómo es posible que haya más? ¿También descubriste un portal a otro mundo? ¿Dan es adoptado en secreto? Porque eso explicaría algunas de sus elecciones, ahora que lo pienso..."
Me pasé una mano por el pelo, intentando calmar mis pensamientos. "Él... me propuso algo loco".
El rostro de Tess se suavizó, la preocupación parpadeó en sus ojos. "¿Qué quieres decir?"
"Quiere que finja que estamos juntos", le dije, con la voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma. "Sólo por poco tiempo, para quitarse a su padre de encima. Slater le está presionando para que siente la cabeza, y Jonas ha decidido que soy la tapadera perfecta".
Tess parpadeó, claramente sin esperar esa respuesta. "Espera, ¿qué? ¿Quiere que finjas una relación con él? No me digas que te lo estás planteando".
"No sé qué hacer", suspiré, hundiéndome de nuevo en la silla. Mi trozo de pizza a medio comer yacía olvidado en el plato de papel frente a mí. "Jonas... me salvó la vida. Siento que se lo debo. ¿Pero esto? Esto es otro nivel de complicación".
Tess abrió los ojos, dejó la pizza en el plato y se limpió las manos con una servilleta. "Vale, sí, quiero decir que no es algo que se

pueda ignorar. Yo misma quiero darle las gracias por lo que hizo. Aunque sea un Sullivan".

"Lo sé", se me quebró la voz y cogí mi rebanada, con la esperanza de que comer me tranquilizara de algún modo. "Señaló que Slater Sullivan no es precisamente material de cotilleo para el pueblo. Si acepto, nadie de Bayville tiene por qué enterarse. Podría quedar entre nosotros y los Sullivan. Eso es todo".

Tess frunció el ceño, pensándoselo claramente. "¿De verdad crees que Slater no va a hablar con nadie? ¿Y si le menciona algo a alguien que sí lo haga?"

"No lo sé", sacudí la cabeza, con la frustración a flor de piel. "Pero Jonas parece seguro de que se mantendrá en secreto. Y los Sullivan... siempre han sido forasteros aquí, tiene razón. La gente de aquí no se mezcla con ellos. Tal vez las cosas salgan como él dice".

Tess se quedó callada un momento, mordiéndose el labio. "También tendrías que ocultárselo a mamá y papá. Y Dan... Dios, ya sabes cómo reaccionaría".

Asentí, con un malestar familiar recorriendo mis músculos al pensar en mi hermano. Dan acababa de salir de la cárcel y todos andábamos con pies de plomo a su alrededor, esperando que esta vez no se metiera en líos. Siempre había sido impulsivo y temerario, pero convertirse en traficante de una banda que pasaba drogas de contrabando a través de la frontera con Canadá era una estupidez de nivel superior. Quería a mi hermano, pero no sabía qué le había pasado al chico dulce que solía conocer. Lo último que me faltaba era que se enterara de mi falsa relación con Jonas Sullivan y explotara por ello.

"No podemos dejar que Dan se entere", acepté, dando un mordisco a mi segunda rebanada. "Ha estado al límite desde que llegó a casa, y esto lo presionaría".

Tess suspiró, apoyando la barbilla en la mano. "Entonces, ¿de verdad estás pensando en hacer esto?"

No contesté de inmediato. En lugar de eso, me quedé mirando la pizza que quedaba en la caja que tenía delante. La preocupación y la obligación hacían que el queso pegajoso se asentara incómodo en mi estómago.

"No quiero hacerlo", admití en voz baja. "Pero siento que no tengo elección. Se lo debo a Jonas, y si esto le quita a su padre de encima, tal vez sea lo correcto".

Tess me miró con simpatía y me apretó la mano. "Si te sirve de algo, yo también creo que es lo correcto. Es sólo una pequeña mentira a un mal tipo. Y has dicho que Jonas no es tan malo como su padre; no es como si estuvieras haciendo un pacto con el diablo".

Abrí la boca para responder, pero antes de que pudiera, Caden volvió corriendo, con la cara enrojecida por la emoción. "¡He hecho rebotar la pelota contra la pared cincuenta veces antes de fallarla!"

Forcé una sonrisa, alborotándole el pelo. "Eso es genial, amigo".

Sonrió y tomó otro trozo de pizza antes de salir corriendo, con una energía que parecía no tener fin.

Tess esperó a que él volviera a estar fuera del alcance de sus oídos antes de hablar. Parecía tensa. "Casi lo olvido. Hay algo que deberías saber".

Fruncí el ceño, percibiendo su inquietud. "¿Qué pasa?"

Tess vaciló, mirando hacia Caden para asegurarse de que no estaba escuchando. "Trey ha vuelto al pueblo".

El pavor se apoderó de mí, agudo y eléctrico, paralizando cada nervio. "¿Qué?"

"Sí", continuó, con la voz baja, "está trabajando en una obra temporal. ¿Recuerdas el edificio de Main Street que quedó destrozado en la inundación? Han llamado a su equipo para que lo arregle".

Se me fue la sangre de la cara. Trey era la última persona que quería cerca de mí. No me había hecho daño físicamente, pero la amenaza había estado ahí, y no se había tomado bien que hubiera terminado con él. Había noches en las que lo pillaba conduciendo cerca de mi casa o sentado fuera como si estuviera esperando algo. Había tardado meses en dejar de hacerlo.

Y ahora había vuelto.

"¿Rihanna?" La voz de Tess me sacó de mis pensamientos. "¿Estás bien?"

Tragué con fuerza, tratando de sacudirme el miedo que se había apoderado de mi cuerpo. "Yo... estoy bien. Sólo que no esperaba que volviera".

"Lo siento, cariño", Tess se acercó y me dio un fuerte abrazo. "Es un asqueroso. Si empieza a acosarte otra vez, deberías llamar a la policía".

"Ambas sabemos que la policía no hará nada", suspiré.

"Sólo quiero que estés a salvo", dijo, apretándome aún más fuerte.

Asentí contra su hombro, un pozo de arrepentimiento carcomiéndome. Me aparté. "No puedo creer que saliera con él. Era

tan ingenua, Tess. Creía que era diferente cuando nos conocimos: me colmaba de regalos y cumplidos y me hacía sentir la única mujer del mundo. Pero entonces... entonces cambió, y ya era demasiado tarde. Ya estaba demasiado metida en esa relación".

Ya le había contado todo esto antes, pero la necesidad de explicarme nunca me había abandonado. Aún recordaba con claridad la noche en que se emborrachó tanto que apenas podía mantenerse en pie, acusándome de mirar a otros chicos. Su ataque de celos me había asustado incluso antes de que empezara a tirarme cosas. Lo había dejado al día siguiente, huyendo de vuelta a Bayville. Se suponía que aquí estaría a salvo.

Tess me miró con simpatía. "No podías saberlo. Engañó a todos, incluso a nosotros".

"Lo sé", murmuré, sintiendo la vergüenza. "Por eso debería hacer caso a mamá y papá y salir con alguien seguro. Alguien como Steven. Con él no habrá sorpresas. Es estable, predecible, todo lo que Trey no era".

"Steven es un buen tipo, y entiendo por qué querrías ese tipo de seguridad después de todo. Pero no te precipites en nada sólo porque sea un tipo seguro".

Asentí, pero no estaba convencida de estar de acuerdo con ella. Que fuera seguro sonaba muy bien ahora mismo.



Me senté en el sofá, me tapé las piernas con la suave manta y ojeé los canales sin rumbo fijo. Nada me llamaba la atención. El apartamento estaba especialmente vacío esta noche, el silencio sólo

roto por el parloteo de la televisión. Whiskey caminó suavemente por el suelo y saltó al cojín que había a mi lado, acomodándose con un ronroneo bajo. Acaricié su pelaje marrón, agradecida por su reconfortante presencia.

Pero por debajo, la tensión se extendía por mis músculos, tensos e implacables. Jonas aún no había llamado, pero lo haría. Me había dicho que me llamaría esta noche para saber mi decisión, y lo temía. Una oleada de repulsión me recorría cada vez que pensaba en lo que me había pedido que hiciera. La idea de fingir ser su prometida y montar un gran número para su padre me ponía enferma. Nunca había sido buena mentirosa, y mucho menos actriz. La idea de estar allí de pie, fingiendo una sonrisa, llevando un anillo de compromiso... era demasiado.

"La vida sería mucho más fácil si yo fuera un gato", le dije a Whiskey mientras le rascaba la cabeza. Me dio un maullido afirmativo. Y luego estaba lo que había pasado entre nosotros la noche anterior. Eso tampoco había entrado en mis planes. Pensé que sería sólo una noche, sin ataduras ni complicaciones. Pero ahora, todo estaba enredado, y el peso de lo que estaba a punto de hacer se hundía cada vez más. Seguía repasando los acontecimientos en mi cabeza, preguntándome cómo había llegado hasta aquí. Cómo una noche imprudente se había convertido en este elaborado plan.

Whiskey ronroneó más fuerte y me frotó la mano con la cabeza. Le acaricié las orejas, tratando de calmarme, pero no sirvió de nada.

Mi teléfono zumbó sobre la mesita, sacándome de mis pensamientos. Me quedé mirándolo un largo rato, con el corazón latiéndome con fuerza. Supe de quién se trataba incluso antes de

mirar la pantalla: Jonas. Se me hizo un nudo en la garganta cuando cogí el teléfono y dudé antes de contestar.
"Hola", dije, con la voz tensa.
"Hola", la voz de Jonas era suave y tranquila, como si no acabara de lanzar toda mi vida en un torbellino. "Quería saber cómo estabas. ¿Has pensado en mi propuesta?"
¡Qué pregunta más tonta! Claro que sí. Era en lo único que había estado pensando desde que me lo preguntó. Pero decir que sí era como saltar a un precipicio, y no estaba segura de estar preparada para la caída.
"Yo... lo he pensado", dije, con la voz entrecortada. Cerré los ojos, tratando de mantener la calma. "Es que... no estoy segura de poder lograrlo, Jonas. Quiero decir, nunca he sido buena fingiendo, ¿sabes?"
Se rió entre dientes y casi pude imaginarme la sonrisa de satisfacción en su cara. "No tienes que ser actriz. Di que sí cuando llegue el momento, ponte el anillo y yo me encargaré del resto. No será tan difícil. Estaré contigo todo el tiempo".
Para él era fácil decirlo. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.
Me mordí el labio, con el corazón martilleándome. "De acuerdo", dije finalmente, aunque la palabra me pareció una traición a mí misma. "Sí. Lo haré".
"Bien", dijo, con clara satisfacción en el tono. "Te recogeré mañana por la noche. Debes estar lista sobre las siete. Iremos a cenar y luego te haré la 'proposición'. Después tendrás que empezar a llevar el anillo cada vez que nos veamos".

Me quedé mirando a Whiskey, pasando distraídamente los dedos por su pelaje, tratando de poner los pies en la tierra. "De acuerdo".
"Estupendo. Hasta mañana".
Y así, sin más, terminó la llamada. Solté un suspiro que no sabía que había estado conteniendo y me apoyé en el sofá, con el corazón todavía acelerado. Ya estaba hecho. Había aceptado este plan demencial y ya no había vuelta atrás.
Whiskey volvió a darme un golpecito en la mano y lo acerqué más a mí, dejando que su ronroneo ahogara la ansiedad persistente. Mañana por la noche tendría que hacer mi papel y, cuando me pusiera el anillo en el dedo, todo cambiaría. Quizá todo iría bien. Quizá podría superarlo.

# Capítulo 11

# Jonas

Sentada a la mesa en Rustica Steak House, a una hora de Bayville, la tensión que emanaba de Rihanna era casi tangible. Sus manos jugueteaban con los cubiertos, chocándolos distraídamente, mientras el tenedor se cernía sobre el plato como si no supiera qué hacer con él. Había tomado un pequeño bocado de filete al menos cuatro veces, para volver a dejarlo sin probarlo. Era difícil no encogerse mientras forzaba una sonrisa temblorosa e intentaba mentir sobre nuestra supuesta historia de amor.

"Ha sido... tan perfecto, estar con Jonas", dijo, su voz vaciló a medio camino. "Él es tan... atento".

Casi gruño. ¿Atento? ¿Eso es lo mejor que se le ocurrió? Incluso mamá, que había estado asintiendo en señal de educada aprobación, parecía un poco desconcertada. Papá, en cambio, tenía su habitual expresión inescrutable que no delataba nada, pero daba a entender que lo sabía todo.

Rihanna mantenía los ojos bajos, evitando las miradas de mis padres, mientras empujaba la comida por el plato como si estuviera esculpiendo una obra de arte en lugar de cenando. El filete estaba intacto, aparte del pequeño trozo que había conseguido atragantarse, y la ensalada -perfectamente dispuesta con microgreens- había corrido la misma suerte.

No podía culparla por estar nerviosa. Estar sentada aquí con Slater y Zora Sullivan no era precisamente fácil para nadie, y mucho menos

para alguien que fingía un compromiso, pero necesitaba que esto saliera bien. Papá tenía que creerlo, o mis hermanos me estarían pisando los talones por su parte de la herencia. El tiempo se acababa.

Mamá miró hacia la ventana y sus ojos se iluminaron al ver los jardines del patio. Qué bien. Nos esperaba un respiro. A mamá le encantaban los paisajes, coleccionaba momentos pintorescos como otras personas coleccionaban antigüedades, que ella también coleccionaba, por supuesto. Rustica Steak House, con sus amplias vistas de las colinas ondulantes y sus jardines meticulosamente cuidados, era justo lo que ella buscaba.

"Oh, Slater, mira eso", dijo, con la voz alzada por la emoción. "Tengo que hacer una foto. Ven conmigo".

Papá emitió un pequeño gruñido en señal de reconocimiento, se levantó y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. "Volvemos enseguida", dijo, con un tono seco pero no hostil.

En cuanto salieron de mi alcance, me incliné hacia Rihanna, bajando la voz. "¿Qué pasa? ¿Está mala la comida o algo?"

Me miró, con la cara llena de culpa y vergüenza. "No, la comida es increíble. Sinceramente, es la mejor comida que he probado nunca", hizo una pausa, retorciéndose las manos. "Pero tengo el estómago hecho un nudo; supongo que estoy demasiado nerviosa para disfrutarla".

Exhalé, mi tensión disminuyó mientras la contemplaba. No se me escapaba el esfuerzo que estaba haciendo, aunque fuera un desastre. Podría ser una actriz terrible, pero lo estaba intentando. "No tienes que estar tan nerviosa. Es sólo una cena".

"¿Sólo una cena?" Enarcó una ceja. "Es una cena con tus padres. Que creen que nos vamos a comprometer. Eso no es sólo una cena, Jonas. Es un acto emocional en la cuerda floja".

Su voz era un susurro, pero había verdadera frustración en ella. No se equivocaba. Esto no podía ser más delicado. Definitivamente no estaba hecha para algo así, pero yo necesitaba que lo estuviera. Tenía que hacer que lo lograra o todo el plan se desbarataría antes incluso de tener la oportunidad de empezar.

Me incliné un poco más, dejando que mi tono bajara a algo un poco más burlón. "Vamos, estar cerca de mí no puede ser tan malo, ¿verdad?" Hice una pausa y vi cómo me miraba de reojo. "Parecías divertirte la otra noche durante la tormenta, ¿recuerdas? Cuando tus dedos se clavaron en la manta que teníamos junto al fuego..."

Su rostro se sonrojó y me dirigió una rápida mirada molesta y, me atrevería a decir, divertida. "Eso no ayuda", murmuró, pero capté la ligera curvatura de sus labios cuando intentaba reprimir una sonrisa.

"Claro que sí", dije, echándome hacia atrás y dedicándole una sonrisa de suficiencia. "Te estás relajando".

Soltó una pequeña carcajada y sus hombros se relajaron un poco. "Está bien. Quizá un poco".

Sentí un destello de esperanza mientras la observaba. Tal vez esto no iba a ser un desastre después de todo. Se estaba orientando, aunque fuera despacio. Todo lo que necesitaba era relajarse y olvidar, sólo por un rato, que estábamos montando un espectáculo.

Si hubiera pensado que le sentaría bien, le habría sugerido un polvo rápido en los baños, pero supuse que necesitaba un toque más delicado que ese, por muy tentadora que fuera la idea.

"Sé que es mucho", dije suavemente. "Pero sólo tenemos que pasar esta noche. Mis padres se lo creerán y estaremos a salvo. Se acabaron las quejas de mi padre y las presiones de mis hermanos. Habrás hecho tu buena obra y te estaré en deuda de por vida".

Suspiró y volvió a coger el tenedor, pero esta vez le dio otro pequeño mordisco al filete. "Espero que tengas razón", dijo al cabo de un momento. "Pero no puedes esperar que sea una actriz profesional. No estoy hecha para grandes actuaciones".

Me reí entre dientes. "Sígueme la corriente. Yo me encargo".

Me miró, su expresión fue ilegible durante un segundo antes de asentir. "Vale. Me esforzaré más. Pero para que lo sepas, si esto nos explota en la cara, te culparé a ti por completo".

"Me parece justo", dije, levantando las manos en señal de rendición. "Puedes tirarme debajo del autobús si llega el caso".

Antes de que pudiéramos decir nada más, regresaron mis padres, ambos con aspecto algo más relajado tras su breve excursión. Mamá empezó inmediatamente a hablar maravillas de los jardines, enseñándonos las fotos que había hecho, y yo le dirigí a Rihanna una mirada tranquilizadora.

Podíamos hacerlo. Sólo teníamos que pasar esta noche. Si podía sobrevivir a una tormenta atrapada en una posada, podía sobrevivir a una cena elegante con mis padres. ¿Verdad?

Pero la conversación volvió a las bodas y a lo encantadora que había sido la de Beckett. La insinuación de que yo también tenía que dar un paso adelante estaba ahí. Se me apretaron las tripas. Por muy tranquilas que parecieran las cosas en apariencia, había una parte de mí que no podía evitar la sensación de que este plan, todo este

falso compromiso, podía volverse en mi contra de un modo que no había previsto.

Pero por ahora, dejaría que se desarrollara.

Me preparé para el segundo asalto de esta incómoda cena, deseando haber pasado algún tiempo ensayando con Rihanna o incluso conocerla mejor para poder dirigir la conversación. Sus nervios parecían haberse calmado un poco tras nuestra breve charla, pero probablemente no duraría mucho. Mis padres no eran nada si no eran persistentes, y esto no iba a ser un simple conocer y saludar.

Papá volvió a sentarse en su silla, con todo el aspecto del duro hombre de negocios que había conocido toda mi vida. Su expresión era ilegible, sus ojos penetrantes y calculadores me miraban a mí y a Rihanna. Mamá, por otro lado, era todo sonrisas, su corazón romántico en plena exhibición mientras nos sonreía, prácticamente radiante con la idea de una nueva mujer en la familia.

"Bueno, Rihanna", empezó papá, con voz mesurada, como si estuviera diseccionando un negocio. "Cuéntanos más sobre ti. Todo lo que hemos oído de Jonas es que trabajas en esa... posada", hizo una mueca con la palabra. "Me gustaría saber exactamente con quién se está metiendo mi hijo".

Rihanna volvió a tensarse y su breve calma se esfumó mientras se removía en el asiento. Metí la mano por debajo de la mesa y le apreté la suya para intentar tranquilizarla. No iba a ser fácil, pero teníamos que permanecer unidos.

"Bueno", empezó, su voz temblando ligeramente antes de aclararse la garganta y estabilizarse. "Yo, eh, crecí en Bayville..."

Los labios de papá se tensaron al oír hablar de Bayville; prácticamente irradiaba su desaprobación, pero mamá se apresuró a ponerle una mano en el brazo con suavidad, ofreciéndole una sonrisa fácil y cómplice.

"Ahora no, Slater", dijo, su voz ligera pero firme, "no empieces. ¿No ves que estos dos están locos el uno por el otro?"

La expresión de papá no cambió mucho, pero asintió levemente, cediendo ante su mujer. Mamá dirigió a Rihanna una mirada alentadora, instándola a continuar.

"Así que, sí, soy de Bayville", repitió, un poco más fuerte esta vez. "Fui al instituto de Bayville y pasé la mayor parte de mi tiempo libre entrenando ballet desde que era pequeña".

Parpadeé, sorprendido por esta nueva información. ¿Ballet? No me lo esperaba. Pero explicaba su increíble cuerpo. Toda esta noche estaba llena de sorpresas.

"¿Ballet?" Los ojos de mamá se iluminaron con interés, claramente encantada. "¡Qué bonito! ¿Has actuado alguna vez?"

Rihanna asintió, su expresión se relajó a medida que se acercaba al tema. "Sí. Actué en todos los recitales del estudio de danza, e incluso hicimos algunos espectáculos comunitarios. Me encantaba. Una vez soñé con convertirme en bailarina profesional, pero... bueno, la vida no siempre sale como uno la planea".

Los ojos de papá se entrecerraron ligeramente, su aguda mente sin duda ya buscaba puntos débiles en su historia. Pero mamá, siempre romántica, se inclinó más hacia ella, con voz llena de curiosidad. "¿Y ahora?"

Rihanna sonrió, esta vez un poco más genuinamente. "Ahora doy clases en el mismo estudio donde me formé. Trabajo con las niñas, les ayudo con la técnica y organizo los recitales. No es exactamente lo mismo que actuar, pero me encanta. Ver crecer la confianza y la habilidad de las niñas es increíble. Me encantan los niños. Así que es gratificante a su manera".

No sabía nada de esto, pero me hizo darme cuenta de lo impulsivo que había sido mi plan. Había puesto toda la presión sobre Rihanna para fingir, pensando que el amor era fácil de fingir, pero una relación iba más allá. Además, me sorprendí a mí mismo queriendo saber más sobre ella. Normalmente, no me importaba saber nada de mis ligues.

Me senté allí, escuchando a Rihanna hablar de su pasión por la danza. Sus ojos brillaban mientras describía el peculiar estudio y las niñas a las que adoraba. Por un momento, me olvidé de la actuación que estábamos montando, de la mentira que estábamos vendiendo a mis padres. Me limité a escuchar. Y, maldita sea, aquello removió algo en mi interior.

"Me imagino lo gratificante que debe de ser", dijo mamá, con voz llena de comprensión. "Trabajar con niños siempre lo es".

Rihanna asintió, con una tímida sonrisa en la comisura de los labios. "Sí. Hay un recital el mes que viene. Las chicas han trabajado mucho para ello. Estoy deseando verlas en el escenario".

Mamá prácticamente se derritió ante la idea y extendió la mano para cubrir la de Rihanna en un gesto de apoyo. "Qué bonito. ¿Y piensas tener tus propios hijos?"

Me tensé. Debería haber sabido que no debía creerme la inocencia de mi madre. Aunque sin duda estaba realmente interesada en lo que Rihanna tenía que decir, tenía motivos ocultos para ese interés. No se había casado con un hombre como papá porque sí.

Rihanna parecía sorprendida por la pregunta, pero asintió cortésmente. "Sí, siempre he soñado con tener uno propio algún día. Mi sobrino tiene ocho años y ayudé a mi hermana con él cuando nació. La mayoría de la gente pensaba que estaba loca por disfrutar cuidándole, pero a mí me encantaba".

Mamá asintió con aprobación. Rihanna la había convencido por completo, lo cual era un alivio. Si hubiera dependido de mamá, junto con la estipulación de papá de que todos nos casáramos, también habría incluido una cláusula sobre los nietos.

"La maternidad es una vocación", dijo mamá con calidez. "Después de tener a Grant, mi hijo mayor, le dije a Slater que quería otros diez, pero nos detuvimos en cinco. Todos varones, que ya eran bastante. Pero ahora que Grant y Beckett se han casado, al menos tenemos dos mujeres más en la familia".

"Deberías haber parado en tres", bromeé a medias.

Hablar tanto de bebés me incomodaba. No es que odiara a los niños o que, en teoría, no me gustara la idea de tener hijos, pero nunca había pensado en una relación duradera hasta que papá soltó la bomba del matrimonio.

"Ignóralo, cariño", le dijo mamá a Rihanna en un susurro escénico. "Es el síndrome del hijo mediano".

"¡Eh!" Pero mi protesta fue recibida con risas tanto de mamá como de Rihanna. Ya habían formado una alianza. Debería haberme

alegrado; significaba que mamá se creía la historia, pero fue en mi detrimento.

Papá, que había estado observando en silencio toda la conversación, habló por fin, con un tono todavía duro. "¿Y cómo se conocieron exactamente?"

Había estado esperando esta pregunta, sabiendo que sería el verdadero examen. Le lancé una mirada rápida a Rihanna y ella me devolvió la mirada, con los ojos desorbitados por el pánico. No habíamos concretado exactamente los detalles de nuestra falsa historia de amor.

Me aclaré la garganta e intervine, intentando sonar lo más natural posible. "En la fiesta de un amigo en común. Fue algo inesperado".

Rihanna asintió, comprendiendo rápidamente. "Sí, en realidad no pensaba ir, pero... algo me dijo que debía", me dedicó una rápida e incómoda sonrisa.

"¿Y qué fue lo que te llamó la atención de Jonas?" Preguntó papá, con mirada intensa.

Rihanna vaciló, mirándome antes de buscar a tientas una respuesta. "Uh, bueno, él es... ¿atento?"

A duras penas resistí el impulso de exclamar. Era la misma palabra terrible que había usado antes, pero me obligué a sonreír y salté para salvarla.

"Y Rihanna era tan diferente a cualquiera que hubiera conocido", dije, terminando la frase por ella. "Ella es real, ¿sabes? Auténtica. Sin pretensiones. Es difícil encontrar eso".

Mamá sonrió amablemente, creyéndose claramente la historia, mientras papá seguía escrutándonos, buscando grietas.

"Lo que quiero decir", dijo Rihanna, tratando de recuperarse de su incómoda respuesta, "es que Jonas realmente... me vio. Tuvimos una conexión instantánea. La gente solía burlarse de mí por creer en el amor a primera vista, pero cuando conocí a Jonas..."

Se interrumpió y, mentalmente, terminé su frase: "Cuando *conocí a Jonas, me di cuenta de que el amor a primera vista es sólo lo que la gente reprimida llama lujuria".*

"Qué romántico", arrulló mamá, mirando entre nosotros con ojos brillantes. "¿Ves, Slater? Te lo dije. Están locamente enamorados".

Papá no dijo nada, pero su silencio fue suficiente por ahora. Habíamos sobrevivido a esa ronda. A duras penas.

Mientras terminaba la cena y se servía el postre, me sentí irrazonablemente ansioso. Era estúpido; sabía que Rihanna iba a decir que sí, tal y como habíamos planeado, pero quizá seguía dudando de sus dotes interpretativas. Éste era el momento. El anillo estaba escondido en la tarta de mousse de chocolate gourmet de Rihanna, tal y como había acordado con el restaurante. Había ensayado la propuesta cientos de veces, pero ahora, con ella sentada frente a mí, me sentía inseguro.

Rihanna cogió la cuchara, mirando el postre decadente que tenía delante, felizmente inconsciente de lo que estaba a punto de ocurrir. La vi dar un mordisco, y entonces sus ojos se abrieron de par en par al chocar con algo duro. Utilizó una servilleta para escupir el anillo. Se quedó inmóvil y me miró.

Respiré hondo y me levanté de mi asiento para arrodillarme a su lado. El restaurante se quedó en silencio y los demás comensales se

detuvieron a mirar. Mamá jadeó y se llevó las manos a la boca, e incluso papá pareció sorprendido.

"Rihanna", dije, con voz firme, aunque el corazón se me aceleraba. "Sé que esto puede parecer repentino, pero no puedo imaginar mi vida sin ti. Has traído algo a mi mundo que nunca esperé, y no quiero dejarlo ir".

Rihanna abrió los ojos por la sorpresa, con una expresión entre el asombro y la incredulidad. Incluso yo casi me lo creo.

Cogí el anillo, limpié rápidamente los restos con la servilleta y se lo tendí. "¿Quieres casarte conmigo?"

El tiempo pareció congelarse. Rihanna se quedó mirando el anillo y luego a mí. Estábamos fingiendo, pero mi corazón latía como si fuera real. Quizá fue la forma en que abrió la boca, esos bonitos labios rosas formando una pequeña "o", lo que me recordó nuestra noche juntos.

"Sí", susurró.

Le coloqué el anillo en el dedo y, antes de que pudiera pensármelo dos veces, la estreché entre mis brazos y la besé. El restaurante estalló en aplausos, pero apenas los oí. Lo único en lo que podía concentrarme era en la sensación de sus labios contra los míos de nuevo, la forma en que su cuerpo se apretaba contra mí.

Y mientras la abrazaba, mi pecho se atenazó de inquietud porque, por un momento, me pareció demasiado real. Y lo peor fue que me gustó.

*¿Qué coño estoy haciendo?*

# Capítulo 12

# Rihanna

Subí al todoterreno de Jonas, con la respiración entrecortada cuando la puerta se cerró tras de mí. Aún podía sentir sus labios sobre los míos. Aunque esperaba la proposición, no había pensado en nada más que en el anillo, y mucho menos en un beso ardiente. Todavía tenía el corazón acelerado. El zumbido del motor me hizo vibrar las piernas cuando se alejó del bordillo. El lujo del coche era otro recordatorio del mundo al que él pertenecía: elegante, pulido... Todo lo que yo no era. Pero ahora mismo, sólo podía pensar en el hombre que lo conducía.

El aire entre nosotros crepitaba de tensión, la misma tensión que se había ido acumulando desde aquella noche en la posada en la que nos habíamos entregado a algo mucho más primitivo de lo que cualquier rivalidad o lógica podía contener. Se me erizó la piel al recordarlo, y mi cuerpo me traicionó con su deseo de revivirlo todo de nuevo.

"Bonito paseo", dije, manteniendo mi tono casual, tratando de concentrarme en otra cosa que no fuera el calor que hervía a fuego lento entre nosotros.

Jonas miró a su lado, con una sonrisa en los labios. "¿Es eso todo lo que tienes que decir?"

Le lancé una mirada, medio divertida, medio molesta, aunque la sonrisa que intentaba ocultar me tiraba de la boca. "¿Qué más hay?"

"Oh, no lo sé. Tal vez algo del beso ardiente que acabamos de compartir", sonaba demasiado confiado, su voz grave y peligrosa, como si ya supiera la respuesta.

Solté una pequeña carcajada, más para mí que para él, mientras me movía en mi asiento, cruzando una pierna sobre la otra. "No seas arrogante, Sullivan".

"Parecía que te gustaba cuando me ponía arrogante", dijo, más brusco ahora, recordando definitivamente las mismas cosas que yo: sus manos sobre mí, el aguacero, la cama en la que nos habíamos enredado para el segundo asalto.

No pude evitar el calor que me invadió al oír sus palabras. Maldita sea. Esto era exactamente lo que no quería que pasara. Odiaba lo mucho que lo deseaba. Cada pensamiento racional en mi cabeza me gritaba que esto era peligroso, que él era peligroso. Jonas Sullivan era todo lo que se suponía que no debía querer. Era el enemigo, el rival de mi familia en todos los sentidos. Pero ahora mismo, con la forma en que me miraba, como si pudiera ver a través de todos los lugares que intentaba ocultar, nada de eso parecía importar.

Me removí incómoda en mi asiento, necesitaba decir algo, cualquier cosa que rompiera la tensión. "Aquella noche fue... un error".

Su mano agarró el volante con más fuerza y sus ojos se entrecerraron ligeramente al mirar hacia mí. "¿Un error? Yo no lo sentí así".

Me mordí el labio, tratando de refrenar el torrente de emociones que inundaba mi organismo. "Bueno, no eres exactamente conocido por tu buen juicio, ¿verdad?"

Jonas soltó una carcajada y el sonido me produjo escalofríos. "Al parecer, tú tampoco. Te ha gustado. No mientas".
Odiaba lo fácil que me leía. Cuánta razón tenía. "Que te guste algo no significa que esté bien".
"Y que algo no te guste no significa que esté mal", replicó con suavidad. "Dime, ¿Steven te hace sentir como yo?"
Su nombre saliendo de la boca de Jonas fue como un chapuzón de agua fría. Tragué saliva, de repente muy consciente de lo rápido que íbamos por esta pendiente resbaladiza. "Eso es diferente".
"¿Lo es? Dices que tus padres parecen pensar que es perfecto para ti. Diablos, tal vez lo sea. Seguro. Predecible. Aburrido".
Volví a moverme, el tirón entre mi corazón y mi cabeza me empujaba hacia un lado y hacia otro. "Ésa es la cuestión", espeté, aunque salió más bajo de lo que pretendía. "Me gusta la seguridad. Necesito seguridad. No vale la pena arriesgarse, Jonas. Lo he aprendido por las malas".
Aminoró la marcha al llegar a la calle, frente a mi apartamento, y el resplandor de las farolas proyectó largas sombras sobre la oscura calzada. Aparcó en un sitio libre, sin apartar su mirada de la mía mientras apagaba el motor. El silencio que siguió fue como si absorbiera todo el aire del coche, dificultando la respiración.
Tenía que acabar con esto antes de que se descontrolara. "No puedes entrar", solté, con voz temblorosa, mientras me desabrochaba el cinturón.
Enarcó una ceja, reclinándose en su asiento, completamente a gusto mientras yo me deshacía. "¿Por qué no?"

"Porque..." Busqué algo, cualquier cosa, para explicar este nudo de emociones conflictivas que se me enroscaba en el pecho. "Porque mi apartamento apenas está amueblado. Tenía poco presupuesto cuando me mudé. Es... un desastre".

Jonas sonrió, como si se hubiera dado cuenta de mi excusa. "Realmente no me importa cómo es tu apartamento".

Apreté los labios, luchando contra la atracción hacia él. Sus ojos sobre mí estaban derribando poco a poco todas mis defensas.

"A mí me importa", susurré, más para mí que para él. "Porque si entras, estaré... estaré tentada de hacer algo de lo que me arrepentiré".

"¿Y eso es tan malo?" Su voz era grave, suave, seductora. "Ya sabemos lo bien que la pasamos juntos. ¿Por qué luchar contra ello?"

*Porque eres un Sullivan*, gritaba mi mente*. Porque mi familia nunca me perdonaría. Porque se supone que somos enemigos, y nada de esto debería sentirse tan bien*.

Pero no dije nada de eso. En su lugar, me quedé mirándole, con el corazón latiéndome con fuerza y cada nervio de mi cuerpo traicionando la lógica a la que intentaba aferrarme desesperadamente.

"Realmente estoy destinada a casarme con Steven", solté, mitad para él, mitad para mí misma. "Él es... agradable. Responsable. Todo lo que se supone que quiero".

Los ojos de Jonas se oscurecieron y, por primera vez, un destello de algo que no podía nombrar cruzó su rostro.

"Lo que se supone", repitió, su voz más áspera ahora. "Pero él no te hace sentir esto, ¿verdad?"

La tensión entre nosotros era insoportable. Se me aceleraba el pulso y la respiración. Le deseaba tanto que me asustaba. Y ese era el problema. Se suponía que no debía desearle. Pero lo hacía.

Jonas se inclinó ligeramente y bajó la voz a un susurro. "¿Me darías un beso? Sólo uno".

Abrí la boca para protestar, pero no me salían las palabras. Mi cuerpo se movió antes de que mi mente pudiera hacerlo. "Vale", respiré, cediendo a la tentación que me había estado acosando toda la noche.

Pero antes de que pudiera inclinarme, sonrió con esa sonrisa arrogante que odiaba y amaba a la vez. "No desde allí", dijo, palmeando su regazo. "Ven aquí".

Dudé sólo un segundo antes de arrastrarme sobre la consola y colocarme encima de él. En cuanto me senté a horcajadas sobre su regazo, sus manos me agarraron por las caderas y me estrecharon contra él. Ya estaba empalmado, su cuerpo respondía al mío igual que aquella noche en la posada. Respiré entrecortadamente mientras me apretaba contra él y sus manos se deslizaban por mis muslos, guiando mis movimientos.

Me incliné, mis labios rozaron los suyos mientras susurraba: "Así está mejor".

El beso que siguió fue cualquier cosa menos suave. Estaba lleno de hambre, deseo y toda la frustración que se había ido acumulando entre nosotros. Apreté las caderas contra él, mis bragas rozaban su pantalón, sus dedos se clavaban en mi piel y me acercaban aún

más. Él la tenía cada vez más dura, y una necesidad de respuesta floreció en lo más profundo de mí. Como si estuviera vacía y sólo él pudiera llenarme.

Su mano se deslizó entre mis piernas, rozando la fina tela de mi ropa interior, y jadeé contra su boca. "Jonas..." Gemí, pero no lo detuve. No podía. Sus dedos contra mí, burlones, empujándome aún más hacia mis límites, eran demasiado para resistirme.

"Dios, estás tan mojada", murmuró mientras sus labios encontraban mi cuello, acribillándome a besos con la boca abierta y necesitada. "Me encanta sentir cuánto me deseas".

Me ardían las mejillas, la excitación y la vergüenza se mezclaban en un emocionante lío que me revolvía el estómago. No estaba acostumbrada a sentirme tan sexual, tan libre. Era como si Jonas me hubiera permitido acceder a algo primario. Lo necesitaba con una fuerza que casi me asustaba... O me asustaría si no me sintiera tan condenadamente bien.

Me frotó exactamente donde lo necesitaba, como si sus dedos conocieran mi cuerpo incluso mejor que yo.

"Te deseo tanto", gemí, sorprendiéndome a mí misma con mi atrevimiento.

Las ventanas se empañaban, el calor entre nosotros enrarecía el aire, pero no me importaba. En lo único que podía pensar era en él, en sus dedos que me producían tanto placer, en su erección que se tensaba contra sus pantalones, en la forma en que me hacía sentir como si pudiera explotar...

Cuando su asiento se reclinó hacia atrás, supe que ya no había vuelta atrás.

Y yo no quería.

Metí la mano entre los dos, tanteando para desabrocharle los pantalones y liberarlo. Cuando toqué por primera vez su cuerpo, tan duro y caliente, jadeé. Saber que todo era para mí era un cumplido demasiado grande para comprenderlo. Casi quise maldecir la escasa luz que me impedía verlo por completo. Lo había visto bien la primera vez, pero la luz del fuego no había satisfecho mi curiosidad. Y, sin embargo, era mucho más fácil hacerlo en la oscuridad, donde mis miedos y mi culpa no podían encontrarme.

Lo acaricié, y tanto mi corazón como mi coño se apretaron al mismo tiempo cuando gimió.

"Toma", me dijo, moviéndose debajo de mí mientras sacaba la cartera del bolsillo. Sacó un condón y me lo dio.

Dudé. No quería confesarle que nunca había puesto un preservativo. Mi anterior pareja se había encargado de eso y yo me sentía tonta e inexperta, sobre todo comparada con él. Cogí el preservativo que me ofreció e hice lo que pude, empujándolo por su pene y esperando que no notara mi nerviosismo.

"Dios, tus manos", gimió Jonas, aparentemente satisfecho con lo que estaba haciendo. Le di un apretón por si acaso, disfrutando de cómo palpitaba. "Necesito estar dentro de ti".

Asentí con impaciencia, demasiado excitada para preocuparme por lo mucho que deseaba acostarme con aquel hombre que aún era poco más que un desconocido.

Ayudé a guiarlo dentro de mí mientras él me sujetaba, subiéndome aún más el vestido y rodeando mis caderas con sus grandes manos.

Sus dedos se deslizaron hacia atrás, apretándome el culo mientras bajaba sobre él.

La forma en que me estiró me hizo esconder la cara en su cuello y jadear. Era mucho más intenso que cuando estaba tumbada boca arriba, pero no menos satisfactorio.

"La tienes muy grande", gemí, deslizándome por su longitud y sintiéndome ya tan llena que me preguntaba cómo había podido meterlo todo antes.

Sus dedos se clavaron en mí mientras dejaba escapar un gemido. "¿Estás intentando que me corra? Porque si sigues hablando así..."

Sus palabras encendieron una parte de mí que no sabía que existía. Una sensación completamente nueva, envuelta en excitación y sorpresa. *Poder.*

"¿No es ese el objetivo de esto?" Pregunté, apretándome a su alrededor.

Se mordió el labio mientras sus caderas subían bruscamente, introduciendo hasta el último centímetro en mi interior y golpeando un punto tan sensible que ahora era yo quien corría el riesgo de correrme demasiado pronto.

"Todavía no, no cuando primero quiero hacerte gritar", se inclinó hacia delante y me besó rudamente, con lengua, dientes y pasión. Sus palabras me humedecieron aún más. Lo deseaba; quería dejarme llevar.

Me guiaba con las manos, animándome a subir y bajar, a balancearme contra él. Pero yo encontraba mi propio ritmo, y él me seguía, permitiéndome marcar el paso. Practicar ballet durante toda mi vida me había dado muchos beneficios, desde la alegría que me

proporciona hasta la flexibilidad, pero era la fuerza lo que apreciaba en aquel momento. Me ondulé encima de él, cabalgándolo como un toro sin cansarme. No necesitaba las manos de Jonas para levantarme, y eso las dejaba libres para vagar.

Empezó por los pechos, apretándolos a través del vestido y el sujetador, endureciendo los pezones incluso a través de las dos capas de ropa. Luego bajó por mi vientre y mis caderas, me acarició los muslos hasta que sus hábiles dedos se introdujeron entre mis piernas y encontraron el lugar que más necesitaba que encontraran.

"No tienes ni idea de lo caliente que estás", me dijo, clavándome los ojos mientras me trabajaba, acompasando el ritmo de mis caderas. "Joder, estás empapada para mí. Goteando por mi polla como si no tuvieras suficiente".

Gemí en respuesta. Tenía razón. No tenía suficiente. Lo quería más profundo, más fuerte. Quería que me hiciera olvidar todas las razones por las que no debería estar haciendo esto, todas las razones que tenía para seguir siendo buena.

"Me haces querer ser mala", confesé.

Gruñó de placer, pero no me quitó la vista de encima.

"Sé mala para mí, muéstrame lo que querrías si te dejaras llevar y siguieras tu deseo", gruñó, empujando para alcanzar mis caderas e introducirse aún más dentro de mí.

El permiso para ser libre era como una droga.

Me incliné hacia atrás, el cambio de ángulo hizo que su polla golpeara exactamente donde lo necesitaba. Subí más alto que antes y volví a caer sobre él. El placer me sacudió, tan agudo como un orgasmo, excepto que no me había corrido. Volví a hacerlo. Una y

otra vez. Hasta que sentí que estaba sacando placer de él, usando su polla para mi propio beneficio. Y a Jonas le encantó cada segundo.

"Eso es, nena", gimió. "Coge mi polla".

Sus palabras me hicieron sentir más desesperada. Los sonidos resbaladizos y eróticos de nuestro acoplamiento llenaban el coche y, si hubiera tenido uso de razón, me habría preocupado de que se balanceara y nos delatara. Pero había algo tan travieso en ello, tan emocionante, que sólo me hizo ser más atrevida.

"Se siente tan bien", grité.

"Sé que estás a punto", gruñó. Tenía razón; la presión aumentaba en mi interior y no tardaría en estallar. "Quiero que te corras para mí; que te corras tan fuerte que olvides todo menos mi nombre".

"Dios", dije, casi sollozando por el intenso placer que no hacía más que crecer, empujándome a alturas que nunca antes había sentido. Me tambaleaba al borde de la montaña más alta, con Jonas como única ancla.

"Eres mía", dijo, acelerando sus dedos y llevándome cada vez más alto. "Córrete para mí, Ri. Eso es".

Mi cuerpo le obedeció y caí al borde del éxtasis con un grito tan fuerte que me avergonzaría de ello más tarde. Pero por el momento, lo único que importaba era la forma en que mi visión parecía volverse blanca mientras el placer estallaba en mí como fuegos artificiales. Ráfagas de éxtasis me hicieron estrecharme alrededor de Jonas, con la espalda arqueada y las caderas agitándose.

"Sí", gimió, su propio placer le alcanzaba. "Sí, sí, joder, nena".

Sus gruñidos de pasión se unieron a mi recital de gemidos y quejidos, su cuerpo se puso rígido mientras su polla se sacudía dentro de mí, haciendo que mi orgasmo sólo durara más. Me sentía tan bien. Estaba atrapada en el bucle de éxtasis que nos unía.

Ralenticé mis caderas hasta que estuve frotando contra él, haciendo sonar la última gota de placer hasta que no me quedó nada. Me desplomé sobre él, con el corazón acelerado. Las réplicas de mi orgasmo me hacían estremecerme de vez en cuando. Sacó la mano de entre mis piernas y la apoyó en mi muslo, dejando un rastro húmedo de mi excitación.

El cuerpo de Jonas estaba tan caliente contra el mío mientras yo yacía allí, respirando agitadamente, con la piel resbaladiza por el sudor. El interior de su todoterreno parecía sofocante por nuestro calor. Mi cabeza daba vueltas entre la satisfacción y el sentimiento de culpa. Mi corazón seguía acelerado, pero no sólo por el sexo.

Eso había sido... glorioso. Mejor de lo que me había permitido creer que sería la segunda vez. Y ahora, al bajar de allí, la realidad se asentó en mi pecho como una piedra.

El pulgar de Jonas trazaba perezosos círculos sobre mi piel, pero de repente era hiperconsciente de todo lo que había fuera de la burbuja que habíamos creado en su coche. La noche fresca, los faros de los coches que pasaban, el silencio que se había instalado en la calle como una pesada manta. Mi cuerpo se tensó y me aparté ligeramente de él.

"¿Estás bien?" Murmuró, su voz aún ronca, sus labios rozando mi hombro.

Antes de que pudiera responder, unos faros inundaron el interior del coche. Me puse rígida al instante, con la respiración entrecortada. Una camioneta se acercaba arrastrándose, demasiado despacio para ser casual. El corazón me dio un vuelco al reconocer el guardabarros abollado y el retrovisor lateral roto. Conocía esa camioneta. La conocía demasiado bien.

"Mierda", susurré, con el pulso latiéndome en los oídos. "Jonas, agáchate".

Ambos nos deslizamos hacia abajo en el asiento, ocultándonos de las luces de la camioneta que pasaba sigilosamente. Mis ojos permanecían fijos en el salpicadero, cada músculo de mi cuerpo tenso como una cuerda de arco. Sentía la mirada de Jonas clavada en mí, pidiéndome explicaciones en silencio, pero no estaba preparada para hablar. Todavía no.

La camioneta finalmente pasó junto a nosotros, el ruido del motor se desvaneció al doblar la esquina al final de la manzana. Exhalé un suspiro tembloroso, mi cuerpo se desplomó contra el de Jonas mientras intentaba calmar mi acelerado corazón. Su brazo alrededor de mí no debería haberme reconfortado tanto.

Entonces me aparté de golpe, aliviada de que Jonas me dejara ir. Gruñó mientras se deslizaba fuera de mí, pero el condón se quedó atrás. Me ardían las mejillas mientras me sacaba el látex, con la vergüenza envolviéndome el corazón como una mordaza. No creía que se hubiera derramado nada. Me sentí sucia, y no en el buen sentido en que Jonas me había hecho sentir cuando nos dejamos llevar por la pasión. Como si Trey hubiera sido enviado por el

universo para recordarme que no estaba siendo la chica buena que me había prometido ser.

Volví a sentarme y me bajé el vestido para esconderme.

"¿Qué fue eso?" La voz de Jonas era baja, con un tono preocupado.

Me estremecí, aún mirando por la ventanilla como si la camioneta pudiera reaparecer en cualquier momento. "Trey. Mi ex. No se tomó bien la ruptura".

Jonas se movió a mi lado, enderezándose en su asiento mientras miraba por la ventanilla. "¿El 'riesgo' que mencionaste antes?"

"Sí", admití, envolviéndome con los brazos mientras una fría oleada de inquietud me bañaba. "Era él".

Jonas no me presionó más. Se limitó a esperar, con los ojos fijos en mí, ofreciéndome un espacio para que lo llenara si quería. Y así lo hice. Dios, quería desahogarme, contarle a alguien el error que había cometido con Trey. Que había sido una estúpida al pensar que era el tipo de hombre en el que podía confiar.

"Es... peligroso", dije, apenas por encima de un susurro. "Al principio no lo sabía. Quiero decir, no es de por aquí, y cuando lo conocí, parecía un buen tipo. Encantador, seguro, todo lo que yo creía que quería. Pero no sabía nada de él. No sabía de lo que era capaz".

La mandíbula de Jonas se tensó y extendió la mano para apoyarla en mi pierna, una presencia tranquilizadora que no sabía que necesitaba hasta ahora. "¿Qué ha pasado?"

Tragué saliva, el recuerdo aún estaba demasiado fresco, demasiado crudo. "Salimos un tiempo. Al principio fue emocionante, ¿sabes? Era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Pero luego las cosas empezaron a cambiar. Me avergonzó. De mala manera. Fue en una

fiesta de trabajo, se presentó borracho y montó una escena delante de todos. Fue humillante. Traté de romper, pero él no me dejaba ir. Es... persistente. No fue hasta que tiró una lámpara a la pared que pasó justo a mi lado que huí, volviendo a Bayville, donde estaba a salvo. O se suponía que lo estaba".

La mano de Jonas se cerró en un puño sobre el muslo y frunció el ceño mientras escuchaba. Parecía que en sus ojos se estaba gestando una tempestad. "¿Ha intentado volver contigo antes?"

"Sí", admití, con una respiración temblorosa escapando de mis labios. "Y ahora... parece que lo está intentando de nuevo".

Por un momento, hubo silencio entre nosotros. Podía sentir la frustración de Jonas hirviendo a fuego lento justo debajo de la superficie, su mandíbula apretada mientras procesaba lo que le había dicho. No quería meterle en esto. No debería haberlo hecho. Pero ya era demasiado tarde.

"Esta noche me quedaré contigo", dijo Jonas, con voz baja y firme, sin dejar lugar a discusiones.

Me giré hacia él, negando con la cabeza. "Jonas, no puedes. Es demasiado arriesgado".

Su ceño se frunció en señal de confusión. "Acabas de decirme que Trey es peligroso. No voy a dejarte sola con eso rondándote la cabeza".

"Estaré bien", dije, aunque no estaba segura de creérmelo yo misma. No podía dejar que Jonas se quedara, aunque una parte de mí lo deseaba desesperadamente. Tenía que recordarme a mí misma que todo esto entre nosotros debía ser falso, una farsa. No debía sentirme así. "Además... si mis padres descubrieran alguna vez que

he dejado entrar a un Sullivan en mi apartamento, les daría un infarto".
Jonas esbozó una sonrisa sin gracia. "Ya estamos comprometidos de mentira. Creo que es mi deber como tu falso prometido asegurarme de que estás a salvo".
Solté una carcajada, aunque salió forzada. "Lo digo en serio. No puedes entrar".
Sus hombros rígidos se ablandaron, el músculo enroscado bajo su camisa se relajó visiblemente sólo una fracción. "Estoy preocupado por ti".
"Estaré bien", repetí, esta vez con un poco más de convicción. "Trey sólo está... intentando fastidiarme. No hará nada".
Jonas no parecía convencido, pero asintió, aceptando mi respuesta a regañadientes. "De acuerdo. Pero te acompañaré hasta tu puerta".
No discutí. Su actitud protectora me conmovió, y estuve a tres segundos de cambiar de opinión y pedirle que se quedara. Pero no podía hacerlo. Lo que fuera que hubiera entre nosotros ya estaba borroso, y ya había dejado que las cosas fueran demasiado lejos esta noche.
Salimos del coche y el aire fresco de la noche golpeó mi piel como una llamada de atención. Me abracé a mí misma mientras Jonas me seguía por la escalinata del edificio.
Nos quedamos de pie, incómodos, bajo la luz del porche. La tensión entre nosotros había vuelto, pero esta vez no era del tipo que lleva a la pasión. Era pesada, mezclada con cosas no dichas, no reconocidas.
"Gracias", murmuré, con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

Los ojos de Jonas buscaron los míos, algo ilegible destellando en su rostro. "¿Segura que estarás bien?"

"Sí, segura", prometí, forzando una sonrisa que no acababa de sentir. "Soy más dura de lo que parezco".

No parecía convencido, pero asintió de todos modos, dando un paso atrás cuando abrí la puerta. Dudé un momento, sintiendo el impulso de decir algo más, de pedirle que se quedara aunque sabía que no debía hacerlo. Pero me mordí la lengua y entré, cerrando la puerta tras de mí.

Apoyé la espalda contra la puerta, escuchando cómo se alejaban los pasos de Jonas. El corazón aún me latía con fuerza y la mente me daba vueltas por todo lo que había pasado esta noche. No me moví hasta que Jonas se fue. Se hizo el silencio.

Y entonces, justo cuando dejé escapar un suspiro de alivio, ahí estaba. El estruendo de la camioneta de Trey arrastrándose de nuevo.

Me asomé por la ventanilla y sentí un miedo agudo y ácido cuando los faros cruzaron la calle. Él estaba mirando. Esperando.

Di un paso atrás, con el corazón latiéndome más fuerte que nunca.

No iba a sentirme segura. No esta noche.

# Capítulo 13

# Jonas

Salí de Sullivan Suites y dejé que la pesada puerta se cerrara tras de mí mientras respiraba profundamente el aire fresco y salado. Detrás del hotel se extendían colinas onduladas salpicadas de hierba alta y flores silvestres que descendían hasta la bahía en la distancia. El ruido del tráfico de la carretera principal seguía presente, pero aquí fuera era como otro mundo, más tranquilo, más sosegado.

Lo necesitaba. Llevaba toda la mañana encerrado, reunido con mi padre para hablar de los planes de expansión del nuevo hotel en Bayville. No había dicho gran cosa durante aquellas reuniones; me limitaba a asentir con la cabeza mientras papá hablaba del análisis de costes y del potencial de mercado. No es que no me importara; me importaba, pero trabajar con él me quitaba hasta el último gramo de energía. Mi proposición a Rihanna hacía dos días tampoco le había hecho menos exigente. Necesitaba un descanso.

Saqué mi teléfono y marqué el número de Beckett, esperando que mi hermano pudiera distraerme del caos de mi cabeza.

Beckett contestó al segundo timbrazo, con voz perezosa y divertida. "¿Qué tal, hermanito? ¿Descansando del imperio?"

Resoplé. "Algo así. Necesitaba alejarme de papá por un minuto".

Beckett se rió entre dientes. "Sí, seguro. ¿Cómo está Bayville? ¿Todavía tan encantadora como siempre?"

Eché un vistazo al extenso terreno que había detrás del hotel. Era bastante tranquilo, supuse. No era mi ambiente, pero había algo en

este pequeño pueblo que se te metía en la piel. "Está bien. Tranquila. Conocí a una chica".
"¿Qué?" Preguntó Beckett, la sorpresa en su voz era tan grande que casi parecía un insulto.
"Relájate, no es así", dije, poniendo los ojos en blanco. "Decidí seguir tus pasos y los de Grant y fingir cosas".
"Sí, porque nos fue muy bien", se rió. "Ten cuidado, hermano; las cosas empiezan falsas, y luego..."
"Eso no me va a pasar a mí", le aseguré. "Tengo más autocontrol que Grant y tú. Además, no tengo corazón. Pregúntale a mi ex".
"Sigue diciéndote que, algún día, alguien podría creerte", dijo, y pude imaginarme su sonrisa de sabelotodo. "Háblame de ella".
Sonreí con satisfacción, sabiendo que Beckett se lo pasaría en grande con esto. "Se llama Rihanna", dije, haciendo una pausa para estirar los brazos por encima de la cabeza mientras empezaba a caminar por uno de los senderos de tierra que conducían al agua.
"¿Como la cantante?" Preguntó.
"Le hice la misma pregunta", dije con una risa hueca, demasiado perdido en mis pensamientos como para encontrar verdadera diversión. "Ella es... diferente".
"Diferente, ¿eh?" La voz de Beckett estaba impregnada de curiosidad. "¿Qué se supone que significa eso?"
"Es bailarina. De ballet, en realidad", me pasé una mano por el pelo y las palabras se me atascaron en la garganta. "Pero no es mi tipo. Es... demasiado buena".
Beckett se rió. "¿Demasiado buena? ¿A qué te refieres?"

"Ya sabes, dulce, amable, leal a su familia. Sigue las reglas. El tipo de chica que no hace nada impulsivo".
"Y te has acostado con ella", dijo Beckett, más que preguntar, como si ya supiera la respuesta.
Dudé un segundo y luego me encogí de hombros. "Sí, un par de veces".
Hubo una pausa al otro lado de la línea antes de que Beckett respondiera. "¿Qué habías dicho sobre no seguir nuestros pasos?"
Fruncí el ceño, hurgando en un hilo suelto del puño de mi camisa. "No seas ridículo. No soy un romántico ñoño. El rastro de mujeres que he dejado por toda Europa puede dar fe de ello".
"¿Cómo es ese dicho? Primero viene el sexo, luego viene el falso matrimonio, luego viene el amor..."
"¡Vete a la mierda, eso ni siquiera es un dicho! Mira, si no te lo vas a tomar en serio, terminemos aquí la llamada para que pueda disfrutar de mi descanso", amenacé, sonando más molesto de lo que realmente estaba.
"¡Eh, tú me has llamado! Y además, creo que lo has entendido al revés; en todo caso, deberías tomarte las cosas más en serio", contraatacó. "Especialmente tus relaciones".
Podía sentir cómo se me tensaba la mandíbula mientras caminaba más deprisa, como si intentara huir de la conversación. "No hay ninguna relación. Esto es sólo un medio para un fin. Todos acordamos que haríamos lo que fuera necesario para asegurar nuestra herencia".
"Ese es el problema", suspiró Beckett. "Siempre estás manteniendo las cosas a distancia, asegurándote de que nadie se acerque

demasiado. Llevas años haciéndolo. Demonios, las últimas mujeres con las que has estado estaban todas en el extranjero, ¿verdad? Convenientemente lejos, para que no tuvieras que preocuparte de que quisieran más".

Tragué saliva. Beckett no se equivocaba, pero odiaba que tuviera razón. "Sí. Es más fácil así".

"Más fácil, seguro", convino Beckett, "pero también es solitario. Nunca vas a encontrar nada real si sigues huyendo cada vez que las cosas empiezan a ponerse serias".

Me reí, aunque no me hizo gracia. "No necesito nada serio. Es mejor así. Sin ataduras, sin complicaciones".

"Quieres decir sin compromiso", corrigió Beckett. "Pero no puedes seguir haciendo esto para siempre. Tarde o temprano, tendrás que dejar de huir y quedarte en un sitio. Con una persona".

"Sólo porque Grant y tú cambiaron de opinión no significa que todos tengamos que hacerlo", dije porque las palabras me habían golpeado más fuerte de lo que quería admitir. La incomodidad familiar se apoderó de mí, la tensión me atravesó, tensándose como un alambre. "Ya lo intenté", dije, con la mente revoloteando de vuelta a mi ex en Manhattan. "No funcionó".

Beckett suspiró al otro lado de la línea. "Maldita Delia, ¿tengo razón?"

Asentí, aunque él no podía verme. "Sí", habíamos estado juntos durante dos años, y cuando terminamos, había sido un desastre. "Sólo la reacción de su familia, nuestros amigos... Fue brutal. No lo volveré a hacer".

Beckett se quedó callado un momento. "Eso fue sólo una relación. No puedes dejar que eso defina todo lo demás. No puedes seguir usándolo como excusa para evitar acercarte a alguien".

Apreté la mandíbula, no me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. "No es una excusa. Es sólo que... es más seguro así. En realidad no me estoy involucrando con Rihanna. Es sólo una mentirijilla para quitarme a papá de encima un tiempo".

"¿Y qué pasa con Rihanna?" Beckett preguntó. "¿Sabe ella que todo esto es sólo un juego para ti?"

Vacilé, mis pies se ralentizaron al llegar al límite de la propiedad, donde la tierra descendía en pendiente hacia la bahía. El agua brillaba bajo el sol de la tarde y las olas golpeaban suavemente la orilla. "Ella sabe que no es serio", dije, aunque las palabras me parecieron huecas. "Los dos sabemos lo que es".

"¿Y tú?" Beckett desafió. "Porque por lo que he oído, parece que te gusta de verdad".

Abrí la boca para discutir, pero las palabras murieron en mi lengua. ¿Me gustaba Rihanna? Era guapa, aparentemente talentosa y dulce de una forma que me hacía sentir... diferente. Pero eso no significaba nada. No podía.

"No, no de esa manera", dije con firmeza, tanto para convencerme a mí mismo como para convencer a Beckett. "Ella está buena. Esto es sólo... temporal".

Beckett no parecía convencido. "Estás luchando contra ello, Jonas. Estás luchando contra lo que sea que sientes por ella porque tienes miedo de lo que pueda significar".

"No tengo miedo", espeté, mi frustración hirviendo. "Su vida es complicada, Beck. Tiene un ex que todavía anda por ahí, intentando volver con ella. El tipo pasó por su apartamento la otra noche cuando yo estaba allí con ella".

La voz de Beckett se volvió más preocupada. "Uf. Eso suena complicado".

"Lo es", señalé, aliviado de que Beckett por fin pareciera comprender. "Y eso ni siquiera es lo peor. Hay otro chico, Steven, con el que sus padres quieren que se case. Además, este pueblo es muy pequeño y todo el mundo conoce sus asuntos. Me contó que los rumores corren como la pólvora por aquí. No es algo en lo que quiera involucrarme".

Beckett se detuvo un segundo. Cuando habló a continuación, su tono era pensativo. "Parece que está en una situación difícil. Pero eso no significa que tengas que mantener las distancias. Quizá necesite a alguien que esté dispuesto a quedarse".

Me burlé, negando con la cabeza. "No necesita que complique aún más las cosas. Además, es una Bay. Todos en el pueblo la tratan a ella y a su familia como a la realeza. Es prácticamente la princesa de este lugar".

Beckett rió suavemente. "Una princesa, ¿eh? Parece que es algo más que una chica de un pueblo pequeño. ¿Seguro que no te has metido en un lío?"

Deseé que estuviera delante de mí para poder fulminarle con la mirada y hacerle saber exactamente lo que pensaba de su comentario. O darle una bofetada. "Estoy bien. Lo tengo bajo control".

"¿Qué tiene de especial su familia para que la traten como a la realeza?" Preguntó.
"Como dije, ella es una Bay. Como el nombre de Bayville", dije. "Y nosotros los Sullivan no les agradamos; debes saber eso".
"Uf, claro, ¿no habían fundado el pueblo o algo así?" Preguntó.
"Sí, algo así", dije, aunque lo sabía con certeza. Lo había buscado. Pero no se lo iba a decir a Beckett, por si decidía que era una prueba más de que quería salir en serio con Rihanna. "No sé mucho de su familia, lo único que sé es el nombre de su madre porque se presentó en Sullivan Suites junto con una posible empleada. También tiene dos hermanos menores, Tess y Dan".
"¿Dan Bay?" Preguntó Beckett. Canturreó pensativo al otro lado de la línea. "¿No hubo algún escándalo sobre él? Recuerdo algo de cuando estuve allí hace un tiempo, cuando papá me envió al hotel para hacer algo... Espera".
Se oyó un murmullo, seguido del chasquido de un teclado. Beckett estaba buscando algo, y yo esperé, con la inquietud extendiéndose como una sombra fría. Unos instantes después, Beckett volvió a hablar, con voz tensa.
"Sí, acabo de encontrarlo", dijo. "Dan Bay fue arrestado hace unos años. Aparentemente, estaba involucrado con gente peligrosa que dirigía operaciones ilegales desde Bayville. Tráfico de drogas, blanqueo de dinero, de todo. Ahora está fuera, pero todavía hay mucha mala sangre en el pueblo por lo que pasó".
Todo lo que podía pensar era en lo difícil que debía ser para Rihanna. Estaba tan centrada en su familia, con tanta moral. No expresé mis pensamientos.

"Vaya, supongo que en todas las familias hay una oveja negra", dije en su lugar.
"Eso parece", dijo Beckett con un suspiro. "Sólo asegúrate de no mezclarte en nada que pueda causar problemas".
Tragué saliva. Había pensado que esta falsa relación con Rihanna sería una forma sencilla de mantener a mi padre alejado de mí mientras evitaba cualquier complicación real. Pero ahora, era como si me hubieran arrastrado en medio de algo mucho más grande de lo que esperaba.
"Tendré cuidado", prometí, aunque las palabras me parecieron vacías. "Gracias, Beck".
"Cuídate", dijo Beckett, su voz más suave ahora. "Y no lo olvides: ¡toma buenas decisiones!"
Colgó antes de que pudiera responder. El amor había arruinado a mi hermano por completo.
Sonreí y negué con la cabeza.

# Capítulo 14

# Rihanna

Estaba a medio camino de salir por la puerta, con el pelo recogido en una coleta suelta, cuando un camión de reparto subió por la calle. Era uno de esos grandes, de los que se ven cuando alguien se muda a una nueva casa o compra en una tienda de muebles. Entrecerré los ojos y eché un vistazo a las modestas casas de la manzana, intentando averiguar cuál podía ser. En esta calle todos se conocían. Nadie se mudaba.

"No es mi problema", murmuré, cogiendo las llaves de la mesita junto a la puerta. Tenía que trabajar dentro de una hora y no quería llegar tarde.

Pero cuando salí a la entrada de mi edificio, el camión se detuvo justo delante de mi casa. Salieron dos hombres, ambos con esos polos a juego que parecían tener todos los equipos de reparto. Uno de ellos sostenía un portapapeles, escaneaba la dirección de mi edificio y miraba el recibo que tenía en la mano.

"¿Vive aquí Rihanna Bay?" Preguntó el tipo del portapapeles.

Dudé, entrecerrando los ojos. "Uh... soy yo".

"Estupendo. Tenemos una entrega para usted", se volvió y señaló a la parte trasera del camión. "Empezaremos a bajar las cosas".

Tenía que haber algún error. No había pedido nada, ni siquiera lo suficiente como para necesitar un camión entero. Mi cuenta bancaria no daba más de sí y, aunque tuviera dinero de sobra, los muebles no eran precisamente una de mis prioridades.

Di un paso adelante, dispuesta a poner las cosas en su sitio. "Oye, creo que te has equivocado de sitio. Yo no..."

Antes de que pudiera terminar de hablar, la puerta trasera del camión se abrió, dejando al descubierto varios muebles inmaculados envueltos en plástico protector. Mis ojos se abrieron de par en par cuando dos hombres empezaron a descargarlos. Un sofá de piel, elegante y moderno, nada que ver con la monstruosidad de segunda mano que tenía en el salón. Y una silla a juego. Luego, una mesa de centro de cristal con patas cromadas.

"¿Qué...?" Parpadeé, completamente perdida. "Es imposible que esto sea para mí". El hombre del portapapeles enarcó una ceja, claramente sin importarle mucho la confusión. "Aquí dice: 'Rihanna Bay'. ¿No es éste su domicilio?" Señaló la entrada de mi edificio.

"Bueno, sí, pero..."

"Entonces esto es suyo", dijo, ya pasando a mi lado con la primera pieza.

Me quedé boquiabierta mientras el equipo seguía descargando una pieza tras otra. Un nuevo juego de comedor con sillas elegantes y modernas. Una consola de entretenimiento que parecía pertenecer a uno de esos lujosos condominios del centro, no a mi pequeño y destartalado apartamento. Incluso se llevaron mis muebles viejos sin preguntar, apilándolos en el camión como si fueran basura.

"Espera..." Empecé, pero iban demasiado rápido. No sabía si debía detenerlos o dejarlos seguir. La verdad era que a mi casa le vendría bien una mejora seria, pero esto... era demasiado. Sólo podía imaginarme a una persona que hubiera hecho algo así.

Aturdida, saqué el móvil y le envié un mensaje a Jonas:

***Rihanna:*** *¿Enviaste un camión lleno de muebles a mi casa?*

Apenas tuve tiempo de pulsar enviar antes de que mi teléfono zumbara con su respuesta.

***Jonas:*** *Sorpresa ;)*

Me quedé mirando la pantalla, boquiabierta. ¿Sorpresa? ¿Hablaba en serio?

***Rihanna:*** *¡¿Por qué?! Yo no he pedido esto.*

***Jonas:*** *Recuerdo que dijiste que tus muebles eran basura o algo así, así que pensé en echar una mano.*

¿Echar una mano? Esto no era echar una mano; esto era una remodelación total de la casa. El corazón me latía con fuerza, en parte por la conmoción, pero también porque... bueno, el hecho de que Jonas recordara que yo había dicho eso significaba algo, ¿no?

***Rihanna:*** *Jonas... No puedo aceptar esto. Es demasiado.*

Su respuesta fue instantánea, como si hubiera esperado que yo dijera eso.

***Jonas:*** *No es nada. De verdad. Te mereces algo mejor que un lugar con un presupuesto limitado. Sólo piensa en ello como una pequeña mejora.*

¿Una pequeña mejora? Este hombre no entendía de "pequeña" cuando se trataba de dinero. Eché un vistazo a los nuevos muebles que había en el salón: todo parecía sacado de las páginas de una revista de interiorismo.

Escribí otro mensaje, intentando que sonara ligero.

***Rihanna:*** *¿Esta es tu forma de asegurarte de que te dejaré entrar la próxima vez? Así, no tenemos que, ya sabes... ¿engancharnos en tu coche?*

Me mordí el labio al pulsar enviar, con las mejillas encendidas. Pretendía ser una broma, pero escondía algo de verdad. No habíamos sido exactamente profesionales como nuestro "acuerdo" y, si era sincera, no odiaba la idea de que quisiera pasar más tiempo aquí conmigo.

Su respuesta llegó casi de inmediato, con un tono burlón en sus palabras que hizo que mi corazón diera un vuelco y mi pulso se acelerara.

***Jonas:*** *Oye, si me haces entrar, lo consideraré dinero bien gastado.*

Dejé escapar una carcajada, negando con la cabeza. Él era imposible.

***Rihanna:*** *Eres ridículo.*

***Jonas:*** *Te gusta.*

No podía discutirlo. Por mucho que odiara admitirlo, había una parte de mí a la que sí le gustaba: su atención, su generosidad, la forma en que parecía querer cuidar de mí, incluso cuando yo no lo pedía.

Antes de que pudiera pensarlo demasiado, le envié otro mensaje.

***Rihanna:*** *Tengo que ir a trabajar, pero... gracias. De verdad.*

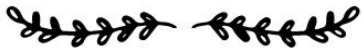
***Jonas:*** *Cuando quieras. Disfruta de tu nueva casa.*

Volví a meter el teléfono en el bolso y eché un vistazo al espacio transformado. Ya no parecía mi apartamento. Parecía... mejorado. Como si me permitieran tener algo bonito para variar.

Pero por mucho que me gustara, no podía deshacerme de la suave y temblorosa incertidumbre que crecía en mi interior. No estaba acostumbrada a que me trataran así. Me sentía bien, pero también era... complicado. Jonas estaba empezando a ser algo más que la

cosa casual que yo había esperado que fuera. Y eso me asustaba más de lo que quería admitir.

Eché un último vistazo a los muebles nuevos, cogí el abrigo y salí por la puerta. El trabajo me llamaba y no podía dejarme llevar por esto. Al menos, todavía no.



La carretilla chirriaba mientras la empujaba por la hierba irregular. Me escocía la rodilla donde me la había raspado contra el muro de piedra. Un hilillo de sangre empapaba mis pantalones de yoga rotos, pero lo ignoré por el momento. No tenía sentido montar un escándalo. Ya casi habíamos terminado con el jardín y quería terminar el trabajo antes de preocuparme por una tirita. Dejé la carretilla en el suelo para recoger más ramas caídas. La mayor parte de la limpieza de la tormenta ya la había hecho el arbolista, pero el césped que rodeaba la posada seguía lleno de ramas pequeñas y muchas más hojas de lo habitual.

"Papá, déjame coger eso", le dije, cogiendo el asa mientras él se inclinaba para levantar de nuevo la carretilla. Era su tercer intento de hacerse cargo.

Hizo un gesto de dolor y se enderezó lentamente. La espalda seguía dándole problemas, peor que de costumbre, pero era terco como un buey. Le lancé una mirada de advertencia y, al cabo de un momento, me obedeció de mala gana. "Está bien, está bien. Pero no creas que me voy a ablandar sólo porque tú te encargues de esta parte".

Sonreí y negué con la cabeza. "Ni siquiera había pensado en ello".

Nos dirigimos hacia la pila de maleza en la esquina más alejada de la propiedad. El olor a tierra húmeda y hojas frescas llenaba el aire. Ya habíamos limpiado casi todas las ramas caídas del jardín, pero quedaban algunas rezagadas cerca del aparcamiento. Papá caminaba a mi lado, con la mano apoyada en la parte baja de la espalda, como si intentara ocultar el dolor. Tan testarudo como siempre.

Al rodear el aparcamiento, su mirada se posó en el todoterreno aparcado cerca de la posada. Frunció el ceño, entrecerrando los ojos como si el vehículo le hubiera ofendido personalmente. "No puedo creer que se quede aquí. Después de todo lo que nos ha hecho su familia".

La culpa me envolvía, apretándome con cada respiración.

*No puede saber lo mío con Jonas Sullivan*.

Sólo el apellido Sullivan llevaba el peso de años de resentimiento, decepción y cotilleos del pueblo.

"Los Sullivan creen que pueden comprar todo", continuó mi padre, con una voz cargada de desdén. "Deberían haber dejado a nuestro pueblo en paz. Bayville no es una de sus grandes ciudades sin alma. Este lugar tiene historia y carácter. ¿Y qué hacen? Construir una de sus feas monstruosidades aquí mismo, como si eso fuera lo que necesitáramos".

Asentí con la cabeza, sin atreverme a hablar. La vergüenza se retorcía dentro de mí, un pesado nudo que crecía al pensar en lo que había estado ocultando.

Mi padre no podía saberlo, y aquí estaba, maldiciendo al mismo hombre con quien yo había... Bueno, hecho mucho más que hablar

dentro de ese mismo coche.

Doblamos la esquina y me detuve en seco. Jonas estaba en el patio, justo detrás de su habitación, apoyado despreocupadamente en un pequeño árbol, con las manos en los bolsillos. Sus ojos se clavaron en nosotros en cuanto aparecimos y, por la expresión de su cara, estaba claro que había oído todo lo que papá acababa de decir.

Estupendo.

Los hombros de papá se pusieron rígidos y la temperatura del patio pareció bajar unos diez grados. "Señor Sullivan", murmuró, apenas reconociéndolo con una inclinación de cabeza. Su voz era como el hielo. Jonas, por su parte, mantuvo la calma, pero había tensión en su mandíbula.

"Señor Bay", respondió Jonas con un gesto seco, sin llegar a responder a la mirada de papá.

Durante unos segundos insoportables, nadie habló. La incomodidad flotaba en el aire, junto con el aroma de los arbustos en flor que bordeaban el patio. Me moví incómoda, con la rodilla raspada escociéndome a cada paso. Justo cuando creía que no podía soportar más el silencio, la voz de mamá salió desde el interior.

"¡Neville! ¿Puedes venir a ayudarme adentro un minuto?"

Papá vaciló, su irritación con Jonas sustituida por un suspiro cansado. "El deber me llama", me dijo con una pequeña inclinación de cabeza antes de dirigirse a la posada, dejándonos solos a Jonas y a mí.

En cuanto salió de mi alcance, me volví hacia Jonas. "Lo siento", murmuré, sacudiendo la cabeza. "Él no sabe..."

"No importa", el tono de Jonas era tenso, sus ojos todavía en el lugar donde mi padre había desaparecido. "No es que esperara una cálida bienvenida".

Me mordí el labio, insegura de qué decir. La tensión entre Jonas y mi familia era cada vez más difícil de ignorar, sobre todo ahora que las cosas entre nosotros eran... complicadas.

"Quería volver a darte las gracias por los muebles", dije, con la esperanza de cambiar de tema. Mi voz era más tranquila ahora, tratando de no sonar tan incómoda como me sentía. "No tenías por qué hacerlo".

La mirada de Jonas se desvió hacia mí, el borde helado se desvaneció ligeramente. "No es para tanto. El dinero no es un problema para mí, ya lo sabes".

Aquel encogimiento de hombros despreocupado hizo que el corazón me diera un vuelco en el pecho. Actuaba como si comprarme muebles para todo un piso nuevo no fuera nada, y para él quizá no lo fuera. Pero significaba algo para mí. Era considerado, de una manera que no sabía cómo procesar.

Me crucé de brazos, intentando parecer más despreocupada de lo que me sentía. "¿Qué estás haciendo aquí, por cierto?"

"Necesitaba un poco de aire", miró al cielo, las nubes se movían perezosamente con la brisa. "He estado encerrado todo el día trabajando en algo para mi padre".

Enarqué una ceja. "¿Slater sigue creyéndose el numerito?"

Jonas sonrió con picardía en los ojos. "Mamá no para de hablar de lo genial que eres. Pero papá... no tanto. Es escéptico. No se fía de nadie, y menos de mí".

La tensión entre nosotros aumentó de nuevo, pero esta vez no era incómoda. Era... algo más. Mi mente se inundó de imágenes de mí a horcajadas sobre él en su coche, nuestros cuerpos enredados en el calor del momento, corriéndome tan fuerte que veía las estrellas. La forma en que me miraba ahora, como si también lo estuviera recordando, me erizó la piel.

Me aclaré la garganta, tratando de alejar el pensamiento. "Entonces, ¿qué vamos a hacer con tu padre?"

Jonas se acercó un poco más y su mirada se ensombreció. "Quiero que vengas mañana a Sullivan Suites. Lleva tu anillo puesto. Me aseguraré de que sólo estén mis padres. Será privado, sin cotilleos".

La idea de volver a fingir ser su prometida me ponía la piel de gallina. No porque no me gustara la idea de pasar tiempo con él -me gustaba-, sino porque todo el acto, la mentira, me parecía mal. "Lo haré", dije en voz baja, "pero lo estaré temiendo toda la noche".

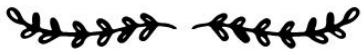
Jonas sonrió, pero esta vez fue más suave, casi tranquilizador. "No te preocupes. Todo irá bien".

Antes de que pudiera responder, capté un movimiento por el rabillo del ojo. Mamá estaba de pie junto a una de las ventanas de la posada, con un plumero en la mano. El corazón se me subió a la garganta. Aún no nos había visto, pero si lo hacía, habría preguntas.

"Mierda", susurré. "Tenemos que irnos".

Jonas miró hacia la ventana y me cogió de la mano, tirando de mí hacia las lilas del jardín. Nos escondimos detrás de ellas, ocultos a la vista. El olor de las flores nos rodeaba, dulce y pesado en la brisa. Su brazo rozó el mío y el calor de su cuerpo me aceleró el pulso.

Cuando volvimos a estar a salvo, Jonas me llevó hacia la parte trasera del edificio, lejos de miradas indiscretas. "Vamos", dijo en voz baja, señalando con la cabeza hacia su habitación.
Sin pensarlo, le seguí al interior.



Una vez que la puerta se cerró tras nosotros, la vergüenza trató de abrirse paso de nuevo. No debería estar aquí. Lo sabía. Pero no podía evitarlo. La presencia de Jonas era magnética, me atraía hacia su órbita cada vez que intentaba resistirme.
"Vas a estar despierta toda la noche preocupándote por lo que pasará mañana, ¿verdad?" Dijo, con voz suave mientras se acercaba, con una leve sonrisa en los labios.
Me crucé de brazos, intentando parecer despreocupada. "¿Qué puedo decir? Odio mentir. Y odio fingir aún más".
Se acercó, cerrando el espacio entre nosotros, su olor haciendo que mi cabeza diera vueltas. "¿Ayudaría si practicáramos que estamos comprometidos?" La burla en su voz era imposible de pasar por alto.
Mi corazón dio un pequeño vuelco, pero me mantuve tranquila. "Eres increíble".
Su sonrisa creció. "Te daré una razón diferente para estar despierta toda la noche. Algo mucho más... agradable".
El calor me subió por el cuello, pero conseguí mantener la compostura. A duras penas. "¿Ah, sí? ¿Y qué es?"
Su mano rozó la mía, enviando una carga eléctrica a través de mi piel. "Creo que lo sabes".

Tragué con fuerza, pero se me secó la boca. Estaba mal. Estaba muy mal, pero la atracción que había entre nosotros era imposible de ignorar. Se suponía que Jonas Sullivan era el enemigo. Los Sullivan lo habían hecho todo para arruinar el negocio de mi familia, para perjudicarnos, y sin embargo aquí estaba yo, tambaleándome al borde de dejar que me arrastrara aún más en este peligroso juego.

Entonces me besó y, por un segundo, el mundo que nos rodeaba desapareció. Sus labios sobre los míos eran cálidos e insistentes, y me perdí en él. El nudo de culpabilidad en mi estómago se tensó, pero a mi cuerpo no le importó. Mi corazón se aceleró mientras me dejaba fundir con él. Cuando se apartó, susurró: "Quiero salir contigo esta noche. A un sitio bonito".

Mi mente nadaba. "¿Dónde?"

"Vayamos otra vez a Rustica Steak House", dijo, el mismo lugar donde había fingido la proposición. "Pero esta vez, quiero que pruebes la comida".

Intenté resistirme. Realmente lo hice. "Ese restaurante cierra los domingos".

Sus ojos brillaron con picardía. "No para los Sullivan".

Me reí suavemente, negando con la cabeza. "Por supuesto".

Me dirigí hacia el baño, tratando de ordenar mis pensamientos. Al fin y al cabo, estaba sangrando; mi rodilla raspada era una buena excusa para separarnos. Me la enjuagué con agua fría y el jabón me escocía al limpiarla. Fuera, Jonas estaba al teléfono, consiguiendo sin esfuerzo que el restaurante abriera solo para nosotros. La forma en que lo manejaba con tanta facilidad me mareaba. Estaba

acostumbrado a someter el mundo a su voluntad, y yo me estaba quedando atrapada en él.

Cuando volví a la habitación, intenté mantener cierta apariencia de control. "Tendré que ir a casa a cambiarme si vamos a ir a un sitio tan elegante".

Sus ojos brillaron mientras cruzaba la habitación hacia mí. "O puedes cambiarte aquí".

Le miré fijamente. "No tengo nada que ponerme".

Jonas sonrió satisfecho y cogió unas bolsas de la compra que había junto a la cama. "Tenía la sensación de que dirías eso", una a una, fue mostrando el contenido: preciosos vestidos, tacones, bolsos e incluso joyas. Todos de diseño. Todo completamente fuera de mi alcance.

Y de alguna manera, todos de mi talla.

Los sacó de las bolsas uno a uno: un elegante vestido de cóctel negro que brillaba tenuemente bajo la luz, un vaporoso vestido esmeralda con delicada pedrería a lo largo del escote y varios pares de tacones de aguja lo bastante afilados como para cortar cristal, todos en colores que complementaban los vestidos, y un bolso de mano de cuero acolchado con una correa de cadena dorada. Las joyas brillaban: unos pendientes de diamantes y una pulsera que captaban la luz como si la hubieran bañado en estrellas. Cada pieza era tan elegante y sofisticada... de un mundo muy alejado del mío.

"No puedo creer que hayas comprado todo esto", dije, con los ojos muy abiertos.

"Esto es sólo el principio", sonrió satisfecho.

Siguió mostrando su botín: un vestido azul marino con un cinturón de satén que caía como un líquido, un vestido tipo tubo color champán adornado con intrincados encajes, un vestido naranja intenso con escote halter que se acampanaba en el bajo, y un vestido lavanda pálido con escote pronunciado y sutiles lentejuelas que captaban la luz con cada movimiento.

Se me cortó la respiración. "Jonas... esto es demasiado. No puedo llevar esto".

"Sí puedes. Y lo harás".

"Si mis padres me ven con algo así, no quiero ni imaginar qué dirán al respecto", protesté.

"Entonces nos escabulliremos. De la misma forma que nos colamos aquí", me guiñó un ojo y, a mi pesar, me reí. Había algo emocionante en todo aquello: escabullirnos, llevar cosas que nunca podría comprarme, fingir que, sólo por un rato, éramos algo real. Algo intocable.

"Vale", dije, sintiéndome imprudente. "Lo haré. Iré a cenar contigo".

Su ceño se arqueó. "¿Y después? ¿Te quedarás conmigo?"

Me mordí el labio, burlándome de él. "Eso depende... ¿harás que valga la pena?"

Su mano se deslizó en la mía, cálida y segura. "Déjame enseñarte".

Antes de que pudiera decir nada, me llevó al baño, abrió la ducha y me tendió dos toallas. Se colocó detrás de mí, con su aliento caliente en mi cuello, mientras me bajaba el tirante de mi camiseta de tirantes. Sus labios rozaron mi hombro, provocándome escalofríos.

"Déjame darte un adelanto de lo que podemos hacer esta noche", murmuró.

El corazón me latía con fuerza a medida que crecía la expectación y se alejaba lo malo de todo aquello. Ahora mismo, no quería pensar en el mañana, en lo que tendríamos que afrontar. Quería perderme en él.

# Capítulo 15

# Jonas

Mis ojos devoraron la piel de Rihanna mientras se desnudaba. Su camiseta de tirantes desapareció primero, dejándome ver su preciosa espalda. Meneó un poco las caderas mientras se bajaba los pantalones. Llevaba un conjunto de ropa interior de algodón negro a juego. El algodón estaba sustituyendo rápidamente al encaje como mi tejido de lencería favorito. Era tan propio de ella.

"Eres una provocadora, ¿lo sabías?" Le dije, mirándola de arriba abajo.

Me miró por encima del hombro, lanzándome una mirada inocente que me hizo desear inmovilizarla contra la pared y convertirla en un lío de maullidos.

"¿Lo soy?" Me preguntó, pestañeando.

Mi polla se crispó, poniéndose dura. Aún no estaba desnuda. Pero no tuve que esperar mucho. Primero se desabrochó el sujetador, sin darse la vuelta. Era una provocadora y lo sabía. Por último, se bajó las bragas, se inclinó y me dio la vista más deliciosa de su coño por detrás. Un sinfín de imágenes pasaron por mi cabeza, todas las formas en que quería follármela. Suficientes para avergonzar al Kama Sutra.

Caminó hacia delante, a punto de meterse en la ducha, cuando volvió a mirarme.

"¿Vienes?" Preguntó.

*No. Pero pronto.*

Me quité la ropa lo más rápido posible y me metí con ella en la ducha en cuestión de segundos. El agua caliente y el vapor que nos rodeaban no eran nada comparados con el calor que había entre nosotros. La atraje hacia mí para besarla, incapaz de resistirme por más tiempo. Ella me respondió con la misma pasión, perdiendo la inseguridad que tenía hace sólo unos días. Estaba floreciendo y yo no estaba seguro de poder sobrevivir.

"Se supone que nos estamos aseando", soltó una risita. Su pelo castaño claro era un tono o dos más oscuro cuando estaba mojado y enmarcaba su rostro angelical, acentuando sus carnosos labios rosados.

"Deja que te ayude con eso", dije, cogiendo mi gel de ducha y apretándolo en la palma de mi mano. La ducha se llenó de un fuerte aroma a menta. Rihanna saldría oliendo como yo, y a mi lado posesivo le gustaba eso. Le gustaba, quizá demasiado.

Me concentré en ella, enjabonando su espalda, sus costados, sus pechos. Presté especial atención a sus pechos, sabiendo lo sensibles que eran y recordando las ganas que había tenido de hacerla correrse sólo con tocarlos. Los amasé y acaricié, endureciendo sus pezones rosados con la ayuda del agua jabonosa. Su piel era tan resbaladiza bajo mis manos, su carne flexible cedía tan dulcemente a mi tacto. No tardó en recostarse contra mi pecho, con las caderas girando como cuando me había montado en el coche. Froté mi polla contra su espalda, necesitando alivio incluso mientras me concentraba sólo en ella.

Pero no tenía la disciplina para concentrarme sólo en sus pechos y ver adónde me llevaba mi experimento. Tenía que tocarle el coño.

Mis manos vagaron hacia abajo, sobre su vientre tenso y a través de ese pequeño mechón de vello púbico que mantenía tan limpio y ordenado. Acaricié su pubis, deslicé mis dedos resbaladizos entre sus piernas y apreté.

"Jonas", jadeó.

Mis dedos buscaron más profundamente, empujando entre sus pliegues y encontrando su clítoris.

"Dios, ya estás lista para mí", ronroneé en su cuello. "Siempre tan receptiva".

"Nunca había estado así antes", confesó, sin aliento. "Me haces sentir algo que nunca me habían hecho sentir".

No me avergonzaba tener ego, pero incluso a mí me preocupaba que, si seguía diciendo cosas así, acabaría teniendo una cabeza tan grande que ya no cabría por las puertas.

"Te deseo", le dije entre besos en el cuello y los hombros. Le froté el clítoris en círculos lentos y me encantó ver cómo temblaba.

"Todavía no", dijo, separándose de mí. La solté. "Hay algo que quiero hacer primero".

Levanté una ceja inquisitivamente y ella respondió arrodillándose. Se me quedó la respiración entrecortada cuando se acercó a mi polla. Pero luego se la llevó a sus labios. Esos labios carnosos, rosados y hermosos. Me lamió como si fuera una piruleta, con la lengua unos tonos más oscura que sus labios, recorriendo el borde de la cabeza de mi polla y prestando especial atención al manojo de nervios bajo la punta.

"Joder, Rihanna", gruñí. Yo ya estaba destrozado, y ella apenas había empezado.

Retrocedí contra la pared de la ducha, temiendo que mis rodillas cedieran si no me estabilizaba. Y me alegré de haberlo hecho, porque ella se acercó y se la metió en su boca.

"Joder", gemí mientras ella me chupaba primero la cabeza antes de llevársela más adentro, como espoleada por mis reacciones. Apoyé las manos en la pared. Era eso o agarrarla del pelo e introducirme más en su boca, e intenté ser un caballero cuando pude.

Rihanna subió y bajó la cabeza sobre mi polla unas cuantas veces antes de pasarme la lengua, tocándome como si fuera una virtuosa y yo su instrumento. Me miró con ojos brillantes, el placer evidente en su expresión. Apreté los ojos y dejé que mi cabeza se inclinara contra la pared. No podía soportarlo; si seguía viéndola chupármela, iba a correrme más rápido que en toda mi vida adulta.

"Te sientes tan bien", gemí.

Eso sólo la animó. Ella tomó más de mi polla en su boca, más profundo que antes. Y más. Entonces mi polla golpeó la parte posterior de su garganta. Si quería ser una chica mala, lo había conseguido. Dejé escapar un gemido gutural y repetí. "Joder, Ri".

Y entonces gimió. La vibración me atravesó, viajó a través de mi polla y estalló en mi cuerpo como una corriente eléctrica. Me agarré a la pared de azulejos, con el cerebro paralizado mientras el placer amenazaba con arrastrarme. Ella seguía succionándome arriba y abajo, dejando que golpeara el fondo de su garganta cada vez. Estuve a punto de perder el control.

"Estoy tan cerca", gemí, teniendo la presencia de ánimo para apartarla de mi polla, aunque eché de menos su boca

inmediatamente. Rodeé mi polla con la mano, dispuesto a acabar conmigo mismo, pero ella me detuvo.
"No, quiero que te corras en mi boca", dijo, con los ojos redondos y suplicantes. Tuve suerte de no correrme allí mismo.
"¿Estás segura?" Pregunté, aunque mi cerebro cachondo me gritaba que aceptara la oferta sin rechistar.
"Oh, muy segura", prometió, volviendo a mi polla antes de que pudiera discutir.
Solté mi polla y ella volvió a deslizarse sobre ella, chupando y deslizando su lengua contra mí. Mi orgasmo creció rápidamente, ya al borde del abismo. Respiraba entrecortadamente.
"Joder", gemí, las piernas me temblaban por el esfuerzo de no empujar. "Voy a correrme, voy a..."
Rihanna me chupó tan fuerte que me mareé y exploté en su boca con un gemido profundo. Canturreó a mi alrededor, su felicidad era evidente mientras me tragaba, absorbiendo cada pulsación de mi orgasmo hasta dejarme seco.
Se apartó de mí con un chasquido húmedo, mirándome como si estuviera orgullosa por haber hecho un buen trabajo.
"Eres muy buena", me maravillé.
Le tendí la mano y se levantó con elegancia. La atraje hacia mí para besarla, sin que me importara probarme en su lengua. De hecho, me gustó. Saber que me había derramado dentro de su boca fue suficiente para que mi polla, cada vez más blanda, se agitara con valentía.
"Me alegro de que te divirtieras", dijo, tan dulce como si yo hubiera tenido una comida encantadora y ella no acabara de chuparme los

sesos.
Cogió mi gel de ducha y me dio el mismo tratamiento que yo le había dado a ella, lavándome a conciencia y sensualmente, manipulando mi polla reblandecida con el labio entre los dientes y el deseo en los ojos.
"Nunca te había visto a la luz del día", comentó, acariciándome mientras hablaba. "Me gusta".
"Ri, juro por Dios que si no me acabara de correr..." La dejé colgando porque no podía decidir qué quería hacer más. Follármela contra la pared de la ducha. O inclinarla sobre la cama y hacerla gritar. Hacer que me cabalgara de nuevo, desnuda, esta vez para que pudiera chuparle las tetas. La lista era interminable.
Me dedicó una sonrisa pícara: "Supongo que deberíamos irnos. Tenemos una reserva a la que llegar".
La seguí aturdido, cerré la ducha, cogí la toalla y me sequé por costumbre, con la atención puesta en Rihanna. Ella también se secó antes de ir a por las bolsas de ropa que le había comprado.
"No sé qué vestido ponerme; son todos tan bonitos", dijo.
"De ninguna manera voy a dejar que te pongas un vestido todavía", le dije, acercándome por detrás y tirando de ella hacia mí. "No hemos terminado todavía".
Se giró en mis brazos, mirándome con deseo contenido.
"¿Y si perdemos la reserva?" Preguntó. Era muy responsable. Una cualidad admirable. Una que esperaba sacar de ella.
"No me importa, pueden esperar", dije. "Sube a la cama y abre las piernas".

Sus ojos se oscurecieron y asintió lentamente. La solté y siguió mis órdenes. La buena Rihanna había vuelto y yo iba a recompensarla.

Se tumbó, con las rodillas dobladas y abiertas, exponiéndose a mí. Pensé en su comentario sobre verme a la luz del día. También era la primera vez que la veía entera, cada detalle a plena luz. Podría haberme quedado mirando su coño durante horas, recorriendo sus pliegues con los ojos. Pero tenía formas mucho mejores de conocerla.

Me puse boca abajo entre sus piernas, ensanchándolas aún más, poniendo a prueba esa flexibilidad de bailarina. Besé sus muslos hasta llegar al verdadero premio. Incluso con toda el agua que nos había caído encima en la ducha, seguía empapada. La lamí desde la entrada hasta el clítoris, acumulando toda su humedad en mi lengua, saboreando su dulzura y sus gemidos.

Si por mí fuera, llegaríamos tarde a cenar. Muy tarde. Pero yo tenía otra cosa que quería comer mucho más.

# Capítulo 16

# Rihanna

El restaurante estaba bañado por una luz cálida y dorada. Sonaba música de fondo, de esa que te hace sentir parte de algo especial. Rustica Steak House no era un lugar cualquiera para comer, era un lugar para gente que quería saborear cada bocado, cada momento. Ahora mismo, era como si el mundo entero se hubiera reducido a Jonas y a mí.

La primera vez que había estado aquí, los nervios habían hecho que el lujoso entorno me pareciera abrumador, como si no perteneciera a él. Pero esta noche era diferente. Esta noche podía relajarme. Llevaba el vestido azul marino que me había comprado Jonas, junto con los diamantes y los tacones de aguja plateados. Esta vez también iba vestida para la ocasión.

Estábamos los dos solos, la luz de las velas y la decadente comida gourmet sobre la mesa. Había algo íntimo en un espacio tan grande y vacío. El restaurante se había convertido en nuestro pequeño mundo privado.

Tomé un sorbo del vino que había elegido Jonas y, al instante, los sabores danzaron por mi lengua: rico, con toques de fruta negra y especias. Era sin duda el mejor vino que había probado nunca, lo cual no me sorprendió. Jonas parecía tener una manera de asegurarse de que todo fuera perfecto.

Se sentó frente a mí, relajado, con los hombros anchos ligeramente inclinados hacia atrás y una media sonrisa en los labios. Dio vueltas

a su vino y me miró con ojos demasiado cómplices. Me estremecí, no porque tuviera frío, sino por el recuerdo de sus manos sobre mí hacía unos minutos. Su lengua. Cómo me había hecho sentir cosas que ni siquiera sabía que eran posibles. Era como si aún pudiera sentirlo, como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

Atrapé su mirada y una lenta sonrisa se dibujó en su rostro, confirmando mi sospecha.

"¿En qué piensas?" Preguntó con voz burlona, fingiendo despreocupación.

Tomé rápidamente otro sorbo de vino para ocultar mi rubor. De ninguna manera iba a admitir que estaba pensando en la forma en que su boca se había movido sobre mi piel, la forma en que me había besado en lugares que todavía me hormigueaban por el recuerdo.

"En nada", mentí, con la voz demasiado aguda para sonar convincente.

Jonas enarcó una ceja, su sonrisa se hizo más profunda. "En nada, ¿eh?" Dejó la copa y se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. "¿Estás segura? Porque yo estaba pensando lo mismo".

Me ardían las mejillas y me reí nerviosamente. Era demasiado bueno en esto. Me desequilibraba y me ponía en evidencia de la mejor manera posible. Sacudí la cabeza, intentando retomar el control de la conversación, pero él ya se había echado hacia atrás, disfrutando claramente de la forma en que me había puesto nerviosa.

Tenía que cambiar de tema. Lo último que necesitaba era que viera lo fácil que era hacerme sentir de esa manera. Así que me incliné

hacia él, bajando la voz al hablar. "Vale, puede que esta vez esté disfrutando un poco más. Pero hay una cosa que me preocupa".

La expresión juguetona de Jonas cambió, sus cejas se fruncieron mientras dejaba el tenedor y se centraba por completo en mí. "¿Qué pasa?"

Miré a mi alrededor, asegurándome de que no había ningún camarero cerca. No es que esperara que me oyeran, pero esta conversación no era algo que quisiera tener con un público escuchando. "Me siento mal", admití, manteniendo la voz baja. "Sentada aquí, así. Contigo".

Su ceño se frunció en señal de confusión. "¿Mal, cómo?"

Respiré hondo y la culpa se apoderó de mí. Había intentado ignorarla toda la noche, pero había estado ahí, acechando en el fondo de cada risa, de cada bocado de comida. "Eres un Sullivan", dije en voz baja. "Y desde que tengo memoria, los Sullivan han sido el enemigo".

Los ojos de Jonas se oscurecieron y el brillo juguetón se desvaneció al procesar mis palabras. No respondió de inmediato; se limitó a reclinarse en la silla y cruzar los brazos sobre el pecho.

"¿Por qué somos el enemigo?" Preguntó finalmente.

Tragué saliva. Hacía años que no la oía, pero la historia seguía fresca en mi memoria.

"Mi abuelo, Walter", empecé, mi voz espesa por la emoción. "Fundó la Posada Bayville. Era la mansión de su tatarabuelo. El capitán Earl Bay fundó el pueblo e hizo construir la mansión. Era el orgullo del abuelo. Trabajó muy duro para convertirla en un éxito con la abuela. Y durante años, lo fue. No sólo era la única posada de nuestro

pequeño pueblo, sino que estaba cargada de historia y era un lugar emblemático que la gente estaba deseando ver. Entonces llegó tu familia y todo empezó a ir cuesta abajo".

Jonas frunció el ceño y volvió a inclinarse hacia delante, expectante.

"Mis padres pasaron por Bayville por casualidad en un viaje de aniversario", dijo, explicando el lado Sullivan de la historia. "Mamá se enamoró del lugar al instante, y papá decidió construir un hotel aquí para ella como regalo. No suele poner hoteles en sitios como éste".

Asentí, con las manos jugueteando con el borde de la servilleta que tenía sobre el regazo. Era duro oír que el sustento de tu familia se había arruinado por un capricho. "Sí, bueno... Tus padres construyeron el Sullivan Suites, y fue entonces cuando todo se torció. Tenían una agresiva campaña de marketing con la que no podíamos competir. La posada comenzó a perder huéspedes, y simplemente... se fue en espiral. Menos huéspedes significaba menos ingresos. No podíamos pagar el mantenimiento, y cuantas más cosas se rompían, menos huéspedes teníamos. Mi abuelo trató de mantener las cosas a flote, pero era demasiado. Trabajó hasta la extenuación durante años, pero no fue suficiente".

Jonas no dijo nada; se limitó a observarme con la misma mirada intensa. Parecía confundido, intentando reconstruir la historia desde mi punto de vista.

"Y entonces", continué, con la voz cada vez más baja, "mi abuelo enfermó. Tenía demencia. Se puso mal hacia el final. Mi padre se hizo cargo de la posada y el abuelo tuvo que ir a una residencia. Mis padres tenían tres hijos pequeños y un negocio que atender. Una

noche, salió de la residencia y se dirigió al Sullivan Suites. Estaba confundido y enfadado, y culpaba a tu familia de todo lo que había pasado. Llevaba una vela, no sé por qué", aparté la mirada, con el familiar escozor de la vergüenza aflorando. "No quería hacer daño a nadie, estoy segura. La vela debió de caerse. Se produjo un incendio. Tu padre... llamó a la policía. Hizo que arrestaran a mi abuelo. Fue a la cárcel, aquel pobre viejo confundido. Cualquier otro en el pueblo habría llamado al asilo para que vinieran por él, pero tu papá insistió en que fuera procesado con todo el peso de la ley. Y unos días después, contrajo neumonía. Las duras condiciones de la cárcel y el estrés debieron afectarle. Y... murió".

El silencio que siguió fue pesado, como si el peso del pasado se hubiera instalado entre nosotros, llenando el espacio que hacía sólo un momento había sido ligero y despreocupado. No estaba segura de lo que esperaba que Jonas dijera, pero cuando por fin volví a encontrarme con su mirada, me sorprendí. No había rabia ni actitud defensiva, sólo una tranquila comprensión.

"No sabía todo eso", dijo en voz baja. "Es decir, sabía lo del incendio, pero... no conocía toda la historia".

Asentí, sin confiar en mí misma para hablar. Las emociones eran demasiado crudas, demasiado enredadas en años de resentimiento y dolor.

Jonas cruzó la mesa y sus dedos rozaron los míos. "Lo siento, Ri", dijo, con voz sincera. "No puedo cambiar lo que pasó, pero no soy mi padre. Y no quiero serlo".

Bajé la mirada hacia su mano, la calidez de su tacto se filtró en mi piel, calmando parte de la tensión que se había acumulado en mi

interior.

"Sé que no lo eres", dije en voz baja. "Pero es difícil sacudirse el pasado. Mi familia... nunca perdonará a tu padre por lo que pasó. Y estando aquí contigo, disfrutando, siento que les estoy traicionando".

La mano de Jonas se estrechó en torno a la mía y su pulgar me acarició suavemente el dorso. "No estás traicionando a nadie", dijo con firmeza. "Tienes derecho a tomar tus propias decisiones, a vivir tu propia vida. No tienes que cargar con el peso de lo que ocurrió entre nuestras familias. Yo no soy mi padre y tú no eres tu abuelo. No tenemos que llevar sus cargas. Somos nuestras propias personas, y no deberíamos tener que sufrir por los pecados del pasado".

Quería creerle. Dios, quería hacerlo. Pero la culpa seguía aferrándose a mí, envolviéndome el pecho como un vicio. Pensé en mis padres, en lo decepcionados que estarían si supieran que estaba aquí con Jonas. Y luego estaba Steven, la opción segura y fiable hacia la que me empujaban mis padres. Steven, que nunca despertaría este tipo de conflicto en mi corazón.

O despertar nada en absoluto.

Y, sin embargo, cuando estaba con Jonas, todo eso parecía desvanecerse en un segundo plano. Cuando estaba con él, no pensaba en las expectativas de mi familia, ni en el pasado, ni en nada. Sólo estaba... con él. Y me sentía bien.

Como si percibiera mi lucha interna, Jonas sonrió suavemente. "No tienes que decidirlo ahora", me dijo. "Pero necesito que sepas que no quiero hacerte daño ni a ti ni a tu familia. Sólo... quiero estar contigo".

Sus palabras flotaron en el aire entre nosotros y, por un momento, todo lo demás pareció desaparecer. El restaurante, el pasado, mi familia... todo pasó a un segundo plano cuando miré a Jonas a los ojos y encontré sinceridad en ellos.

Antes de que pudiera responder, llegó el camarero con dos postres bellamente emplatados. Verlos era casi demasiado, como obras de arte, demasiado perfectos para comérselos. Ni en mis sueños más salvajes podría haber imaginado tal indulgencia: una aterciopelada tarta de chocolate cubierta con una brillante llovizna de caramelo y escamas de sal marina, junto con una delicada mousse de frambuesa en capas como una escultura en miniatura.

Jonas cogió el tenedor y me ofreció un bocado con una sonrisa.

No pude evitar reírme al darle un mordisco, el amargo chocolate negro equilibrado por la dulzura del caramelo y la refrescante acidez de la frambuesa, todo ello realzado con toques de sal mientras se derretía en mi lengua. Estaba delicioso y, por unos instantes, me dejé llevar por su simple placer, olvidando momentáneamente la pesada conversación.

La tensión de antes pareció relajarse mientras disfrutábamos del último plato de nuestra extravagante cena. Cuando nos retiraron los platos, Jonas se reclinó en la silla, con los ojos clavados en los míos.

"Así que", dijo, su voz baja y llena de insinuaciones. "¿Te has decidido?"

El corazón me dio un vuelco. El momento de la ducha se repitió en mi mente, el calor de sus caricias, la forma en que me había hecho sentir. Una parte de mí quería decir que no, ir a lo seguro y

mantener las distancias, pero la tentación era demasiado fuerte y no podía negar el magnetismo que había entre nosotros.
Me mordí el labio, con la mente acelerada.
"Sí", dije, preguntándome por qué hacer un trato con el diablo me parecía tan condenadamente bien.

# Capítulo 17

# Rihanna

Debería haberme sentido muy mal al despertarme en los brazos de Jonas, pero cuando la luz de la mañana llenó su habitación, me sorprendió no sólo que no estaba mal, sino lo *bien que* me sentía. Llevábamos un mes haciendo esto. Un mes saliendo a escondidas de mi familia, un mes intentando engañar a los padres de Jonas. Normalmente evitaba pasar la noche con él, por miedo a que mi familia nos descubriera, pero anoche me convenció para que me quedara, con una botella de vino, comida gourmet para llevar y la promesa de comerme durante horas.

Y *vaya que sí* había cumplido.

Me moví, consciente de que tenía un turno en el trabajo al que ir, pero los brazos de Jonas me rodearon con fuerza, atrayéndome hacia él. No quería dejarlos, pero tenía que hacerlo.

"Jonas", susurré.

Lanzó un suave gemido de desacuerdo y me abrazó con más fuerza. Su dura polla se acurrucó contra mi espalda y una ráfaga de deseo me invadió. Jonas siempre me ponía a cien sexualmente, y seguía siendo tan excitante como la primera vez. Era tan diferente de mi relación anterior, en la que mi pasión había decaído y el sexo había sido más una tarea que un placer.

"Buenos días", me dijo, despertándose un poco más y acurrucando la cara contra mi hombro. El roce de la barba incipiente de sus mejillas se sentía tan bien contra mi piel.

"Hola", murmuré. Ojalá pudiera quedarme en la cama todo el día con él, pero el trabajo me llamaba. "Tengo que levantarme; necesito estar abajo antes de que mis padres lleguen".

"No, no tienes que", se quejó burlonamente. "Tienes que quedarte aquí conmigo".

Era difícil discutir con él, sobre todo cuando empezó a besarme el cuello. Había descubierto todos los puntos en los que yo era más sensible, y no tenía miedo de usarlos contra mí.

Solté una risita, deseando que lo que decía fuera verdad. Me giré en sus brazos para mirarle y le di un beso en los labios antes de separarme. Sólo un poco.

"No puedo llegar tarde", dije, pero mi ya débil resolución se desmoronaba, sobre todo cuando me miraba *así*.

"¿Quién lo dice?" Sonrió, apartándome el pelo de la cara y colocándomelo detrás de la oreja.

"Yo", me reí, pero eso no me impidió pasar la mano por el costado de Jonas y bajar por su muslo. Habíamos dormido desnudos, otra cosa que no hacía normalmente. Pero ahora disfrutaba del acceso que me daba.

"Estoy seguro de que puedo hacerte cambiar de opinión", sonrió, sus manos recorriendo también mi cadera, alrededor de mi culo, apretando mientras me acercaba más a él. "Aún no me has dado el beso de los buenos días".

"Está bien, un beso", dije, tratando de engañarme a mí misma más que a él. Ambos sabíamos que un beso nunca era suficiente.

Atrapó mis labios entre los suyos, lentos y sensuales, tan diferentes de los besos urgentes que solíamos compartir, pero no menos

acalorados. Era como si Jonas tuviera el control absoluto de mi libido, y lo pusiera a tope permanentemente.

Las manos de Jonas me dejaban un cosquilleo en la piel dondequiera que tocaba, sus dedos subían por mi espalda, me acariciaban el culo, me rozaban la cadera, encontraban mis pezones. Le encantaba jugar con mis pechos y yo lo agradecía. Incluso me había confesado que tenía la fantasía de hacer que me corriera con sólo tocarme los pezones, aunque siempre estábamos demasiado absortos el uno en el otro como para intentarlo. No podía evitar lo mucho que me gustaba tener su polla dentro de mí.

"Eres una mala influencia", le dije, separándome del beso, casi sin aliento incluso por sus simples caricias.

"Ya me han llamado así antes", sonrió, dejando claro su punto pellizcando mi pezón lo suficiente como para hacerme jadear de placer.

"Voy a llegar tarde por tu culpa", le advertí, mientras me acercaba a su polla. La cogí con la mano y la acaricié. La forma en que se estremeció fue suficiente para que mi pecho se hinchara de orgullo. A menudo me sentía inexperta en comparación; era agradable saber que podía hacer que Jonas se derritiera por mí.

"Asumiré con gusto la culpa", dijo, dejando mis pechos por un territorio más al sur. Deslizó los dedos entre mis piernas y su contacto me hizo darme cuenta de lo mojada que estaba. Enganché la rodilla en su cadera para facilitarle el acceso, y él lo aprovechó al máximo. Sus dedos se deslizaron lentamente hacia delante y hacia atrás, sobre mi clítoris y provocando mi entrada al mismo tiempo.

"Bueno, en ese caso..." Me interrumpí, besándolo para terminar mi sentimiento en su lugar.

Había algo maravillosamente acogedor en estar tumbados juntos en la cama, tocándonos. A pesar de mis protestas por tener que ir a trabajar, era como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Todo eran caricias, piel contra piel, besos suaves y palabras susurradas.

Pero a pesar de lo bien que me sentí, pronto me di cuenta de que quería más. No podía saciarme de Jonas, hasta el punto de que me habría sentido avergonzada si él no me hubiera correspondido con la misma intensidad. Había despertado un lado de mí que no sabía que existía, y ya no había vuelta atrás.

"Jonas", susurré contra sus labios mientras tiraba un poco más urgentemente de su polla. "Te necesito".

"Aquí me tienes", me tranquilizó. Retiró los dedos y nos movimos para acercarnos, sin intentar cambiar de postura. Había algo tan bueno en hacerlo así, enredados el uno en el otro bajo las sábanas.

"Mierda", murmuró Jonas de repente. "Tengo que coger un condón".

Antes de que pudiera rodar lejos de mí, lo detuve.

"¿No puedes simplemente... correrte fuera?" Pregunté. No quería esperar, pero más que eso, quería sentirlo sin ninguna barrera.

"Ri", gimió, mitad protesta, mitad necesidad. "¿Estás segura? Es arriesgado".

"No estoy ovulando ahora", dije, intentando recordar mi último período. Siempre había sido bastante regular y, si hacía memoria, mi último período había sido definitivamente hacía más de dos semanas. Incluso mucho más, ahora que lo pensaba. "Y confío en ti".

Hubo un momento de silencio y, por un instante, me preocupó haberme excedido y arruinado el ambiente.
"Dios", dijo Jonas, la palabra salió en un suspiro que rozaba el gemido. "No tienes idea de cuánto quiero estar dentro de ti, sentirte".
Me apreté de necesidad.
"Yo también quiero eso", dije, quizá demasiado deprisa y con impaciencia, pero la expresión de Jonas reflejaba mis sentimientos.
Me atrajo hacia sí para darme un beso abrasador, y yo enganché mi pierna sobre él, acercándolo hasta que su polla rozó mi coño. Gimió en mi boca y metió la mano entre los dos para sujetar su polla y colocarla en mi entrada.
"¿Segura?" Preguntó por última vez.
"Al cien por cien", le aseguré. "Por favor, Jonas, te necesito tanto".
Su polla caliente se sacudió contra mí y ambos gemimos.
Jonas no volvió a dudar. Empujó despacio, dándonos tiempo a los dos para acostumbrarnos a la nueva sensación. No estaba segura de que se sintiera tan diferente, pero era mucho más intenso. El calor, la piel aterciopelada, la cresta de la cabeza de su polla. Pero lo mejor era la conexión. Quizá fuera sólo mental, pero saber que no había nada que nos separara lo hacía mucho más íntimo.
"Ri", murmuró mirándome a los ojos. "Dios, te sientes..."
Asentí como respuesta. No había necesidad de decirlo. Lo sabía. Yo también lo sentía.
Y entonces empezó a empujar, superficial y lentamente. No podía penetrar tanto en esta posición, pero cada movimiento lo hacía rozar mi clítoris.

"Oh sí", jadeé, rodeándole con los brazos y moviendo las caderas. Era como bailar juntos, cada uno consciente del otro, moviéndonos en sincronía para crear algo hermoso. No sabía que esa sensación existiera fuera del escenario, y hacía tanto tiempo que no bailaba ballet con alguien. Pero esto superó cualquier experiencia, combinando expresión con mucho sentimiento, y no sólo físico. Mi corazón se apretaba mientras nos movíamos, lleno hasta el borde de algo que no estaba preparada para reconocer, pero que estaba ahí.

Cuando miré la cara de Jonas, me pregunté si él estaría sintiendo lo mismo. Sus ojos marrones parecían brillar mientras me miraba fijamente, mirándome como si yo fuera algo precioso.

Me pasó la mano por la espalda, siguiendo la longitud de mi columna vertebral antes de posarse en la parte baja de mi espalda y acercarme más a pesar de que ya estábamos lo más cerca posible. Me habría metido en el alma de Jonas si hubiera podido. Pero esto era lo más parecido.

"Eres tan hermosa", dijo, apoyando su frente contra la mía.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no cayeron. Había demasiadas emociones que contener en mi cuerpo, todo quería salir a borbotones. Jonas me valoraba como nadie, siempre se desvivía porque yo fuera feliz. Me hacía sentir importante y deseable, todas las cosas que había perdido a medida que la vida me pasaba factura. Y aquí estaba Jonas, recomponiéndome sin esfuerzo como si fuera fácil.

Cerré los ojos y me concentré en lo físico. El arrastre de la polla de Jonas contra mi clítoris, la forma en que me llenaba con cada

embestida, los movimientos perfectamente sincronizados de nuestras caderas, su piel contra la mía.

Mi orgasmo crecía lentamente, llenándome de una suave calidez. Quería quedarme en ese momento para siempre, tambaleándome al borde del olvido, llena de felicidad y en los brazos de Jonas.

Pasaron incontables minutos como si estuviera en trance, con la mente en blanco y el cuerpo lleno de placer. Pero no podía quedarme en el momento perfecto. Mi orgasmo crecía, estimulado por las increíbles caderas de Jonas y la forma en que me llenaba como si estuviera hecho para mí.

"Estoy cerca", susurré, permitiéndome mirar de nuevo a Jonas. Se mordió los labios y asintió.

Movió la mano entre nosotros, pero se lo impedí uniendo nuestros dedos.

"No necesito que me toques", dije. Nunca me había corrido sólo con la penetración, pero estaba al borde, y sabía que no necesitaba nada más, que no quería nada más. "Tu polla es suficiente".

Gimió y apretó los dedos alrededor de los míos.

"Si sigues hablando así, no voy a poder sacarla a tiempo", dijo.

Era casi tentador. Pero no era imprudente, por mucho que me hubiera soltado bajo la influencia de Jonas.

"Dios, Jonas", suspiré, mi orgasmo se acercaba y era imparable. Escondí la cara en su pecho mientras me corría y mis caderas se agitaban contra él. No se parecía a nada que hubiera experimentado antes, el placer era mucho más profundo, todo mi cuerpo estaba electrizado.

Jonas me sostuvo durante todo el tiempo, manteniendo sus embestidas firmes y susurrándome palabras dulces que apenas podía captar, estaba tan perdida en el éxtasis. Me aferré a su mano con todas mis fuerzas, como si de lo contrario me hubiera ido flotando. Jonas me mantuvo atada hasta que me calmé y temblé contra él, agotada y renovada a la vez.

Y entonces gruñó, retirándose bruscamente y llevando su mano izquierda a su polla. Seguí el ejemplo de Jonas, acariciándole la polla a la vez, emocionada por lo resbaladiza que estaba con mi excitación.

En cuestión de segundos, Jonas se había corrido, desparramándose sobre la cama entre nosotros, con los ojos cerrados mientras gemía tan profundamente que retumbaba en mi pecho. No dejé de acariciarle hasta que nuestras manos se calmaron, permaneciendo unidas alrededor de su polla mientras los últimos temblores del orgasmo le abandonaban.

Se puso en una posición cómoda para acurrucarse, sin que ninguno de los dos hablara. Esto iba más allá de las palabras.

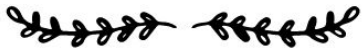
Pero pronto volvió la responsabilidad. Probablemente llegaría tarde al trabajo y no necesitaba preguntas indeseadas.

"Tengo que irme", dije con pesar. Si antes de acostarnos había deseado quedarme en la cama todo el día, ahora era aún más intenso cuando lo único que quería era acurrucarme en los brazos de Jonas y olvidarme de todo lo demás.

"Está bien", suspiró Jonas. "Supongo que yo también debería".

Parecía aún más reacio que yo.

Nos separamos y nos levantamos. Por un momento, no pude encontrar dónde había dejado mi ropa, o mejor dicho, dónde la había dejado Jonas después de desvestirme la noche anterior.
"¿Tienes tiempo para desayunar?" Preguntó Jonas. "Creo que queda algo de comida de anoche".
Se me revolvió el estómago al pensar en la comida, lo achaqué a la realidad y volví a acomodarme. Odiaba llegar tarde.
"Lo siento", dije, en serio.
Asintió con la cabeza y no me presionó, cosa que agradecí enormemente cuando vi la hora.
"Oh, mierda", jadeé. No llegaba sólo unos minutos tarde. Era media hora después de cuando mi turno se suponía que debía comenzar. "Lo siento, tengo que irme".
Localicé mi ropa en el suelo, cerca de la chimenea, y me la puse lo más rápido que pude.



Llegué a la recepción justo cuando Suzie entró detrás de mí. Se acercó con una sonrisa que me hizo sospechar de inmediato.
"Parece que tienes prisa esta mañana, Ri", se rió y sus ojos brillaron con picardía. "¿Te has vestido a oscuras o algo así?"
Fruncí el ceño. "¿De qué estás hablando?"
Me señaló la camisa y miré hacia abajo horrorizada. La etiqueta sobresalía justo por debajo de mi barbilla. *Dios mío.* La llevaba puesta al revés. Me sonrojé y un calor abrasador me subió por el cuello.

"Oh, no", murmuré, intentando disimular con un gesto de la mano. "Tenía tanta prisa".

Suzie enarcó una ceja, aún sonriendo de esa manera cómplice que me hacía sentir expuesta. "Ajá. Entonces... ¿seguiste mi consejo y saliste de tu zona de confort, cariño?"

Parpadeé y mi mente se aceleró para averiguar qué estaba insinuando. "¿Qué? No. Es que... me he acostado tarde", mentí rápidamente, intentando sonar convincente.

Suzie me miró con escepticismo pero, por suerte, no insistió más. "Ajá, claro, claro. Lo que tú digas".

En lugar de responder, corrí hacia la trastienda con el corazón desbocado. En cuanto me perdí de vista, me agarré el dobladillo de la camisa y me la pasé por la cabeza, dándole la vuelta. Me quedé allí un momento, con el pecho subiendo y bajando mientras respiraba hondo. Tenía que serenarme. Suzie no necesitaba más razones para cotillear y yo, desde luego, no necesitaba alimentar el rumor.

Cuando volví a salir, el color de mis mejillas se había apagado, pero mi alivio duró poco. En cuanto volví a la recepción, mis padres entraron por la puerta.

"¡Mamá! ¡Papá!" Sonreí tan alegremente como pude, saludándolos.

Mi madre fue la primera en hablar. "¿Dónde estuviste anoche?" Preguntó con cara de preocupación.

Me puse rígida. "¿A qué te refieres?"

"Pasamos por tu piso", intervino mi padre, con voz tranquila pero curiosa. "Tu coche estaba allí, pero no estabas en casa".

Mi mente buscaba una explicación.

*Piensa, Ri. Piensa.*

"¡Oh! Yo... Me fui de excursión", inventé, soltando una débil carcajada. "Fue larga, y cuando volví estaba demasiado cansada para llamar a nadie. Lo siento".

Mis padres intercambiaron una mirada, pero, para mi alivio, parecieron creérselo. "Espero que hayas descansado lo suficiente", dijo mi madre con tono preocupado.

"Lo hice", volví a mentir, esbozando otra sonrisa. Jonas no me había dejado dormir anoche. Interiormente, estaba tan confundida sobre lo que se suponía que debía sentir por Jonas. La última noche con él había sido... increíble. Encendió un fuego dentro de mí y me hizo sentir cosas que ni siquiera sabía que podía sentir. La forma en que me besó, la forma en que me tocó... fue intoxicante. Él era embriagador.

Y tampoco era sólo lo físico. Claro, los orgasmos eran alucinantes, pero era más que eso. Era amable a su manera. Considerado. Cuando me llevó a cenar, no intentaba impresionarme con el sitio más elegante del pueblo, sino que quería que disfrutara. Que lo pasara bien. Había dulzura en él, una vulnerabilidad que no esperaba del hombre de negocios frío e intenso que yo creía que era.

Y eso me asustó.

Porque por mucho que me gustara, por mucho que empezara a importarme... seguía siendo un Sullivan.

La conclusión era que debía odiarle. Mi familia le odiaba.

"Mira esto", dijo mi padre, sacándome de mis pensamientos. Sacó un periódico y lo abrió sobre el escritorio. "Más anuncios de los

Sullivan".

Me puse rígida, como si papá me hubiera leído el pensamiento, y miré el periódico. Un enorme anuncio a toda página de Sullivan Suites: llamativo, cautivador, el tipo de anuncio que era imposible ignorar. Tragué saliva mientras ojeaba el texto en negrita. Los anuncios de Sullivan Suites estaban por todas partes: en la radio, en todas las plataformas de Internet, en las vallas publicitarias, en todas partes.

"Llevan días haciendo esto", dijo mi madre, sacudiendo la cabeza. "No podemos seguirles el ritmo".

Asentí con la cabeza. Las reservas en nuestra posada ya habían disminuido, pero ahora eran prácticamente inexistentes. No habíamos hecho ninguna reserva en toda la semana. La preocupación me revolvía el estómago: era un gran problema y, evidentemente, mis padres también estaban preocupados.

"¿Qué vamos a hacer?" Pregunté en voz baja.

"No lo sabemos", dijo mi padre, frustrado. "Pero esta semana vamos a tener que hacer algunos recortes. Lo siento, Ri, pero todos vamos a tener que quedarnos sin sueldo. Sólo por un tiempo".

Intenté mantener el rostro neutro, pero por dentro sentí un poco de pánico. Mis clases de baile solo cubrían la mitad de mis facturas.

"Está bien", dije rápidamente, no queriendo aumentar su estrés. "Me las arreglaré".

Sin embargo, la realidad era asfixiante. Sin sueldo no podía pagar el alquiler ni las facturas. Y con las cosas empeorando en la posada, no tenía ni idea de cuándo cambiaría eso.

"Ya se nos ocurrirá algo", dijo mi madre, intentando tranquilizarme, pero su voz estaba llena de preocupación.

Como si las cosas no pudieran ir peor, Suzie se acercó con el teléfono en la mano y el ceño fruncido.

"No te vas a creer quién me acaba de llamar", dijo, mirando a su alrededor antes de bajar la voz. "Slater Sullivan intentó reclutarme. Otra vez".

Me quedé helada. "¿Y qué le has dicho?"

"Le dije que no estoy interesada", dijo Suzie rápidamente. "Pero... Bueno, he estado pensando. No sé cuánto tiempo más podré seguir rechazando estas ofertas. Quiero decir, los Sullivan pagan bien. Realmente bien".

"Te daremos otro aumento", dijo mi padre, con una nota de desesperación en la voz. "No podemos permitirnos perderte, Suzie".

Me mordí el labio. ¿Otro aumento? Las finanzas de la posada ya eran un caos, ¿y ahora íbamos a ofrecerle más dinero a Suzie? Esto sólo iba a tensar aún más el presupuesto. Pero, ¿qué otra opción teníamos? Si perdíamos a Suzie a manos de los Sullivan, las cosas se complicarían aún más.

Mis padres seguían discutiendo sobre las tácticas agresivas de los Sullivan, con voces cada vez más acaloradas. El resentimiento seguía creciendo en la habitación y, por un momento, me dejé llevar por él. Los Sullivan nos estaban arruinando. Nos estaban hundiendo.

Apreté los puños, tratando de contener la creciente frustración. Pero cuando estaba a punto de decir algo, unos pasos en la escalera me detuvieron.

Jonas entró en el vestíbulo y su presencia dominó la sala al instante.

# Capítulo 18

# Rihanna

El vestíbulo se congeló. Su presencia, tan imponente y sin esfuerzo, contrastaba con la tensión que recorría la sala. Los dedos de mamá, que hacía un momento habían estado hojeando el periódico, se detuvieron. Papá dio un sorbo a su café y miró de reojo a Jonas, sus labios se afinaron formando una línea dura. Lo estaban evaluando, calculando hasta qué punto representaba un enemigo, allí de pie, en medio de la posada de nuestra familia.

Tragué saliva con dificultad, tratando de mantener el rostro neutro, pero la culpa se agolpó en la boca de mi estómago cuando los recuerdos de sus labios sobre los míos, su tacto y su polla pasaron por mi mente. Se me aceleró el corazón, pero me obligué a actuar despreocupadamente, como si apenas le conociera. Era más fácil decirlo que hacerlo cuando cada célula de mi cuerpo era tan consciente de su presencia.

"Buenos días", dijo Jonas con suavidad, sus ojos pasaron de mi madre a mi padre antes de posarse en mí.

Luché contra el impulso de sonreír demasiado. "Buenos días", soné como una mala actriz, rígida y poco convincente. Mis padres no eran tontos, probablemente podían leer la tensión en mi postura desde el otro lado de la habitación. Recé para que no me presionaran.

"Rihanna", dijo, y yo agradecí que se acordara de usar mi nombre completo. "¿Podemos hablar? Es sobre mi habitación".

Papá frunció el ceño, parecía dispuesto a abalanzarse sobre Jonas, pero le hice un gesto para que no lo hiciera. "Yo me encargo, papá", murmuré. Seguí a Jonas hasta el desayunador, al otro lado del vestíbulo.

Jonas dio un paso hacia mí, su mano rozó la mía suavemente mientras se inclinaba. Su voz, apenas por encima de un susurro, me produjo un escalofrío. "Nos vemos en el Sullivan Suites a las tres. Mis padres quieren vernos", su tono era bajo e íntimo, como correspondía a la complicada mentira que intentábamos vender.

Miré a mamá y luego a papá, esperando que estuvieran demasiado distraídos para darse cuenta de la intimidad que había entre Jonas y yo. "De acuerdo", susurré, con el pulso acelerado por más razones que los nervios.

"Además, ¿estás libre mañana?" Preguntó, y me puse rígida. Esperaba que no quisiera tener un segundo encuentro con sus padres.

"Tengo que conseguir los disfraces para mis alumnas por la mañana, y por la tarde es el partido de béisbol de mi sobrino; ¿por qué?"

Suspiró, moviendo los hombros como si tratara de librarse de cadenas invisibles. "He estado atrapado con mi padre toda la semana. Me controla hasta el último detalle. Necesito salir de allí, aunque sólo sea unas horas por la mañana. Hay una tienda de antigüedades en el campo que quiero visitar. Las críticas dicen que *Coleccionables del Viejo Molino* tiene buenos tesoros".

Enarqué una ceja, sorprendida por la domesticidad de sus planes.

"¿Una tienda de antigüedades? ¿En serio?"

"Sí, para mi madre. Su cumpleaños es en un par de días, y le encantan las antigüedades. Pensé en comprarle algo para quedar bien con ella", me guiñó un ojo, y la sonrisa que se dibujó en su boca bastó para hacerme olvidar brevemente nuestra situación.

Me invadió la calidez. No podía negarlo: Jonas tenía una faceta más reflexiva de lo que jamás hubiera imaginado en un Sullivan. Tal vez era esa profundidad que seguía viendo en él, la parte de él que hacía cada vez más difícil odiarlo. Si es que alguna vez lo había hecho. Lo que odiaba era la idea que tenía de él.

"¿Dijiste *Coleccionables del Viejo Molino*? La verdad es que conozco ese sitio; está cerca de la tienda donde compro los accesorios de baile para mis clases", comenté.

"Deberías venir conmigo", se ofreció fácilmente. "Podríamos pasar el día".

Miré a mis padres. Estábamos haciendo planes para una cita delante de ellos y no tenían ni idea.

"Y...", añadió, bajando la voz una octava, "el otro día pareció gustarte mucho mi coche", sus ojos brillaron con picardía

Una oleada de calor coloreó mis mejillas. Jonas me estaba volviendo loca con el sexo, y no me molestaba.

Sonreí, inclinándome un poco. "Sí, el coche era muy... cómodo".

Jonas sonrió. "Entonces, ¿te escaparías conmigo un rato?"

Me mordí el labio, el peso de los ojos de mis padres sobre mí casi tangible. "Tal vez. Veré si puedo salir".

"Bien", dijo, dándose la vuelta y avanzando con paso seguro hacia la puerta.

La puerta se cerró tras él, dejando el ambiente aún más tenso que antes. Exhalé lentamente, intentando despejarme.
"¿Cuál es su problema?" Preguntó papá. Casi me sobresalto; había estado tan ocupada viendo salir a Jonas que no me había dado cuenta que mi padre se acercaba a mí.
"¿Problema?" Chillé.
"¿Algo sobre la habitación?" Me incitó. Había olvidado que eso era lo que se había inventado Jonas. Llevaba un mes en esto y aún no se me daba bien mentir.
"Oh, claro", dije, buscando una mentira creíble. "Sólo dijo que necesitaba un nuevo juego de toallas".
"¿Y ha tardado tanto en decirlo?" Las cejas de papá se alzaron.
"Sí, ya conoces a esos Sullivan. Tan puntillosos", dije, añadiendo una risa falsa demasiado aguda.
"Malditos Sullivan", murmuró papá con amargura.
Asentí solemnemente mientras me mordía el interior de la mejilla. Jonas no era como su padre, pero no creía que mis padres lo vieran así si alguna vez se enteraban.
"¿Por qué no se van mamá y tú a casa a descansar?" Dije, cambiando de tema a algo que no me carcomiera de culpa. "Yo puedo encargarme de todo hasta que Tess venga más tarde a su turno. Si no tienes cuidado, te preocuparás hasta morir prematuramente".
"¿Estás segura, cariño? Ya has trabajado mucho", me dijo, pero yo negué con la cabeza.
"No te preocupes", le aseguré. "Te mereces un día libre. No me hagas involucrar a mamá, entonces nos tendrás a las dos

regañándote".
Papá se rió, sacudiendo la cabeza: "Definitivamente no quiero eso".
"Exacto", dije con un asentimiento decidido.
Me senté en la recepción y me despedí de mis padres. A solas con mis pensamientos, me sentía perdida en el mar. La situación financiera de la posada era una carga que no sabía cómo llevar. Habíamos intentado todo lo posible para mantenernos a flote, incluyendo a Tess y a mí gestionando el marketing en las redes sociales, pero no había hecho mella. Nuestros inexpertos intentos no podían compararse con la monstruosidad de los Sullivan.
Y luego estaba Jonas.
Sólo de pensar en él, mi corazón se aceleraba de ilusión por nuestra pequeña excursión de mañana. Pero mantenerlo en secreto ante mi familia era cada vez más difícil. Odiaba mentirles, pero ¿qué otra opción tenía?
Cuando Tess entró después de la hora del almuerzo de su turno, lo hizo con su habitual sonrisa soleada. Se me hizo un nudo en el estómago. Tenía que hablar con ella de los problemas de la posada, pero no me apetecía nada.
"Tess", dije, acercándome a ella. "¿Podemos hablar un segundo?"
Asintió y me miró expectante. Odiaba la conversación que estaba a punto de tener con ella, pero no tenía elección. Con las finanzas de la posada por los suelos y el aumento de Suzie, todo estaba desequilibrado. Tess era madre soltera, y esto también afectaba a Caden. La culpa me carcomía mientras me preparaba para dar la noticia.

"Tess, yo... tengo que decirte algo sobre tu paga", dudé. "Todos vamos a estar sin paga por un tiempo. Las cosas están peor de lo que pensábamos, y papá acaba de darle un aumento a Suzie para que se quede".

Su cara palideció. "Ri, no puedo... Caden necesita zapatos nuevos... Y con las cuotas extraescolares..."

Me mordí el labio, odiando cada segundo de esta conversación. "Lo siento mucho. Ojalá hubiera otra manera. Ni siquiera me pagarán lo de la semana pasada. No podemos permitírnoslo".

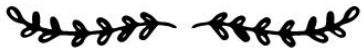
Sus hombros se hundieron y la derrota en sus ojos fue como un puñetazo en el estómago. "No es culpa tuya, Ri. Son esos malditos Sullivan. Nos lo han quitado todo".

La amargura de su voz reflejaba mis propios sentimientos, y asentí con la cabeza.

"Lo sé", dije amargamente. "Todos lo sentimos. Las reservas se han agotado. Apenas estamos aguantando".

Tess suspiró, frotándose las sienes. "No sé cuánto tiempo más podremos mantener abierto este lugar".

Yo tampoco.



El viento me revolvía el pelo mientras Jonas y yo avanzábamos por la carretera rural, con la exuberante vegetación del campo extendiéndose a ambos lados. Quería ser feliz, y lo era siempre que estaba con Jonas, pero también era duro estar sentada en su coche caro, sabiendo que tenía todo el dinero del mundo mientras el

sustento de mi familia se desmoronaba. Sin embargo, cuando miraba a Jonas, muchas de mis preocupaciones desaparecían.

"¿Seguro que tenemos tiempo para esto?" Pregunté, aunque una parte de mí no quería que el viaje terminara. Era demasiado fácil olvidarlo todo cuando estaba con él: el peso asfixiante de los problemas económicos de la posada, la creciente frustración de mi familia con los Sullivan... Todo parecía desvanecerse en un segundo plano cuando Jonas estaba a mi lado, con la mano en el volante y aquella sonrisa traviesa en la cara.

"Tenemos tiempo", respondió despreocupadamente. "Y necesito un descanso de todo. ¿Tú no?"

Lo necesitaba. Desesperadamente.

Nos adentramos en el pequeño pueblo vecino y giramos en la calle principal, donde apareció mi tienda de accesorios de baile favorita, situada junto a una encantadora tienda de antigüedades. Sonreí. "Ese es el sitio del que te hablé. Necesito comprar algunos tutús para las niñas de mi clase".

"Vamos".

La tienda de accesorios desprendía un aroma único y reconfortante, como a tela y cuero. Había tutús brillantes de todos los colores del arco iris en las paredes y zapatos diminutos colgados de los estantes. Estaba acostumbrada a calcular mentalmente cada compra, asegurándome de no salirme de mi ajustado presupuesto. Las niñas habían pagado sus disfraces, excepto algunas que no podían permitírselo, pero yo quería asegurarme de que todos tuvieran lo mejor. Sin embargo, antes de que pudiera siquiera pensar

en el coste, Jonas estaba en la caja registradora, pagando todo el lote de disfraces sin pestañear.

"Jonas, no hace falta; las niñas han pagado por esto", le dije. Lo último que esperaba era que pagara la factura de gente que ni siquiera conocía.

"Pues devuélveles el dinero", se encogió de hombros.

Empaquetamos los disfraces y salimos de la tienda con los brazos llenos.

"No tenías por qué hacerlo", dije, aunque se me escapó una sonrisa a mi pesar.

"¿Por qué no? Esas niñas se merecen lo mejor, ¿no?"

Era difícil discutirlo y, a decir verdad, ver cómo se iluminaban las caras de las niñas cuando se ponían sus nuevos disfraces iba a hacer que mereciera la pena. Aun así, la forma en que Jonas tiraba el dinero tan despreocupadamente me resultaba tan extraña. ¿Cómo sería no tener que preocuparse tanto por el dinero? Era difícil de imaginar. El modo en que Jonas gastaba el dinero con tanta despreocupación lo hacía más fácil de aceptar. Me mimaba mucho y, aunque siempre me sorprendía, tenía que admitir que a veces era emocionante.

Guardamos mis compras de la tienda de accesorios de baile en el coche de Jonas, y nos dirigimos a la tienda de antigüedades de al lado. La emoción me invadió en cuanto entramos. Me encantaban los sitios así. Estaban llenos de historias atrapadas en cosas viejas y hermosas. Jonas me observaba mientras iba de una exhibición a la siguiente. Estaba totalmente encantada con las joyas antiguas, los jarrones ornamentados y los muebles de intrincado diseño.

"¿Te gusta?" Preguntó, señalando con la cabeza un collar vintage frente al cual ya me había detenido más de dos veces.

Me mordí el labio, sintiéndome culpable incluso por admirarlo. "Es precioso, pero sólo estoy mirando".

Antes de que pudiera detenerle, Jonas hizo un gesto al tendero. "Nos lo llevamos".

Mi corazón latía con fuerza mientras el tendero envolvía cuidadosamente el collar. "Jonas, realmente no tienes que..."

"Quiero hacerlo", dijo simplemente. Su mirada se llenó de una sorprendente vulnerabilidad. "Me gusta verte feliz".

Era abrumador, este lado de él. Y confuso. Metí el collar en el bolso, intentando controlar mis emociones. Pero cuando me acerqué al mostrador de la joyería y vi bajo el cristal una selección de brillantes anillos de boda y compromiso vintage, me quedé paralizada.

"Son tan preciosos", murmuré, acariciando el cristal sin siquiera pensarlo.

"¿Cuál te gusta más?" Preguntó Jonas, con voz baja, casi burlona.

Dudé, perdida en la fantasía por un momento.

*¿Cómo sería si esto no fuera sólo una actuación? ¿Si Jonas me propusiera matrimonio, de verdad?*

Mis ojos se detuvieron en un impresionante anillo de compromiso, una obra maestra de época con una delicada banda de filigrana de oro blanco adornada con pequeños grabados arremolinados. En el centro, un zafiro de talla cojín brillaba como una gota de medianoche, enmarcado por un halo de brillantes diamantes que centelleaban con cada inclinación de la luz. Lo señalé casi distraídamente, perdida en la ensoñación.

"Ese".
Jonas se inclinó para mirarlo y mis ojos se posaron en la etiqueta del precio.
*Santo cielo.*
Era una cantidad extravagante, medio millón de dólares. Se me cayó el estómago, pero la expresión de Jonas no cambió ni un ápice; era como si estuviera comprobando el precio del queso en el mostrador de la charcutería.
Antes de que pudiéramos decir nada más, sonó el timbre de la puerta de la tienda y entraron nada menos que Slater y Zora Sullivan. El corazón se me subió a la garganta.
Agarré a Jonas del brazo y tiré de él detrás de un perchero de ropa vintage, con el pulso acelerado.
"¡Mierda, no llevo mi anillo! ¿Qué están haciendo aquí?" Siseé, rebuscando frenéticamente en mi bolso. Pero Jonas ya me había dicho que a su madre le encantaban las antigüedades. Por supuesto, ella vendría aquí.
Tenía que venir aquí al mismo tiempo que nosotros.
"Rápido, ponte el anillo", dijo, con voz baja y urgente.
"Espera", le susurré, agradecida por haber guardado el anillo en el bolso. Lo rebusqué, pero no estaba en el bolsillo donde recordaba haberlo guardado.
"Deprisa", dijo Jonas bruscamente, y el tono me recordó a cómo solía hablarme Trey, pero no tuve tiempo de procesar la forma en que me hizo estremecer la nuca.
"No estoy segura de dónde está", dije, aumentando mi pánico.

"Tenemos que mantener nuestra historia", murmuró Jonas en voz baja, asomándose por la estantería para ver a sus padres curioseando por la tienda. Su tono era frío. "Mi padre ya sospecha. Si te ve sin el anillo... Si no le convencemos de que este compromiso es real, todo podría venirse abajo. No tendré mi herencia ni mi libertad. Si me pilla ahora, todo esto habrá sido en vano".

*¿Eso era yo para él? ¿Una molestia que tenía que soportar?*

Dejé de rebuscar en el bolso y le miré fijamente. "Claro, todo esto es por tu herencia de mil millones de dólares".

Jonas hizo una mueca de dolor. "Ri, sabías..."

"Sabía que teníamos que mantener una actuación", interrumpí, la ira subiendo en mí. "Pero... Lo siento, soy estúpida y olvidé que sólo se trataba del dinero. Sobre asegurarte de que sigas siendo la marioneta de tu padre hasta que ceda el negocio".

Su mandíbula se tensó, la frustración brilló en sus ojos. "Quiero ser independiente. Quiero ser un hombre libre... ¿No lo entiendes?"

"¿Libre? Estás tirando el dinero como si no importara. Eso no es libertad, Jonas. Eso es... ser privilegiado".

Volví a meter la mano en el bolso y mis dedos finalmente encontraron el suave terciopelo de la caja que contenía mi falso anillo de compromiso. Lo saqué y me lo puse en el dedo justo cuando la voz de Zora sonó desde el otro lado de la tienda.

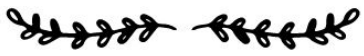
"¿Jonas? ¿Rihanna? ¿Qué hacen aquí?"

Nos habían visto.

Forcé una sonrisa y salí de detrás de la estantería, con los dedos apretando el brazo de Jonas. "¡Hola, Zora! Sólo estamos... curioseando".

Sus ojos se desviaron hacia mi mano que sujetaba a su hijo, y la aprobación parpadeó en su mirada. Slater, sin embargo, permaneció estoico, con los ojos entrecerrados, como si percibiera la tensión que crepitaba entre Jonas y yo.

"El aire está un poco cargado aquí, cariño. Creo que esperaré en el coche", dije alegremente mientras sentía que no podía respirar. Sin esperar respuesta, me escabullí, haciendo sonar la puerta mientras escapaba.



Me senté en el todoterreno, abrazada a mí misma, con los pensamientos revueltos y el corazón aún palpitante. ¿Cómo se había enredado todo tanto? El falso compromiso y la presión de fingir habían provocado sentimientos que no sabía cómo controlar. Había sido estúpida al pensar que podría mantenerlo todo separado.

Las palabras de Jonas resonaban en mi cabeza: la herencia, el negocio, el dinero... Todo era tan grande, demasiado grande para alguien como yo, y no estaba segura de poder seguirle el ritmo. O peor aún, tal vez no quería.

Apreté los ojos, tratando de bloquear el sentimiento de culpa que me atenazaba. Si me permitía admitirlo, sólo por un segundo, me preocupaba Jonas. Demasiado.

El tintineo del timbre me sacó de mi espiral cuando Zora salió de la tienda de antigüedades con el teléfono en la mano. Se detuvo un momento, encuadrando las montañas a lo lejos para hacer una foto. Entonces se fijó en mí y una cálida sonrisa se dibujó en su rostro mientras se acercaba al todoterreno.

Intenté serenarme, borrando la frustración de mi expresión, mientras ella golpeaba ligeramente la ventanilla. La bajé. "Hola".
"Hola, querida", la voz de Zora era suave, como si ya pudiera sentir mi inquietud. "¿Te importa si te acompaño un momento?"
No tenía fuerzas para negarme, así que asentí con la cabeza e hice un gesto hacia el asiento del conductor. Ella subió con elegancia y se acomodó a mi lado con aire pensativo. Permanecimos un largo rato sentadas en silencio, con el sonido de la brisa y el lejano canto de los pájaros llenando el ambiente. Era extrañamente tranquilizador.
"No pude evitar notar", dijo Zora suavemente, volviéndose hacia mí, "que parecía haber cierta... tensión entre tú y Jonas en la tienda hace un rato. ¿Está todo bien, querida?"
Me mordí el labio, vacilante. Había algo desarmante en Zora. Tenía un aire diferente al de los ricos e intocables Sullivan. Había una calidez en sus ojos que hacía difícil seguir actuando. Tenía ganas de contarle la verdad, o al menos una versión de ella.
"Es que...", balbuceé, sin saber por dónde empezar, "las cosas se están moviendo rápido con Jonas. A veces me preocupa... que me sobrepase".
Zora asintió, con mirada comprensiva. "La rapidez puede asustar. Sobre todo cuando empiezas a preocuparte más de lo que pensabas".
Tragué saliva, sorprendida por la facilidad con que había llegado al meollo del asunto. "Eso es. No esperaba que me importara tan profundamente, tan rápido. Y es aterrador".
Zora se echó hacia atrás, mirando hacia las colinas. "Sabes, yo he estado donde tú estás. Cuando conocí a Slater, las cosas también

iban deprisa. Y yo era joven, demasiado joven para estar segura de para qué estaba preparada. Pero no siempre puedes controlar estas cosas, Rihanna, querida. A veces, sólo tienes que ir con la corriente, incluso cuando te arrastra".

Sus palabras quedaron suspendidas entre nosotras y me encontré abriéndome más de lo que pretendía. "Ya cometí ese error antes. Me arriesgué con un tipo llamado Trey. Pensé que lo conocía lo suficiente como para lanzarme a algo serio, pero... acabó mal. No era el hombre que yo creía; se volvió malo".

La expresión de Zora se relajó aún más y asintió con complicidad. "Lo comprendo. Es fácil dejar que el pasado ensombrezca tu futuro, pero debes recordar que Jonas no es este chico... Trey. Mi hijo... bueno, sé que puede ser un poco misterioso, sobre todo para alguien como tú, que no esperaba verse envuelta en su mundo".

La miré, sin saber a qué se refería. Zora sonrió amablemente. "Jonas puede parecer un hombre duro y distante, pero eso no es más que una máscara. Ya le han hecho daño antes, como a ti. Hubo una mujer hace años. Fue... serio. Dio mucho de sí mismo en esa relación, y cuando terminó, dejó cicatrices".

No sabía nada de esa otra mujer, pero no me sorprendió. Jonas tenía muros kilométricos a su alrededor cada vez que nos acercábamos, como si luchara contra sus propias emociones.

"¿Le han herido?" Repetí, casi para mis adentros.

Zora asintió. "Sí. Por eso es tan reservado. Pero debajo de todo eso, tiene el corazón más bondadoso. Sólo que no siempre sabe cómo demostrarlo. Tiene miedo de dejar entrar a alguien, de que le vuelvan a hacer daño. Pero creo que lo está intentando. Contigo".

Sus palabras tocaron una fibra sensible. ¿Podría Jonas estar tratando de dejarme entrar? ¿Era por eso que estaba tan ansioso por proteger esta farsa con su padre? Tal vez no se trataba de la herencia, sino de algo más.

"No quiero repetir los mismos errores", susurré, sintiendo una repentina vulnerabilidad. "No quiero correr el riesgo y acabar herida".

Zora puso una mano suavemente sobre la mía. "Lo sé, querida. Pero el amor siempre es un riesgo. No puedes protegerte de él, no si quieres que signifique algo. Y creo que Jonas merece ese riesgo. Y no sólo porque sea mi hijo".

Sonaba sincera y, por primera vez en días, me sentí un poco menos sola en este lío. Quizá Zora tenía razón. Quizá Jonas no era como Trey. No era perfecto, pero estaba segura de que había algo real entre nosotros, algo a lo que valía la pena aferrarse.

Zora sonrió y me apretó la mano. "Pareces una buena chica, Rihanna. No te haría daño".

En ese momento, la puerta de la tienda volvió a abrirse y Jonas salió. Nos miró a Zora y a mí en el todoterreno. Empezó a caminar hacia nosotras, con paso seguro pero cauteloso.

"Los dejo para que hablen", dijo Zora amablemente mientras abría la puerta y salía. Me dirigió una última mirada alentadora antes de caminar de regreso a la tienda de antigüedades.

A medida que Jonas se acercaba, mi corazón volvía a latir con fuerza, pero esta vez... quizá no era por el estrés.

# Capítulo 19

# Jonas

Miré a Rihanna de reojo mientras arrancaba el coche. Estaba mirando por la ventanilla, con los brazos cruzados y los labios apretados. Como si las nubes de tormenta se reflejaran en su cara. O la tensión entre nosotros, densa y pesada, a punto de estallar. Había metido la pata en la tienda de antigüedades. Mencionar la herencia de esa manera no era lo que quería decir, pero de alguna manera me salió.

Mantuve la vista en la carretera mientras nos dirigíamos hacia Bayville, pero sólo podía pensar en cómo arreglar esto. El silencio entre nosotros era asfixiante. Necesitaba disculparme, pero no me salían las palabras. ¿Cómo le dices a alguien que lo sientes cuando aún no sabes cómo te sientes?

Ella rompió el silencio primero. "Déjame en el centro".

Su voz era fría y distante, y me atravesó. Agarré con fuerza el volante. No quería dejarla. No quería que se alejara de mí.

"¿Podemos hablar de esto, por favor?" Le pregunté, tratando de mantener mi tono firme. "Realmente necesito que mi padre crea este acto. No veo por qué eso es un problema de repente".

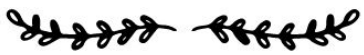
Me arrepentí en cuanto salió de mi boca. Fue un error.

"Así que... ¿De eso se trata todo esto para ti? ¿El dinero? ¿El negocio? ¿Tu herencia?" Preguntó cansada.

Hice un gesto de dolor. Claro que pensaba eso. No podía culparla, no después de cómo había manejado las cosas. Pero esto ya no era así.

No para mí.
"No es sólo eso", dije, con la voz más baja de lo que pretendía. "Al principio, sí... pero ahora..." Me quedé a medias, buscando palabras que no me parecían suficientes. "Ahora es diferente".
Se volvió hacia mí y me miró a los ojos. "¿Qué significa eso, Jonas? No puedes decir eso y esperar que lo entienda".
Tragué saliva, con un nudo en la garganta. *"Me estoy enamorando de ti"* estaba ahí, en la punta de la lengua, pero no podía decirlo. Quería hacerlo, Dios, quería hacerlo, pero las palabras no salían. Me había prometido no volver a pronunciar esas palabras, y lo de Rihanna era algo nuevo. En lugar de eso, me quedé mirándola, con la boca abriéndose y cerrándose como un idiota.
"¿Qué?" Preguntó en un tono más suave, su frustración deslizándose en algo más vulnerable. "Por favor. Dime lo que ibas a decirme. ¿Qué pasa entre nosotros? ¿Qué significo para ti?"
No podía responder. Todo mi cuerpo estaba enroscado como si estuviera aguantando una tormenta propia. El semáforo cambió en el cruce, pero no me atreví a pisar el acelerador.
Sacudió la cabeza, con voz temblorosa. "No puedo hacerlo. No puedo seguir fingiendo", hizo una pausa, observando la lluvia que empezaba a golpear contra el parabrisas, pequeñas gotas que rápidamente se hicieron más pesadas. "Necesito espacio. Necesito averiguar cómo me siento con todo esto".
Parpadeé y sentí que el pánico se apoderaba de mí cuando ella cogió el pomo de la puerta. "¡Ri, espera!"
Salió a la lluvia y se ciñó el abrigo como si eso fuera a protegerla de algo más que del tiempo. Sin pensarlo, me detuve a un lado de la

carretera, abrí la puerta de golpe y la seguí.
La alcancé en un par de zancadas y la agarré del brazo, no con fuerza, sólo lo suficiente para que se detuviera. "Tienes razón", dije, con la voz apenas más alta que la lluvia. "Todo esto ha sido rápido y complicado. Y... No estoy acostumbrado a esto. No estoy acostumbrado a sentirme así. Pero me importas. Me preocupo por ti, Ri. Más de lo que sé decir".
Se volvió para mirarme y su postura se relajó un poco. Seguía dudando, pero antes de que pudiera responder, sus ojos se abrieron de par en par al ver algo detrás de mí.
"Mi padre", siseó con urgencia, todo su cuerpo tenso de nuevo.
Desde el otro lado de la calle, Neville salió de la gasolinera, entrecerrando los ojos a través de la lluvia. Maldije en voz baja. Justo lo que necesitábamos: público.



La lluvia empezó a arreciar y las gotas nos golpearon mientras corríamos en busca de un refugio. Volver al coche nos pondría justo en el camino de su padre. Rihanna aceleró el paso y miró nerviosa al otro lado de la calle, donde su padre seguía merodeando. Teníamos que escondernos y rápido.
"Aquí", le dije, tirando de ella hacia un edificio inacabado al final de la manzana. La puerta estaba abierta y entramos justo antes de que empezara a llover.
El aire del interior era húmedo, y el olor a serrín y cemento húmedo se apoderaba del lugar. El suelo era irregular y la mitad de las paredes eran vigas de madera desnudas. Tiré de ella hacia el interior

del edificio y agachándome detrás de una pila de paneles de yeso para permanecer fuera de la vista.
Había silencio, salvo por el tamborileo de la lluvia sobre el tejado. Miré a Rihanna. Tenía el pelo húmedo, con pequeñas gotas pegadas aquí y allá, y el abrigo cubierto de manchas oscuras por la lluvia. Seguía tensa, con los ojos fijos en la entrada, pero poco a poco empezó a relajarse ahora que estábamos escondidos.
"Dios, esto se parece tanto al día en que nos conocimos", murmuré, sacudiéndome el agua de la chaqueta.
Se volvió hacia mí, con las cejas levantadas, y por un segundo vi que una sonrisa amenazaba con abrirse paso a través de su expresión seria. "¿Te refieres a la noche que conocí a Tom Wright?"
No pude evitar sonreír. "Sí, esa".
Rihanna se abrazó a sí misma, mirando al suelo, pero había calidez en su tono cuando volvió a hablar. "Aquella noche fue... inesperada".
Miró por la ventana sin cristales. Ahora llovía con más fuerza, como aquella noche que pasamos juntos frente al fuego. Entonces éramos desconocidos, pero todo había sido natural.
"Aquella tormenta fue salvaje", dije en voz baja, acercándome a ella. "Pero todo lo que recuerdo de esa noche fue estar frente al fuego contigo, esta diosa que no sabía lo increíble que era. Se sintió tan... bien".
Al principio no me miró, seguía con los brazos cruzados, pero sin duda se estaba ablandando. Lentamente, coloqué mis manos sobre sus hombros, girándola hacia mí. "Esto también se siente bien".
Sus ojos se encontraron con los míos y, por un momento, el resto del mundo desapareció. Le rodeé la cintura con los brazos y tiré de

ella.
"No debería estar aquí contigo", susurró, con su aliento cálido contra mi cuello.
"Pero lo estás", dije por lo bajo. "Y siento que aquí es exactamente donde debo estar".
La duda que irradiaba era casi tangible. Sabía lo que estaba pensando. Le había dado todas las razones para cuestionar esto... lo nuestro. Pero aquí de pie, abrazándola, nada más importaba. Podía sentirlo en mis entrañas: esto era diferente. Ella era diferente. Todas las relaciones que había tenido parecían un juego, seguras y superficiales, algo de lo que podía alejarme sin mirar atrás. Pero esto me parecía un riesgo y, por primera vez, estaba dispuesto a correrlo.
"Me alegro de haberte conocido", dije, las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. "Sé que no soy bueno en esto. No se me da bien... decirte lo que siento. Ojalá se me diera mejor, pero todo esto es nuevo para mí".
Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio. "Es sólo una actuación, Jonas. Todo ello", le temblaba la voz. "Tú mismo lo has dicho: todo es por tu herencia".
Me aparté lo suficiente para mirarla a los ojos. "Estoy cansado de actuar", dije, con voz firme. "Lo que siento por ti no es parte de la actuación. Es real. Tú eres real. Y yo..." Hice una pausa, sintiendo que el corazón me latía en el pecho. Las palabras estaban ahí, esperando a ser dichas.
Sus ojos se abrieron de par en par, y se inclinó un poco como si estuviera pendiente de cada palabra. "Jonas..."

"Te quiero, Ri", susurré, las palabras por fin salieron de mi boca. "No me importa la herencia ni el negocio. Me importas tú. Y no quiero perderte".

Sus ojos se llenaron de algo cálido, algo que no había visto antes en ella: esperanza, tal vez. "Yo también te quiero", admitió, con voz tranquila y temblorosa. "Y no sabía cuánto tiempo más podría seguir fingiendo... seguir conteniéndome".

Me incliné y apreté la frente contra la suya, su aliento se mezcló con el mío. "Ya no tienes que hacerlo", susurré.

Nuestros labios se encontraron en un beso, lento y dulce al principio, pero con una pasión que crecía, como algo que ambos habíamos estado conteniendo durante demasiado tiempo. No fue solo un beso, fue una promesa, algo tácito que ambos sentíamos claramente.

Por un momento, todo fue perfecto mientras nos besábamos allí, escondidos del mundo, los dos solos. Pero entonces, de algún lugar más profundo en el edificio, llegó un sonido. Pisadas. Lentas, pesadas.

Me separé de Rihanna justo cuando un hombre salía de entre las sombras, con el rostro contorsionado por la ira.

"Trey", dijo Rihanna, sonando sorprendida.

El hombre dio un paso adelante, con los ojos clavados en mí y los puños apretados a los lados. Era alto, ancho de hombros, con una barba desaliñada y unos ojos desorbitados que ardían de rabia. Tenía la ropa empapada por la lluvia, lo que le daba un aspecto aún más intimidatorio.

Recordé su nombre, el ex de Rihanna, el peligro.

# Capítulo 20

## Rihanna

Se me cortó la respiración. Trey.

La ira en sus ojos me golpeó como una bofetada y al instante quise alejarme de allí. El edificio me parecía demasiado pequeño, demasiado sofocante. Di un paso atrás, mirando hacia la puerta, pero Trey se movió, bloqueando la salida.

"¿Dónde crees que vas, RiRi?" Su voz era grave, peligrosa.

Al principio no podía hablar. Mi corazón latía con fuerza mientras me apretaba a Jonas a mi lado. No esperaba que el día transcurriera así. Ya había sido una montaña rusa, con todo lo que acababa de ocurrir entre Jonas y yo, pero ahora, Trey estaba aquí y todo parecía desmoronarse.

Los ojos de Trey se movieron entre nosotros y se posaron en Jonas con una mirada que me erizó la piel.

"¿Qué haces aquí?" Le pregunté. ¿Me había estado siguiendo?

"Esto es una obra en construcción. Estaba trabajando", se burló. "Que es más de lo que puedo decir de ustedes dos".

Tragué con fuerza, con la garganta seca. "Trey, yo..."

"No tienes que dar explicaciones", espetó, dando otro paso adelante. "Ya he visto suficiente", su rostro se torció en una mueca mientras miraba a Jonas. "*¿Besarle*? Dios sabe que ya he oído bastantes historias de terror sobre la enemistad entre los Sullivan y los Bay. ¿En serio, RiRi?"

Jonas se movió a mi lado y su mano rozó la mía. Un pequeño y firme gesto que calmó el torbellino de mi mente. "Apártate", dijo Jonas, su voz calmada pero firme. "Esto no es asunto tuyo".

Trey soltó una carcajada amarga, pasándose una mano por el pelo mojado. "¿No es asunto mío? RiRi y yo tenemos una historia. Eso no se olvida así como así".

"Trey", dije, con la voz temblorosa, "por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es".

"¿Más difícil?" Su risa carecía de humor. "No soy yo quien lo hace difícil. Eres tú. ¿Crees que puedes pasear por el pueblo con él? ¿Besarle delante de mí?" Dio otro paso hacia mí, la ira irradiaba de él en oleadas. "¿Qué crees que va a decir tu familia de esto? Van a estar tan decepcionados de que su princesita se acueste con el enemigo".

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Ahora no sólo me estaba amenazando. Exponer mi secreto a mi familia les rompería el corazón, sobre todo si venía de alguien que no fuera yo.

Jonas se puso rígido a mi lado. "Ella no te debe nada. Y mucho menos una explicación", dijo, dando un pequeño paso adelante y colocándose entre Trey y yo.

Trey entrecerró los ojos y apretó la mandíbula. "Me lo debe todo", espetó, y su voz alzada me hizo estremecerme. "Y si me está cambiando por alguien como tú, su familia merece saberlo".

Eso fue todo. Ese era mi punto de ruptura. "No, Trey", espeté, dando un paso adelante, con la rabia burbujeando en mi interior. "Si se los digo, lo haré a mi manera, con mis condiciones, no porque tú tengas una rabieta".

Por un momento pareció aturdido, su ira se transformó en algo parecido a la incredulidad. Siempre me había dado miedo enfrentarme a él. Miré a Jonas, que me hizo un gesto tranquilizador con la cabeza. Dios, estaba tan agradecida de tenerlo aquí, defendiéndome, defendiéndonos a ambos.

Trey volvió a hacer una mueca, con los puños apretados. "Eso ya lo veremos".

Jonas cuadró los hombros, erguido y tranquilo, como si nada de lo que dijera Trey fuera a conmoverlo. "Déjala en paz, Trey", dijo con firmeza, con voz de acero. "Esto se ha acabado".

Hubo un tenso momento de silencio. Trey era alto y robusto, pero no más que Jonas. Y Jonas destilaba poder. Lentamente, Trey dio un paso atrás, su mirada dura e inflexible mientras se apartaba de la puerta. Seguía vibrando claramente con una rabia apenas contenida, pero al menos nos daba una salida.

"Vamos", murmuró Jonas, poniendo suavemente la mano en mi espalda y guiándome hacia la puerta.

El alivio me inundó cuando salimos al chaparrón. La lluvia era fría y nos empapó al instante, pero no me importó. Estábamos fuera. Estábamos a salvo.

Miré a Jonas, con el corazón henchido de gratitud y de algo más profundo, algo que me aceleraba el pulso. Se había enfrentado a Trey sin vacilar, sin miedo. Significaba más que las palabras que nos dijimos. Era la prueba de sus sentimientos. Y a pesar del horrible encuentro con Trey, la felicidad bullía en mi interior.

Una sonrisa se dibujó en mi cara mientras nos alejábamos del edificio, la tensión desapareciendo poco a poco. A pesar de todo lo

que había dicho Trey, a pesar del caos del día, era feliz. Realmente feliz.

Jonas me miró y sonrió con dulzura. "¿Estás bien?" Preguntó en voz baja.

Asentí, con el corazón aún acelerado. "Sí", dije, cogiendo la mano de Jonas. "Estoy más que bien".

La esperanza floreció en mi interior. Jonas me quería, y yo a él... Ya no tenía miedo.

Aun así, un escalofrío me recorrió la espalda. Miré por encima del hombro y allí estaba: Trey, de pie bajo la lluvia, mirándonos fijamente. Sus ojos eran oscuros, llenos de algo que hizo que el corazón me latiera con demasiada fuerza y que la nuca me temblara como si fuera una presa acechada por un depredador.

No tenía miedo de amar a Jonas.

¿Pero Trey?

Eso era otra historia.



La lluvia amainó hasta convertirse en llovizna cuando Jonas y yo llegamos al coche. Miré hacia el edificio, esperando que Trey saliera corriendo tras nosotros, pero de momento había vuelto a entrar.

Jonas se volvió hacia mí, con el ceño ligeramente fruncido. "¿Segura que estás bien?" Volvió a preguntar.

Asentí, aunque mi mente daba vueltas. "Sí, eso creo", pero la amenaza de Trey seguía atormentándome. No quería que fuera él quien contara mi historia. "Tengo que hablar con mis padres. Tengo que contarles lo nuestro antes de que Trey intente arruinarlo todo".

Sonrió apartándome un mechón de pelo mojado de la cara. "Me parece lo correcto", se inclinó y me besó, suave y tranquilizador, y por un momento me dejé hundir en su calor, en la comodidad de sus brazos.

Pero cuando nos alejamos, los nervios me apretaron el estómago. "Mis padres se van a poner furiosos", admití, con la voz temblorosa. "Como he dicho... ellos creen que tu familia asesinó a mi abuelo".

La expresión de Jonas no cambió: permaneció tranquilo, firme. "Quería hablarte de eso", dijo en voz baja. "Hay más en esa historia. ¿Quieres oír la versión de mi familia?"

Parpadeé, sorprendida. "Sí, por favor".

Respiró hondo, con la mano aún apoyada en mi brazo. "He preguntado por la noche en que tu abuelo apareció en nuestro hotel", empezó, con voz cuidadosa. "Pero la gente ni siquiera reconoce que mi familia no sabía que tenía demencia. No sabían que se había escapado de la residencia. Sólo sabían que estaba allí, vagando por los pasillos, gritando y montando una escena. Y entonces estalló un incendio".

Me quedé callada, escuchando. Era difícil oír. "Ri", continuó Jonas, "me has dicho que has tomado suficientes clases sobre hospitalidad. Sabes cómo funciona. ¿Qué harías si alguien apareciera en un hotel del cual fueras responsable y causara disturbios?"

Suspiré. No quería admitirlo. Toda mi vida había conocido nuestra versión de la historia y me había aferrado al dolor por el que había pasado mi familia cuando murió el abuelo. "Yo llamaría a la policía", admití.

Jonas asintió. "Exactamente. Eso es lo que hizo mi familia. No sabían quién era, sólo que estaba en su propiedad, actuando de forma errática y... bueno, parecía que intentaba prender fuego a algo".

Me quedé paralizada mientras procesaba sus palabras. Por primera vez, estaba viendo la historia a través de una perspectiva diferente. No era un acto malicioso de los Sullivan, como mi familia siempre había creído. Era simplemente... lógico. Si yo estuviera en su lugar, habría hecho lo mismo.

Un peso se desplazó dentro de mí, una verdad a la que no había estado dispuesta a enfrentarme. Los Sullivan habían hecho lo que cualquiera habría hecho. ¿Y mi familia? Habían construido una narrativa que tal vez no era tan clara como yo había pensado. La muerte del abuelo fue una tragedia, pero eso no hacía a los Sullivan responsables.

Miré a Jonas con una nueva sensación de comprensión. "Supongo que nunca me lo había planteado así", admití, las palabras en voz baja.

Jonas me apretó la mano. "Sólo quiero que sepas toda la historia antes de hablar con tu familia. Esto... esto entre nosotros es real. Pero si vamos a seguir adelante, necesitas saber nuestra versión de la historia".

Asentí con la cabeza, con la garganta apretada por una mezcla de emociones. "Gracias por decírmelo".

Jonas se inclinó para besarme, con labios suaves y reconfortantes. No era como los besos apasionados que solíamos darnos. Pero me encantaba igual.

Cuando nos separamos, capté movimiento por el rabillo del ojo. Un par de personas que pasaban por allí habían aminorado la marcha y nos miraban fijamente. Acababan de vernos besarnos y se me revolvió el estómago. Bayville era el tipo de pueblo donde los rumores corren más rápido que la pólvora. Pero, por extraño que parezca, no me importaba. Que hablaran. Iba a contarle a mi familia sobre Jonas antes que nadie.

"Toda mi familia está en el partido de béisbol de Caden. En realidad, tenía intención de ir allí después de nuestra pequeña excursión", dije, mi voz más segura ahora. "Está justo al otro lado de la frontera, en Vermont. Iré allí y hablaré con ellos antes de que lo haga Trey. Tienen que enterarse por mí, no por él".

Jonas me dedicó una sonrisa alentadora. "Parece un buen plan".

Miré al cielo, donde las nubes por fin empezaban a disiparse. "Será mejor que me vaya".

Jonas me llevó de vuelta a mi apartamento y se ofreció a acompañarme, pero yo insistí en enfrentarme a mi familia sola. "Se van a enfadar pase lo que pase", le dije, "pero me sentiré mejor si me enfrento a ellos yo sola".

Me despedí con un beso y entré en casa para quitarme la ropa mojada y coger las llaves. Cuando entré en el coche y encendí el motor, una excitación nerviosa empezó a crecer en mi interior. Realmente iba a hacerlo. Iba a contarle a mi familia la verdad sobre nosotros.

Había dejado de llover y, al salir del aparcamiento, le envié un mensaje a Tess para ver si seguía el partido.

***Tess:*** *Sí. La tormenta pasó. ¡Ven aquí pronto!*

Exhalé, pensando en cómo dar la noticia. Toda mi familia estaría allí: mis padres, Dan, Tess, mis tías, mis tíos... Esperaban ver jugar a Caden en su partido del campeonato, no que les cayera encima la bomba de mi relación con Jonas Sullivan.

Pero había que hacerlo. Y había que hacerlo ahora, antes de que Trey se adelantara.

Justo cuando empezaba a ensayar lo que iba a decir, algo en el retrovisor me llamó la atención. Una camioneta roja salía de un aparcamiento cercano, con el capó brillando bajo el sol de la tarde. Se me heló el corazón. Conocía esa camioneta.

*Trey.*

Agarré con más fuerza el volante y se me aceleró el pulso. Me estaba siguiendo.

# Capítulo 21

# Jonas

La ansiedad residual de la última hora todavía se aferraba a mis pensamientos. La cara de Ri permanecía en mi mente: su sonrisa, su risa, esa última mirada mientras se despedía. Después apareció el feo rostro de Trey, sonriendo y amenazando. Había una historia que Ri no me había contado del todo sobre ella y él, pero las cicatrices que había dejado seguían siendo evidentes. Sólo había estado allí unos minutos para escuchar las amenazas de Trey, pero me ponía enfermo pensar en cómo debía de ser cuando estaban juntos. Por fin se había librado de él, construyendo una vida sin miedo, sin mirar por encima del hombro. Y yo iba a asegurarme de que así fuera.

Al doblar la esquina, una camioneta roja y cubierta de barro me llamó la atención por el retrovisor lateral. La reconocí de la noche en que Ri y yo tuvimos sexo en mi todoterreno. Era la camioneta del gilipollas de Trey, parada cerca del bordillo de la acera, a pocos metros del pequeño sedán de Ri. Se me apretó el pecho.

No lo pensé; simplemente pisé el freno y tiré con fuerza del volante hacia la izquierda, dando una vuelta en U que me sacudió en el asiento. Un coche que pasaba me tocó el claxon enfadado y le pedí disculpas con la mano mientras me abría paso entre el tráfico, desesperado por acercarme. Mantuve la vista fija en los vehículos mientras Trey seguía al coche de Rihanna, su camioneta comiéndose el espacio entre ellos.

Las carreteras resbaladizas brillaban, y un resplandor nebuloso se desprendía del suelo mojado cuando el sol se asomaba entre las nubes grises. Me acerqué, escondiéndome con cuidado detrás del tráfico más lento, sin perder nunca de vista la camioneta de Trey. El coche de Ri iba delante y ambos vehículos se dirigían hacia las afueras de Bayville.

"Mierda", murmuré, agarrando con fuerza el volante mientras aceleraba. Se me aceleró el pulso y el instinto de protección se puso en marcha. De ninguna manera iba a dejar que Trey la siguiera, no después de todo lo que acababa de pasar. Tenía que intentar interponerme entre ellos, pero habían doblado una esquina, así que no tenía ni idea de a qué distancia estaban. Yo también giré y aceleré, sin perder de vista sus coches. Justo cuando por fin los alcancé, un maldito paso a nivel nos separó. Sus vehículos habían pasado, pero justo cuando llegué al cruce, las luces rojas empezaron a parpadear. La barrera cayó con un fuerte golpe y el silbido del tren resonó en la distancia.

Golpeé el volante con frustración, con los nudillos blancos. "Tiene que ser una broma", el tren pasó traqueteando un vagón tras otro, avanzando torpemente por las vías como si tuviera todo el tiempo del mundo. Los segundos que tardaba en pasar parecían una eternidad. Cuando por fin pasó el último vagón y se levantó la barrera, crucé las vías a toda velocidad, examinando el camino que tenía delante.

Pero se habían ido, los dos.

"Maldita sea", susurré en voz baja, agarrando el volante con más fuerza. Los fríos zarcillos del pánico empezaron a envolverme. Saqué

el teléfono y moví el pulgar instintivamente para llamarla. Marqué su número, sabiendo muy bien que no contestaría mientras conducía, y menos en aquel coche antiguo sin Bluetooth. Pero tenía que intentarlo.

El teléfono timbró una vez, dos veces. No contestó. La preocupación me llenó las venas de ácido. Me la imaginé con las manos firmes sobre el volante y la cara decidida mientras se dirigía al partido. Pero, ¿y si no sabía que Trey iba detrás de ella? ¿Y si se paraba en algún sitio y él la alcanzaba?

Volví a marcar. Lo mismo. Directo al buzón de voz.

Se me formó un nudo en la garganta. Trey era peligroso. No iba a dejar que Rihanna se enfrentara a su familia y a él ella sola.

Antes de que pudiera volver a marcar, mi teléfono zumbó con una llamada entrante. El nombre de Beckett parpadeó en la pantalla.

No tenía tiempo para esto.

Le di a responder de todos modos. "¿Qué pasa, Beck?" Dije con brusquedad y mi voz sonó más dura de lo que pretendía.

Hubo una pausa al otro lado. "Eh, cálmate. ¿Va todo bien? Sólo llamaba para saber cómo va todo con papá", dijo finalmente Beckett con cautela.

Me pasé una mano por el pelo y exhalé con fuerza. "No, nada está bien. No tengo tiempo para esto ahora".

La voz de Beckett cambió, más seria. "¿Qué está pasando?"

"Yo... Se trata de Rihanna", dudé, tratando de ordenar mis pensamientos. Nunca fui de los que hablaban de sus sentimientos, y menos a mis hermanos. Pero no podía guardármelo por más tiempo. "Su ex es un psicópata, y lo vi siguiéndola en su camioneta. Les

seguí, con la esperanza de cortarle el paso, pero me quedé atascado al otro lado de unas vías de tren, y ahora no puedo encontrarles".

Hubo un momento de silencio. Entonces Beckett dejó escapar un silbido bajo. "Mierda. ¿Por qué la está siguiendo?"

"¿Además del hecho de que está loco? No tengo ni puta idea. Nos vio juntos y... bueno, no salió bien", hice una pausa, intentando contener el miedo que sentía por Ri. "No sé qué está planeando, pero no me gusta. Necesito encontrarla antes de que haga algo estúpido".

Beckett dejó escapar un suspiro frustrado. "¿No sabes a dónde se dirige?"

"Sí, no exactamente. Se supone que va a ir al partido de béisbol de su sobrino, pero no sé dónde se celebra el juego. Sólo sé que en Vermont, al otro lado de la frontera estatal", me froté los ojos, con la tensión en los hombros. "Intenté llamarla, pero no contesta. Ella no contesta al teléfono mientras conduce".

"Maldita sea", Beckett se quedó callado un momento. "Oye, ¿por qué no llamas a esa posada suya? Alguien tiene que estar allí, ¿no? Tienen que saber dónde se celebra el juego".

Por supuesto. Los Bay prácticamente vivían en esa posada. Si alguien sabía dónde era el partido, serían ellos, si es que había alguien allí. Quizá hoy no tenía suerte, y todo el mundo estaba en ese juego.

"Sí", dije, sintiendo un destello de esperanza. "Es una buena idea".

"Mantenme informado", dijo Beckett, su voz firme pero definitivamente preocupada. "Y Jonas... ten cuidado, tío. No suena exactamente como si fuera el tipo más estable".

"Lo sé", respondí, con la mandíbula tensa. "Por eso tengo que detenerlo".

Terminé la llamada y aceleré el motor hacia la frontera estatal mientras pedía a mi teléfono que llamara a la Posada Bayville. El reloj de mi cabeza sonaba con cada timbre, cada segundo en contra para lo que fuera que Trey tuviera en mente. No tenía ni idea de qué tipo de problema estaba planeando, pero no iba a dejar que Ri lo afrontara sola.

"Posada Bayville, habla Suzie. ¿En qué puedo ayudarle?"

Suzie... ¿No era la ama de llaves a la que había intentado robar sin éxito?

"Hola, soy Jonas Sullivan. ¿Sabes dónde se celebra el partido de Caden? Es importante", dije con urgencia.

"¿El partido de Caden?" Sonaba confundida. "¿Por qué querrías saberlo?"

"Yo... estoy intentando ponerme en contacto con Rihanna", dije, sin molestarme en ocultar la verdad. "Ella está en camino al partido, y necesito encontrarla".

La pausa al otro lado del teléfono casi pinta la imagen de la mujer de mediana edad entrecerrando los ojos. "Es información personal", me contestó, dándome largas.

No tenía tiempo para esto.

"Ri está en peligro", solté. "El imbécil de Trey la está siguiendo en su camioneta. Intenté seguirle el ritmo, pero los perdí. Estoy preocupado por ella. No coge mis llamadas".

"Mierda", el miedo en la voz de Suzie coincidía con lo que yo sentía. "¿Cómo sabes lo de...? Sabes qué, no importa", dijo. "El partido es

en Greenfield Park, justo después de la frontera estatal en Vermont".
Me invadió el alivio. "Gracias".
Sin esperar a que dijera nada más, colgué y pisé el acelerador a fondo.
Ahora que sabía dónde estaba Ri, sólo tenía que llegar antes de que Trey hiciera alguna estupidez.
Mi determinación se solidificó en algo más sustancial, algo más nítido.
Iba a encontrar a Ri. E iba a mantenerla a salvo, pasara lo que pasara.

# Capítulo 22

# Rihanna

Miré por el retrovisor y apreté el volante con las dos manos. La serpenteante carretera de Vermont subía y bajaba como las olas del mar, pero lo único que buscaban mis ojos era la camioneta de Trey. Llevaba un rato siguiéndome, pero en los últimos kilómetros no lo había visto. ¿Quizá lo había perdido?

Exhalé con tímido alivio y me hundí en el asiento, aflojando los músculos tensos durante un segundo. Los árboles de la carretera se difuminaron en tonos verdes y marrones a medida que avanzaba. Tal vez no me estaba siguiendo después de todo. Después del encontronazo con él en la obra, me había puesto nerviosa.

No era que la suya fuera la única camioneta roja de los alrededores. Un susurro de esperanza revoloteó por mi mente. Quería creerlo, pero algo en mis entrañas no me dejaba relajarme del todo.

Entonces, justo cuando me había relajado, las náuseas me golpearon de repente. Se me hincharon las tripas y me obligaron a agarrar el volante con más fuerza. El corazón se me aceleró. Ayer por la mañana, las mismas náuseas me habían hecho perder el equilibrio. Había estado demasiado absorta en los acontecimientos del día como para pensar en ello, pero ahora no podía evitarlo. No había tenido la regla desde antes de que Jonas llegara al pueblo, desde antes de que empezáramos a acostarnos. Habíamos usado preservativo todas las veces excepto ayer por la mañana, pero siempre había margen de error.

Y aquella vez en su coche cuando el condón se quedó dentro de mí.
Quería creer que estaba dándole demasiadas vueltas a las cosas, que el lío con Trey me había puesto de los nervios y que ahora me estaba imaginando todo tipo de cosas. Pero necesitaba estar segura.
Divisé una pequeña tienda más adelante y entré en el aparcamiento, con los neumáticos crujiendo sobre la grava. Apagué el motor y me recosté un momento en el asiento, cerrando los ojos. Necesitaba tranquilizarme antes de entrar.
Respiré hondo, cogí el bolso y salí del coche. El aire era fresco y refrescante, pero no ayudaba a calmar la inquietud que sentía en mi interior. La tienda era pequeña y pintoresca, con olor a madera y café recién hecho, y estantes repletos de aperitivos y productos locales. Me dirigí a la sección de farmacia y escudriñé los estantes hasta encontrar lo que buscaba: las pruebas de embarazo.
Miré a mi alrededor, con un rubor de vergüenza calentándome la cara, como si la cajita blanca que tenía en la mano fuera a revelar mi secreto al mundo. Pero solo había unas pocas personas más en la tienda y ninguna me prestaba atención.
"¿Rihanna?"
La mujer que estaba detrás del mostrador era menuda, con el pelo corto y rubio con un mechón rosa brillante.
"Hola, Jenna", me las arreglé, tratando de mantener mi voz ligera como si todo estuviera normal. Jenna era otra de las profesoras del estudio de danza donde trabajaba y siempre nos habíamos llevado bastante bien. Pero ahora, mientras sostenía una prueba de embarazo en la mano, deseaba que no hubiera trabajado hoy.

Jenna enarcó una ceja, pero no dijo nada sobre la prueba. Había unas cuantas personas en la cola detrás de mí, y ella mantuvo amablemente una conversación informal mientras cobraba mi compra. "¿Estás lista para el recital?"

Asentí, pagando con manos temblorosas. "Sí, estamos listas".

Sonrió. "Buena suerte con eso. ¿Qué haces aquí? ¿Vas al partido del campeonato? Caden jugará hoy, ¿verdad?"

"Correcto", dije, con la voz un poco más tensa de lo que quería. El hijo de Jenna estaba en el mismo equipo que mi sobrino.

"Qué suerte, quizá vea el partido cuando acabe mi turno".

"Tengo que darme prisa", murmuré mientras pagaba.

"¡Buena suerte!" Jenna dijo mientras me alejaba apresuradamente.

Me hice la prueba en el diminuto aseo de la tienda. Apenas había tenido tiempo de pensar en lo que haría si el resultado era positivo.

Mis pensamientos se dirigieron inmediatamente a Jonas. ¿Qué diría? ¿Qué pensaría? Mi corazón latía con fuerza mientras esperaba el resultado de la prueba. El tiempo parecía estirarse, cada segundo parecía una eternidad.

Y entonces, sucedió. Dos líneas. *Estoy embarazada.*

Me quedé allí, mirando la prueba, y mi mundo se redujo a esa débil segunda línea. Demasiado tenue, claro, porque era muy pronto, pero una segunda línea al fin y al cabo.

Se me cortó la respiración.

¿Cómo puede ser esto real?

Pero mientras la conmoción inicial me recorría, algo más se agitaba debajo de ella. Bajo el miedo, bajo la confusión, había un pequeño

destello de... algo más. Algo parecido a la alegría. Un bebé. Nuestro bebé.

Alguien golpeó la puerta del aseo, devolviéndome a la realidad. Me apresuré a envolver la prueba en papel higiénico antes de meterla en el bolso. Me lavé las manos rápidamente y salí para encontrarme con una madre agotada y su hijo pequeño que esperaban impacientes. Murmuré una disculpa y me apresuré a pasar junto a ellos, con mis pensamientos convertidos en un caótico remolino.

Apenas había salido de la tienda cuando Jenna reapareció, con los ojos llenos de preocupación. "Ri, ¿estás bien? Estás pálida. ¿Necesitas agua?"

Apenas podía asentir, aún luchando contra las náuseas y el peso abrumador del resultado de la prueba. Jenna me llevó a una mesa de picnic fuera de la tienda y me dio una botella de agua. Se sentó frente a mí, con cara de preocupación.

"¿Quieres hablar de ello?" Me preguntó en voz baja. No estaba preparada para contarlo todo, todavía no, pero admitirlo, aunque solo fuera un poco, lo hacía parecer más real.

"Estoy... embarazada", susurré, las palabras extrañas y ajenas en mis labios.

Los ojos de Jenna se abrieron de par en par por un momento, pero rápidamente enmascaró su sorpresa con una cálida sonrisa. "Vaya, enhorabuena. Es algo enorme. Vas a ser una madre increíble, Ri. Respira. Paso a paso".

Asentí con la cabeza, asimilando sus palabras pero aún abrumada. No quería hablarle de Jonas ni de lo complicado que era todo. No estaba preparada para esa conversación, y menos con Jenna. Aun

así, su presencia y su calma me dieron un poco de paz, aunque solo fuera por un momento.

Se inclinó y bajó la voz mientras decía: "He oído las habladurías. Tú y Steven, ¿eh? Siempre pensé que harían buena pareja. ¿Manteniendo las cosas en secreto? Ya veo".

Parpadeé, sorprendida por su suposición. ¿Steven? La idea de que él fuera el padre era casi absurda, pero no me molesté en corregirla. Me limité a esbozar una débil sonrisa sin compromiso. Jenna se levantó para marcharse, creyendo la historia equivocada. Aliviada por haber esquivado la conversación, me levanté para marcharme. Y entonces le vi.

La camioneta de Trey entró en el aparcamiento y se me retorció el estómago de miedo. Me agaché y me escondí un segundo detrás de la mesa de picnic, con el corazón acelerado. No se había rendido. Todavía me seguía.

No perdí el tiempo. Permanecí agachada y me apresuré a llegar a mi coche. Mis manos tantearon las llaves mientras abría la puerta y me deslizaba dentro. No podía permitirme que me alcanzara.

Cuando salí a la carretera, volví a mirar por el retrovisor. La camioneta de Trey estaba justo detrás de mí, acercándose sigilosamente.

Me detuve en el aparcamiento desbordado, un campo polvoriento y desigual que se extendía, abarrotado de coches que habían venido para el partido del campeonato. El corazón aún me latía con fuerza

en el pecho. Miré por el retrovisor, rezando por haber perdido a Trey en algún lugar de las sinuosas carreteras.
No parecía haber moros en la costa.
Pero justo cuando me permití un momento de alivio y salí del coche, la camioneta de Trey entró en el campo, no muy lejos de donde yo había aparcado. Se me secó la garganta y me temblaron los dedos al coger el móvil. Jonas había llamado dos veces y había un par de mensajes que aún no había contestado. Toqué su nombre y me acerqué el teléfono a la oreja, esperando que su voz me calmara, pero en lugar de eso, lo primero que sonó fue la voz de Trey.
"Cuelga el teléfono, RiRi".
Estaba demasiado cerca y me quedé paralizada. Lentamente, bajé el teléfono y terminé la llamada antes de que pudiera conectarse.
Se quedó allí, mirándome fijamente, con ojos oscuros e intensos. "Tenemos que hablar".
Di un paso atrás, mi cuerpo se movió por instinto. "No tengo nada que hablar contigo, Trey".
"Oh, creo que sí", su voz goteaba amargura. "Quiero saber qué pasa entre tú y ese chico de ciudad. ¿Es sólo una aventura, o realmente estás tratando de reemplazarme con él?"
Sus palabras eran afiladas, mordaces. Odiaba a Jonas. Odiaba todo lo que representaba: el dinero, el éxito, la vida en la ciudad que tanto le molestaba a Trey. Había sido uno de sus temas favoritos cuando habíamos estado juntos.
"Trey, esto no es asunto tuyo".
Su risa carecía de humor. "¿No es asunto mío? Claro que no. ¿Crees que puedes tirar lo que teníamos por un Sullivan? ¿Después de lo

que esa familia le hizo a la tuya?" Se acercó un paso, su presencia pesada, casi sofocante. "No perteneces a alguien como él. Tú y yo... teníamos algo real. Estás cometiendo un error".

Mi espalda golpeó mi coche. "No teníamos nada, Trey. No como crees. Y hace mucho que se acabó", quería ser valiente, defenderme, pero me temblaba la voz. "Tienes que irte. Ahora mismo".

Pero Trey no escuchaba. Su expresión se endureció, sus rasgos se retorcieron. "¿Crees que le importas? No te conoce. No como yo. Es imposible que te folle como yo lo hacía".

Me recorrió un escalofrío y me sentí mal. Deseé desaparecer en el aire. ¿Cómo había pasado de confesar mi amor a Jonas a esto? Miré alrededor del campo vacío. El partido estaba demasiado lejos para que alguien nos oyera aquí fuera.

Entonces, de la nada, mi hermano Dan salió de un coche que estaba aparcado un poco más lejos. El alivio me inundó cuando mi hermano se acercó a nosotros, con la cara como un nubarrón.

"Trey, retrocede", gruñó Dan, interponiéndose entre nosotros.

Trey no se inmutó, sus ojos brillaban de ira. "Tengo todo el derecho a hablar con ella. Es mía".

"Te dijo que la dejaras en paz".

"Yo fui quien le quitó la virginidad. El cuerpo de una mujer recuerda algo así".

"Cierra la puta boca", espetó Dan, con los puños apretados. "No te atrevas a hablar así de mi hermana".

Trey se burló, con palabras venenosas. "Diré lo que me dé la puta gana. He estado metido hasta las pelotas en ese dulce y pequeño..."

Antes de que pudiera siquiera parpadear, el puño de Dan conectó con la mandíbula de Trey. Trey se tambaleó hacia atrás, pero se recuperó rápidamente y se lanzó contra Dan. Los dos chocaron en una ráfaga de puñetazos y palabrotas, un borrón de puños y furia.

"¡Basta! ¡Los dos!" Grité, pero el caos ahogó mi voz.

Fue todo tan brutal y rápido. Forcejearon y, en un momento dado, el pie de Trey resbaló en una roca suelta. Cayó con fuerza y su cabeza golpeó el suelo con un ruido repugnante. Quedó tendido, inmóvil e inconsciente.

Todo pareció ralentizarse. Apenas me di cuenta de que el guardia de seguridad se acercaba corriendo. Un momento después, la gente se dio cuenta y empezó a correr hacia allí. Dan se adentró en el bosque antes de que alguien pudiera detenerlo.

Me quedé allí, congelada, sin saber qué hacer. De repente, Jonas corrió hacia mí entre la multitud. Por primera vez en horas, volví a respirar. Sin pensarlo, corrí hacia él, con las lágrimas nublándome la vista mientras me desplomaba en sus brazos.

# Capítulo 23

# Jonas

El campo zumbaba de tensión. Las luces de la policía parpadeaban en rojo y azul, coloreando la hierba húmeda y reflejándose en los charcos. El aire era limpio, con un persistente aroma a petróleo y a hierba recién cortada. En algún lugar a lo lejos, el zumbido de la multitud del partido persistía, aunque débilmente. Un poco de normalidad fuera de nuestro alcance. Pero aquí, en esta tranquila sección del campo, nada de eso parecía real. Ri me había contado lo que había pasado con Trey y su hermano.

*Debería haber estado aquí para ella.*

La acerqué más y se estremeció entre mis brazos. Tenía los ojos muy abiertos, llenos de lágrimas, y me miraba aferrándose a mi camisa. "Jonas, no puede volver", susurró, su voz apenas un suspiro. "Si se enteran que Dan estuvo aquí, fuera del estado, en libertad condicional... lo llevarán de vuelta a la cárcel. Durante mucho tiempo", tragó saliva y miró a los agentes que estaban al borde del campo, con las cabezas a poca distancia mientras hablaban por la radio. "Intentaba protegerme".

Le aparté un mechón de pelo de la mejilla y posé la mano sobre su piel. "Ri, mírame", dije, atrapando su mirada. Sus ojos se encontraron con los míos, vulnerables y llenos de miedo, y algo dentro de mí se tensó. Quería borrar esa preocupación y hacer que nada de esto hubiera ocurrido. Debería haber estado con ella en aquel maldito coche.

"No voy a dejar que eso pase. Asumiré la culpa, ¿de acuerdo?" Le haría esta promesa mil veces.

Frunció el ceño y entreabrió los labios como para protestar, pero negué con la cabeza y dejé que mi pulgar rozara ligeramente su mejilla. "Yo me hago cargo", murmuré. "Si alguien pregunta, yo empecé. Pueden culparme de todo".

Parpadeó, con la respiración entrecortada, y su mano se apretó a mi brazo como si intentara acercarse a mí y evitar que me alejara. Sus ojos seguían llenos de miedo y me incliné hacia ella, dejando que mi frente tocara la suya. El mundo que nos rodeaba se desvaneció hasta que sólo quedamos ella y yo y su respiración se estabilizó mientras la abrazaba.

"¿Harías eso por mí?" Susurró, con voz temblorosa. "¿Por Dan?"

"Lo haría por ti", dije, apenas por encima de un susurro. "Cualquier cosa que necesites. Estoy aquí".

Exhaló, un escalofrío la recorrió y levantó la cara hacia la mía. Nuestros labios se encontraron, suaves, tentativos, hasta que el miedo que nos separaba se desvaneció y fue sustituido por algo más profundo. El beso nos enraizó, fue algo real en medio de la tensión que aún flotaba en el aire. Saboreé las lágrimas de sus labios y sentí un calor que ni las luces de la policía ni las nubes oscuras pudieron atenuar.

Cuando por fin nos separamos, mantuve las manos sobre sus hombros para conectarla a tierra y conectarme a mí mismo. En el cielo, una pizca de azul crepuscular asomaba entre las nubes. "Espera aquí un momento", le dije mientras caminaba hacia los oficiales.

"Disculpe, ¿oficial?" Dije, acercándome a los oficiales que hablaban de registrar la zona en busca del "agresor". "Me llamo Jonas Sullivan. Soy a quien buscan. Este hombre estaba acosando verbalmente a mi... Rihanna Bay y yo la defendí. No era mi intención que se golpeara la cabeza. Se resbaló mientras intentaba mantenerlo alejado de la Srta. Bay".

A los oficiales, por supuesto, no les interesó mi razonamiento. Debería haber sabido que estos paletos de pueblo nunca oirían mi nombre y dejarían pasar las cosas. Inmediatamente me esposaron y me arrastraron hacia el coche de policía.

Mientras cargaban a Trey en una camilla, pude verle la cara: pálida, con un reguero de sangre seca en la mejilla, el pecho subiendo y bajando superficialmente. Los paramédicos intercambiaron murmullos mientras lo llevaban hacia la ambulancia, con las ruedas de la camilla chirriando sobre el campo irregular.

"¡Jonas!" Gritó Ri, siguiéndome mientras los policías me escoltaban hacia el coche de policía. Intentaba abrirse paso entre la multitud, extendiendo la mano. Llevaba la preocupación escrita en la cara, el miedo que no la había abandonado desde aquel edificio... Sus labios temblaban mientras miraba, sus ojos buscaban los míos como si yo pudiera hacer desaparecer todo esto. Yo quería... Dios, no quería nada más.

Conseguí hacer un gesto de despedida con la mano antes de que me metieran en la parte trasera del coche de policía, cerrando la puerta entre nosotros. Cuando se cerró, me di cuenta de que tal vez me había metido en algo mucho más gordo de lo que pensaba.

*¿Qué he hecho?*

Se suponía que esto iba a ser sencillo, algo alegre, sin ataduras, y me había dejado enamorar de ella, me había dejado envolver por su mundo, sus problemas, su pasado.

Me había sentido tan bien. Esa misma tarde había estado exactamente en mi sitio, como si cuidar de ella fuera tan natural como respirar. Pero ahora, mirando a través del cristal tintado de la ventanilla agrietada su rostro desolado mientras la escoltaban, no podía evitar preguntarme si había calculado mal, si tal vez había ido demasiado lejos.

¿Estaba dispuesto a arriesgar mi vida por la suya? La idea me había parecido natural horas atrás, pero ahora las cosas no eran tan sencillas como había pensado. Iba a tener antecedentes. Incluso podría acabar cumpliendo una condena. Mi padre iba a perder la cabeza por esto. Incluso podría poner en riesgo mi herencia. Todo por una chica que sólo conocía desde hacía un mes.

Busqué a Ri, pero se había perdido entre la multitud. Dos mujeres chismorreaban cerca, con sus voces brillantes de excitación. Capté fragmentos de su conversación, y el nombre de Rihanna entre ellas fue suficiente para hacerme mover en el asiento, intentando tener una mejor visión y oír más. A través de la ventanilla delantera, pude distinguir a una de las mujeres apoyada en el capó de su coche, una rubia bajita con un mechón rosa.

"Ri es tan buena persona", decía, con voz llena de admiración. "Tan dulce y con los pies en la tierra. ¿Y Steven? Es perfecto para ella. Son una pareja hecha en el cielo, en serio. No se me ocurre un padre mejor para su bebé".

Me entró un sabor amargo en la boca. ¿Steven? ¿El tipo con el que los padres de Rihanna querían que se casara? Se me retorció el estómago cuando las palabras de la mujer resonaron en mi cabeza, pesadas e intrusivas.

Un bebé. Un bebé del que Ri no me había hablado.

Intenté quitármelo de la cabeza, pero la idea se me quedó grabada. "¿Estás segura?" Preguntó la otra mujer, con voz dubitativa pero teñida de intriga. Apenas podía respirar, con las palabras suspendidas en el aire como una hoja a punto de caer.

"Oh, sí", respondió con seguridad la mujer del mechón rosa, asintiendo como si estuviera compartiendo un secreto interno. "Me lo ha dicho hace una hora. Vino a la tienda y compró una prueba de embarazo. Tuvimos una agradable charla sobre ella y Steven, y ella..."

Su voz se desvaneció cuando el coche se puso en marcha, cortando el resto de su oración. Probablemente me dirigía a una celda de detención, pero mi mente estaba a miles de kilómetros de eso.

Recliné la cabeza contra el asiento, con los ojos desenfocados, mirando por la ventanilla mientras el paisaje se desdibujaba. Cada palabra que la mujer del mechón rosa había dicho me presionaba, cada una golpeándome como un fuerte puñetazo en la cara. Ri, embarazada de Steven. La duda se apoderó de todos los rincones de mi mente, sustituyendo la claridad de nuestro anterior momento de confesión por una traición tan aguda que me hizo temblar los huesos.

Cada momento con ella se me escapaba de las manos, dejándome sólo preguntas. ¿Cuántas cosas desconocía?

# Capítulo 24

# Rihanna

Había ido a la cárcel del condado tres veces en las últimas veinticuatro horas para tratar de ver a Jonas, con la esperanza de recibir algún tipo de actualización, algo que me asegurara que estaba bien y no enfadado por el lío en que se había convertido todo esto. Pero cada vez que iba, no me dejaban entrar. Ninguna visita. Ninguna palabra. Nada.

¿Me estaba evitando? ¿Estaba enfadado porque estaba entre rejas por mi culpa?

Ni siquiera había tenido la oportunidad de decirle que estaba embarazada.

Ahora estaba acurrucada en el sofá, acariciando a Whiskey, que ronroneaba satisfecho en mi regazo, sin importarle lo más mínimo el caos que reinaba en mi mente. Me quedé mirando por la ventana mientras el cielo gris se cernía sobre mí.

Las últimas veinticuatro horas habían sido insoportables, y el completo silencio y la falta de noticias de Jonas lo empeoraban. Sólo podía pensar en él y en el embarazo. No poder hablar con él era una tortura.

Incluso le había mandado un mensaje a Tess para ver si había oído algún rumor por el pueblo, pero no me había contestado.

Whiskey me dio un golpecito en la mano y le rasqué distraídamente detrás de las orejas. Mi teléfono permanecía en silencio a mi lado. Seguía sin saber nada de Tess, sin cotilleos, sin actualizaciones del

pueblo. Nada más que esa preocupación que me corroía las entrañas.

*¿Y si Jonas se arrepiente de todo lo nuestro?*

Después de todo, ¿quién querría mezclarse en algo tan turbio? Primero Trey, luego Dan... Ahora Jonas estaba entre rejas por encubrir el desastre de mi hermano.

Mi teléfono zumbó e inmediatamente salté a cogerlo.

Dan.

Me dio un vuelco el corazón al abrir el texto.

***Dan:*** *¿Puedo pasar a verte?*

Me puse de pie y me paseé por mi apartamento, para consternación de Whiskey. Me detuve junto a la ventana, mirando hacia la calle mientras tecleaba una respuesta rápida.

***Rihanna:*** *Por supuesto.*

Era la primera vez que sabía de él desde ayer. Había desaparecido en el bosque. Me sentí aliviada de que estuviera bien, pero eso no impidió que se me oprimiera el pecho.

Justo cuando estaba a punto de dejar el teléfono, el coche de mis padres se detuvo en la entrada de mi casa. Mis hombros se hundieron. Ya lo creo. Por supuesto, aparecerían ahora.

Me alisé la ropa mientras descendían, llevando lo que parecía una cazuela. Era como si se tratara de una visita normal y no de un interrogatorio inminente sobre mis elecciones vitales.

Whiskey salió corriendo del sofá cuando llamaron a la puerta. Respiré hondo y abrí. "Hola, mamá. Papá".

Mamá me empujó con una sonrisa tensa. "Hemos pensado traerte algo de comer, cariño. ¿Podemos pasar? Tenemos que hablar de algo".

Whiskey maulló, dando vueltas a sus pies mientras mi padre seguía a mamá, asintiendo rígidamente hacia mí. "Es importante, Ri".

No necesitaba que me lo dijeran, ya sabía de qué se trataba. La gente del pueblo me había visto besar a Jonas. La fábrica de rumores ya habría empezado. Se me revolvió el estómago al cerrar la puerta. "Supongo que esto no es sólo por la cena, ¿verdad?"

Mi madre se dedicó a dejar la cazuela en la encimera, sin mirarme. Papá fue menos sutil.

"¿De dónde sacaste todos estos muebles nuevos, Rihanna?" Lo preguntó más como una acusación. "Parecen caros".

"Es... una larga historia", evadí, sintiendo que un movimiento en falso iba a encender este polvorín.

"¿Te los dio Jonas Sullivan?" Su voz temblaba de rabia.

Me crucé de brazos, preparándome para el sermón que se avecinaba. "Eso no es asunto suyo".

"Oímos lo que pasó. Todo el mundo habla de ello", la voz de mamá oscilaba entre la preocupación y la frustración. "Ese beso, luego esa escena delante de todos. Y ahora está en la cárcel, por el amor de Dios".

"¿Un Sullivan, Rihanna? ¿Cómo has podido?" Dijo papá, con voz baja pero firme. "Es problemático. Igual que Trey. Estás cometiendo el mismo error".

Me estremecí al oír hablar de Trey. Mis padres no lo entendían. Nunca lo hacían. "No es así con Jonas. Él es diferente".

"¿Lo es?" Los ojos de mamá eran agudos, escrutándome. "Rihanna, estás cayendo en el mismo patrón. Siempre vas a por esos hombres salvajes y peligrosos. Te mereces algo mejor. ¿Por qué no puedes elegir a alguien seguro, como Steven? Él es la elección correcta para ti".

Maldito Steven. Por supuesto, lo tenían que mencionar: el seguro y aburrido Steven, al que todos adoraban.

"Jonas no es para nada como Trey. Me trata bien y me ha cambiado todos los muebles sólo porque quería hacer algo bueno por mí", insistí, pero mi voz era más baja ahora, la duda asomando. "Simplemente se vio envuelto en algo que no fue culpa suya".

No podía decirles que fue Dan quien golpeó a Trey. Apenas habían superado el arresto y la condena de Dan la primera vez.

Papá hizo una mueca de dolor mientras se movía sobre sus pies, frotándose la parte baja de la espalda. "Sólo te haces daño a ti misma. Sabemos lo que es mejor para ti".

No respondí. No sabía cómo responder. No lo entenderían, dijera lo que dijera. Ya habían tomado una decisión.

*Espera a que descubran que estoy embarazada de Jonas. Eso va a caer como un globo de plomo.*

Mamá sirvió la cazuela, tratando de llenar el silencio. "Sólo estamos preocupados por ti, cariño".

Me quedé mirando el plato, se me había quitado el apetito. "Estoy bien".

Hubo una pausa incómoda antes de que mi padre se aclarara la garganta. "También tenemos otras noticias. Vamos a cerrar la posada. Nos declaramos en quiebra".

Levanté la vista, sobresaltada. "¿En serio?"

"Se ha vuelto imposible continuar con el negocio", dijo mi madre, con cara de derrota. "A tu padre le duele la espalda. Suzie nos acaba de informar de que va a aceptar trabajar con los Sullivan, y Tess nos ha dejado para buscar trabajo en otro sitio. No podemos seguir así".

Esto sólo añadió otra capa al lío. "Lo siento", dije en voz baja.

Antes de que mi padre pudiera responder, mi teléfono zumbó.

Tess.

Respondí rápidamente. "Tess, ¿qué pasa?"

"He oído noticias", dijo Tess, con voz grave. "Han dejado a Jonas en libertad bajo fianza".

Mi corazón tartamudeó. "¿Ha salido?"

"Sí".

Miré por la ventana, con el corazón agitado por una sorda esperanza. ¿Vendría a verme? ¿O lo había echado todo a perder dejándole aceptar la culpa?

*Debería haberlo detenido.*

"No estoy segura de que venga", le expresé mis preocupaciones a Tess. "Después de todo lo que pasó, probablemente quiera deshacerse de mí".

"Intentaré averiguar adónde ha ido", prometió Tess.

Le di las gracias y colgué. Mi pecho era un agujero enorme.

Llamaron a la puerta y me apresuré a abrir, esperando contra toda esperanza que fuera Jonas, aunque sabía que sería Dan. Pero mientras lo saludaba, solo podía pensar en Jonas y en el dolor punzante de que tal vez nunca volviera.

Dan entró en el salón y sus ojos se dirigieron nerviosos hacia la cocina, donde mis padres traqueteaban con los platos y charlaban. Cerré rápidamente la puerta tras él, con el corazón palpitante, y me puse frente a él con la voz baja.

"Dan, tienes que asumir la responsabilidad de lo que pasó con Trey", susurré, con la desesperación reflejada en mis palabras. "Jonas Sullivan cargó con la culpa por ti. Ahora ha sido puesto en libertad, pero..."

"¿Un Sullivan? ¿Por qué demonios haría algo así?"

"¿No has oído los cotilleos?"

"He estado pasando desapercibido, tratando de no ser arrestado de nuevo", su tono era fulminante, como si fuera culpa mía.

"Jonas y yo hemos estado... viéndonos", dije, haciendo una mueca preventiva.

"¡¿Qué?!" Los ojos de Dan parecían salirse.

"Lo sé, lo sé. Algunos Sullivan son mejores que otros", dije, pero incluso cuando la vieja enemistad familiar estaba en su máximo nivel, me di cuenta de que Slater y Zora no eran tan malos. Slater podía ser un tipo duro, pero no era el monstruo que yo creía. Y Zora... La verdad es que Zora me caía muy bien.

"Supongo que sí", Dan parecía impresionado.

"Por eso tienes que admitirlo, Dan. Jonas te cubrió, pero no es justo..."

Me cortó con un firme movimiento de cabeza. "Ri, no puedo", su voz era grave pero decidida. "No voy a volver a la cárcel. Otra vez no".

"¡Pero me estabas defendiendo!" Le respondí, con la frustración a flor de piel. "¡Trey estaba fuera de control y tú sólo intentabas

protegerme!"
Dan se pasó una mano por el pelo, con el rostro tenso por la culpa. "Lo sé. Pero al sistema no le importará por qué lo hice. Lo único que verán es que estaba fuera del estado y que agredí a alguien. Eso significa mucho tiempo para mí. Sería reincidente. No puedo arriesgarme a eso".
Me acerqué un paso más, bajando aún más la voz. "Ni siquiera sé dónde está", dije, con la voz quebrada.
Por fin me miró, con un destello de preocupación en los ojos. "¿No te ha llamado?"
Tragué con fuerza, negando con la cabeza. "No. Ni una palabra".
Dan se apoyó en la pared, con los brazos cruzados. "Entonces, ¿cuál es el plan ahora? ¿Vas a intentar encontrarle?"
"No lo sé", susurré. Mi teléfono zumbó. Tess otra vez, un mensaje esta vez.

***Tess:*** *Se dice en el pueblo que Jonas se fue. Hizo las maletas y se fue*.
Mi corazón se hundió. Leí el mensaje dos, tres veces, pero las palabras no cambiaron. Jonas se había ido. Sin una palabra.
Dan debió notar el cambio en mi expresión. "¿Qué pasa?"
"Se ha ido", dije insensiblemente. "Tess me acaba de mandar un mensaje. Jonas... se fue del pueblo".
Dan soltó un silbido bajo, frotándose la nuca. "No pensé que se marcharía así".
Parpadeé rápidamente, tratando de encontrarle sentido. No se suponía que fuera así. Nos habíamos estado acercando más, y a

pesar de todo, Él había dicho que sentía lo mismo, y ahora, se había ido.

"Supongo que eso es todo, entonces", murmuré, con una punzada de arrepentimiento retorciéndose en mi interior. "Me arriesgué y sólo conseguí dolor".

Dan frunció el ceño y se acercó. "No pienses así. No puedes culparte por esto".

Pero yo no escuchaba. Las palabras de mis padres resonaban en mi mente. *Siempre vas a por esos hombres salvajes y peligrosos... Te mereces algo mejor. ¿Por qué no puedes ir por alguien seguro, como Steven?*

Tal vez tenían razón. Tal vez todo esto con Jonas había sido un error desde el principio. Debería haber ido a lo seguro, quedarme en mi zona de confort, y quedarme con alguien confiable y seguro. Alguien como Steven.

"Debería haberlo sabido", susurré, con la garganta apretada. "Debería haber escuchado. Tal vez mamá y papá tenían razón... Tal vez Steven realmente es el indicado para mí".

Los ojos de Dan se oscurecieron. "¿Steven? ¿En serio, Ri?"

Me encogí de hombros, con el corazón encogido. "Tal vez he estado luchando por las cosas equivocadas. Quizá no sé qué es lo mejor para mí".

Dan negó con la cabeza, endureciendo la voz. "Steven no es a quien quieres. Y en el fondo, lo sabes".

No respondí, mi mente estaba demasiado aturdida por las dudas y el dolor como para discutir. Pero cuando miré hacia la cocina, donde

mis padres nos esperaban sentados, mis decisiones me oprimieron y me costó respirar.

Dan me dirigió una mirada larga y escrutadora antes de mirar hacia la puerta que daba a la cocina. "Vamos. Mamá y papá están esperando".

Asentí, recomponiéndome lo mejor que pude, pero en el fondo, algo había cambiado. Jonas se había ido. Y yo me había equivocado en todo.

# Capítulo 25

# Jonas

La carretera se extendía ante mí, interminable y vacía, el tipo de tramo que se supone que te hace sentir libre.

En cambio, me sentía atrapado. Mi padre me había sacado bajo fianza esta mañana, pero no era libre. No realmente. No podía dejar el condado. No podía dejar atrás este lío. Y no importaba lo lejos que condujera de Bayville, la cara de Rihanna estaba clavada en mi cabeza como una astilla que no podía sacar.

Pisé a fondo el acelerador y el paisaje de pequeñas casas adosadas y carteles descoloridos pasó rápidamente por la ventanilla. Tenía que irme de aquí. Lejos de aquel pueblo donde todos me trataban como a un forastero, donde el sheriff se había mofado cuando intenté decirle quién era mi padre como si hubiera estado esperando años para encerrar a alguien rico. Nunca me había sentido tan menospreciado.

Pero eso no fue lo peor. Ni mucho menos.

La peor fue Rihanna. Pensaba que era diferente a las demás. Me había hecho creer que había algo real entre nosotros, y ahora estaba embarazada de otra persona.

Golpeé el volante con la mano y apreté la mandíbula mientras luchaba contra la tentación de dar la vuelta. Una parte de mí quería volver con ella y exigirle respuestas. Preguntarle cómo había podido dejar que me enamorara de ella y decirme que me quería mientras

esperaba un hijo de otro hombre. Pero eso sería demasiado estúpido. Demasiado peligroso.

*Quizá por eso insistió en tener sexo sin condón.*

Seguí conduciendo, con los ojos pegados a la carretera, aunque cada kilómetro parecía una lucha. Pensé en llamarla. El deseo de oír su voz era como un picor bajo mi piel, pero sabía que sería inútil. No cambiaría nada.

Saqué el teléfono y puse el pulgar sobre su número. Decidí llamar a mi madre. Hoy era su cumpleaños y, a pesar de todo lo que estaba pasando, no podía ignorarlo. Ya tenía su regalo envuelto y en el asiento del copiloto. Cuando mamá contestó, tuve que reprimir la amargura de mi voz. "Hola, mamá. Feliz cumpleaños".

"¿Jonas?" La voz de mi madre era cálida y sorprendida, como si no hubiera esperado saber de mí. No la culpaba. Últimamente no me había mantenido en contacto. "Qué agradable sorpresa. ¿Dónde estás? Tu padre y yo estamos en este hermoso restaurante donde le propusiste matrimonio a tu ángel".

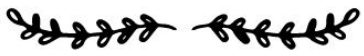
Hice una mueca de dolor. "Estoy cerca, en realidad. No muy lejos de Bayville. Sólo... conduzco", intenté sonar despreocupado como si no me estuviera destrozando por dentro.

"¡Oh, cariño, deberías unirte a nosotros!"

Apreté los dientes. Lo último que necesitaba era más recordatorios de Rihanna, pero ya había causado bastantes problemas a mi familia al ser arrestado; a mi madre se le rompería el corazón si me perdía su cena de cumpleaños después de que ella me hubiera invitado.

Rustica Steak House estaba justo delante. Reduje la velocidad, con las tripas revueltas por la inquietud. "Estaré allí en un minuto".

"¡Maravilloso!" Mamá sonaba encantada. "No podemos esperar a verte, cariño".
Colgué y, unos minutos más tarde, entré en el aparcamiento con el corazón todavía palpitante. Ni siquiera sabía qué decirles a mis padres sobre Rihanna. La última vez que hablé con ellos, les dije que la quería. Que era la ideal para mí.
Ahora, no estaba seguro de nada excepto de una cosa: necesitaba espacio. De ella, de Bayville, de todo lo que había salido mal.



Cuando el camarero me trajo la comida, aproveché para pasarle el regalo envuelto a mi madre. Sus ojos se iluminaron como los de una niña en Navidad cuando lo cogió y sus delicados dedos despegaron con cuidado el papel. Me recosté en la silla, intentando ignorar el nudo que sentía en el pecho. Se suponía que hacer algo bonito por mi madre tenía que sentarme bien.
"Oh, Jonas", jadeó cuando abrió la caja y sacó el collar antiguo que había encontrado para ella. "Es precioso".
Logré esbozar una pequeña sonrisa. "Feliz cumpleaños, mamá. Pensé que te sentaría bien".
Mamá me sonrió, sus manos recorriendo el intrincado diseño...
Aquella visita a la tienda de antigüedades parecía que había tenido lugar hacía siglos, pero había sido ayer: Rihanna se había emocionado mucho cuando vio aquellos anillos antiguos. La forma en que se le iluminaron los ojos como si hubiera encontrado un tesoro, había sido adorable. Había sido tan feliz viéndola... Me había sentido el hombre más afortunado del mundo.

Ahora, el recuerdo era como una mordaza alrededor de mi corazón, ahogando el aire de mis pulmones.

"Tienes buen gusto, hijo", dijo mi padre mientras cortaba el filete. Me sonrió. "No es de extrañar, teniendo en cuenta que vas a casarte con una mujer tan dulce. Rihanna es un buen partido".

Me puse rígido, obligándome a no reaccionar. Al final se había creído la mentira, convencido de que seguía perdidamente enamorado de ella, de que seguía planeando un futuro juntos. Me había preguntado por qué no me había castigado por haber sido arrestado, pero le había dicho que había sido yo quien había caído por culpa del hermano de Rihanna. Al parecer, eso había bastado para convencerle, y estaba tan contento que no se había molestado en reprenderme. No le corregí. No podía.

Asentí, fingiendo concentrarme en mi plato. "Sí, lo es".

Papá rió entre dientes, reclinándose en su silla con cara de satisfacción. "Seguro que estás deseando verla ahora que has salido de la cárcel".

El tenedor en mi mano pesaba como si fuera a resbalarse de mi agarre. No sabía ni la mitad. Ver a Rihanna era lo único que quería y lo único que podía permitirme hacer. Pero no le corregí. No podía soportar la conversación que provocaría. Así que no dije nada.

"Escucha, hijo", continuó papá con seriedad. "Una mujer como Rihanna te cambiará si se lo permites. Sin duda es lo mejor que te ha pasado hasta ahora, y te lo digo como padre: No la des por sentada. Dile todos los días lo mucho que la aprecias y lo afortunado que eres. Créeme, una buena mujer marcará la diferencia en tu

vida", rodeó los hombros de mi madre con un brazo y le dio un suave apretón.

Me obligué a asentir, aunque cada palabra era una piedra clavada en mi corazón. "Sí, papá. Tienes razón".

Mentí sobre cuándo me vería con Rihanna, dando una vaga respuesta sobre que primero quería recomponerme. La verdad era que no sabía cuándo volvería a verla, o si lo haría. Todo había cambiado y no sabía qué hacer con ello. La cena había terminado, pero yo no estaba listo para entrar en mi coche todavía. Me quedé fuera, con el aire frío golpeándome la cara mientras miraba el aparcamiento. Debería haberme sentido aliviado, incluso un poco mejor después de toda aquella charla sobre Rihanna. Pero no fue así. Ni por asomo.

Suspiré y me froté la mandíbula con una mano. Por mucho que intentara convencerme de lo contrario, todo lo que había pasado con ella había sido un desastre, un error desde el principio. Papá podría seguir hablando de cómo debería apreciarla cada día, pero él no sabía sobre el bebé. Sobre sus mentiras.

Saqué el móvil, busqué entre mis contactos y pulsé el número de Beckett. Timbró dos veces antes de que lo cogiera.

"Hola, Jonas. ¿Qué pasa?" No perdí el tiempo. "Rihanna está embarazada", dije, yendo directo al grano. "Del hijo de otro hombre".

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea. "¿Estás seguro? ¿Has hablado con ella al respecto?"

"Estoy seguro", murmuré, paseándome a lo largo del todoterreno. "Lo escuché de una mujer del pueblo, se lo contó ella misma. Está

embarazada de otro tío. Todo con Rihanna ha sido un error. Desde el principio".
Beckett dejó escapar un silbido bajo. "Joder. Eso es duro, tío. Pero, ¿de verdad vas a dejarlo así? ¿Estás seguro de que no hay más en la historia?"
"¿Qué más hay que saber?" Dije, apretando los puños. "Al menos papá se creyó la mentira. Esta noche me dijo que me aferrara a una buena mujer como Rihanna. Eso es suficiente para darme algo de tiempo. Ya pensaré en los detalles más tarde, pero por ahora... Sólo necesito dormir. La cárcel fue una pesadilla. Apenas he cerrado los ojos".
"Sí, me lo imagino", dijo Beckett, sonando más serio ahora. "Pero, ¿cuál es el plan? ¿De verdad no vas a hablar con ella? ¿De verdad vas a confiar en una señora cualquiera y dejar las cosas en el aire y buscar a otra chica para convencer a papá?"
"La estoy evitando hasta mi juicio la semana que viene. Después de eso, me voy de aquí. Me iré a Europa en cuanto termine. Tal vez Ibiza o París", respondí. "Necesito alejarme de todo esto. De Rihanna, del puto pueblo... es demasiado complicado. Ya lo resolveré desde allí".
Beckett hizo una pausa, su voz se suavizó. "Mira, quizá papá tenga razón en lo de retenerla. Tal vez haya habido algún malentendido sobre este embarazo. Parece una buena mujer. Nunca te había visto enamorarte tanto de alguien. Tuviste suerte de encontrarla. ¿Por qué no intentar conservarla?"
Apreté la mandíbula, con el peso de todo presionándome. "Debería haber seguido siendo una actuación", dije, la amargura evidente en

mi tono. "Así empezó todo, ¿no? Actuando".
"Te lo advertí", Beckett sonó comprensivo y divertido a la vez.
"Ella tiene una vida aquí. Toda una vida que no me involucra. Ella habló de este tipo, Steven, la primera noche que salimos. Debería haberlo sabido. Ahora va a tener un hijo suyo. Probablemente se casen, y eso es todo".
Beckett suspiró. "No lo sé, tío. Parece como si estuvieras huyendo".
"Puede que sí", admití, pasándome una mano por el pelo. "Pero es lo mejor que puedo hacer ahora. Necesito salir de aquí".
Hubo un largo silencio antes de que Beckett volviera a hablar. "Lo entiendo", dijo en voz baja. "Te ayudaré a organizar el viaje. Demonios, tal vez Gabby y yo nos unamos a ti mientras aún pueda volar".
Asentí para mis adentros, aliviado. "Gracias, Beckett. Te lo agradezco... He oído que el juez es muy duro. Duro como el acero. Va a ser complicado".
El tono de Beckett se volvió sombrío. "Bueno, entonces será mejor que estés preparado".
"Sí", murmuré. "Voy a necesitar toda la suerte que pueda conseguir".

# Capítulo 26

# Jonas

El banco del juzgado era un castigo en sí mismo, duro e inflexible debajo de mí. Me removí en el asiento, tratando de encontrar algo de comodidad, pero era inútil. El aire estaba cargado de tensión, de esa que te cala hasta los huesos y te deja inquieto. Tiré del cuello de la camisa. El sudor humedecía la tela. Mientras mi abogado pronunciaba su alegato final, el sonido ensordecedor de un avión volando demasiado bajo llegó desde el exterior. Me imaginé en él, volando hacia Europa, dejando todo esto atrás. Este estúpido pueblo, el maldito juzgado de Vermont... Y Rihanna... sobre todo Rihanna.

"Señoría, como ya ha oído, la víctima no sólo no recuerda a su agresor", dijo mi abogado, pronunciando su discurso con el tipo de entusiasmo que yo creía reservado a los programas de televisión. Era el mejor abogado que el dinero podía comprar, mi padre se había asegurado de ello, y trabajaba duro por cada uno de los muchos miles de dólares que le habían pagado. "Además, a mi cliente no se le leyeron sus derechos Miranda. Esta detención debería considerarse nula y sin efecto, y mi cliente, que es un hombre de negocios honrado, no sólo debería salir en libertad, sino que toda esta experiencia debería ser eliminada del expediente. El departamento de policía debería considerarse afortunado de que mi cliente se niegue actualmente a demandar por daños y perjuicios, a pesar de mi consejo de hacerlo".

"¿Es eso una amenaza, abogado? No me gustan las amenazas", dijo el juez con una voz potente que dominaba la sala.

Apreté los puños, la última semana había sido un infierno. Cada minuto desde que salí de aquella celda había sido una lucha por mantener la cabeza fuera del agua. Odiaba los pueblos pequeños. La gente de aquí miraba como si conociera cada detalle de tus asuntos... y puede que así fuera. Si Bayville era un hervidero de cotilleos, este pueblo de Vermont no era mejor. Y ahora yo era la historia principal, el forastero al que habían metido en la cárcel por algo que ni siquiera había hecho. No es que lo supieran.

Me habían asegurado que era un caso sencillo. Mi abogado me había dicho que tendría un día de campo con el juez local. Consideré contratar a un abogado local que tuviera vínculos con la comunidad. Papá había insistido en contratar a uno de su séquito, alegando que el abogado de Nueva York le daría mil vueltas al juez del pueblo. Una vez más, iba a sufrir por los errores de otros. Pero mi preocupación por perder el caso era sólo la mitad de mi sufrimiento.

Escudriñé la sala, echando un vistazo a los bancos de madera, medio llenos de espectadores que probablemente estaban aquí para ver cómo acababa la historia. Una parte de mí pensó que Rihanna podría estar aquí, pero debería haberlo sabido. No iba a aparecer. Después de todo, ella tenía sus propios problemas, a saber, un bebé. Un bebé que no era mío. No podía superar eso. No importaba cuántas veces intentara asimilarlo, la traición me escocía.

"¿Ha terminado?" Preguntó el juez a mi abogado. No iba a aguantar una mierda del abogado arrogante y charlatán que mi padre me había endilgado.

"Sí, señoría", respondió mi abogado, convenientemente reprendido. "Nada más que agregar".

Me acordé de la primera vez que supe lo del bebé de Rihanna. Mi primer -y último- intento de ser un caballero de brillante armadura.

Y ahora, aquí estaba yo, sentado en un tribunal, siendo juzgado por un delito por el que, francamente, ya no me importaba luchar.

Volví a mirar al juez. El anciano estaba sentado con las gafas puestas en la nariz, hojeando páginas de papeleo, con la toga colgando de los hombros. Continuaba enumerando detalles procesales y los hechos del caso como si estuviera leyendo los ingredientes de una aburrida receta. Yo sólo quería mi libertad. Y entonces me largaría de aquí, para no volver a oscurecer nunca más estos putos pueblos desolados.

El aire de la sala parecía decidido a asfixiarme. El calor era insoportable, sofocante. Me rasqué la nuca, intentando ignorar la sensación de la camisa pegada a la piel. Cada segundo se hacía más largo, interrumpido por la monótona voz del juez.

Finalmente, la voz del juez se agudizó y volví a la realidad.

"Tras revisar las pruebas y escuchar todos los testimonios, el tribunal declara al acusado... inocente de todos los cargos".

Inocente.

La palabra cortó el aire viciado de la habitación y, por primera vez en mucho tiempo, respiré de verdad.

Inocente.

El peso sobre mis hombros se aligeró, sólo un poco. Había pasado días en vilo, preparándome para lo peor, pero ahora se había terminado. Por fín.

Apenas registré el resto de las formalidades, demasiado concentrado en salir de aquella sala. En cuanto el juez desestimó el caso, me puse en pie, sin molestarme en mirar a nadie a mi alrededor. No me hacía falta. El abogado de mi padre me hizo un gesto con la cabeza, pero lo ignoré y pasé por delante de los demás presentes, cuyos ojos se clavaron en mí mientras me dirigía a la salida.

Las puertas se abrieron con un chirrido, y la ráfaga de aire fresco me golpeó como esa primera bocanada después de salir a la superficie cuando has estado demasiado tiempo bajo el agua. El sol era demasiado brillante, casi cegador al salir de la sala del tribunal. Respiré hondo, dejando que el aire llenara mis pulmones, pero algo seguía sin funcionar. El alivio que esperaba no estaba allí.

*"Una mujer como ella te cambiará, Jonas, si se lo permites. No la des por sentada. Dile todos los días cuánto la aprecias".*

Apreté los dientes. Papá no había sabido nada. Ella me había ocultado una parte de su vida. Cuando había mencionado a Steven, había dicho de todo para hacerme creer que él no estaba en su radar. Mi padre se había creído la mentira que yo le había contado, la de que Rihanna y yo éramos felices y planeábamos un futuro y, al parecer, yo también. Cuando me señaló aquel anillo vintage en la tienda de antigüedades, casi me había... alegrado. Casi había creído que tal vez era capaz de tener el tipo de vida que mi padre tuvo con mi madre. Pero eso fue antes de que todo se viniera abajo.

*No debería haberle dicho que la quiero.*

Rihanna estaba embarazada de otro hombre. El pensamiento se repetía en mi cabeza desde hacía una semana y no podía deshacerme de él.

Europa me esperaba. Dejaría todo atrás. No más drama pueblerino, no más fingir ser alguien que no era. Podría volver a mi antigua vida. Podría borrar el mes pasado, fingir que no había pasado nada. Esas aventuras superficiales a las que había renunciado cuando conocí a Rihanna no habían sido tan malas. Repetitivas, sí. Pero nunca corrí peligro de meterme demasiado y acabar herido.

La sentí antes de verla. Estaba allí de pie, frente a la floristería al otro lado de la calle del juzgado, con el pelo castaño al viento y la mano apoyada en el vientre.

*Rihanna.*

No podía moverme. No podía respirar. Todo en mi interior se paralizó. El mundo que me rodeaba se desvaneció, dejándola sólo a ella, de pie bajo la luz del sol como un espejismo.

Y de repente, todo lo que había pensado que quería -Viajar a Europa, mi libertad, la evasión- me parecía imposiblemente lejano.

Mis pies ya se movían antes de que mi mente se diera cuenta.

Tenía que hablar con ella, escuchar la verdad salir de sus labios para poder liberarme por fin de este infierno en el que había estado viviendo.

# Capítulo 27

# Rihanna

Me paré en la acera frente al juzgado de Vermont, con el corazón acelerado al ver a Jonas.

Durante las últimas horas, había dado vueltas alrededor de esta manzana, mentalizándome para entrar y ver su juicio, pero mis piernas se habían negado a dar ese último paso. Tenía miedo.

Temía que Jonas fuera declarado culpable, que ya no me quisiera, que hubiera arruinado su vida sólo por estar con él. Nunca había estado tan nerviosa, ni siquiera cuando todo empezó a descontrolarse. No podía quitarme la sensación de que había estropeado lo nuestro.

Apreté las manos, con las uñas mordiéndome las palmas. La noticia que tenía que darle era como un yunque alrededor de mi cuello. El estómago se me retorcía a cada minuto que pasaba. Pero eso ni siquiera era la parte más difícil. La parte más difícil era preguntarme si le importaría. Hacía una semana que no hablábamos y su silencio era más profundo de lo que esperaba.

Pero no podía ocultárselo y no quería hacerlo. Llevaba a nuestro bebé, no sólo era mío. No era justo guardármelo para mí.

Le observé mientras salía del juzgado, con los anchos hombros rígidos bajo la chaqueta a medida. Parecía el mismo, pero completamente distinto. Ya no era el hombre que me había besado bajo la lluvia, sus labios feroces y posesivos, sus manos cálidas sobre mi piel. Ahora, su rostro era una máscara, dura e ilegible.

Esperé a que se fijara en mí, a que me diera alguna señal de que aún sentía algo.

Me vio. Nuestras miradas se cruzaron por un instante, pero no hubo calidez ni alivio. En lugar de eso, vaciló como si estuviera decidiendo si reconocerme o no. La distancia que nos separaba parecía kilométrica, a pesar de que yo sólo estaba a unos metros.

"Jonas", grité, dando un paso adelante. Mi voz temblaba, delatando los nervios con los que había estado luchando toda la mañana. Me había pasado la última semana dándole vueltas a lo que le diría, a cómo se lo diría, pero ahora que lo tenía delante, cada palabra desaparecía de mi mente.

"Rihanna", dijo mi nombre sin rodeos, como si hablara con una desconocida. Me dolió la formalidad de su tono. Desvió la mirada, escudriñando la calle detrás de mí como si tuviera un lugar mejor en el que estar.

Intenté sostenerle la mirada, pero la frialdad de sus ojos me hizo vacilar. Di otro paso hacia él, forzando una sonrisa a pesar del incómodo silencio que se extendía entre nosotros. "¿Cómo ha ido el juicio? Quería entrar, pero..."

"Sí, bueno, no te perdiste mucho", me cortó, la tensión en su voz imposible de ignorar. Se movió sobre sus pies y cruzó los brazos sobre el pecho.

Tragué saliva y se me hizo un nudo en la garganta. No me lo imaginaba así. Esperaba ira, tal vez incluso un enfrentamiento, pero no esta indiferencia. Me estaba dejando de lado y no sabía por qué.

"Siento todo lo que ha pasado", dije, mis palabras salieron apresuradas. "No quería que las cosas se complicaran tanto. Si

hubiera sabido que Trey... Y Dan..."
"Ya está hecho, Rihanna", interrumpió, con voz entrecortada. "No quiero hablar de Trey ni de Dan ni de ninguno de los otros hombres de tu vida. No quiero hablar de nada de eso", sus ojos se posaron en los míos durante un breve instante, pero no había calidez ni comprensión. Sólo cansancio.
Mi respiración se entrecortó, aguda y superficial, como si el aire a mi alrededor se hubiera espesado.
¿Por qué no había llamado? ¿Por qué no me había contactado?
Sin embargo, en lugar de preguntarle, me quedé allí, buscando algo que decir, algo que rompiera el muro que había levantado.
"Estaba preocupada por ti", dije finalmente.
Dejó escapar una risa seca, amarga y hueca. "No tienes que preocuparte por mí. Estoy bien".
Me estremecí ante su frialdad. Me había preocupado. Todos los días. Cada noche sin dormir. Pero estar aquí, mirando al hombre que una vez me había besado como si yo fuera la mejor mujer del mundo, era como si no le conociera de nada.
"Sé que metí la pata, lo siento", le dije, necesitando que entendiera que lo último que quería era que mi desastre fuera su responsabilidad.
Dio un paso atrás, poniendo más distancia entre nosotros, y mi corazón se hundió aún más. "No importa", dijo, con voz distante. "Me voy pronto".
Se me cortó la respiración. "¿Te vas?"
Asintió con la cabeza y me miró por encima del hombro. "Me voy a Europa dentro de unos días. No sé cuánto tiempo estaré fuera".

Me quedé mirándole, con la cabeza dándome vueltas y el corazón doliéndome.

*¿Se iba*? ¿Así sin más? Sin explicaciones, sin conversación, sin nada. Ni siquiera había tenido la oportunidad de decírselo... Pero al mirarle, de pie, con esa impenetrable máscara de indiferencia, me di cuenta de que no quería saberlo. Y yo no podía decírselo.

Jonas no sólo se iba del pueblo, también se iba de *mi vida*.

"Ya veo", dije, con la voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma. Mi corazón latía con fuerza, cada vez más fuerte. "Entonces, ¿eso es todo?"

No contestó de inmediato. Su mandíbula se tensó y, por un momento, me pareció ver un destello en sus ojos: ¿arrepentimiento, tal vez? Pero desapareció tan rápido como apareció, sustituido por la misma mirada fría y distante.

"Eso es todo lo que puede ser", dijo en voz baja, con voz dura.

Me mordí el interior de la mejilla, intentando contener la creciente marea de emociones que amenazaba con desbordarse. Me disponía a contárselo todo, a hablarle del bebé, a preguntarle qué íbamos a hacer a continuación. Pero ahora no me atrevía a decirlo. Él ya se había ido.

Tragué con fuerza, luchando por mantener la compostura. Tenía que hacerlo. Si me derrumbaba aquí, delante de él, sólo empeoraría las cosas.

"Supongo... que eso es lo que quieres, entonces", dije, mi voz apenas audible.

No contestó. Se limitó a mirarme, con expresión indescifrable, antes de girar sobre sus talones y alejarse.

Le vi marcharse, con el corazón rompiéndose a cada paso que daba mientras todo lo que no le había dicho me asfixiaba. Él no sabía lo del bebé, lo mucho que había querido decírselo, lo mucho que me seguía importando, a pesar de todo.

Pero ya no importaba.

Jonas se iba. Me dejaba a mí, dejaba Bayville, dejaba todo atrás. Y yo estaba aquí, sola en la acera, viendo al único hombre en el que creía que podía confiar, salir de mi vida sin mirar atrás.

Las lágrimas me escocían los ojos y las enjugué, negándome a llorar. Aquí no. Ahora no. No podía derrumbarme. No donde alguien pudiera verme.

Me llevé una mano a la barriga, imaginando el aleteo de la vida bajo mi palma. El secreto que había guardado, que había tenido demasiado miedo de compartir, ahora era un peso demasiado pesado para llevarlo yo sola. Pero lo llevaría. No tenía otra opción.

Porque Jonas se había ido.

# Capítulo 28

# Rihanna

El leve rasguño de un bolígrafo sobre el papel llenaba el pequeño despacho de la posada mientras me sentaba frente a mi padre, repasando la última ronda de la contabilidad. El viejo escritorio de madera estaba abarrotado de carpetas, libros de contabilidad y recibos, una pequeña montaña de números y cabos sueltos que teníamos que atar antes de cerrar oficialmente el negocio. Era surrealista verlo todo delante de mí, sabiendo que era la última vez que lo haríamos.

"Ya casi hemos terminado", murmuró papá, con el ceño fruncido por la concentración mientras repasaba otra columna de cifras. "Sólo tengo que comprobar algunas cosas antes de archivar".

Asentí con la cabeza, hojeando otro libro de contabilidad, aunque mi mente estaba a kilómetros de distancia. Desde que había hablado con Jonas a la salida del juzgado hacía unos días, él y el bebé habían ocupado la mayor parte de mis pensamientos, volviéndome distraída y huraña.

"Cuando termine aquí, tengo que pasarme por el estudio", dije, dándome cuenta de que aún no había mencionado mis planes. "Necesito reunir algunos accesorios antes de ir al teatro".

Papá levantó la vista de los papeles y asintió lentamente. "Cierto, el recital es esta noche", su voz tenía una nota de orgullo, como siempre que yo hablaba de danza. "¿Todo listo? ¿Estás nerviosa?"

Debería haber estado más emocionada por el recital, pero mis pensamientos estaban enredados en otra dirección, dando vueltas alrededor de Jonas como una bardana que no podía quitarme de encima.

"Un poco", admití, aunque mis nervios no eran por la actuación. "Saldrá bien. Las chicas están emocionadas".

Papá sonreía, pero había algo pesado en sus ojos. El cierre del negocio fue un duro golpe para todos, pero papá era el que peor lo estaba llevando. Aun así, no dejó de apoyarnos.

"Estaré allí, en primera fila", prometió, dejando el bolígrafo para frotarse los ojos cansados. "No me lo perdería".

"Gracias, papá", logré esbozar una sonrisa, pero la sentí tensa, como todo lo que había estado cargando últimamente. El bebé. Jonas. La abrumadora sensación de que mi vida se estaba saliendo de control y no sabía cómo detenerla.

Miré mi teléfono y la pantalla me devolvió la mirada, vacía de mensajes nuevos. Jonas no había llamado. No me había enviado ningún mensaje. No era una sorpresa, pero una parte de mí se había aferrado a la esperanza de que cambiara de opinión. Cada hora que pasaba sin una palabra sólo hacía que la tensión en mí aumentara más, enroscándose hasta hacerse insoportable. Pronto se iría para siempre, y mi oportunidad de volver a verlo se esfumaría.

"¿Estás bien, cariño?" Preguntó papá, con voz suave. Tenía otra vez esa mirada en los ojos que le decía que podía ver a través de mí, incluso cuando yo intentaba actuar como si todo estuviera bien.

Forcé otra sonrisa. "Sí, sólo... tengo muchas cosas en la cabeza".

Tess entró en la habitación, balanceando una pequeña pila de papeles en los brazos. Ella había estado ayudando en la posada, aunque no quedaba mucho por hacer, entre turno y turno en el restaurante donde ahora trabajaba.

Asintió con complicidad, pero no insistió. "Bueno, no dejes que este papeleo te agobie demasiado. Concéntrate en tu recital. Terminaremos esto más tarde".

Asentí, agradecida por la salida.

"Traje el último juego de facturas", dijo Tess, dejándolas sobre el escritorio. "Papá tiene razón, ve a ocuparte de tus cosas del recital, Ri".

Hice una pausa, los ojos de Tess clavados en mí mientras papá salía de la habitación para coger una carpeta. En cuanto se fue, la voz de Tess se redujo a un susurro. "¿Se lo has dicho ya?"

Me puse rígida, evitando su mirada. Ella era la única que sabía lo del bebé. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a mamá y papá. Tess no había dejado de preguntar desde entonces.

"No", dije, con voz apenas audible.

"Ri..." Tess se interrumpió y me miró preocupada. Llevaba un par de días intentando que se lo contara, pero yo no estaba preparada. No sabía cuándo lo estaría.

"Sólo necesito algo de tiempo", le dije. No estaba preparada para afrontar esa conversación. No quería ser otra decepción para ellos. Ya estaban pasando por mucho con el cierre de la posada. Nuestro legado familiar había llegado a su fin. Una vez fundadores del pueblo, ahora reducidos a nada. Era demasiado.

"Tienes que decirles", dijo Tess en voz baja, mirando hacia la puerta para asegurarse de que papá no volvía todavía. "Querrán ayudarte en todo momento".

Me mordí el labio, negando con la cabeza. "No lo entiendes. Van a estar tan decepcionados conmigo", era asfixiante. Cada vez que pensaba en enfrentarme a ellos, en ver esa mirada en sus ojos cuando se enteraran, era como estar al borde de un precipicio.

Tess frunció el ceño. "¿Decepcionados? Ri, te quieren. Sí, es inesperado, pero no te van a dar la espalda. No lo hicieron conmigo, y yo era mucho más joven que tú cuando tuve a Caden".

Tragué saliva y se me hizo un nudo en la garganta. "No se trata sólo de eso. Se trata de Jonas. Se van a volver locos cuando sepan que el bebé es de él".

Tess parpadeó y suspiró con fuerza. "Hay mucha mala sangre entre nosotros y los Sullivan, pero el amor de mamá y papá por ti supera todo eso".

Me miré las manos, retorciéndolas en mi regazo. La verdad era mucho más complicada de lo que los demás veían. "Lo sé", murmuré. "Pero es duro. Odian a esa familia desde que... el abuelo Walter".

La mención de nuestro abuelo hizo que el aire de la habitación se volviera más pesado, cargado de recuerdos de los que nunca hablábamos. La muerte del abuelo Walter seguía pesando sobre la familia como una nube oscura, algo doloroso y sin resolver que nadie sabía cómo abordar.

El rostro de Tess se endureció. "Eso es algo difícil de perdonar".

"¿Sabías que hay más en la historia de lo que nos contaron?" Pregunté, reclinándome en la silla y soltando un largo suspiro.
"¿Cómo?" Preguntó Tess, realmente curiosa.
"Ellos no lo sabían", dije. "Los Sullivan, quiero decir. No tenían ni idea de que el abuelo Walter tenía demencia y se había escapado de la residencia cuando llamaron a la policía. Sólo sabían que estaba en su propiedad, despotricando y aparentemente intentando quemar el edificio. Era lógico y justo que llamaran a la policía".
Los ojos de Tess se abrieron de par en par. "¿En serio no lo sabían?"
Asentí, extrañamente aliviada de decirlo por fin en voz alta. "Jonas me contó toda la historia. Dijo que su familia pensó que se enfrentaban a una situación peligrosa. El abuelo estaba en su propiedad, en mitad de la noche, y no tenía ningún sentido. No tenían ni idea de quién era ni por qué estaba allí".
Tess se sentó, asimilándolo. "Entonces... no intentaban hacerle daño. Sólo estaban..."
"Asustados", terminé. "Tratando de proteger su propiedad. Y después de que todo se vino abajo, se horrorizaron cuando descubrieron lo que había ocurrido realmente. Pero para entonces ya era demasiado tarde. El abuelo murió, y nuestra familia decidió que los Sullivan eran los culpables".
Tess frunció el ceño, frotándose las manos. "Pero... ¿por qué nunca escuchamos este lado de las cosas?"
"Porque nadie quería escuchar", dije, con la voz entrecortada. "Todo el mundo ya había tomado una decisión. Los Sullivan se convirtieron en los villanos de la historia. Y después de eso... todo fue a peor", suspiré, apoyando los codos en el escritorio. "Y ahora pasa lo mismo

con Jonas. Todo el mundo piensa que es peligroso por lo que pasó con Trey", a pesar de que todo había ocurrido en Vermont, las noticias habían llegado hasta Bayville. "Aunque los abogados y el juez le exculparon, aunque se demostró que no hizo nada malo... nadie se lo creyó. Lo están usando como chivo expiatorio, endilgándole acusaciones que no merece. Igual que hicieron cuando Slater hizo arrestar al abuelo".

Los ojos de Tess estaban llenos de simpatía. "No tenía ni idea".

Asentí con la cabeza, sintiendo una extraña mezcla de frustración y tristeza. "Es que... es tan injusto. Jonas no es un mal tipo, Tess. Fue amable conmigo. Me hizo sentir segura... amada, de una forma que nunca antes había sentido".

Tess extendió la mano y me la cubrió con la suya. "No tienes que convencerme, Ri. Te creo".

Bajé la mirada y le apreté la mano. Convencer a Tess nunca había sido el problema. Eran los demás miembros de mi familia. Veían a Jonas y a su familia como villanos, y nada de lo que yo dijera parecía importar. ¿Cómo iba a meter a un bebé en aquel lío?

"A los lugareños les encantaba culpar a Slater de la muerte del abuelo", murmuré, mirando el papeleo que tenía delante, con el bolígrafo intacto sobre la mesa. "Pero la verdad es que Slater hizo lo más responsable, no es un lugareño, no conocía al abuelo. Todo lo que sabía era que alguien estaba en su hotel delirando y luego se produjo un incendio. El abuelo ya estaba tan débil... Si no hubiera cogido una neumonía en la cárcel, tarde o temprano habría sido otra cosa. Fue trágico, pero eso no lo convierte en culpa de Slater".

Tess asintió en silencio. Siempre había estado más dispuesta a escuchar el otro lado de las cosas, menos atrapada en el drama del pueblo que parecía atenazar a todos los demás. Pero aun así, el peso de la historia de nuestra familia había proyectado una larga sombra.

"¿Y sabes qué?" Añadí, con la voz cargada de frustración. "Mamá y papá no paran de decir que quieren que esté con un 'buen hombre' de una vez. Lo que no ven es que Jonas *es* bueno. No se lo demuestra a todo el mundo, pero yo lo he visto".

Tess me miró interrogante y yo suspiré, recordando el día del partido del campeonato. Jonas no era el villano que todos creían que era. Sí, era duro y reservado, pero bajo ese exterior, tenía corazón. "Lo que nadie sabe es que él cargó con la culpa aquel día en el partido del campeonato. Todos pensaron que perdió la calma, cuando en realidad fue Dan. Jonas lo cubrió, decidió hacerse responsable de lo sucedido, sólo para evitarle más dolor a nuestra familia. Eso es verdadera bondad. No se ve a menudo".

Antes de que Tess pudiera decir nada, unos pasos nos hicieron levantar la vista. Se me encogió el corazón. Mi madre estaba en la puerta. No tenía ni idea de que ella estaba aquí. Tenía la cara pálida y los ojos llenos de lágrimas.

"¿Es eso cierto? ¿De verdad Jonas Sullivan hizo eso por Dan?" Preguntó con la voz ligeramente temblorosa.

Me quedé helada y, por un segundo, no supe qué decir. No era mi intención que oyera nada de esto, al menos no todavía.

"Sí", susurré. "Es verdad".

Cruzó la habitación con unos pasos rápidos y me abrazó con fuerza. Me quedé pasmada un momento, antes de devolverle el abrazo.
"Está claro que me he equivocado sobre Jonas", murmuró contra mi pelo. "Y sobre su familia. Estaba tan cegada por lo que pasó con tu abuelo..."
Sus palabras me llenaron de alivio, pero fue agridulce. Una parte de mí ansiaba ese reconocimiento desde hacía tanto tiempo, pero ahora, allí en sus brazos, no podía evitar la sensación de que era demasiado tarde.
Me aparté, secándome una lágrima perdida en la mejilla. "Tengo que intentar localizar a Jonas".
Decirlo todo en voz alta era todo lo que necesitaba: No podía dejarle marchar sin intentar hablarle de nuestro bebé. Entendía que estuviera dolido y arrepentido de cosas después de su detención, pero quizá se había calmado lo suficiente en los últimos días como para escucharme.
Mi madre asintió y me dedicó una sonrisa suave y comprensiva. "Deberías hacerlo. Tienes que decirle lo que sientes".
Cogí el teléfono, con el corazón acelerado, y me desplacé hasta el número de Jonas. Con dedos temblorosos, pulsé el botón de llamada y contuve la respiración mientras sonaba.
Una vez. Dos veces. Varias veces.
Buzón de voz.
Me tragué el nudo que tenía en la garganta cuando sonó el mensaje automático y respiré hondo. "Hola, Jonas, soy Rihanna", empecé, con la voz temblorosa pero decidida. "Yo sólo... Necesito hablar contigo. Estaré en el teatro de Bayville esta noche, para el recital de

danza. Si estás en el pueblo, ven, por favor. Quiero verte. Necesito hablar contigo, en persona".

Colgué aún destrozada. No había garantías de que apareciera, ni siquiera de que escuchara el mensaje, pero al menos lo había intentado.

Tess se levantó y me dirigió una mirada alentadora. "Como dije, terminaré el resto de la contabilidad por ti. Ve a prepararte".

Asentí con la cabeza, cogí el abrigo y corrí hacia la puerta. Al salir, el primer soplo de aire fresco otoñal me golpeó la cara y me tranquilizó por un momento. Las hojas ya habían empezado a cambiar de color. Esta noche podría cambiarlo todo, o podría dejarme con el corazón más roto que antes.

Pero en cualquier caso, tenía que intentarlo.

# Capítulo 29

# Jonas

El avión aguardaba en la pista del aeropuerto privado como una elegante semblanza de libertad frente a las nubes de tormenta que se cernían a lo lejos. Quizá una vez que despegáramos, por fin podría dejarlo todo atrás.

*Dejarla a ella* atrás.

Rihanna se había apoderado de mi mente de una forma que nunca hubiera esperado, y por muchos kilómetros que pusiera entre nosotros, ella seguía ahí, en el fondo de mis pensamientos, atormentándome. Por eso había hecho este plan con Beckett. Europa sería como un nuevo comienzo, una distracción. Todo lo que necesitaba era salir de aquí, poner el mayor espacio posible entre esta maraña de sentimientos y yo.

Pero Beckett y su mujer se demoraban en llegar.

Me paseé por el asfalto, miré el reloj y volví a llamarle. Cuanto más tiempo tenía para pensar, más seguro estaba de que no podía arriesgarme a quedarme aquí y volver a sentir algo por Rihanna. Necesitaba la distancia. Intenté decirme a mí mismo que, una vez en el extranjero, sería fácil perderme en otra persona, en cualquier otra persona. Alguien que no me hiciera cuestionar cada una de mis visiones del mundo.

Beckett finalmente respondió.

"Oye, todavía estamos atascados en el tráfico. Hay mucha gente saliendo de la ciudad".

"Si no llegas pronto, me voy sin ti", le dije, impaciente por irme. "Necesito estar en un lugar que no me recuerde a ella".

"Danos cinco minutos más", dijo, aunque la frustración también teñía su voz. "¿De verdad crees que un vuelo a París va a arreglar todo esto?"

"No lo sé. Pero quedarme aquí seguro que no", apenas reconocía mi propia voz: fría, entrecortada, desesperada por sonar indiferente. Pero era una fachada. Me iría sin ellos si no llegaban a tiempo.

Justo cuando me preparaba para hacerlo, se me acercó la azafata. Me resultaba familiar, alguien que había estado antes en los aviones de nuestra familia. Sonrió mientras miraba por encima de mi hombro, probablemente buscando a Beckett.

"¿Tu hermano y su mujer volarán contigo también?" Preguntó.

"Tal vez", respondí, pasándome una mano por la cara. "Si no llegan pronto, nos iremos sin ellos".

"Sabes", dijo, pensativa, "tu padre me dio una vez un consejo que cambió mi vida", hizo una pausa como si estuviera midiendo cuánto quería compartir. "Estaba pasando por una mala racha y me dijo: 'Céntrate en lo que te hace sentir mejor, en lo que te hace sentir agradecido. Deja el resto. Eso lo cambió todo para mí".

Fue como un chorro de agua fría que sacudió mis pensamientos.

*¿Papá* había dicho eso?

Nunca había sido del tipo sentimental, pero lo que ella dijo caló hondo. Había estado tan consumido por escapar, evitar, ignorar mis propios sentimientos. Y aquí estaba ella, una extraña que me recordaba una verdad muy simple: había estado huyendo de la única persona que había traído una desconocida especie de paz a mi vida.

Rihanna, la única persona que me había hecho sentir que podía ser mejor, alguien bueno, alguien merecedor.

Tal vez la mujer del mechón rosa había estado sacando mierda de su culo. Un rumor que no era cierto, o si lo era, no significaba necesariamente que Ri me hubiera engañado. Quizá se había quedado embarazada antes de conocerme y no lo sabía. Fuera lo que fuese lo que había pasado, necesitaba escuchar sus palabras.

"Dile al piloto que no voy a subir al avión", dije, retrocediendo para alejarme del jet y sacando ya las llaves.

Intenté llamar a Beckett mientras volvía a Bayville para decirle que, después de todo, no iría a Europa, pero el servicio de telefonía móvil era irregular en estas carreteras secundarias. La siguiente vez que estuve dentro del alcance, recibí una llamada perdida en mi teléfono. Era de Ri. Me dio un vuelco el corazón cuando apareció la notificación del mensaje de voz. La voz de Ri temblaba ligeramente al hablar, cargada de emoción e inestabilidad. Casi podía verla, luchando por mantener la compostura.

*"Hola, Jonas, soy Rihanna".*

Sólo oírla pronunciar mi nombre de nuevo hizo que se me apretara el corazón. Había estado tan enfadado con ella. Tan herido, la última vez que habíamos hablado. Me había cerrado pensando que así me protegería, pero sólo me hice más daño. *"Yo sólo... Necesito hablar contigo. Estaré en el teatro Bayville esta noche, para el recital de danza. Si estás en el pueblo, ven, por favor. Quiero verte. Necesito hablar contigo, en persona".*

Sonaba tan frágil que me di cuenta de lo mucho que la había evitado después de que me detuvieran. Podría haberle tendido la mano,

pero seguía esperando a que ella dijera algo primero. Y cuando había venido a verme, la había callado. Fui frío y distante. Me vino a la memoria la expresión de su cara a la salida del juzgado, el dolor en sus ojos, las palabras no dichas que quedaron atrapadas entre nosotros. ¿Y ahora qué? Ahora estaría condenado si no llegaba a ella esta noche.

El indicador de combustible parpadeaba mientras me dirigía a Bayville, así que paré en una gasolinera junto a la autopista. Los minutos pasaban y necesitaba verla esta noche antes de que me asaltaran de nuevo las dudas.

Pero al parecer, el universo conspiraba contra mí. Típico. El lector de tarjetas del surtidor no funcionaba. Tendría que pagar dentro y enfrentarme a más lugareños que intercambiaban cotilleos como cromos de béisbol.

Empujé la puerta de la pequeña tienda de la gasolinera, la campana que había sobre ella tintineaba de aquella forma tenue e irritante. El lugar olía a café rancio, madera vieja y un toque de aceite. Qué bien. Como si todo no fuera ya mal, estaba atascado en la parada más lenta en medio de la nada.

No había nadie en la caja registradora. Por supuesto que no. Miré a mi alrededor, molesto, y luego toqué el timbre. Su sonido agudo resonó en el espacio vacío.

"¡Saldré enseguida!" Llegó una voz desde la parte de atrás, que sonaba demasiado informal para mi gusto. "¡Sólo un par de minutos!"

¿Un par de minutos? No tenía un par de minutos. Miré el reloj y maldije en voz baja. Cada segundo que pasaba era tiempo perdido,

tiempo que podría haber estado en la carretera, rumbo a Ri. Ahora mismo no podía permitirme retrasos. Aunque ya no la encontrara en el recital, podría encontrarla en su apartamento o en la posada, pero me abrumaba la necesidad de verla. Era ahora o nunca.

Se me aceleró el pulso mientras esperaba, con la impaciencia burbujeándome bajo la piel. El todoterreno estaba aparcado delante, con el depósito lleno pero sin pagar. Tenía que pagar, ponerme en marcha y llegar a Ri antes de perder los nervios.

Finalmente, la puerta crujió al abrirse y la cajera salió del fondo perezosamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

¡Jodida mujer del mechón rosa!

Su etiqueta decía: Jenna.

La miré fijamente mientras se acercaba a la caja registradora. ¿Podría haberse equivocado? Tal vez aún cabía la posibilidad de que hubiera entendido mal. De que lo que había dicho sobre Ri y Steven no fuera cierto.

Me dedicó una sonrisa cortés, casi demasiado alegre, mientras me cobraba. "Sesenta dólares", me dijo, con voz animada.

Le entregué el dinero, con la mente acelerada. Cuando me di la vuelta para marcharme, algo me corroía. No podía irme así como así. Tenía que preguntar. Aunque fuera doloroso. Aunque ya supiera la respuesta.

"Oye", dije, volviéndome hacia ella. Mi voz salió áspera, más tensa de lo que pretendía. "Una vez te oí hablar de Rihanna Bay. ¿Es verdad? ¿Sobre que ella y Steven... tendrán un bebé juntos? ¿Cómo te enteraste de esa noticia?"

La cara de Jenna se iluminó, una amplia sonrisa se extendió por su rostro como si estuviera emocionada por ser la portadora de buenas noticias. Mientras tanto, se me revolvía el estómago, preparándome para lo peor.

"¡Ah, sí! ¿No es maravilloso?" Dijo, prácticamente rebotando sobre sus talones. "Los dos son muy queridos por aquí. Steven es todo un caballero, y Ri tiene mucha suerte de estar con él. Hacen la pareja perfecta".

Sus palabras eran como clavos en una pizarra, pero me obligué a permanecer allí, asintiendo como si esto no me estuviera destrozando por completo.

"Y... ¿estás segura sobre el bebé?"

"¡Por supuesto!" Dijo Jenna, con demasiado entusiasmo. Señaló la mesa de picnic que había fuera. "Nos sentamos ahí fuera, y le pregunté directamente si estaba embarazada ¡y me dijo que sí! ¡Del bebé de Steven! ¿No es estupendo? Su familia debe de estar encantada. Es exactamente lo que siempre han querido para ella".

Apenas oí el resto de lo que dijo. Me zumbaban los oídos y la cabeza me daba vueltas por el peso de todo aquello. Embarazada. Del bebé de Steven. Ya no podía negarlo. No había malentendidos. Esta mujer no tenía motivos para mentir.

Jenna siguió, hablando de lo afortunado que era Steven, de lo perfectos que eran juntos, de lo buena que era Ri con sus clases de baile. Las palabras eran como puñales, cada una se hundía más en mi corazón.

Murmuré un rápido "gracias" antes de salir a trompicones de la tienda. El aire exterior era fresco y puro, pero no ayudaba a despejar

la niebla de mi mente. Había nubes de tormenta en el horizonte, que se acercaban rápidamente, pesadas y oscuras, como un grueso muro gris que se tragaba el cielo. Era un reflejo de cómo me sentía: aplastado por el peso de las palabras de Jenna. Me había aferrado a una última pizca de esperanza de que fuera un error. Pero ahora estaba claro. Rihanna estaba embarazada de otro hombre.

Crucé el aparcamiento y mis botas crujieron sobre la grava mientras me dirigía a mi todoterreno. Mi mente daba vueltas, intentando encontrarle sentido a todo aquello. Repetí su mensaje de voz en mi cabeza, con su voz temblorosa. Pensé que estaría enfadada por otra cosa, pero ahora parecía obvio. Debía de estar ansiosa por contarme la verdad: que Steven y ella habían concebido. Que estaba siguiendo adelante, construyendo una vida sin mí.

Llegué a mi todoterreno, abrí la puerta y me apoyé en ella un segundo. Había dos caminos por los que podía ir. A la derecha estaba la carretera que llevaba a Bayville y a Rihanna. ¿A la izquierda? El aeropuerto, donde aún me esperaba el avión que me llevaría a Europa, lejos de todo esto, si Beckett no se había ido ya con Gabby.

Me quedé mirando la bifurcación, con el pulso acelerado. ¿Qué camino debo tomar?

Fue entonces cuando el coche de Beckett pasó a toda velocidad, pillándome desprevenido. Debió de verme, porque giró bruscamente, entró en el aparcamiento y se detuvo a mi lado. Bajó la ventanilla y su expresión era seria, pero no pesada. Más bien como si supiera algo que yo ignoraba.

"Jonas", dijo, saliendo del coche, con la voz baja. Su mujer dormía en el asiento del copiloto. "¿Qué está pasando?"

No sabía por dónde empezar. Las palabras se atascaron en mi garganta durante un segundo antes de que finalmente las dejara salir. "Está realmente embarazada del hijo de otro tío".

La cara de Beckett se torció, pero no dijo nada, dándome espacio para poderme explicar. Exhalé un suspiro tembloroso y me pasé una mano por el pelo. "Quiero decir, ¿qué derecho tengo a estar enfadado? Al principio se suponía que estábamos fingiendo, ¿no? Yo no... Nunca pensé que fuéramos exclusivos. Podría haber estado saliendo con Steven todo este tiempo, por lo que sé".

Pero mientras pronunciaba las palabras, un dolor profundo y agudo se agolpó en mi pecho. Estaba disgustado. Diablos, me sentía traicionado. Y tal vez no era justo, pero no podía evitarlo. Ella me importaba, más de lo que pensaba.

Beckett me observó un momento y luego habló con cuidado, como si tratara de facilitarme algo que no estaba preparado para oír.

"Mira, si esto es sólo por la herencia, conozco a alguien. Hay una mujer en París. Ella podría hacer el papel, ser tu falsa esposa. Sería fácil. Sin ataduras, sin complicaciones. Tendrías lo que necesitas, el dinero, el estatus... lo que sea por lo que papá nos ha estado presionando".

Hizo una pausa, mirándome, midiendo mi reacción. "Pero si vas en serio con Rihanna... si esto es algo más que una relación falsa para ti... Bueno, entonces tienes que darte cuenta de que va a venir con desafíos. Algunos líos. Algo de dolor, tal vez. Tú mismo lo dijiste: no fueron exclusivos al principio".

Aparté la vista, mirando al suelo, pensando en lo que decía.
Beckett se acercó un paso, con voz más seria. "El compromiso es duro, Jonas. Es mucho trabajo. Pero merece la pena. ¿El camino fácil? Podrías irte a Europa, casarte con alguien que no te importa y seguir con tu vida. Pero si quieres amor, amor de verdad, tienes que esforzarte. Y no va a ser fácil".
Apreté la mandíbula, pensativo.
"¿Qué quieres realmente, Jonas?" Preguntó Beckett, con voz más suave ahora, tratando de ayudarme a ver con claridad. Tenía razón. Definitivamente, ya no se trataba sólo de la herencia o de hacerme la vida más fácil. No quería una salida fácil.
Cerré los ojos e inspiré profundamente. Me golpeó como una inundación rompiendo una presa. Quería a Ri. No me importaban Steven ni su bebé. No me importaba la herencia ni las exigencias de mi padre. Sólo quería estar con Ri, significara lo que significara, viniera con lo que viniera.
Abrí los ojos. "Aunque Ri no me quiera, aunque ahora esté con ese tal Steven, al menos tengo que hablar con ella. Necesito saberlo. Necesito oírlo de ella, en persona".
Beckett sonrió, el tipo de sonrisa que no era sólo de aprobación, sino de orgullo. "Ahora hablas con sentido", me dio un rápido abrazo, dándome una palmada en la espalda. "Ve a por ella, hermano".
Asentí con la cabeza y se me quitó un poco el peso de encima. No había garantías de que Ri volviera a aceptarme -ni siquiera de que me quisiera, con todo lo que estaba pasando-, pero de una cosa estaba seguro: no podía irme sin hablar con ella. No podía dejar que esto acabara sin intentarlo al menos.

No esperé ni un segundo más. Subí a mi todoterreno, encendí el motor y giré el volante a la derecha.

Hacia Bayville. Hacia Ri.

Tenía que hablar con ella. Tenía que hacerle saber lo que realmente sentía.

La lluvia caía a cántaros, golpeando el techo de mi coche como un tambor constante y furioso. Los limpiaparabrisas hacían su mayor esfuerzo, pero apenas podía ver más allá de unos metros. Mis manos se apretaron contra el volante mientras empujaba a través de la tormenta, con la mente tan acelerada como la lluvia que caía fuera.

Entonces, justo delante, un enorme tronco de árbol se interpuso en medio de la carretera, bloqueando cualquier posibilidad de pasar. Maldije en voz baja y frené en seco al detenerme frente a él. No había forma de esquivarlo. Aparqué el todoterreno, salté y corrí hacia el tronco, con la lluvia empapándome la ropa en cuestión de segundos.

Me apoyé en el árbol caído, intentando apartarlo. No se movió. Ni siquiera un centímetro. Volví a empujar con más fuerza, pero fue inútil. La cosa era enorme, demasiado pesada para moverla yo solo.

Justo cuando iba a intentarlo de nuevo, unos faros parpadearon delante de mí, al otro lado del árbol. Un camión blanco se detuvo, con el motor rugiendo, y un hombre salió y caminó hacía mí, con su chubasquero amarillo ondeando al viento bajo un chaleco de peón caminero.

"¿Estás intentando mover esa cosa tú solo?" Preguntó, su voz apenas audible por encima de la tormenta.

"Sí", murmuré, limpiándome la lluvia de la cara. "Tengo un sitio donde estar".
Sacudió la cabeza. "Un equipo está en camino para hacerse cargo. Va a tomar dos, tal vez tres horas para aserrar y sacar".
¿Tres horas? Podrían haber sido toda una vida. Se me revolvieron las tripas de frustración. No tenía tres horas. Ni siquiera tenía una.
"¿Hay otra ruta a Bayville?" Pregunté, con desesperación en mi voz.
El tipo se encogió de hombros, mirando el registro. "No, a menos que estés dispuesto a dar un desvío de unas dos horas. Esta es la única carretera".
Me quedé mirando el tronco, con la lluvia cayéndome por la cara. Esto no podía estar pasando. Ahora no. Tenía que llegar a Ri. Mi mente daba vueltas, buscando cualquier solución, cualquier forma de superar esto.
Y entonces mis ojos se posaron en el camión aparcado junto al árbol. Parecía viejo pero robusto, construido para este tipo de clima.
"Te lo cambio por esta noche", dije, mis palabras salieron rápido antes de que pudiera dudar. "Tú conduces mi coche y yo el tuyo".
El hombre enarcó una ceja y miró mi todoterreno. Se le iluminaron los ojos al verlo. Probablemente valía más que un año de su sueldo.
"¿Hablas en serio?" Preguntó riéndose un poco. "¿Me cambiarías esa cosa elegante por este viejo camión?"
Asentí con la cabeza, ya intentando calcular lo rápido que podría hacer el cambio. "De verdad. Sólo necesito llegar a Bayville. Puedes quedarte con mi coche por esta noche".
Soltó un silbido bajo, sacudiendo la cabeza con incredulidad. "Tío, estás loco", dijo, pero el trato era demasiado bueno para dejarlo

pasar. Me tendió las llaves. "Vale. Claro. Adelante".

No perdí el tiempo. Cogí las llaves de su camión y le lancé las mías, corriendo bajo el aguacero mientras me subía al asiento del conductor. El motor rugió bajo mis manos y, por primera vez desde que había cargado con la culpa del hermano de Ri, sentí un destello de esperanza.

# Capítulo 30

# Rihanna

El recital estaba en pleno apogeo y yo estaba de pie al borde del escenario, dirigiendo a las pequeñas bailarinas mientras daban vueltas y saltaban con sus tutús de colores pastel. La sala estaba llena de padres, hermanos y amigos orgullosos, con los ojos clavados en las pequeñas bailarinas. Debería haber estado totalmente concentrada en la actuación, pero mi mente no dejaba de divagar y mis ojos se desviaban hacia las puertas traseras cada pocos minutos. Cada vez que la puerta se abría, el corazón me daba un vuelco, con la esperanza de que fuera Jonas. Pero cada vez, no era él.

Steven también estaba allí, sentado cerca de mi familia, con su amplia sonrisa visible incluso desde el otro lado de la habitación. Alcancé a ver a mis padres, radiantes de orgullo, pero no era su presencia lo que ansiaba. Quería a Jonas aquí. Me decía a mí misma que no me distrajera y que tenía trabajo que hacer, pero era imposible evitar que mi corazón saltara de esperanza cada vez que alguien nuevo entraba en la sala.

De repente, una de las chicas, mi bailarina más pequeña, Ashley, dio un paso en falso. Tropezó y cayó con fuerza al suelo, con la cara deshecha en lágrimas antes de poder levantarse. La música continuó, pero ella se quedó en el suelo, llorando en silencio mientras las otras chicas intentaban continuar.

Me moví rápidamente y subí al escenario para ayudarla a levantarse. Hice un gesto a las otras chicas para que continuaran mientras llevaba a Ashley detrás del telón. Por sus mejillas rodaron gruesas lágrimas mientras se desplomaba en el suelo con un gemido, su tristeza era demasiado grande para mantenerse erguida. Conocía esa sensación.

"Oye", le susurré, arrodillándome a su lado, "no pasa nada. Todo el mundo comete errores. Es parte del proceso".

"Lo arruiné", sollozó, apretando las rodillas contra el pecho. "Nunca volveré a bailar".

Me dolía el corazón por ella, pero forcé una sonrisa amable. "No, no has estropeado nada, cariño. Lo hiciste lo mejor que pudiste, y eso es lo que importa. Todos cometemos errores. Incluso yo", hice una pausa, pensando en todas las veces que me había caído, literal y figuradamente.

"Quiero irme a casa; debería haberme quedado en mi habitación con mis juguetes", dijo, sus lágrimas empezaban a disminuir.

"A veces da miedo estar aquí fuera, en el gran mundo. Pero no puedes quedarte en tu habitación para siempre, por muy segura que te sientas".

Bufó y se secó los ojos. "Quiero quedarme con mis peluches. Ellos nunca se ríen de mí".

Sonreí amablemente, acariciándole el pelo. "Sé que estar en casa con tus juguetes favoritos te hace sentir bien porque es predecible. Es seguro. Pero las sorpresas maravillosas sólo ocurren aquí fuera, en el mundo, donde no siempre se esperan las cosas".

Al pronunciar las palabras, me di cuenta de que no estaba hablando sólo con ella. Estaba hablando conmigo misma, pensando en Jonas y en lo asustada que había estado de hablar con él. Permanecer a salvo no me iba a llevar a ninguna parte.

Ashley volvió a moquear, mirándome. "¿En serio?"

"De verdad", le susurré.

Un movimiento en la puerta del escenario llamó mi atención y, cuando levanté la vista, se me cortó la respiración. Era Jonas. Estaba entre bastidores, a unos metros de distancia, con aire inseguro y empapado por la lluvia. Un tramoyista se acercó a él, claramente dispuesto a pedirle que se marchara.

Por un instante, me planteé quedarme callada y dejar que el tramoyista hiciera su trabajo. Una parte de mí aún quería protegerme, mantener mis muros en alto. Pero la voz de Zora resonó en mi cabeza: *"No dejes que el pasado ensombrezca tu futuro".*

No iba a volver a cometer ese error. Jonas no era Trey. No iba a lastimarme como lo había hecho Trey. Y si no daba este salto, nunca sabría lo que podría ser.

Enderecé los hombros y di un paso adelante. "Puede quedarse", dije con firmeza al tramoyista, con voz segura. Mi mirada se clavó en la de Jonas. Parecía sorprendido, pero había algo más en su expresión: ¿esperanza, tal vez?

El tramoyista retrocedió y yo respiré hondo, con el corazón golpeándome las costillas como un martillo neumático. No estaba segura de lo que iba a ocurrir a continuación, pero una cosa era segura: no iba a huir más de esto.

Las lágrimas de Ashley finalmente se detuvieron, y le acaricié suavemente la espalda. "¿Estás lista para intentarlo de nuevo?" Susurré, dedicándole una sonrisa tranquilizadora. Asintió con la cabeza, lloriqueando una última vez mientras la llevaba de vuelta al escenario. La música volvió a sonar y ella volvió a colocarse entre las demás bailarinas, con sus pequeños pies moviéndose al compás y olvidando el tropiezo anterior.

Cuando me alejé, mezclándome en las sombras detrás de la cortina, alguien caminó detrás de mí. No necesité girarme para saber que era Jonas. La calidez de su presencia me invadió incluso antes de oír su voz.

"Ri..." El susurro de Jonas llegó hasta mí, cargado de incertidumbre, y cuando me volví, sus ojos buscaban los míos. Aún tenía el pelo empapado por la lluvia, y su expresión era una mezcla de alivio y miedo, como si no estuviera seguro de si debía estar aquí, entre bastidores, conmigo.

Estábamos detrás del telón mientras el recital continuaba a unos metros de distancia. Mis bailarinas bailaban bajo los focos, pero era como si estuviéramos en un mundo aparte.

"Tengo que preguntar..." La voz de Jonas se quebró ligeramente. "¿Estás embarazada? ¿Del bebé de Steven? Me lo ha dicho alguien del pueblo..."

El shock y la sorpresa me golpearon de repente.

*¿Qué?*

*¡Este pueblo y sus putos cotilleos!*

Entonces me di cuenta. Jenna. Jenna debe haber asumido...

Sacudí la cabeza lentamente, mordiéndome el labio para contener el repentino torrente de emociones. "Ni siquiera he besado a Steven..." Dije entumecida. "Estoy embarazada, pero el bebé es tuyo, Jonas".

Su cuerpo se relajó visiblemente, sus hombros se hundieron como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Su mano encontró la mía y, en la penumbra de la cortina, su tacto me ancló a tierra.

Los aplausos señalaron el final del ballet y mis alumnas se alejaron rápidamente por el otro lado del escenario hacia los camerinos. Tendría que irme pronto, pero nada podía apartarme aún del lado de Jonas.

"Estaba tan destrozado", admitió, con voz áspera. "Huía porque... porque no sabía cómo manejar lo que sentía por ti. Sé que te dejé de lado después del arresto. Pensé... que me habías traicionado, y me dolió tanto; sólo quería huir de esos sentimientos".

Me encontré con su mirada, con el corazón latiéndome con fuerza. "¿Y ahora?"

Respiró hondo y se acercó. "Ahora estoy seguro de que huía porque te quiero de verdad, Ri. Enamorarse de ti es aterrador. Es un riesgo. Pero tú..." Su voz se suavizó. "Tú lo vales. Merece la pena arriesgarlo todo por ti".

Esto era surrealista, como un sueño que había tenido demasiado miedo como para esperar. Tragué saliva y mi mano tembló en la suya. "Yo también te quiero, Jonas. Yo también tenía miedo. Pero esto, lo nuestro, es algo por lo que vale la pena luchar".

Sonrió, la tensión desapareció y, antes de que me diera cuenta, sus labios estaban sobre los míos. El mundo parecía desdibujarse a nuestro alrededor mientras nos besábamos, lenta y suavemente,

como si todo lo que no nos habíamos atrevido a decir antes nos lo dijéramos ahora a través de aquel tierno roce.

De repente, el telón se abrió cuando el siguiente grupo de baile subió al escenario, sólo que esta vez, se abrió unos centímetros más, revelando a todo el teatro que seguíamos encerrados en el beso. Nos quedamos helados cuando los focos nos iluminaron. El público, que ahora nos miraba a los dos, guardó un silencio absoluto. Durante un largo instante, nadie se movió ni habló.

Entonces, desde el fondo de la sala, Tess gritó, se levantó y empezó a aplaudir. Poco a poco, otros se unieron a ella -mamá, papá, Dan- y, en cuestión de segundos, todo el público estaba en pie, aplaudiendo y vitoreando. El sonido de las palmas resonó en la sala de recitales, llenando el aire de alegría y celebración.

Jonas se apartó lo justo para sonreírme, con la frente apoyada en la mía. "Parece que hemos montado un buen espectáculo. Este pueblo va a estar lleno de cotilleos mañana".

"Que hablen", dije. Las opiniones de los demás ya no podían lastimarme. No con Jonas a mi lado.

Reí suavemente, con el corazón hinchado mientras miraba el mar de caras sonrientes, sus vítores rodeándonos como un cálido abrazo. Habíamos encontrado nuestro camino a través del caos, la duda y el miedo. Y aquí de pie, bajo los focos, con los brazos de Jonas rodeándome, supe que esto no era más que el principio.

# Capítulo 31

# Rihanna

## Dos semanas después

Los limpiaparabrisas libraban una batalla perdida contra la lluvia, yendo y viniendo mientras la tormenta arreciaba en el exterior. Los truenos retumbaban a lo lejos y los relámpagos iluminaban la oscura carretera. Jonas estaba concentrado en la sinuosa carretera, con la mandíbula apretada en señal de concentración, pero sonriendo. No pude evitar devolverle la sonrisa, y el calor me invadió. No importaba lo caótico que fuera el mundo; aquí, todo estaba bien.

"Realmente elegimos la noche perfecta para un viaje por carretera, ¿eh?" Se burló, acercando su mano para apretarme suavemente la rodilla. Su contacto fue como una descarga eléctrica de felicidad, incluso más brillante que los relámpagos que nos rodeaban.

"Oh, sí, sólo es un poco de lluvia ligera", me reí, girando mi teléfono hacia él. "Pero no se preocupe, Sr. Sullivan, tengo todo bajo control. Hay una acogedora posada un poco más adelante. Podemos esperar a que pase la tormenta y empezar de nuevo por la mañana".

Jonas me lanzó una mirada juguetona. "Sra. Sullivan, siempre va un paso por delante".

Sra. Sullivan. Cada vez que lo decía, mi corazón daba un pequeño salto mortal. Sólo hacía un día que era su mujer y aún no me lo creía del todo. "¡Ahí está!" Señalé hacia las luces que había más adelante, abriéndose paso entre la tormenta. La posada se alzaba como un faro de calor en medio de la noche oscura y lluviosa.

Jonas maniobró con pericia para meter el coche en el aparcamiento de grava y ambos corrimos bajo la lluvia hasta la entrada. La posada era pequeña pero encantadora, el tipo de lugar en el que una se siente inmediatamente como en casa. Una mujer detrás del mostrador de recepción nos saludó con una cálida sonrisa.

"¡Bienvenidos! Una noche dura ahí fuera, ¿eh?" Dijo sacudiendo la cabeza mientras la lluvia golpeaba las ventanas.

"Estamos muy contentos de haber encontrado este lugar", respondió Jonas, deslizando su brazo casualmente alrededor de mi cintura mientras nos acercábamos al mostrador.

"¿Adónde se dirigen?" Preguntó la mujer, levantando la vista de la pantalla de facturación.

Sonreí y no pude resistirme a enseñar mis anillos. "Íbamos de camino al aeropuerto para nuestra luna de miel", dije, las palabras rodando por mi lengua como dulce melodía. "Acabamos de casarnos".

La recepcionista abrió los ojos con admiración. "¡Oh, enhorabuena! No te preocupes; ¡dudo que ningún avión despegue con este tiempo!" Me cogió la mano con delicadeza. "Estos anillos son absolutamente impresionantes, qué conjunto tan bonito. ¿Es de época?"

Mi sonrisa se hizo más profunda. "Me enamoré de este anillo en una tienda de antigüedades, y Jonas volvió y lo compró, junto con la alianza a juego. Me sorprendió con los dos".

Jonas se encogió de hombros modestamente, pero en sus ojos brillaba el orgullo. "No podía dejar que alguien más se lo llevara", dijo sonriendo.

La recepcionista suspiró con nostalgia. "Es una historia muy dulce. Ustedes dos deben haber tenido una hermosa ceremonia".

Asentí con la cabeza. "Fue perfecta: pequeña, solo familiares cercanos y amigos. Sin prensa, sin alboroto. Sólo la gente que más nos importa".

Seguía pareciéndome un sueño: mi padre llevándome al altar, Tess como dama de honor, mamá sonriéndome desde la primera fila, Dan incluso con traje, y Jonas allí de pie, esperándome con esa confianza tranquila y firme que hizo que me enamorara de él.

"Me parece estupendo", dijo la recepcionista, pidiéndonos nuestros carnés de conducir para hacer la reserva. De repente se le iluminaron los ojos.

"¡Ah, eres de la familia Bay!" Me dijo, devolviéndome el carné. Aún no había cambiado mi nombre en él. "Tu posada es tan adorable. Siempre he querido alojarme allí. Fue una inspiración cuando montamos este lugar".

El orgullo me invadió. "Sí, somos nosotros. La posada va muy bien, la verdad. Está todo reservado para la temporada de otoño e incluso para las vacaciones de verano; gracias a una ayuda muy generosa, pudimos continuar con ella", sonreí a Jonas.

Cuando se enteró de que íbamos a cerrar la posada, contribuyó decisivamente a que volviera a prosperar. Slater había donado dinero, a sugerencia de Jonas, para financiar la renovación e incluso había puesto a su gente a trabajar en un nuevo plan de marketing para la posada, todo hecho con suficiente antelación para que pudiéramos aprovechar la temporada alta de otoño.

"Es realmente algo especial", añadió Jonas, mirándome. "Única en su clase".
La recepcionista sonrió alegremente. "Me alegro mucho de oírlo. Debes estar muy orgullosa".
"Lo estoy", dije, mirando a Jonas mientras mi corazón se hinchaba. Estaba orgullosa de la posada, pero aún más orgullosa de ser su mujer. "Vuelvo enseguida", dijo la recepcionista y entró en la trastienda.
Jonas se inclinó hacia mí y me besó, un beso fácil y prolongado que hizo que el resto del mundo se desvaneciera, incluida la tormenta que seguía golpeando contra las ventanas.
Cuando se apartó, me invadió la satisfacción. Esto, estar aquí con él, al borde de nuestra nueva vida juntos, era todo lo que siempre había deseado.
Se volvió hacia mí con una mirada pícara. Sacó el móvil y yo enarqué una ceja, intrigada.
Empezó mirando brevemente hacia la puerta antes de volver a mirarme: "Acabo de recibir un mensaje de mi padre. Nos quiere a todos en Boston para una reunión cuando volvamos de nuestra luna de miel. Papá lleva tiempo planeándolo, pero cada vez va más en serio".
"Todos ustedes... ¿los hermanos?" Pregunté, inclinándome más cerca. "¿Esto es por la herencia?"
Jonas asintió. "Sí. Está preparando las cosas, y es la excusa perfecta para que Grant interrogue a Porter sobre su... situación amorosa".
Sonreí. "Oh, a Porter le va a *encantar*", dije, poniendo los ojos en blanco. "Probablemente todavía está convencido de que puede

intimidar a su manera en el matrimonio como hace con todo lo demás".

Había llegado a conocer a toda la familia Sullivan en los últimos días, aparte de Quinton. Todos me caían bien a su manera, pero Porter era más difícil de querer que el resto. La idea de que se esperara que el insufrible y arrogante Sullivan encontrara novia tan rápidamente me parecía risible. Aun así, sospechaba que, al igual que Jonas, tenía un lado tierno que estaba esperando a ser descubierto.

Jonas se rió, pero había una mirada de complicidad en sus ojos. "Sí, sin duda es el más dominante de todos nosotros. Pero también es listo y le encanta el dinero. Quiere esa herencia, quizá incluso más que Grant o Beckett. No me sorprendería que organizara algo, aunque sólo fuera para aparentar".

"¿De verdad crees que lo conseguirá?" Pregunté, imaginando a Porter tratando de intimidar a alguna pobre mujer para que fuera su esposa sólo por un testamento.

Jonas se encogió de hombros. "Encontrará la manera. Siempre lo hace. Aún faltan un par de meses para que venza el plazo, pero Porter no es de los que se quedan de brazos cruzados y dejan que nadie se le adelante. Veremos qué pasa en la reunión".

Me mordí el labio, pensando en lo salvaje que debía de ser tener hermanos compitiendo constantemente por apuestas tan altas. Pero Jonas parecía más relajado últimamente. Su relación con Slater había mejorado, muy lejos de la tensión de la que había sido testigo hacía menos de dos meses. Había una nueva calma en él, como si por fin se sintiera a gusto con las exigencias de su familia.

Antes de que pudiera preguntar algo más, la recepcionista regresó, rompiendo el momento. Le entregó a Jonas la llave de la habitación con una cálida sonrisa. "Aquí tienen. La chimenea de su habitación será perfecta para este tiempo. ¿Necesitan algo más?"

"En realidad", dije, dando un paso adelante, "¿Ofrecen comida? Aún no hemos cenado".

La recepcionista se ofreció a subirnos la comida a la habitación si queríamos. Le dimos las gracias y nos volvimos para irnos, con la llave tintineando en la mano de Jonas.

Mientras caminábamos por el estrecho pasillo hacia nuestra habitación, la cálida iluminación creaba un ambiente acogedor, Jonas me dio un codazo suavemente. "No quería decírtelo, pero... ya tengo preparada la cena", me dijo en voz baja y burlona.

Le enarqué una ceja. "¿Qué quieres decir? No hemos parado a comer".

Sonrió y me acercó un poco más. "Mientras estabas distraída en el mercado, he comprado algunas cosas. Ya sabes... por los viejos tiempos".

"No, no lo hiciste", le dije, sonriéndole.

"De verdad", dijo, con ese brillo travieso en los ojos. "Pan artesanal, brie, higos. Una recreación perfecta. Incluso cogí una ración de macarrones con queso de la charcutería".

Se me hinchó el corazón. No esperaba que recordara todos los detalles de aquella noche. Pero, por supuesto, Jonas se había acordado. Siempre prestaba atención a las cosas importantes. Era una de las razones por las que me había enamorado de él tan rápido.

Una oleada de calor me invadió a pesar del frío que hacía fuera. "Eres demasiado bueno para mí", susurré, inclinándome hacia él.

Mostró una sonrisa de suficiencia. "Espera a que nos instalemos. Verás lo bueno que puedo ser. Cuando dije una recreación perfecta, me refería a cada parte de ella".

Me reí suavemente, pero la excitación bullía en mí cuando llegamos a la puerta de nuestra habitación. Tres semanas planeando la boda y conociendo a nuestras familias no nos habían dejado mucho tiempo a solas. La noche que teníamos por delante prometía mucho, y la tormenta que había fuera no hacía más que avivar el calor que había entre nosotros.

Cuando Jonas abrió la puerta, intercambiamos una mirada. No teníamos que decir las cosas con palabras. La habitación era acogedora, el fuego crepitaba en un rincón. Pero el verdadero calor, la verdadera magia, estaba entre nosotros. Y tuve la sensación de que recordaríamos esta noche durante mucho tiempo.

# Capítulo 32

# Rihanna

El aire era fresco y ligero, con una suave salinidad que venía de la costa y se mezclaba con el aroma a pino de los bosques que rodeaban la cabaña. Me hundí más en mi silla de la cubierta, observando a Jonas en la costa patagónica. Su figura era fuerte, se movía con rapidez mientras preparaba la barca y, por un segundo, me maravillé de él, de nosotros, aquí juntos, tan lejos de todo lo que pudiera tocarnos; los últimos días de nuestra luna de miel habían sido idílicos. El lago estaba tan tranquilo, reflejando el cielo que ahora se despejaba tras la llovizna matutina. Parecía sacado de un sueño.

Me devolvió la mirada y me saludó con la mano, iluminando su rostro con una sonrisa. Le devolví el saludo, con el corazón henchido de calidez. Aquel hombre era mi *marido.* La palabra aún me producía escalofríos. Me sentía más feliz que nunca, y no podía evitar imaginármelo ahí fuera con un pequeño, una figurita agarrada a su mano, riendo mientras subían a la barca. La imagen era tan clara, tan dulce, que sonreí para mis adentros mientras me llevaba la mano al vientre. No se me notaba todavía, pero pronto lo haría.

El pensamiento era tierno, una ensoñación que mantuve cerca. A los niños les encantaría este lugar. La amplitud del espacio, el suave batir del agua, el bosque que parecía extenderse sin fin detrás de la cabaña... era como un escondite mágico al que podríamos volver una y otra vez. Este lugar podría ser nuestro, una tradición que

mantuviéramos con la siguiente generación, creando recuerdos como estos.

Hojeé perezosamente una revista en la cubierta, empapándome del calor del sol y del tranquilo susurro de las hojas a nuestro alrededor. Los pasos de Jonas crujieron ligeramente sobre la cubierta de madera cuando se acercó por detrás y se inclinó para darme un cálido beso en la mejilla. Sonreí, cerrando la revista sólo un segundo mientras él se deslizaba en la silla a mi lado.

"¿Qué estás mirando?" Preguntó, asomándose para echar un vistazo a las páginas satinadas.

"Ideas para el cuarto del bebé", admití, sosteniendo la revista para enseñársela. "Pensé que estaría bien ver algunos diseños mientras estamos aquí. Ya sabes, para imaginar un poco. Por ejemplo, si tenemos una niña..." Pasé a una página con suaves temas pastel, y sus ojos se iluminaron mientras la estudiaba conmigo.

Se rió y rozó con su mano la mía en la revista. "Ya estás planeando su combinación de colores, ¿eh?"

"Tal vez", dije, riendo un poco. "¡Quizá sea una pequeña bailarina!" Las palabras salieron como el susurro de un sueño, uno que ni siquiera me había permitido creer del todo hasta ahora. Descubrir que estaba embarazada había estado tan cargado de disgustos, y luego habían estado los planes para la boda. No había tenido mucho tiempo para pensar realmente en nuestro bebé hasta ahora.

Los ojos de Jonas se iluminaron y señaló otra página con delicadas paredes amarillas y detalles en azul pálido. "El amarillo y el azul sirven tanto para una niña como para un niño", sugirió. "Tiene un aspecto dulce y alegre. Es perfecto".

"Paredes amarillas, detalles en azul pálido", repetí, imaginando ya la habitación iluminada. "A Tess le encantaría. No para de hablar de las ganas que tiene de ayudarnos a pintar".

Jonas sonrió. "Tess, la decoradora no oficial de la habitación del bebé. Está lista para asumir su nuevo papel de tía con toda la fuerza. Aunque, ¿no está demasiado ocupada ya? ¿Ahora que está de vuelta en la posada?"

"Tendrá que distribuir bien su energía", me reí entre dientes.

Nos sentamos juntos en silencio durante un momento, dejando que la visión del cuarto del bebé se asentara entre nosotros. Cerré los ojos y volví a apoyarme la mano en la barriga, sintiendo esa profunda y reconfortante conciencia de esta pequeña vida que crecía dentro de mí. Miré a Jonas, con el corazón henchido de gratitud. "Realmente es un milagro, ¿verdad?" Murmuré.

Jonas se inclinó hacia mí, me rodeó con el brazo y tiró de mí. "El mejor milagro", asintió con voz grave y llena de asombro.

Nos acurrucamos, ensimismados en nuestros pensamientos sobre lo que se avecinaba, y hablamos de nuestro bebé con ilusión, soñando con todas las pequeñas cosas, esos pequeños y hermosos momentos que compartiríamos como padres. Me imaginaba a Jonas con nuestro bebé en brazos, los dos envueltos en un momento de tranquilidad, y eso me llenaba de una calidez que no sabía que existía antes de él.

"¿Te imaginas sus primeros pasos?" Le pregunté, recorriendo su brazo con un dedo. "Y todas las preguntas que hará..."

Se rió, con los ojos brillantes por su propia ensoñación. "Seré yo quien le persiga mientras esté haciendo algo malo", dijo. "Si se

parece en algo a ti, nos mantendrá alerta".
"O si se parece a ti, si es un niño", bromeé, dándole un codazo. "Tú eras el de las historias salvajes, ¿recuerdas?"
Los dos nos reímos y yo cerré los ojos para asimilar el momento.
"Me alegro de que decidiéramos tener un hogar tanto en Bayville como en Nueva York", dije. Había sido idea de Jonas dividir nuestro tiempo entre nuestras dos casas. "Quiero estar cerca de la familia. La tuya y la mía".
"Sabes que mis padres van a ser autoritarios con sus nietos", señaló Jonas, pero lo dijo con una sonrisa. "Al menos ellos también tienen que repartir su tiempo entre Grant y Beckett", Jonas miró hacia el agua, donde la barca se movía con la ligera corriente, tirando suavemente del muelle. Se le dibujó una sonrisa en la cara y se inclinó para darme un beso rápido y juguetón antes de levantarse.
"Uy, parece que la barca tiene mente propia", dijo con una risita. "Espera, voy a tirar de ella de nuevo".
Con eso, trotó hacia la orilla, moviéndose con la fuerza fácil y la gracia que me encantaba ver. Agarró la cuerda y dio un fuerte tirón, volviendo a controlar la barca con mano experta. Mientras lo hacía, la luz lo captó de la forma adecuada, haciéndome suspirar. Era la persona más afortunada del mundo.
Caminé hasta donde estaba Jonas junto a la barca, sus movimientos eran fáciles y firmes mientras colocaba los remos en su sitio. Levantó la vista cuando me acerqué, su rostro se iluminó y, por un segundo, me perdí en la forma en que me miraba, como si, de alguna manera, incluso después de todo, todavía le costara creer que estuviéramos aquí juntos. Conocía esa sensación.

Me acercó y me pasó una mano suave y cálida por el brazo. "¿Sabes?", me dijo en voz baja, "ahora soy más feliz de lo que nunca pensé que podría ser. No creo que pudiera haber soñado con un futuro tan bueno", me apretó la mano. "Estoy tan emocionado por cada día que compartiremos juntos. Por nuestra familia. Todo ello".

Se me dibujó una sonrisa en la cara y le devolví el apretón de manos, con el corazón desbordante por la calidez de sus palabras. "Yo también estoy emocionada", le dije. "Estoy deseando ver lo que nos espera".

Jonas sonrió y me soltó la mano el tiempo suficiente para ayudarme a subir a la barca. Mientras me acomodaba en el asiento, le miré burlonamente. "Entonces, capitán Jonas, ¿qué es exactamente lo que hay programado para hoy?"

Me siguió el juego, poniendo una expresión seria mientras se acomodaba frente a mí. "Bueno, señora, empezaremos con una suave remada en el agua. Después, un baño si la señora está interesada. Y luego... de vuelta a la cabaña. Podría tener algo especial en mente para la noche", levantó una ceja, inclinándose. "Especialmente para esa cama tamaño king".

Me eché a reír y sentí calor en las mejillas. "Estoy totalmente de acuerdo con esa parte del programa".

Nuestras risas surcaban el agua a medida que nos alejábamos de la orilla. La barca se adentró en la quietud del lago y nuestras risas se apagaron en un silencio confortable a medida que nos alejábamos de tierra. El mundo estaba tranquilo aquí, sólo se oía el chapoteo del agua al chocar con la barca y el leve susurro de las hojas en la brisa.

Jonas se inclinó y me besó sin soltar las paletas. No podía creer lo afortunada que era. Ya no soñábamos con el futuro. Estábamos aquí, viviéndolo. Y trajera lo que trajera el mañana, sabía que sería bueno porque lo afrontaríamos juntos.

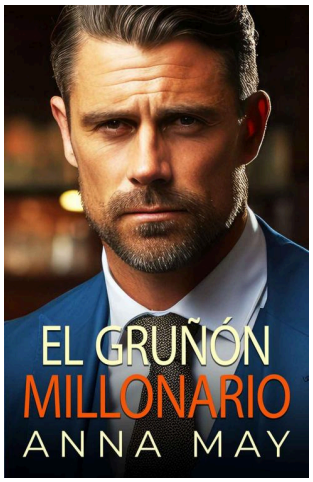
Profundizamos en el beso, que se volvió tranquilo y prolongado, del tipo que dice todo lo que las palabras no pueden. Fue una promesa y un comienzo a la vez, lleno de toda la esperanza y el amor que habíamos reunido en este viaje. Y mientras nos dejábamos llevar, envueltos en el calor del sol poniente y del uno por el otro, estábamos exactamente donde debíamos estar.

"¿Mereció la pena el riesgo?" Preguntó Jonas, con una sonrisa arrogante que ocultaba una vulnerabilidad que sólo yo tenía el privilegio de ver.

"Sí", dije, sabiendo que me tiraría por el acantilado más alto si supiera que Jonas estaba allí para atraparme. "Una vez más, y otra vez, y otra vez".

Leer más...

# El gruñón millonario: Una novela romántica sobre bebés multimillonarios sorpresa (Juegos de boda del padre nº 1)




**Este es el resumen:**

*Todos los libros de esta serie tratan sobre uno de los cinco hermanos Sullivan y su ultimátum.*

**Él necesita una esposa falsa. Yo necesito un lugar donde vivir.**
**Sin embargo, la parte difícil llega cuando todos los falsos coqueteos y falsos besos terminan... cuando las luces se apagan y nos quedamos solos...**
**Porque lo falso se vuelve serio para mí y entonces mi período se retrasa...**

Grant puede ser un egoísta, gruñón y pomposo, pero ni siquiera él

puede rechazar a una chica temblorosa, empapada, con el pelo alborotado y una grave herida en la cabeza. ¿No es así?

Me cura y me manda de vuelta... Pero el problema es que no tengo adónde ir. ¡No puede echarme a la calle, ¿verdad?!

Como una verdadera romántica, nunca pensé que me casaría por conveniencia.
Pero ahora tengo una piedra brillante en mi dedo anular izquierdo y el hombre que está a mi lado en la cama me llama su esposa.
Es sólo por un año...

*Cada novela romántica de esta serie es independiente. Sin embargo, están vinculadas por personajes recurrentes. Una lectura obligada para todos los aficionados a las novelas románticas de jefes, directores generales, millonarios, multimillonarios, bebés, embarazos y papás sorpresa.*
Gracias por comprar yleer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado.
Si quieres leer los otros librosde la serie, puedes encontrarlos en este enlace:
https://www.amazon.es/dp/B0CW18NXNZ
Paraestar al día de misnovedades y promociones, sígueme en mi páginade autora de Amazon https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3

# Capítulo 1

## Molly

Mis dedos volaban por el teclado, luchando por seguir el ritmo de mis pensamientos acelerados.

*"En el acto final de 'Amor bajo el cielo de medianoche', justo cuando parece que toda esperanza está perdida para Elena y Marcus, la autora da un giro audaz que me dejó sin aliento. La confesión de Marcus, un secreto que ha guardado desde el principio, no sólo cambia todo lo que creíamos saber de él, sino que también obliga a Elena a enfrentarse a sus propios miedos de una forma que se siente a la vez cruda y..."*

Un golpe seco en la puerta me hizo dar un respingo, mi dedo golpeó una tecla al azar y esparció una retahíla de galimatías por la pantalla. "Maldita sea..." Murmuré, pulsando el botón de retroceso y tratando de aferrarme a mi siguiente pensamiento, pero los golpes persistían, cada golpe rompía aún más mi concentración. Sentía que la frase perfecta de hacía un momento se me escapaba como arena entre los dedos. Tenía muy poco tiempo para escribir la reseña de un libro en mi blog. Tenía que mantener la coherencia para contentar a mis lectores, que, reconozco, son pocos.

Miré a Atticus, mi gato esmoquin, que estaba encaramado al alféizar de la ventana, mirándome fijamente con sus ojos grandes y críticos.
"Ahora no", murmuré, esperando que quienquiera que fuera se marchara. No esperaba a nadie. Si volvía a concentrarme, podría recordar lo que iba a escribir. Pero los golpes continuaron, esta vez más fuertes, acompañados de un ruido sordo, como si alguien se estuviera inclinando hacia ellos.
"¡Uf, está bien!" Me aparté del escritorio y casi se me cae la taza de té. Mi té, ya tibio, se posó en el borde del escritorio y, antes de que pudiera cogerlo, Atticus saltó sobre él y lanzó la taza por los aires. El líquido salpicó mi portátil y vi con horror cómo la pantalla parpadeaba y luego se quedaba en negro.
"¡No, no, no!" Intenté revivirlo frenéticamente, pulsando botones y deslizando furiosamente el dedo por el panel táctil, pero fue inútil. Mi artículo -horas de trabajo- desapareció en un instante. Sentí una oleada de pánico y se me hizo un nudo en el estómago. Quizá se había guardado en la nube...
Los golpes volvieron, más insistentes. Me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón con más fuerza de la necesaria. El pobre repartidor que estaba allí parecía asustado, con una bolsa en la mano que desprendía un ligero aroma a trufa y queso.
"Tengo una entrega para el Sr. Sullivan", tartamudeó, cambiando de un pie a otro.
El repartidor ni siquiera estaba en la casa correcta. Todo ese trabajo potencialmente perdido, para esto.
"Vive en la puerta de al lado", mordí, ya intentando cerrar la puerta para poder volver a mi portátil empapado de té. Pero el repartidor

me detuvo.
"Sus instrucciones eran dejarlo aquí, con usted, hasta que pueda recogerlo", insistió, tratando de entregarme la bolsa.
Por supuesto que sí. Grant Sullivan. Mi adinerado, imposiblemente guapo y molesto vecino desconsiderado. No era la primera vez que usaba mi casa como almacén para sus lujosas entregas.
Suspiré, exasperada. "No soy su portera personal, ¿sabes?"
El repartidor parpadeó, claramente sin saber qué responder. "Eh, espere... Creo que tengo instrucciones sobre esto", sacó su teléfono y hojeó lo que supuse que eran notas de Grant. "Sí, aquí dice que 'si monta un escándalo, recuérdale que le daré propina como la última vez'".
Hice una pausa, recordando el crujiente billete de cien dólares que Grant me había entregado la última vez que acepté una entrega para él. No podía permitirme decir que no. No con el estado de mi antigua casa de piedra rojiza, las reparaciones interminables y mi blog a duras penas.
"Bien", refunfuñé, arrebatándole la bolsa al repartidor. "¿Qué es, por cierto?"
"Pizza", respondió con una sonrisa, aparentemente contento de que hubiera cedido.
Puse los ojos en blanco. ¿Todo este alboroto porque mi vecino quería una pizza y ni siquiera se molestó en estar en casa para la entrega?
"Lo sé", dijo el repartidor al notar mi escepticismo. "Pero no es una pizza cualquiera. Es una creación del chef Giacomo Ricci, de la Trattoria Giacomo. Me aterrorizo cada vez que tengo que entregar

una de estas, por si me estrello y tengo que pagarla. Dos mil dólares, cubierta con langosta y caviar".
Casi me atraganto. "¿Dos mil dólares? ¿Por una pizza?"
Asintió con la cabeza, disfrutando claramente de mi reacción.
"¿Verdad?" Aceptó. "¡Es más de lo que gano en un mes!"
"Dímelo a mí", gemí, pensando en mi blog que no hacía más que tartamudear. "Espero que mi vecino te esté dando buenas propinas".
"Hizo que el estrés de entregar la pizza valiera la pena", guiñó el tipo.
"Bien", asentí. "Y oye, siento haberte gritado antes. Estoy estresada y no debí desquitarme contigo".
"No hay problema", el tipo se encogió de hombros como si nada. "Honestamente he pasado por cosas peores".
Eso no me hizo sentir mucho mejor.
"Disfrute de la velada, señorita", con eso, se dio la vuelta y se apresuró a bajar los escalones, probablemente ansioso por escapar de la loca que ni siquiera podía recibir una pizza sin meterse el pie en la boca.
Me quedé mirando la bolsa que tenía en las manos, estupefacta. Dos mil dólares por una pizza. La dejé sobre la encimera de la cocina, mirándola como si fuera a explotar. La idea de que Grant comiera despreocupadamente algo tan absurdamente caro mientras yo luchaba por pagar la compra me hizo sentir humilde. No es que debiera sorprenderme. Grant Sullivan era la personificación del privilegio: guapo, alto y siempre impecablemente vestido con trajes de diseño. Probablemente ni siquiera tenía que pensárselo dos veces antes de gastarse tanto dinero en una comida. Me lo imaginaba

descansando en su casa de al lado, saboreando cada bocado de pizza con una sonrisa de satisfacción.

A diferencia del lustroso palacio de Grant, mi casa era una reliquia de tiempos mejores. El ladrillo se estaba desmoronando en algunas partes y las ventanas, con sus encantadores cristales originales, dejaban pasar más corrientes de aire que luz. Las cañerías gemían como un anciano con problemas de espalda y el suelo crujía a cada paso. La heredé de mi abuela, que había vivido aquí durante cincuenta años, dejando poco a poco que el mantenimiento decayera a medida que su salud declinaba. Cuando falleció, la casa era lo único que me quedaba de ella, junto con los impuestos imposibles de pagar y una pila de facturas de reparaciones que parecía no acabar nunca. A veces tenía la sensación de que el lugar se mantenía unido más por los recuerdos que por la argamasa, y lo amaba ferozmente, aunque me volviera loca.

Volví a mi escritorio, necesitaba terminar mi trabajo para poder, con suerte, ganar suficiente dinero para pagar los impuestos y las facturas. O al menos sobrevivir un mes más.

"¿Crees que voy a poder hacer que vuelva a funcionar?" Le pregunté a mi gato mientras limpiaba mi portátil con una toalla. Atticus me miraba con expresión aburrida. No le importaba si el portátil funcionaba o no. Su vida giraba en torno a la comida, el amor y algún que otro momento en el que se dignaba a jugar con alguno de sus juguetes. Se lamió la pata blanca lentamente, sólo para dejar claro su punto de vista. "Sí, eso pensaba".

Golpeé las teclas, esperando una chispa de vida, pero mi portátil seguía muerto, mi artículo perdido en algún lugar del éter. Me quejé

y saqué un viejo portátil de reserva que rara vez utilizaba. Era antiguo, lento y tenía tanta memoria como un pez de colores. Esperé diez minutos a que encendiera y mis últimas esperanzas se desvanecieron cuando por fin entré en la nube y mi archivo no estaba allí. Tendría que reescribirlo todo desde cero. Justo lo que necesitaba además de todo lo demás.

Dios, soy tan torpe.

Veinte minutos después, seguía intentando reconstruir de memoria mi trabajo perdido. Mis dedos revoloteaban sobre el teclado, pero las palabras no salían. Estaba demasiado distraída, demasiado enfadada, sobre todo conmigo misma. Era culpa mía por haberme olvidado la taza de té cerca del portátil. Y entonces, como el universo me tenía claramente preparada, llamaron a la puerta.

"Tiene que ser una broma", murmuré, dirigiéndome de nuevo a la puerta. Esta vez, era una mujer que sostenía una elegante botella de vino negro, del tipo que parecía pertenecer a un museo más que a un botellero. "Déjame adivinar", dije antes de que pudiera hablar, "Grant Sullivan te pidió que me dejaras esto".

Sonrió disculpándose, con los ojos mirándome nerviosamente. "Sí, señorita. Siento las molestias".

"No es culpa tuya", le aseguré.

Cogí la botella y miré la etiqueta. Parecía ridículamente caro. "¿Cuánto cuesta esto?"

La vendedora de vino estaba a punto de responder, pero antes de que pudiera hacerlo, se oyeron pasos en las escaleras. Apareció Grant, tan exasperantemente perfecto como siempre, con un abrigo a medida. Llevaba el pelo castaño peinado a la perfección y sus ojos

marrones, enmarcados por gruesas pestañas, brillaban con una mezcla de fastidio y diversión.
"Vecina", me saludó con una inclinación de cabeza, como si nada fuera de lo normal.
"Tengo un nombre", le dije con el ceño fruncido. Hacía una década que éramos vecinos y aún no se había molestado en saber nada de mí. Mientras tanto, yo lo sabía todo sobre sus reformas cuando convirtió las cuatro casas de piedra rojiza continuas que había comprado en una enorme mansión. Y las entregas que me dejaba, de comida y vinos caros, sus trajes a medida y, una vez, incluso un reloj que costaba tanto que me daba miedo tocarlo. No tenía problema en ser amable, pero era una calle de doble sentido.
"¿Y entonces?" Me miró expectante.
"¿Y entonces qué?" Fruncí el ceño.
"¿Vas a decirme tu nombre para que pueda recoger mis entregas o no?" Resopló.
Mis mejillas se encendieron de vergüenza.
"Molly", le dije. "Molly Markie".
"Genial, ¿ahora podrías darme mis entregas?" Preguntó, dando golpecitos con el pie con impaciencia.
Le entregué el vino, intentando contener mi irritación. "Sabes, tengo una vida. No puedes seguir usando mi casa como tu almacén personal".
Grant me miró, con expresión ilegible. "No creí que te importara. Estás en casa todo el tiempo".
¿En casa todo el tiempo? Me hervía la sangre. Por supuesto, el Sr. Todopoderoso supuso que no tenía nada mejor que hacer. Quería

gritarle sobre mi artículo, mi portátil estropeado, la convención de blogs para la que tenía que prepararme... pero me mordí la lengua. No cambiaría nada. Rápidamente me metí dentro para coger su otra entrega. Quería que se fuera cuanto antes para poder volver al trabajo.

Le empujé la bolsa de pizza, apenas manteniendo la voz firme. "Aquí está tu preciada pizza. Sabes, algunas personas tienen que trabajar para vivir, Grant".

Cogió la bolsa, aparentemente imperturbable. "Gracias, Molly".

"Da igual", murmuré, dándome la vuelta para volver dentro. Pero entonces no pude contenerme. "Por cierto, es imposible que esa pizza cueste algo cercano a los 2000 dólares, te están timando".

Grant hizo una pausa y miró la bolsa.

"El precio no me molesta", dijo rotundamente, como si no mereciera la pena seguir explicándolo. "Es sólo pizza".

Un dolor de cabeza empezaba a formarse en una gruesa banda a lo largo de mi cabeza. Cenaba la comida más cara de la ciudad y ni siquiera la apreciaba. La ingratitud por lo que tenía era exasperante.

"Oh", dijo Grant, sacando su cartera. "Aquí está tu propina".

Abrió su cartera de cuero y descubrió un montón de billetes, todos de cien dólares. Me dio uno.

"Gracias", murmuré, cruzándome de brazos y aplastando el billete en mi mano. Me resultaba difícil no sentirme como un instrumento, aceptando dinero por hacer algo amable y de buena vecindad, pero no estaba en condiciones de rechazarlo. "No deberías llevar tanto dinero encima. Si alguien te robara la cartera, perderías mucho".

"Eh", se encogió de hombros. "Es sólo calderilla".

Me quedé mirándole como si fuera un extraterrestre. No pareció darse cuenta.

Estaba a punto de dar un portazo a todo este ridículo encuentro, pero antes de que pudiera hacerlo, Grant me lanzó una de esas miradas que sólo él podía lanzar, entre divertida y condescendiente. "Bonitas zapatillas", dijo, sonriendo ligeramente mientras se daba la vuelta para irse. La curvatura de sus labios lo hacía aún más atractivo.

Fruncí el ceño, viéndole alejarse. ¿Bonitas zapatillas? ¿De qué demonios estaba hablando? Miré hacia abajo y me ruboricé. Todavía llevaba puesto mi pijama de franela y una sudadera vieja, con mis zapatillas de conejo grandes y peludas, con orejas y todo. Había estado tan ocupada todo el día que se me había olvidado cambiarme el pijama.

"Genial", murmuré para mis adentros, cerrando la puerta de un portazo. Probablemente Grant pensara que yo era una especie de reclusa loca que se pasaba el día holgazaneando con ropa infantil. El Sr. Traje a Medida probablemente nunca andaba en pijama como el resto de nosotros, los plebeyos. Eran las zapatillas de conejo lo que me molestaba que viera. Las había comprado para darle un toque de fantasía a mi vida, pero no esperaba que nadie las viera. Gemí y hundí la cara entre las manos. "¿Por qué siempre me pasa esto?"

Volví a sentarme en mi escritorio. Atticus, sintiendo mi angustia, saltó a mi regazo y empezó a ronronear; su cuerpo cálido era un pequeño consuelo contra mi frustración. Lo acaricié distraídamente, aún furiosa por Grant y lo absurdo de todo aquello.

Pero no tenía tiempo para regodearme en la vergüenza. Mi artículo no se iba a escribir solo y ya llevaba retraso. Respiré hondo, aparté de mi mente los pensamientos sobre mi exasperante vecino y volví a sentarme en el escritorio. Atticus se acurrucó cómodamente en mi regazo, proporcionándome un ronroneo tranquilizador que me ayudó a concentrarme.
"No más interrupciones", me dije con firmeza, decidida a terminar lo que había empezado. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

# Capítulo 2

# Molly

Miré el reloj, consternada por lo tarde que se había hecho, y me invadió una nueva oleada de cansancio. Eran más de las tres de la madrugada y por fin había terminado el artículo del blog. Me ardían los ojos, me escocían de mirar la pantalla durante horas y horas, y sentía los dedos agarrotados, doloridos a cada pulsación. Me dolían todos los músculos de la espalda, mi silla de escritorio de segunda mano había pasado por mejores momentos e incluso después de unas horas en ella empezaba a lastimarme. Me eché hacia atrás, estirándome, y un dolor sordo me subió por el cuello.

"¿Atticus?"

Miré a mi alrededor buscando a mi gato, pero no estaba por ninguna parte. Sin duda se había ido a dormir hacía tiempo, como debería haber hecho yo.

Entonces, como me gustaba castigarme a mí misma, revisé mi correo electrónico personal y apareció una nueva factura de Brookdale Memory Care. La residencia de mi madre.

Asunto: Recordatorio: Cita mañana a las 11 AM - Brookdale Memory Center

Querida Srta. Markie,

Este es un recordatorio amistoso de su cita programada para mañana, 8 de enero, a las 11:00 AM, para discutir la cuenta de su madre en Brookdale Memory Center.

Como usted sabe, la cuenta está actualmente en mora. Revisaremos el saldo pendiente, abordaremos la factura más reciente de...

Cerré de golpe el portátil antes de leer el importe de la última factura, intentando ignorar el creciente nudo en el estómago. Sabía que necesitaba dormir, pero la ansiedad me mantenía despierta.

Tiré los restos de mi triste cena -una barrita de cereales a medio comer y unos fideos para microondas empapados- a la basura. El olor me revolvió el estómago: estaba lejos de sentirme satisfecha. No dejaba de pensar en la lujosa pizza y el vino que Grant había pedido antes, y en el maravilloso aroma a trufa y langosta. Incluso su recuerdo parecía burlarse de mí. Aquí estaba yo, esforzándome por escribir una entrada para el blog que me diera lo suficiente para pagar el alquiler y la comida, mientras que él podía gastarse dos de los grandes en una pizza sin pensárselo dos veces.

Me restregué las manos por la cara, intentando sacudirme la frustración que me corroía por dentro. No era sólo la comida, era todo. La incesante presión por mantenerme al día con mi blog, la preocupación constante por el dinero, las constantes reparaciones que necesitaba esta vieja casa de piedra rojiza... Todo ello me pesaba como una manta pesada y deshilachada que me apretaba con cada respiración. Me quedé mirando el cursor parpadeante de la pantalla, pero el estrés no me abandonaba a pesar de haber terminado. Nunca lo hacía.

Sentía que las paredes de la casa se cerraban sobre mí, como si el aire fuera demasiado denso para respirar, así que cogí una manta del respaldo del sofá y la envolví alrededor de mis hombros. El aire frío de enero me golpeó como una bofetada, pero fue un choque bienvenido, algo que me sacó de mis pensamientos en espiral. Las previsiones anunciaban una "mezcla invernal" y la aguanieve empezó a caer como estaba previsto. Me senté en el último escalón y me envolví en la manta, con la esperanza de que el aire fresco ahuyentara el miedo que se había instalado en mi pecho como una pesada losa.

Eché un vistazo a la tranquila calle, donde las farolas proyectaban largas sombras sobre la nieve. El vecindario parecía dormir plácidamente, todas las ventanas a oscuras, excepto una. La de Grant. La luz se filtraba a través de las cortinas de una de las muchas ventanas de su enorme casa de piedra rojiza, resaltando en la fría noche. Por supuesto, él también estaría despierto. Probablemente disfrutando de algún capricho nocturno en su lujoso

pijama o haciendo ejercicio en su gimnasio privado con aparatos de última generación. O tal vez estuviera al teléfono, haciendo otro negocio que le reportaría una ridícula suma de dinero, todo mientras yo estaba aquí fuera, envuelta en una manta como un vagabundo.

*Si yo tuviera lo que él tenía, lo apreciaría y estaría agradecida todos los días.*

Me lo imaginaba tumbado en un sofá de diseño, con un vaso de whisky en la mano, mirando al fuego de su perfecto salón digno de una revista, sin preocuparse de nada. O tal vez estaba hojeando uno de esos libros gruesos y caros que siempre le traían: primeras ediciones o alguna colección rara que costaba más que mis facturas mensuales. Hiciera lo que hiciera, dudaba de que estuviera preocupado por cómo llegar a fin de mes o estresado por la fecha de entrega de algún artículo. No, Grant Sullivan no tenía que estresarse. Se limitaba a ir por la vida con esa confianza que tenía en sí mismo, sabiendo que todo le saldría bien.

Pero una parte de mí quería creer que se había levantado porque algo también le preocupaba, que quizá no era tan inmune a las noches de insomnio y a los pensamientos ansiosos. Pero probablemente no era más que una ilusión. Fuera lo que fuese lo que le mantenía despierto por la noche, desde luego no era el mismo tipo de preocupación que me carcomía a mí.

Ojalá las cosas fueran más fáciles. Estoy trabajando hasta la extenuación para llegar a fin de mes.

El crujido de las botas sobre la aguanieve me sacó de mi imaginación y me devolvió al mundo real. Gabby, mi vecina, volvía a casa. Trabajaba de camarera en un bar cercano y a menudo volvía

tarde. Después de todo, Grant y yo no éramos los únicos despiertos a estas horas de la noche.

Gabby se fijó en mí y esbozó una gran sonrisa, saludando con la mano mientras se acercaba. "Hola, Molly. ¿Qué haces aquí fuera? ¿No podías dormir?"

El pelo rubio de Gabby captaba la luz de la farola y sus ojos azules brillaban a pesar de lo tarde que era. Llevaba un grueso abrigo, unos vaqueros negros ajustados y unas bonitas botas de ante debajo. Incluso a esa hora tan intempestiva, se las apañaba para ir arreglada sin esfuerzo, como si perteneciera a la portada de una revista en lugar de caminar a casa después de otro agotador turno en el bar.

"Algo así", respondí, intentando esbozar una sonrisa. "¿Y tú? ¿Acabas de salir del trabajo?"

Ella asintió, aún sonriendo. "¡Sí! Un poco más tarde de lo habitual esta noche. El bar estaba lleno. Pero bueno, más propinas para mí, ¿verdad?"

Se rió y yo me encontré riendo con ella, a pesar de mi mal humor. Así era Gabby: siempre veía el lado bueno de las cosas, siempre llena de energía por muy agotada que estuviera. Tenía un entusiasmo contagioso capaz de iluminar una habitación. La envidiaba por eso. Por la forma en que podía aguantar los golpes, mantener el ánimo y hacer que todo pareciera un poco divertido.

Gabby se unió a mí en la entrada, frotándose las manos para entrar en calor. Respiraba entrecortadamente, como de costumbre. Tenía un problema pulmonar, pero nunca me había contado toda la historia, algo sobre una lesión cuando era más joven. Compartí mi manta con ella y su respiración se hizo más fácil.

"¿Cómo va el negocio de los blogs de libros?" Preguntó, cruzando las piernas y echando los pies a un lado.

Suspiré, encogiéndome un poco de hombros. "Oh, es genial, realmente me encanta. Pero... no me da exactamente el dinero que necesito".

La sonrisa de Gabby vaciló un segundo, pero luego volvió a iluminarse, siempre buscando una solución. "Bueno, ¿sabes lo que deberías hacer? Deberías reformar el piso de arriba. Ponerlo bonito y alquilarlo. Podrías sacar un buen dinero. Yo vivo en el último piso de una casa de piedra rojiza reformada al final de la calle, y Dios sabe que ya pago bastante por ello".

Solté una pequeña carcajada. "Créeme, me encantaría. Pero eso requeriría fondos. Y lo de no tener suficiente dinero también se aplica a arreglar el piso", desvié la mirada, tratando de mantener un tono ligero, pero Gabby captó el filo de mi voz y probablemente se dio cuenta de que había tocado un nervio.

Rápidamente cambió de marcha y me dirigió una mirada comprensiva. "¿Servirá de algo que te cuente la horrible cita que tuve la otra noche?"

"Claro", le dije, dedicándole una sonrisa. "Cuéntame".

"Fue un desastre. El tipo era un completo idiota. Se pasó toda la cena hablando de su colección de coches antiguos Hot Wheels. Dos horas enteras hablando de coches en miniatura", puso los ojos en blanco y yo me reí.

"Suena como un verdadero ganador", dije, sonriendo a mi pesar.

Gabby se inclinó hacia mí y le brillaron los ojos. "¿Y tú? ¿Estás saliendo con alguien actualmente?"

Negué con la cabeza. "No".
"¿Por qué no?" Preguntó ella, ladeando la cabeza con curiosidad.
Me encogí de hombros. "Me invitaron a salir el otro día, pero no me pareció que el tipo fuera tan bueno, así que lo rechacé".
Gabby jadeó y me dio un codazo juguetón. "¡Oh, Molly! Siempre te pasa lo mismo. Lo dejas antes de empezar. Tienes que tener al menos una cita con un chico antes de juzgarlo así. ¿Cómo sabes que no es genial si dijiste 'no' enseguida?"
"No me interesa perder el tiempo, Gabby. Cuando conozca al hombre adecuado, lo sabré".
Gabby se echó hacia atrás, enarcando las cejas con escepticismo.
"¿Qué esperas sentir exactamente si encuentras al hombre adecuado?"
"No sé", me encogí de hombros. "Ese aleteo del corazón, supongo. Como si toda mi vida me llevara a conocerle. Quiero ser barrida de mis pies. Debería haber una conexión innegable".
"Oh, vamos, has estado leyendo demasiadas novelas románticas. Te has construido a ese chico perfecto en tu cabeza... ¡Es una fantasía! Ningún chico va a estar a la altura".
"Tengo una lista de comprobación", dije con una sonrisa burlona.
"Y ningún hombre va a marcar todas esas casillas, Molly. Tienes que empezar a arriesgarte, salir y tener citas. Eres demasiado romántica para tu propio bien".
Le dediqué una pequeña sonrisa, sintiendo una mezcla de frustración y cariño. "Sólo... quiero sentirme bien, ¿sabes?"
El tono de Gabby se suavizó. "Lo entiendo. Pero a veces, sentirse bien viene después de intentarlo. Nadie puede causar una buena

primera impresión si siempre estás esperando a que llegue alguien perfecto. Pero si te abres, puede que te sorprendas".

Asentí, pero en el fondo no estaba dispuesta a renunciar a mis esperanzas de algo real, algo extraordinario. Aunque eso me convirtiera en un poco soñadora.

"¿Así que dices que tengo que besar unas cuantas ranas para encontrar un príncipe?" Me reí.

"Bueno, creo que podrías besar algo un poco mejor que las ranas", rió Gabby. "Háblame del último chico que rechazaste, ¿por qué no dijiste que sí?"

Era una buena pregunta, de la que no sabía la respuesta.

"Supongo que no tenía chispa con él", dije, apretando más la manta a mi alrededor.

"¿Puedes ser más específica? ¿Qué es lo que dijo o hizo?"

Me mordí el labio y reflexioné sobre su pregunta.

"No era tan malo en realidad, era lo suficientemente agradable y atractivo", me encogí de hombros. "Simplemente no era lo que me imaginaba".

Quizá soy demasiado romántica.

"Lo que imaginabas", me repitió Gabby. "Ningún hombre va a estar a la altura de tu imaginación, Molly. Apuesto a que ni siquiera los héroes de tus libros favoritos son tan perfectos".

"Tienes razón", me reí. "Normalmente son del tipo gruñón y melancólico. Sin embargo, cuando pienso en los libros que escribía mi abuela... Esos héroes eran más bien el caballero de brillante armadura, listo para salvar a la damisela en apuros".

Pasé demasiado tiempo de mi infancia imaginando a un héroe apuesto que venía a sacarme de mi soledad.
Gabby chocó su hombro contra el mío.
"No necesitas que te salven", dijo con una mirada amable.
Algunos días me seguía pareciendo que sí, pero eso era sólo yo compadeciéndome de mí misma.
"Tienes razón", asentí. "La próxima vez me arriesgaré, diré que sí cuando alguien me invite a salir y veré a dónde me lleva".
Hacía tanto tiempo que no le daba una verdadera oportunidad a alguien. Me había aislado demasiado, me había atado a las preocupaciones y me había olvidado de vivir. No era como si el Sr. Perfecto fuera a llamar a mi puerta.
"Eso es genial", sonrió Gabby. "Te mereces una oportunidad de ser feliz".
"Gracias", dije, con el corazón apretado. Gabby era una gran amiga. Tendría que hornearle unas galletas para mostrarle mi agradecimiento.
Cuando la aguanieve empezó a arreciar, Gabby se levantó para marcharse. "Debería irme. Ya he tenido bastante de este tiempo por una noche".
"Gracias por charlar, Gabby. Te lo agradezco", le dije, aunque me pesaban los pensamientos que me había suscitado.
Después de que Gabby desapareciera de mi vista, a unos cuantos edificios de distancia, me quedé fuera un momento más, mirando la calle como si el aire de la noche pudiera ofrecerme alguna respuesta. Finalmente, con un suspiro, me levanté y volví a entrar en mi casa. Al cerrar la puerta, mi mirada se posó en una fotografía

que colgaba de la pared. Era una imagen en blanco y negro de un edificio derruido en algún lugar de una lejana zona de guerra, captada en el momento exacto en que el sol se abría paso entre las nubes, un frágil rayo de luz que atravesaba las ruinas.
Mi madre, Isabella, había hecho esa foto. Era una de sus fotos más famosas, de una serie que le valió varios premios y una reputación de fotógrafa atrevida con un don para captar el espíritu humano en medio de la devastación. Antes de que yo naciera, recorrió el mundo sin descanso: zonas de guerra, catástrofes naturales, lugares donde la mayoría de la gente nunca se atrevería a ir. Sus fotos eran crudas, reales y a menudo desgarradoras, y cada una de ellas contaba una historia que parecía saltar de la página.
El edificio parecía tan solitario.

Me quedé mirando la fotografía un momento más, con una sensación de pesadez en el pecho. Quizá había llegado el momento de dejar de esperar un gran momento cinematográfico y empezar a vivir en el mundo real, por incierto e imperfecto que fuera.
Ya era demasiado tarde para pensar en nada. Subí las escaleras, esperando que mi cerebro me dejara dormir. La mejor manera de olvidar mis preocupaciones y calmar mi cerebro siempre había sido la misma.
Me metí en la cama, la manta desgastada apenas mantenía el frío a raya. Con un suspiro, saqué mi libro de la mesilla de noche, con la esperanza de perderme en sus páginas y caer en una evasión temporal.

Mientras me instalaba, no podía evitar una sensación de inquietud. La grieta del techo siempre me había recordado el estado de deterioro de mi casa. Había una fina línea de daños que se extendía por la escayola, pero yo la había apartado de mi mente, con la esperanza de que se quedara ahí hasta que pudiera reunir el dinero y ocuparme de ella. Esta noche, sin embargo, en el estado de ánimo en que estaba, se sentía más como una fatalidad inminente.

Iba por la mitad de un capítulo cuando un repentino y agudo crujido resonó en toda la habitación. Sobresaltada, levanté la vista justo a tiempo para ver cómo un trozo de moldura de escayola caía en picado desde el techo y me golpeaba de lleno en la frente. Grité e instintivamente levanté una mano para protegerme mientras una cascada de polvo y escombros caía a mi alrededor. Me estremecí al tocar el lugar donde me había golpeado el yeso. Me dolía, pero no era nada comparado con lo que estaba ocurriendo encima de mí.

La grieta se había abierto, dejando al descubierto las vigas, con daños por agua que manchaban la madera. El pánico se apoderó de mí cuando me di cuenta de que debía de haber una fuga en la parte superior de la casa, una sección que había cerrado hacía meses para ahorrar en calefacción. Los daños causados por el agua eran considerables y no hacían más que empeorar.

Resonó otro ominoso crujido, esta vez más fuerte, y cayó más yeso. Me levanté de un salto, apartándome justo a tiempo para que más trozos del techo cayeran sobre mi cama en una lluvia de polvo y escombros.

"¿Atticus?" Llamé en pánico. Necesitaba saber que mi gato estaba a salvo. Afortunadamente, lo encontré escondido debajo de mi

escritorio. El pobre gato estaba asustado pero ileso, y me miró con ojos muy abiertos y asustados. Estaba bien.

La herida de mi cabeza palpitaba. Era yo quien necesitaba ayuda. Alimentada por mis pensamientos asustados, salí corriendo. Las luces de Grant seguían encendidas. Mis pies chapoteaban en los charcos y la lluvia helada empapaba mi delgado pijama y mis calcetines. Golpeé la puerta de Grant, esperando contra toda esperanza que abriera a esta hora. Los segundos parecían horas, y cada uno de ellos se alargaba en el frío cortante. Finalmente, la puerta se abrió con un chirrido.

Grant se quedó allí de pie, con una mezcla de confusión y enfado al ver mi aspecto desaliñado.

"¿Puedo entrar?" Pregunté, ya empezando a temblar.

"Estás chorreando. Y polvorienta", señaló.

Me mordí el labio. Fue estúpido por mi parte pensar que Grant me ayudaría.

"No debería haber venido aquí", balbuceé, ya retrocediendo. "Simplemente... encontraré a alguien más que me ayude".

Sin mediar palabra, se apartó y me hizo un gesto para que entrara. Dudé, pero se levantó una ráfaga de viento e incluso el corto camino de vuelta a casa me pareció demasiado. Traspasé el umbral a trompicones, temblando incontrolablemente al entrar en su cálida y bien cuidada casa.

"Gracias", dije, con los dientes castañeteando mientras intentaba recuperar el aliento. La lluvia goteaba de mi ropa y caía al suelo, estropeando la calidez del entorno perfectamente cuidado de Grant. Yo era un completo desastre en su pulido y ordenado mundo.

Me miró con una mezcla de curiosidad y recelo, pero no dijo nada. En lugar de eso, cerró la puerta tras de mí y fue a buscar una toalla. Me quedé de pie en su pasillo como una rata ahogada, sintiendo que el peso de mi hogar en ruinas me presionaba.
https://www.amazon.es/dp/B0DMTPH9M7

# Gracias

Gracias por comprar yleer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer los otros librosde la serie, puedes encontrarlos en este enlace:
https://www.amazon.es/dp/B0CW18NXNZ
Paraestar al día de misnovedades y promociones, sígueme en mi páginade autora de Amazon https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3